

FRANCINE J.C

LA
TENTACIÓN
DE
Eleanor

AL ENCUENTRO DE TU AMOR I

FRANCINE J.C

LA
TENTACIÓN
DE
Eleanor

AL ENCUENTRO DE TU AMOR I

Este libro no podrá ser reproducido, distribuido o realizar cualquier transformación de la obra ni total ni parcialmente, sin el previo permiso del autor. Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen en ella, son fruto de la imaginación de la autora o se usan ficticiamente. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, lugares o acontecimientos es mera coincidencia.

Algunos fragmentos de canciones incluidos en este libro, se han utilizado única y exclusivamente con el motivo de darle más realismo a la historia, sin intención alguna de plagio.

Título original: La tentación de Eleanor. Al encuentro de tu amor I.

©Francine J.C, mayo 2020.

Diseño de portada y maquetación: Adyma Design.

Corrección: Correcciones Nox.

*Dedicado a Diego, Alex y Elia.
Sois lo más valioso de mi vida.*

Índice

[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)

Prólogo

Exeter, Inglaterra 1816

Un frío inusual para el mes de octubre azotaba las calles de la ciudad, como ocurrió en el transcurso de todo aquel año. Fueron tales sus temperaturas, que 1816 pasaría a llamarse «el año sin verano». La lluvia fina y constante lo empapaba todo. Por mucho que quisiera refugiarse bajo el saliente de la ventana del primer piso, Eleanor Berry sabía que, si su amiga no se presentaba pronto, acabaría calada hasta los huesos. Esperaba con impaciencia delante del colegio de señoritas en el que ambas estaban internas. El edificio de tres plantas de ladrillo rojo, poco refugio le ofrecía. La joven, alta y demasiado delgada según dictaba la moda de la época, se frotaba sus manos enguantadas a la espera de que reaccionaran sus entumecidos dedos. La humedad provocaba que sus rebeldes cabellos castaños se escaparan del sencillo moño que se había hecho esa mañana, y unos rizos le enmarcaban el rostro. Su nívea piel se iba sonrojando con cada segundo que transcurría. Cuando ya creía que no lo podría soportar más, escuchó unos pasos que se aproximaban.

—¡Eleanor! —la llamó su amiga sin dejar de correr—. ¡Dios mío! Debes de estar congelada.

—¡Por supuesto que lo estoy! —Se cruzó de brazos para demostrarle su mal humor—. ¿Se puede saber por qué has tardado tanto?

—Lo siento, la señorita Miller no me dejaba salir hasta que tuviera la habitación recogida.

—No aprenderás nunca, Emily Clark...

—¡Eso mismo me ha dicho ella! —Su inocente y espontánea respuesta hizo sonreír a Eleanor.

La profesora Miller era un hueso duro de roer. Ninguna de las chicas le tenía estima. Su porte severo, pretensión desmedida y carencia de humor la convertían en la más temible de las instructoras del centro. Y parecía tener una especial inquina por la pobre Emily. La joven, distraída, con los dedos siempre manchados por el carboncillo de sus dibujos y sus bajas calificaciones, era la presa perfecta para la maestra.

—Será mejor que nos demos prisa o no llegaremos a tiempo. —Se agarró del brazo de su amiga y juntas emprendieron camino.

Se dirigían a la catedral de San Peter. En el aniversario de la muerte de su padre le gustaba encender un par de cirios, rezar una plegaria y asistir al sermón del reverendo Michael. Ese pequeño gesto le hacía sentir que todavía estaban juntos. Lo adoraba. Falleció por unas fiebres cuando Eleanor tenía siete años. Al no tener un hermano varón que pudiera heredar la casa y sus posesiones, se vieron obligadas a irse a vivir con su tía Agatha. Por suerte, Sir Berry pudo dejarle como legado una buena dote y los estudios pagados en la Escuela Wellington para Damas, donde ingresó al cumplir los ocho. Hubiera preferido que se educara en casa con una buena institutriz, como lo había hecho hasta el momento de su defunción, sin embargo, era consciente de que eso no sería posible. Por esa razón, al verse moribundo hizo llamar al notario y dejó asegurado el futuro de la pequeña lo mejor que pudo.

La madre se sumió en una profunda tristeza tras su pérdida y no se recuperó hasta que encontró otro marido que lo sustituyera. La señora Berry, aunque quería a su esposo, tenía en

más estima el estatus social que le proporcionaba estar casada con un caballero y tener cierta independencia económica —cosa de la que fue privada en el momento del fallecimiento de su primer marido—, que el hecho de tenerlo a él en concreto a su lado. No le costó mucho tiempo dar con un hombre que se ajustara a sus necesidades. Encontró a un comerciante viudo en pleno auge que, aunque no la posicionaría entre la alta sociedad, le daría cierto prestigio y una incuestionable riqueza. También aportó al matrimonio una hija, Cassandra, casi de la misma edad que Eleanor. Al estar interna en el colegio, se veían en contadas ocasiones. Después de ocho años eran como dos extrañas.

—El sermón ha sido precioso, ¿no crees? —le dijo Emily al salir de la catedral.

—No es cierto. El reverendo Michael cada vez farfulla más y apenas se entiende lo que dice, pero me reconforta escucharlo. —Sonrió sin un ápice de alegría—. Me recuerda al párroco de Castleton. Junto a la preciosa iglesia de san Edmund está enterrado mi padre. Daría cualquier cosa por poder llevarle unas flores...

—No te preocupes, seguro que pronto podrás hacerlo. —Su amiga intentó reconfortarla, aunque ambas sabían que eso no ocurriría. La distancia era demasiado larga y su madre no le pagaría el viaje ni siquiera para las próximas navidades—. ¿Por qué no me explicas otra vez de quién te vas a enamorar? —La miró esperanzada.

—¿Es que no te cansas de que te lo cuente? —Una musical carcajada salió de sus labios.

—¡Nunca! —dijo con fervor—. Jamás he escuchado a nadie narrar con tanta pasión. ¡Es contagiosa! —La tomó de las manos y se la quedó mirando con los ojos vidriosos—. Hace que no pierda la esperanza, que crea que es posible también para nosotras, que seremos felices. Déjame soñar de nuevo, Ellie, porque es lo único que nos queda.

Durante unos segundos Emily llegó a pensar que no iba a ceder. Sin embargo, Eleanor carraspeó y comenzó a caminar justo antes de ponerse a hablar.

—Cuando cumpla los diecinueve, ni uno más —le señaló con el índice en modo de advertencia—, encontraré al hombre de mis sueños. —Las muchachas sonrieron y asintieron ilusionadas—. Será todo un caballero, y no de título, sino por educado, distinguido y considerado con las mujeres, sobre todo conmigo. Recitará poemas de amor mientras damos largos paseos por la campiña. Le gustará tanto leer como a mí y nos quedaremos dormidos por las noches junto a la lumbre del hogar. Su belleza de carácter y exquisitos modales serán la envidia de todas las damas del condado, pero él solo tendrá ojos para mí.

—¡Dime cómo será de guapo! —exclamó al ver que no nombraba el tema.

—El más apuesto y gallardo de cuantos hombres hayas podido imaginar: fuerte, alto y de mirada penetrante. —Emily suspiró con solo imaginarlo—. En los bailes, las mujeres reservarán sus cartillas a la espera de poder deleitarse con su compañía. Ambicionarán mi suerte al ver que en cada danza se reunirá conmigo, y nos mecemos al compás de la música como si lo hubiéramos ensayado durante toda la vida. Y no le importará el qué dirán por no hacer cambio de pareja.

—¿Y lo del vals? ¡Cuéntame eso, por favor! —la instigó para que prosiguiera.

—Con pasos rápidos y giros interminables, nos moveremos en círculos por el gran salón al son de las notas de nuestro baile preferido, el vals. Me marearé, pero él me sostendrá con sus firmes brazos.

—¿Y la noche de bodas? —susurró y miró a ambos lados para asegurarse de que nadie podía escucharlas.

—Siempre me preguntas lo mismo —respondió sonrojada—. Mi imaginación no llega tan lejos.

—Podrías inventártelo, como con el resto. —Sonrió con picardía.

—Ya sabes que tengo tanto interés como tú en conocer qué sucede. Porque esas cosas horribles que cuenta Annabelle de su hermana casada, yo no me las creo. Es imposible.

—A lo mejor es por esa razón que no nos quieren decir nada, para que lleguemos al matrimonio como ovejas al matadero. —Abrió los ojos desmesuradamente.

—No seas tonta. —Le palmeó las manos para tranquilizarla—. Si fuera así, ¿por qué hay mujeres que buscan amantes? ¿Cuál es la causa por la que repiten? Tiene que ser bueno. Estoy segura. Si no, el amor no tendría sentido. —Suspiraron y siguieron caminando, hasta que unos metros más adelante rompieron el silencio—. ¿Recuerdas aquello que te conté de Jack Brown?

—¿El hijo del carnicero? Nada honesto puede venir de ese bribón —se escandalizó al mentar al muchacho.

—Ya sé qué tipo de hombre es. Por eso creo que es la persona idónea para que nos informe sobre el tema. En nuestra última conversación me dijo que tiene un libro con ilustraciones... —Miró por encima de su hombro para cerciorarse de que no las seguía nadie—... de hombres y mujeres desnudos. —Bajó tanto el tono de voz que su amiga casi no podía oírlo.

—¡Eleanor Berry! ¿Te has vuelto loca? —susurró presa del pánico—. Si la señorita Miller te descubriera, sería tu perdición. Además, ¿qué te ha pedido ese canalla a cambio?

—Un beso. —Agachó la mirada, avergonzada—. No creo que pase nada por dejar que me dé solo uno.

—No voy a negar que tengo curiosidad por el tema... Pero de eso a arriesgar tu reputación y la expulsión del centro, hay un abismo. ¿Qué sería de ti?

—No tiene por qué enterarse nadie, sería nuestro secreto. Después de echarle una ojeada, se lo devolveríamos.

Resultaba tentador y Emily reflexionó sobre la posibilidad durante unos segundos antes de negar con rotundidad. El miedo a perder a su querida amiga para siempre era mayor al deseo de conocer algo que ya le sería revelado en su debido momento. Y estaba visto que, a los dieciséis años y sin prometido, no le parecía tan necesario. Su amistad estaba muy por encima en la escala de valores.

—No, es demasiado peligroso. Ya lo averiguaremos de otra forma, o en nuestra noche de bodas si hace falta. Prométeme que no vas a volver a hablar con el hijo del señor Brown.

A Eleanor, al ver la preocupación de su leal compañera, no le quedó más remedio que asentir. Incluso llegó a creer que tenía una mente sucia y nada digna de una señorita. Los remordimientos se apoderaron de ella y se juró abandonar esos pensamientos tan impropios para su edad y condición. En cuanto tuviera ocasión, le comunicaría al hijo del carnicero que ya no deseaba tener ningún tipo de acuerdo con él.

Con los pies entumecidos y tiritando por el intenso frío, llegaron a la verja de hierro forjado que limitaba los terrenos de la escuela. Una vez en el camino que llevaba a la entrada ya fantaseaban con la calidez del interior del edificio. Aceleraron el paso para verse refugiadas de una vez, cuando percibieron algo que les llamó la atención. Un joven, fornido y bien parecido, se encontraba apoyado en uno de los árboles ornamentales. ¡Jack Brown! Ese bribón tuvo la osadía de pasar adentro de la propiedad y esperarla en la mismísima puerta, delante de todos. ¡Puede que incluso preguntara por ella en el colegio! A Eleanor le latía el corazón desbocado con solo imaginar que hubiera podido cometer tremenda indiscreción. El muchacho parecía entretenido mirando algo que sostenía entre las manos, ajeno a cuanto le rodeaba. Comprendiendo la situación y sin necesidad de decirse nada, las muchachas aprovecharon esa distracción para escapar por un lateral y entrar por la parte trasera. Antes de que doblaran la esquina, las

descubrió correteando por el jardín. Fue tras ellas.

—¡Señorita Berry, espere! —le gritó.

Asustadas, no tuvieron más remedio que detenerse. No podían seguir huyendo si un caballero las perseguía clamando el nombre de una de ellas. Solo les quedaba rezar para que nadie las descubriera.

—¿Qué está haciendo aquí, señor Brown? —lo increpó, presa del pánico.

—He venido a traer el encargo de carne y, de paso, quería entregarle eso que me pidió. Y, por supuesto, cobrar la deuda prometida. —Sonrió con un brillo de astucia en la mirada.

—Se lo agradezco, pero no hay nada que usted posea que me pueda interesar. Que tenga un buen día. —Le hizo una leve reverencia y quiso emprender camino, pero el hombre se lo impidió interceptando su paso.

—Me ha costado mucho traer este libro hasta aquí sin ser descubierto. Si ahora ya no lo quiere, no es mi problema. Exijo de igual modo la recompensa acordada.

—Jamás le pedí que lo trajera a la escuela. Se lo ruego, márchese. —Intentó esquivarlo sin mucho éxito.

—Deme lo que quiero y me iré. Señorita, no tiene ni idea de lo terco que puedo llegar a ser.

Desesperada por deshacerse de él, miró hacia las ventanas para asegurarse de que nadie podía verlos. Tenía que conseguir que se fuera lo antes posible, y parecía que el único modo posible era saldando su deuda.

Emily, al percatarse de lo que pretendía hacer su amiga, abrió los ojos desmesuradamente y la agarró con fuerza del antebrazo.

—Ni se te ocurra, Eleanor —le advirtió.

—Será mejor que entres, yo iré enseguida. —Le suplicó con la mirada que lo hiciera sin rechistar.

Ambas sabían que cuanto más tiempo estuviera ese joven en el recinto, más posibilidades había de que las descubrieran. Resignada y con los ojos vidriosos, su compañera agarró sus faldas con enfado y corrió hasta desaparecer por la puerta.

En el momento en que se quedaron a solas, una sonrisa triunfal asomó a los labios del hombre. La observaba con lascivia, una propensión que no entendía y sin embargo le atemorizaba sin saber muy bien los motivos.

—Ya que va a pagar por ello, ¿quiere echarle un vistazo? —Le ofreció el pequeño libro.

—No, gracias. Acabemos de una vez. —Se puso rígida, a la espera.

—Como usted quiera. —Se sacó la gorra, puso el volumen dentro y los metió en el bolsillo del pantalón.

Lo siguiente ocurrió tan deprisa que apenas tuvo tiempo de reaccionar. La besó con tal ímpetu que le lastimó el labio inferior y empezó a notar el sabor ferroso de su propia sangre en la boca. Aunque lo empujaba con todas sus fuerzas no lograba apartarlo. Lo hizo por sí solo al oír los gritos de una mujer que se aproximaba.

—¡Señorita Berry! ¡No doy crédito a lo que ven mis ojos! —La señora Miller acababa de aparecer con su desquiciante voz aguda, haciendo aspavientos y mirando a la muchacha como si se tratara de un gusano nauseabundo—. ¡Y usted, señor Brown, haga el favor de marcharse ahora mismo! Ya hablaré con su padre de este incidente y espero que le ponga un castigo bien severo.

El joven, al escuchar sus palabras, sacó la gorra del bolsillo y se la colocó lo más rápido que pudo para salir huyendo. Ya no recordaba que tenía dentro el libro. Salió volando de su escondite y cayó abierto al suelo, justo donde había unas ilustraciones muy explícitas de un hombre y una mujer practicando el coito. A la maestra casi se le salieron los ojos de las órbitas al verlo. Se

recompuso y lo recogió.

—¡Me lo pidió ella! —se excusó el joven. La señora Miller dio un grito.

—Pensaba tenerla encerrada por el resto del curso, pero esto... —Agitó el volumen ante la cara de Eleanor—. Es demasiado. No podemos permitir que una mujerzuela de su calaña campe a sus anchas por una institución seria como la nuestra.

—¡Pero si ni siquiera lo he visto! —intentó defenderse.

—¡Ja! —Soltó una risa sarcástica que sonó como una pequeña explosión—. También me va a decir que no se estaba besuqueando con el hijo del carnicero, ¿verdad? ¡Váyanse ustedes a saber qué otras cosas habrán hecho juntos! Tengo pruebas y testigos. —Señaló hacia las ventanas que, gracias a sus gritos, estaban llenas de jovencitas chismosas—. De ésta no se libra. Haga su maleta porque no pienso consentir que pase una noche más aquí, ¡esta es una casa decente!

Muerta de miedo, observó cómo sus compañeras de colegio la miraban con desprecio. El joven Brown huyó despavorido sin importarle su destino. Su querida amiga Emily lloraba desconsolada al ver que no tenía posibilidad de ayudarla. No había hecho nada y no podía demostrarlo. Le atemorizaba la idea de verse despreciada por su madre cuando le comunicaran la causa de su precipitada expulsión. Pero lo que más pavor le provocaba era la reacción de su padrastro, ese hombre que jamás le tuvo estima. No importaba lo que pensara, pronto descubriría lo que iba a pasar, porque la señora Miller no iba a tener compasión con ella.



Capítulo 1

Dover, Inglaterra 1818

Un bullicio inusual parecía expandirse por las calles de la ciudad. Todas las personas se afanaban en llegar a su destino sin importar a quién arrollaran a su paso. Ya habían chocado con Eleanor en tres ocasiones y empezaba a estar cansada. Era como si se hubiera vuelto invisible para el mundo. Sin embargo, a su madre y su hermanastra no les sucedía. Lo más probable era que se debiera a su atuendo sencillo y austero, tenía el aspecto de una simple institutriz o incluso una sirvienta. Nadie osaría avasallar a una dama, pero a ella... Su apariencia era cualquier cosa menos distinguida, pese a ser la hija de un caballero.

Desde que la expulsaron de la Escuela Wellington para Damas, su padrastro consintió que volviera a casa con la condición de que su madre la tendría bajo una estricta vigilancia y que trabajaría en su propio hogar para ganarse el sustento. No tuvo más remedio que aceptar. Era eso o la calle. Su reputación quedó arruinada para siempre después del incidente con el hijo del carnicero. Su familia estaba convencida de que había perdido la honra después de leer el informe que les pasaron del colegio. A nadie se le ocurrió preguntarle, no les importaba. La recibieron con un tremendo bofetón después de llamarla meretriz. Le prohibieron todo aquello que la hiciera feliz. Le denegaron la música, el dibujo, la escritura y, lo peor de todo, la lectura. Tenía la esperanza de poder encontrar una vacante de maestra o institutriz lo más lejos posible de ellos, aunque le resultaba imposible dar con el empleo, ya que estaba demasiado ocupada con todas las tareas que le encomendaban y no disponía de pluma y papel para mandar una misiva. No sabía cómo, pero debía escapar de esa nueva realidad tan ingrata que le había obsequiado la vida.

Tan solo hacía un par de días que acababan de trasladarse a Dover y debían comprar algunos enseres imprescindibles para sus necesidades básicas. Además, estaban pendientes de la renovación del vestuario. La temporada se acercaba y todo aquel pudiente iba en busca de las mejores telas para que sus modistas les hicieran los vestidos a las nuevas debutantes, que era el caso de Cassandra. A Eleanor ni se le pasaba por la cabeza que fueran a tenerla en consideración, aun teniendo un año más que su hermanastra. Hacía mucho que había dejado de soñar con ese tipo de cosas. Ahora lo hacía con sus problemas mundanos y necesidades esenciales. Comenzaba a sentir que su luz interior se apagaba con cada día que pasaba.

—Tenemos que darnos prisa —comentó la señora Burch a su hijastra—. Hemos salido muy tarde y no vamos a llegar a tiempo para el almuerzo. Y ya sabes de qué humor se pone tu padre cuando no somos puntuales en las comidas.

—No tiene de qué preocuparse —respondió Cassandra con una gran sonrisa—. No dirá nada al saber el motivo. Es muy importante que queden listos mis vestidos para poder ir a Londres. Es nuestra prioridad. Él mismo nos dijo que no volviéramos sin haber encontrado todo lo necesario, ¿recuerda, madre?

—Tienes razón, mi querida niña. —Le palmeó las manos enguantadas y se quedó por unos segundos embobada mirando su rostro angelical.

Era una muchacha agraciada, con el cabello negro y brillante, labios sonrosados, grandes ojos castaños de largas pestañas y unos graciosos hoyuelos que se le dibujaban en las mejillas cuando reía. Cariñosa y amable, se ganaba a todo aquel que la rodeaba. Siempre y cuando le

conviniera, por supuesto. Si no, podía llegar a ser una autentica arpía. Porque debajo de esa fachada de niña buena se escondía una jovencita caprichosa y superficial a la que no le importaba nada más que obtener el casamiento más ventajoso posible. Incluso aspiraba a encontrar un esposo con título nobiliario gracias a su belleza. Solo los más cercanos y el personal de servicio conocían sus pretensiones. Era tal y como le había enseñado a ser su progenitor. Eleanor estaba convencida de que, si se le presentaba la ocasión, se casaría con un anciano con tal de conseguir su riqueza y posición social.

—Entonces nos lo tomaremos con más calma. Hay que elegir bien. Tienes que deslumbrar. —Tomando a su hijastra por el codo entraron en un comercio, seguidas de Eleanor y el mozo que las acompañaba para cargar con los paquetes.

Una vez dentro del establecimiento, comenzaron a mirar las telas apiladas en los estantes; parecían de muy buena calidad. Además estaban de suerte, solo tenían que atender a una señora y ya les tocaría a ellas. Pero no se podían llegar a imaginar lo que el destino les había deparado para todas las mujeres de la familia. Cuando la dama que las precedía hubo terminado sus compras, se giró y se dispuso a marchar, no sin antes dar un vistazo a las personas allí presentes.

—¿Lady Berry? —dijo la mujer con cierta duda implícita.

—¡Oh, Dios mío! ¡Lady Lensy! Cuánto me alegro de volver a verla. —Le hizo una leve inclinación de cabeza—. Discúlpeme, pero no la había reconocido. Ahora soy la señora Burch.

Los Somerset, condes de Lensy, eran antiguos amigos del padre de Eleanor. De ahí la euforia al reencontrarse con alguien de una familia tan bien posicionada de la zona.

—Por supuesto. Era de esperar que enviudando tan joven se volviera a casar. —Asintió y se quedó mirando a la muchacha que la acompañaba—. Y está jovencita tan hermosa debe ser su hija Eleonor, ¿verdad?

—No, está es mi hijastra, Cassandra Burch. —La chica, aunque estaba disgustada por la confusión, hizo una pequeña reverencia y le obsequió con una amplia sonrisa—. Mi hija es esta de aquí. —La señaló y bajó el brazo con rapidez para ver si así no le prestaba atención. Lo que no se esperaba es que diera un paso al frente y le saludara.

—Querida Eleanor, ¿tan joven y ya eres viuda? —le preguntó al ver su atuendo oscuro, propio de una vieja matrona.

—¡No, no! —se apresuró a contestar la madre—. No se ha casado nunca. Es por cierta razón que no puedo comentar ahora mismo. —La última frase la dijo en un murmullo casi inaudible.

Lady Lensy arrugó el entrecejo. Aunque había entendido sus palabras, no comprendía el motivo de llevar vestida de ese modo a una hija tan joven y en edad casadera si no estaba de luto; sin contar con la mala calidad y el corte sencillo de los tejidos. Ni tan siquiera llevaba un moño elaborado, solo un rodete en la nuca con los cabellos muy estirados.

—Y dígame, ¿qué les trae por aquí? ¿Están visitando a algún pariente? —Cambió el rumbo de sus preguntas.

—Nos acabamos de mudar. Todavía tenemos la casa manga por hombro y tenemos escasez de utensilios que las damas necesitamos para poder estar cómodas. Pero pronto mejorará. Mi marido tiene asuntos importantes con comerciantes locales. Va a ampliar el negocio y esta ciudad portuaria está llena de oportunidades. —Sonrió orgullosa, aunque en realidad no entendía nada de las transacciones del señor Burch—. Y Lord Lensy, ¿qué tal se encuentra?

—El actual conde es ahora mi hijo Andrew, mi esposo falleció el año pasado.

—¡Cuánto lo siento! Son muchos años sin vernos y muchos acontecimientos transcurridos. Quizá podríamos quedar una tarde para tomar el té y ponernos al día —sugirió, esperanzada por

conservar una amistad de tal calibre.

—Me temo que me resulta un tanto complicado venir desde Whitecliffs House a Devon. Solo lo hago muy de vez en cuando para comprar telas. Desde que enviudé prácticamente vivo recluida.

—Oh, claro... —Se dio por vencida.

—A lo mejor les apetece ser ustedes los que vengan. Podrían pasar unas semanas en mi casa hasta que les acondicionen el hogar. ¿Qué me dicen?

La emoción de la señora Burch era tal que por unos segundos no fue capaz de contestar. ¡Podría pasar unos días en la gran mansión de los condes de Lensy! Esa sería una ocasión única para emparejar a Cassandra con alguno de sus amigos o parientes. Puede que incluso su hijo Andrew aún no estuviera casado.

—Sería un gran honor para nosotros —consiguió pronunciar con la voz quebrada por la agitación.

—Perfecto. Entonces los espero para cenar —concluyó Lady Lensy—. Eleanor, un placer haberte visto de nuevo. Seguiremos conversando durante la cena.

Cassandra y la señora Burch se quedaron mirando a Eleanor con inquina. No era intención de la madre llevar a su hija, prefería dejarla trabajando en la nueva casa, y se vio obligada a hacerlo porque la dama en cuestión deseaba charlar con ella. Ya se encargaría de que perdiera el interés por su persona. En cuanto tuviera ocasión, le explicaría el tipo de mujer que era.

Eleanor había permanecido callada, como le enseñaron que hiciera. No debía participar en ninguna conversación salvo que su madre lo aprobara, y ese no fue el caso. No obstante, no podían impedirle pensar, discurrir sobre lo que presenciaba y sacar sus propias conclusiones. Dependiendo del día, su mente podía almacenar la información en un rincón o, por otro lado, se permitía dejar que volara. En esa ocasión, desplegó unas enormes alas y surcó los cielos. Sensaciones que ya creía olvidadas la recorrieron entera. Hacía mucho que no reconocía en ella misma tan fuertes impresiones. Lo más probable era que no le consintieran asistir, pero de momento estaba invitada y saboreó el instante.

Recordaba Whitecliffs House, estuvo allí con su padre unos meses antes de que muriera. Aunque era muy pequeña, retenía en su memoria sus amplios jardines, un lago repleto de peces y que la mansión poseía una amplia colección de libros en la biblioteca. Sir Berry le inculcó el amor por la palabra escrita. Muchas tardes, la sentaba en su regazo y le leía hasta que se ponía el sol. El cariño que le transmitía le quedó grabado y asociado a la lectura. Por esta razón, deseó ir a esa casa. Tenía la certeza de que al estar su familia tan entretenida en intentar dar caza al conde o a cualquiera de sus amigos, se olvidarían de ella y podría disfrutar de los magníficos ejemplares que guardaban en la librería. Se sintió tan ilusionada con la idea que tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener la sonrisa. Si por algún motivo lograban descubrir la razón de su alegría, le negarían la posibilidad de llevarla a cabo.

La señora Burch y Cassandra se pusieron tan nerviosas por haber tenido la fortuna de encontrar a la dama, que no lograron ponerse de acuerdo para elegir todas las telas que precisaban. Por suerte para todas, la dependienta intervino y las asesoró a la hora de escoger los mejores tejidos y, de paso, los más caros.

Cuando llegaron a su nuevo hogar, una hermosa casa de dos plantas en la mejor calle de la ciudad, el señor Burch ya las recibió refunfuñando por su tardanza. Aunque dejó de hacerlo en cuanto le dieron explicaciones de dónde pasarían las próximas semanas. Lo celebraron con gran alegría hasta que se enteró de que Eleanor debía acompañarlos. Por unos segundos la muchacha pensó que la castigaría de algún modo cruel y déspota como solía hacer. Sin embargo, no lo hizo.

Se limitó a mirarla con desprecio y la amenazó con encerrarla en una habitación bajo llave si no cumplía con todas las normas que se le imponían. A la joven no le pillaron por sorpresa ninguna de sus obligaciones, ni siquiera las nuevas que fueron añadidas. Estuvo segura de que los ánimos se suavizarían en cuanto pusieran los pies en la gran mansión. La opulencia y suntuosidad del lugar los dejaría obnubilados y se olvidarían de ella para ocuparse de su objetivo: conseguir toda esa abundancia para Cassandra.

Los Burch parecían haberse vuelto locos, se olvidaron hasta del almuerzo. Daban órdenes a diestro y siniestro al servicio para que se apuraran en empaquetar sus pertenencias. Por mucho que se afanaban los empleados, no podían hacerlo tan rápido como se les exigía. Discutían sin descanso por las prendas más adecuadas para la ocasión. Al final, llegaron a la conclusión de que podrían enviar a un criado a buscar cualquier cosa olvidada o que creyeran necesaria.

Una vez metidos en el carruaje, se tranquilizaron un poco. Solo unas pocas millas los separaban de su gran propósito. Parloteaban sin parar. El señor Burch ya se imaginaba los grandes beneficios que iba a tener con la unión de su hija. Aún no sabían si el conde estaba casado, pero ya empezaron a organizar la boda. Eleanor tuvo que desviar la cara y observar el paisaje por la ventanilla, porque se le escapaba alguna que otra sonrisilla. Si el actual lord Lensy se parecía en algo al muchacho que conoció, se les podían complicar los planes. Era un adolescente hosco, antipático y con mirada gélida. De niña le tenía miedo y procuraba estar lo más alejada posible de él. Salvo en una ocasión en la que su padre la obligó a leerle un cuento. En cuanto terminó la historia, cada uno huyó en dirección contraria al otro. Después de ese encuentro no lo volvió a ver, y tuvo que admitir que sintió cierta curiosidad por comprobar la clase de hombre en la que se habría convertido.

Lady Lensy se sintió ligeramente arrepentida al ver en la encerrona en la que iba a meter a su hijo, pero si él no quería buscar esposa, ella misma se la traería a casa. Que los Burch aún tuvieran su hogar sin acomodar le pareció el pretexto perfecto para invitarlos a pasar unos días y que trajeran a ese par de jovencitas. No estaba convencida de que fueran de su agrado, sin embargo, era un comienzo. Cualquiera de las dos estaría encantada de ser la nueva condesa, y ella más todavía de verlo casado. A esas alturas ya le daba igual con quién contrajera matrimonio, solo le importaba que cumpliera con su deber. Cassandra era una belleza y Eleanor la hija de sir Berry, gran amigo de su marido. Con suerte, alguna de sus virtudes llamaría su atención y lo emparejaría. Eso sí, tendría que ser sutil y que no se percatara de sus planes, o huiría tan rápido que no le daría tiempo a retenerlo.

—¡Señora Walsh! —llamó al ama de llaves en cuanto entró por la puerta.

—*Milady*. —La vieja mujer rechoncha llegó apresurada al escuchar cómo la nombraba su señora.

—Van a llegar invitados. Tiene que preparar las habitaciones para los Burch y sus dos hijas. Avise a la señora Frost de que esta misma noche los esperamos para cenar. Con lo gruñona que es esta cocinera seguro que se enfadaba por la falta de previsión, pero no me importa. No voy a perder esta oportunidad.

—¿Oportunidad? —murmuró por lo bajo sin entender a qué se refería.

—No pierda el tiempo y haga lo que le he dicho. —Hizo un ademán con la mano para indicarle que ya se podía retirar a cumplir con su cometido y, de pronto, recordó que no sabía el paradero de su hijo—. ¡Espere! ¿Sabría decirme dónde está lord Lensy?

—Hace unos minutos Phillips le ha servido el té en la biblioteca, supongo que todavía estará

allí.

—¿Dónde iba a estar si no? —se preguntó con ironía y corrió en su busca.

Debía informarle cuanto antes de que tenían invitados o de lo contrario podría hacer planes con alguno de sus amigos y no verlo en días. Era un hombre al que no le gustaba relacionarse demasiado, al menos con las personas con las que su madre quería que lo hiciera. Le costaba mucho que permaneciera en Whitecliffs House y, cuando lo hacía, casi siempre estaba recluso en la biblioteca, rodeado de una de sus pasiones: los libros. Por las habladurías que llegaban hasta sus oídos, parecía tener también un gran interés por las damas que no estaban interesadas en casarse. Estaba al corriente de sus múltiples amantes, pero jamás cortejaba a jovencitas. Huía de toda aquella mujer soltera que buscara marido. Que Dios la ayudara porque, fuera como fuese, encontraría la adecuada para llevarlo al altar.

Resollando a causa de la carrera y el apretado corsé, llegó hasta la estancia y entró sin llamar.

—¡Andrew! —elevó el tono más de lo que deseaba por la falta de aire.

Lord Lensy se encontraba sentado en un confortable sillón junto a la ventana, inmerso en la lectura de un precioso ejemplar de Hamlet encuadernado en cuero, que sostenía con mimo entre las manos. Ni siquiera levantó la vista para contestarle. Odiaba que lo interrumpieran, y que no llamaran a la puerta lo sacaba de quicio.

—¿Qué ocurre, madre? —respondió con toda la calma que pudo reunir.

—¿Puedes dejar eso y prestarme atención unos segundos?

Conteniendo el mal genio que se estaba engendrando en sus entrañas, posó la cinta roja en la página que estaba leyendo y cerró el libro. Resopló y se mordió la lengua, ya que, si llegaba a contestar en ese mismo instante, sería con certeza un exabrupto.

—Verás —comenzó con dulzura—, ¿recuerdas a sir Berry, el amigo de tu padre?

—Sí —dijo con precaución, sin saber qué fin tendría esa pregunta.

—Resulta que me he encontrado a su mujer, a su hija Eleanor y a su hijastra. Se casó con otro hombre y ahora es la señora Burch. Acaban de trasladarse a Dover y, como todavía no tienen la casa habilitada con todos los enseres necesarios para tres damas, los he invitado a pasar un par de semanas aquí hasta que lo tengan todo listo. Llegarán esta misma noche a cenar y me gustaría que estuvieras presente.

—Madre... —La miró con censura—. ¿Qué demonios está tramando?

—Nada —respondió con fingida inocencia.

—¿Trae bajo mi mismo techo a dos jovencitas con un pretexto ridículo y me está diciendo que no pretende nada? —suspiró exasperado.

—Estás muy equivocado. —Se hizo la indignada—. Lo he hecho por ayudar y para no sentirme tan sola. Dios me libre de que quieras entablar algo más que una amistad con cualquiera de esas dos muchachas. No son para ti. Una es, aunque bonita, demasiado joven; y la otra, parece una especie de mezcla entre una estricta institutriz y una matrona de luto. Definitivamente me disgustaría mucho que se te ocurriera fijarte en una ellas, la verdad.

—Entonces, ¿por qué tiene tanto interés en que acuda a la cena? —La sospecha todavía sobrevolaba sobre su cabeza.

—¡Por cortesía! Eres el anfitrión. —Hizo como si se enjugara una lágrima inexistente y continuó con tono triste—. Parece mentira que no recuerdes que tu padre ya no está y que debes ocupar su lugar.

—Soy consciente de ello, madre —dijo con pesar. El título le pesaba tanto como la losa que habían colocado al féretro del fallecido conde—. No debe preocuparse, asistiré. Aunque me

retiraré pronto, he de repasar los libros de cuentas.

—Será suficiente, Andrew. Ya habrás cumplido con tu cometido.

Se sentía eufórica, pletórica de alegría por haberse salido con la suya. Así que, antes de que se diera cuenta del alborozo que bullía en su interior, se dio la vuelta y salió de la biblioteca. Una vez en el corredor, corrió como una chiquilla hacia sus habitaciones. Debía seguir con la farsa, conocía bien a su hijo. No había una cosa más tentadora para él que lo prohibido. Desde niño le encantaba desafiar a quien osara vetarle algo. Le enseñaría los dulces y luego le diría que no los podía comer. Su instinto le decía que caería de cabeza en la trampa.

Una hora después, Andrew estaba en su habitación cambiándose para la cena. Asqueado por verse obligado a asistir, se asomó a la ventana para ver si respirando un poco de aire fresco se sentía mejor. No fue el caso. Justo en ese momento llegaban los invitados. Se ocultó tras las cortinas para que no lo vieran. Pudo observar sus exagerados gestos al encontrarse con la magnificencia de la gran mansión. Cuchicheaban y reían de un modo ordinario que no le gustó nada. Menos la última mujer en bajar del carruaje. Vestida de negro, no pronunció palabra y se mantuvo con la cabeza gacha. Con el sombrero calado no pudo distinguir si se trataba de una anciana o una chiquilla. Iba detrás de la familia como si fuera un miembro del servicio. En un primer momento llegó a pensar que se trataba de una doncella, pero lo descartó de inmediato al acordarse de lo que le había comentado lady Lensy sobre una de las muchachas. La primera joven era de cabello moreno y de baja estatura, esa no podía ser Eleanor. La niña que él recordaba tenía bucles rubios y era de constitución larguirucha. Debía tratarse de la del vestido oscuro. Y se preguntó cuál sería el motivo de ese atuendo tan inapropiado para su edad. Eso suscitó en él cierta curiosidad y fue lo que le motivó a seguir adelante con esta pantomima que le había preparado su madre. Porque dijera lo que dijera, estaba convencido de que quería emparejarlo con la hija de los Burch. A la señorita Berry la descartó de inmediato en cuanto la vio.

—¡Bienvenidos! —La anfitriona recibió a sus invitados con gran alegría.

—Muchísimas gracias, lady Lensy. Es todo un placer para nosotros que nos acoja en su hogar. Le presento a mi esposo, el señor Burch. —Palmeó el brazo del hombre y este le hizo una reverencia una tanto aparatosa.

—Un placer conocerlo. Siéntase como en su casa.

—Muchas gracias, *milady* —intentó suavizar su tono hosco.

El señor Burch era un hombre sin modales, orondo y sin refinamiento ninguno. Estaba acostumbrado a los bajo fondos, a trapichear en los puertos y tabernas. Su éxito se debía más a sus artimañas que al buen ojo para los negocios. Haría lo que hiciera falta para cerrar un buen trato y llenarse los bolsillos. Así fue como consiguió su riqueza. Ahora se encontraba entre dos mundos y, evidentemente, no encajaba entre las familias de renombre y grandes fortunas. Sin embargo, su hija Cassandra ya había sido educada desde la cuna y sus ademanes no tenían nada que envidiar a ninguna dama noble.

—Un placer volver a verla, lady Lensy. —Cassandra saludó con una elegante reverencia. Con su cara de ángel, adorable sonrisa y formas exquisitas, en poco rato ya la tendría encandilada.

Entre la anfitriona y Eleanor no hubo más que una mirada y una inclinación de cabeza. Ya se encargaron sus familiares de evitar que entablaran conversación.

Después del intercambio de palabras de cortesía, los condujeron a sus dormitorios. La cena casi estaba lista y debían refrescarse antes de bajar al gran salón-comedor. Todo transcurrió con normalidad hasta que salieron de las habitaciones y el señor Burch agarró a Eleanor del

ante Brazo, obligándola a parar. Con un fuerte zarandeo la hizo girar hacia él. Pegó tanto su rostro al de la joven, que su fétido aliento se le coló por las fosas nasales y tuvo que controlar una arcada para que no notara el desagrado que le causaba.

—Comerás el primer plato y te retirarás con la excusa de una terrible jaqueca, ¿entendido? —le escupió con desprecio las palabras a la cara. Eleanor asintió sin vacilar—. Quiero que lleves estas lentes. —Se las puso en la mano y la pobre chica comprobó con horror que los cristales eran muy gruesos. Sin duda se marearía y apenas podría ver con ellas—. Mantendrás la cabeza gacha y no conversarás con nadie salvo que te demos nuestro consentimiento. ¿Hay algún problema? —dijo desafiante.

—Ninguno, señor —respondió controlando las terribles ganas de llorar por tanta crueldad.

El hombre se cruzó de brazos a la espera de que se pusiera esos antiestéticos anteojos. Temblando de rabia e impotencia, la muchacha se los colocó. Con una imagen distorsionada pudo ver a su padrastro mofarse de ella, después, agarró a su esposa del brazo y emprendieron la marcha. Antes de dar un solo paso, Eleanor deslizó las lentes hacia la punta de la nariz. De ese modo, si miraba hacia el suelo podría saber por dónde andaba.

Era muy incómodo, no podía reconocer a nadie y mucho menos distinguir las expresiones faciales, lo cual le dificultaba el saber si se estaban refiriendo a ella o a otra persona. Había que admitir que el ingenio del señor Burch no tenía límites. Como se vio obligado a que fuera a Whitecliffs House, logró encontrar una forma de, aun estando presente, aislarla de todos.

Llegaron al salón-comedor y ya les esperaban el conde y la condesa viuda. Hubo las pertinentes presentaciones, en las cuales Eleanor quedó en un segundo plano. Logró llegar hasta la mesa y sentarse sin tropezar. La colocaron entre la anfitriona, a su izquierda presidiendo la mesa, y su madre, a la derecha. Supo quiénes eran porque conocía las voces y los colores de los vestidos. Sospechaba que lord Lensy debía de encontrarse en el otro extremo, ya que sus palabras sonaban lejanas. Habría sido incapaz de verle el rostro aunque lo hubiera tenido delante. De hecho, empezó a sentirse cada vez más mareada debido a las lentes. Deseaba terminarse el primer plato cuanto antes para poder marcharse como le habían ordenado. No podía prestar atención a ninguna de las conversaciones. Tras la última cucharada de sopa y con las arcadas amenazando a subir por su garganta, se levantó sin previo aviso haciendo que todos los presentes le prestaran atención.

—Mil perdones, pero tengo retirarme. No me encuentro bien —dijo en un tono apenas audible.

Corrió hacia su habitación sin esperar el consentimiento de su padrastro. Oyó como alguien le preguntaban si necesitaba ayuda y ni siquiera se molestó en contestar o averiguar quién era. No veía el momento de sacarse los malditos anteojos. En cuanto estuvo en el vestíbulo se los quitó. Ya más aliviada, subió las escaleras con calma, respirando profundamente para que se le pasara la angustia. Enseguida se sintió mejor y empezó a mirar a su alrededor. Antes no pudo apreciar el lugar. Cuando ya llegaba al primer piso, se paró a comprobar que no había nadie, y estudió el recorrido que debería hacer esa misma noche para poder llegar a la biblioteca. Recordaba a la perfección el camino. Sonrió y continuó hasta su alcoba, donde esperaría con paciencia a que todos se acostaran. No veía el momento de tener todos esos libros a su alcance.

—¿Qué le pasa a Eleanor? —preguntó con preocupación la anfitriona al ver la urgencia con la que se había marchado la muchacha—. Si hace falta podemos llamar al médico para que la atienda.

—No será necesario —respondió con rapidez la señora Burch—. Es una joven enfermiza y algo atolondrada. Va con su carácter. Sin contar con que su educación deja mucho que desear,

como ha podido comprobar. Su padre, que Dios lo tenga en su gloria, se empeñó en dejar por escrito que fuera internada en un colegio para señoritas. Fue la peor decisión que pudo tomar. Todos sabemos la gran atención que hay que tener con nuestras niñas para que no salgan torcidas. Una dama ha de ser instruida en casa bajo la supervisión constante de una madre. ¿No opina igual, lady Lensy?

—Sin duda. Con mi hija Elizabeth así lo hicimos. Ha tenido las mejores institutrices de todo el país, aquí, en nuestro hogar.

—No se imagina el disgusto tan grande que me llevé con ella —le susurró para que nadie más pudiera oírlo—. Es tan alocada que tuvo una aventura con el hijo del carnicero que llevaba los suministros a la escuela. —Lady Lensy contuvo un grito poniendo la mano sobre los labios—. Tan solo tenía dieciséis años. ¡Fue expulsada! Doy gracias a la benevolencia y generosidad del señor Burch por consentir que permanezca bajo nuestro mismo techo, sabiendo que la reputación de su hermosa hija podría quedar en entredicho.

—Había escuchado hablar de los peligros que podían correr las jovencitas en esos centros, pero no me imaginaba que llegaran a esos extremos. Pensaba que estarían mejor vigiladas. —Soltó un suspiro. Estaba escandalizada. No podía creer que aquella niñita de bucles dorados y carácter tan dulce se hubiera convertido en una mujer de ese tipo—. Por mí, no debe temer nada, aunque opino que no debería ir divulgando eso por ahí por el bien de Cassandra.

—He depositado en su señoría toda mi confianza, sabiendo de antemano que es una dama indulgente y que, por la amistad que nos une, sabría guardarnos el secreto. No sabe lo difícil que es para mí como madre tener que admitir que Eleanor ha hecho algo tan indigno. La vergüenza que siento es insoportable. —Se llevó el pañuelo a la boca para intentar ocultar un sollozo, que sin lugar a duda era falso.

Ya había conseguido lo que buscaba, que dejara de importarle Eleanor. Ahora tendría toda la atención para su hijastra. Con su radiante sonrisa, seguro que encandilaría a lord Lensy antes de que tuvieran que marcharse de Whitecliffs House.

El conde, ajeno a la conversación que estaba manteniendo su madre, se sentía asqueado por tener que permanecer sentado a la mesa por compromiso. Se hallaba más incómodo a cada minuto que pasaba, y la velada se le antojaba larga y tediosa. Lo único interesante fue cuando esa extraña mujercita con sus ridículas lentes en la punta de la nariz huyó a toda prisa. La envidió. Hubiera deseado poder hacer lo mismo sin que nadie lo acusara por tremenda descortesía. La conversación del señor Burch le sonaba forzada, como si quisiera impresionarlo. Y la señorita Cassandra lo miraba y sonreía sin descanso, esperando que entablaran cualquier tipo charla. Irritado, declinó la oferta del señor Burch de fumar un cigarro y tomar una copa tras la cena, y se retiró temprano alegando que tenía que comprobar los libros de cuentas antes de acostarse. Nunca se había alegrado tanto de abandonar el salón-comedor como esa noche.

Capítulo 2

Hacía ya un buen rato que Eleanor esperaba ansiosa porque reinara el silencio en la mansión. Ya había escuchado cómo se marchaba la doncella después de ayudar a su madre y a Cassandra. Seguro que, después de tantas emociones fuertes, estarían agotadas y se dormirían pronto. Su padrastro no la preocupaba, era fácil saber cuándo descansaba por sus fuertes ronquidos. Empezaba a ser tarde, las fuerzas le fallaban y los ojos comenzaban a escocerle. Tenía que actuar cuanto antes o los párpados se le cerrarían y no los abriría hasta el nuevo día. Y no podía perder la oportunidad. Saltó de la cama y, con una vela para alumbrarse el camino, salió de su habitación. Tuvo la suerte de no toparse con nadie y llegó enseguida a su destino.

No la recordaba tan grande. Emocionada, dio una vuelta sobre sí misma admirando la biblioteca. Había tanto donde escoger, que era incapaz de decidirse. Iba acariciando los lomos de los libros mientras leía los títulos. Maravillada, descubrió que, en la parte de arriba, al lado derecho de la puerta, había novelas de Frances Burney. Con una amplia sonrisa, arrastró la escalera, apoyó el candelero en el peldaño más alto y se subió a ella para poder tener entre sus manos esas obras literarias. Una vez que los tuvo al alcance, empezó a coger uno tras otro. Los abrió y olió el interior, deleitándose con el aroma del papel y la tinta que tanto le agradaban. Los acumuló en el regazo. Se topó con otros autores interesantes y siguió estirando el brazo para darles alcance. Empezaban a pesarle demasiado y comenzó a temer que se le cayeran. Si deterioraba la cubierta de cualquiera de ellos, no se lo perdonaría. Cuando ya se disponía a bajar, vio un volumen con el título *La abadía de Nothanger*. No pudo evitarlo y quiso hacerse con él. Estaba demasiado lejos. Gracias a la desmesurada confianza en su agilidad, se puso de puntillas en precario equilibrio y lo atrapó.

—¿Qué se supone que está haciendo? —La sorprendió la voz de un hombre.

Dio tal respingo que la escalera empezó a temblar, todos los ejemplares se le fueron escurrieron de entre las manos y, finalmente, cayó de espaldas con un grito sofocado. El hombre reaccionó de inmediato y la sostuvo antes de que diera con sus huesos contra el suelo.

—¿Está loca? ¡Podría haberse matado! —la increpó cuando todavía la cargaba entre sus brazos.

—¡La culpa es suya! ¡Me ha sobresaltado! —Brincó de su regazo y se apartó unos metros.

No sabía quién era, pero a esas horas solo podía ser alguien del servicio. Enfadada con el intruso, agarró la vela y lo alumbró para poder explicarle las horribles consecuencias que podrían haber acarreado sus actos. Al verle el rostro se quedó muda. Se trataba del mismísimo lord Lensy. Hasta el corazón parecía habersele detenido. Un sudor frío le cubrió el cuerpo, la cabeza le daba vueltas y envidió a esas mujeres que tanta facilidad tenían para desmayarse, porque hubiera dado cualquier cosa por perder el conocimiento en ese instante.

—¿Cómo ha dicho? —dijo enojado por el tono empleado.

—¡Perdóneme, milord! Lo he confundido con un sirviente. —Le hizo una reverencia.

Era incapaz de mirarlo a la cara. Se moría de vergüenza, de incertidumbre, de miedo... Si la delataba estaría perdida.

—¿Quién es? ¿La nueva criada? —Intentó agudizar la vista.

—Soy la señorita Berry —respondió cabizbaja.

—¿Eleanor? —Extrañado, se acercó y le levantó el rostro con la punta de los dedos.

No podía creer lo que estaba viendo. Esta jovencita no tenía nada que ver con la que se había sentado a su mesa esa misma noche. No se trataba de la mujer más bonita del mundo, sin embargo, era hermosa. Fue entonces cuando reparó en su atuendo; no llevaba más que un liviano camisón, ni siquiera estaba calzada. La fina tela no dejaba lugar a la imaginación, podía ver a través de ella el contorno de su silueta y la forma de sus senos. Los cabellos sueltos y ondulados le caían en cascada hasta más allá de la cintura.

—No es posible... —susurró mientras la miraba con descaro.

Un sofocante calor se apoderó del cuerpo de la muchacha al darse cuenta de lo que estaba haciendo el conde. Las mejillas se le tiñeron de rojo y comenzó a retorcerse las manos con nerviosismo. La única prenda que la cubría era tan ligera y vaporosa que se sintió totalmente desnuda. Tomó su abundante cabellera y la desplazó hacia la parte delantera. De ese modo tuvo la sensación de estar algo más resguardada, pero no segura. La penetrante mirada del hombre parecía traspasar cuanto llevaba. Incómoda, y sin saber qué decir, carraspeó para que cesara con su escrutinio.

—¿Por qué? —atinó a decir.

—¿A qué se refiere, milord? —susurró cohibida.

—¿Por qué se viste de ese modo? Es una joven agraciada. En lugar de realzar sus virtudes, las oculta. Desde el peinado, hasta esos horribles vestidos negros. ¿Por qué? —confuso, volvió a preguntar lo mismo.

—No puedo hablar de ese tema. —Ladeo la cabeza y dejó la mirada perdida.

—¿Y qué está haciendo aquí a estas horas? Debería estar descansando.

—Me gusta mucho leer. —Se encogió de hombros sin dar más explicaciones.

—De noche no es el mejor momento para hacerlo. Puede venir por el día, yo le doy mi permiso, si es que es eso lo que teme que pueda negarle.

—No sabe cuánto le agradezco que me dé su beneplácito, pero es mi padrastro el que me lo prohíbe, y no puedo desobedecerlo o la sanción sería peor. —La vergüenza no la dejó continuar.

—Ya no es una niña. ¿Cómo es posible que siga infligiéndole castigos? ¿Tan mal se porta? —Se le escapó una sonrisa ladina.

—No —dijo malhumorada—. Da igual cuál sea mi comportamiento, nunca recibiré el perdón de ese hombre, aunque me pase la vida entera como una penitente suplicando por él. —Hasta que no terminó la frase no se dio cuenta de su error.

No debería haber dicho eso. Si lord Lensy se lo comentaba al señor Burch estaría perdida. La sangre se le heló en las venas y quiso huir antes de que le fallaran las piernas.

—Discúlpeme, he de retirarme.

—¡Espere! —La cogió de la muñeca cuando se disponía a salir corriendo.

—Se lo suplico, déjeme marchar —le lloriqueó, e intentó zafarse de su agarre.

—No sin antes recoger este estropicio. Colocaremos los libros en su lugar entre los dos. Estoy seguro de que no quiere que nadie se entere de que ha estado aquí, ¿me equivoco? —Ella negó con energía—. Me subiré a la escalera y me los va pasando.

Sin dilación, Eleanor fue reuniendo los ejemplares desperdigados por el suelo y se los fue pasando al conde. Con el último volumen sus dedos se rozaron y se le arrebolaron las mejillas al ver que lord Lensy le dedicaba una sonrisa. Separó la mano de inmediato y, sin despedirse, escapó de esa mirada penetrante que tantos sentimientos encontrados le estaba provocando.

Al llegar a su habitación sintió que el corazón se le iba a salir por la garganta. No recordaba haber corrido tanto en toda su vida. No se paró siquiera a comprobar si alguien podía haberla

visto. Sin embargo, una vez que estuvo al resguardo de esas cuatro paredes y con la puerta cerrada, suspiró y se rio sin saber muy bien el porqué. Como al conde le diera por hablar, el castigo sería tremendo. Con ese pensamiento en mente se apresuró a meterse entre las sábanas y se tapó hasta las orejas. Estaba tan nerviosa que era incapaz de estarse quieta. Resopló y resopló dando vueltas sin parar. No podía conciliar el sueño. Era imposible. Terminó por sentarse en la cama y rezarle a Dios para que ese hombre mantuviera la boca cerrada.

La luz del nuevo día despertó a Eleanor. Fue hasta la ventana y admiró el paisaje. El sol brillaba y apenas había unas cuantas nubes en el cielo. Una suave brisa mecía las copas de los árboles. La mañana prometía ser perfecta para dar un largo paseo campestre. Abrió los postigos y respiró el aire fresco. No tenía ni idea del motivo por el cual se sentía tan alegre. Casi no había dormido ni comido desde que llegó. Debería estar preocupada por si la delataban, y no lo estaba. Las tripas le rugieron de hambre y se afanó en ponerse un vestido y bajar en busca de algo que comer. Ya se preocuparía más tarde de esos asuntos, ahora le urgía llevarse algo a la boca o desfallecería.

Como no sabía muy bien dónde se servía el desayuno, se paró a preguntar a una de las doncellas que se topó por el camino. Ella, muy solícita, la acompañó hasta la estancia adecuada; una vez allí se retiró. En cuanto la dejó a solas, se puso los anteojos y entró. No sabía si llegaba demasiado pronto, pero debía tomar precauciones para que no la sorprendieran sin ellos puestos. Menos mal que lo hizo, porque por encima de los vidrios pudo ver que estaban todos allí reunidos y con sus platos ya vacíos. Nadie fue a despertarla. Las caras de disgusto de sus familiares al verla le dieron ganas de marcharse. Lord Lensy ni tan siquiera levantó la vista del periódico que estaba leyendo. La mueca de desagrado de la anfitriona tampoco fue muy halagüeña.

—Buenos días —saludó.

—¡Oh, querida! ¿Qué tal te encuentras hoy? —preguntó por cortesía lady Lensy.

—Mucho mejor, *milady*.

—Me alegro. Siéntate y come cuanto quieras. —Le señaló una de las sillas vacías. Después continuó charlando con la señora Burch.

El resto de los comensales hizo igual, ignorarla. Eso le sirvió de gran ayuda, ya que, si nadie le prestaba atención, podía dejar resbalar sus incómodas gafas hasta la punta de la nariz y servirse con más comodidad. Debía de encontrar la forma de poder ver mejor sin quitárselas. Lo peor de todo era el mareo. Por su culpa, se le revolvía el estómago y apenas podía comer. No tenía ni idea de cómo se las iba a ingeniar para no morir de hambre durante la estancia en la gran mansión.

La condesa miró al exterior y observó con atención cómo el sol entraba a raudales por la ventana. Hacía un tiempo inusual para esa época del año y ella iba a aprovechar esa circunstancia.

—Hace un día magnífico para hacer una comida campestre, aunque todavía sea invierno, ¿no creen? —propuso la anfitriona.

—Es una excelente idea —la animó la señora Burch.

—¡No puedo estar más de acuerdo! —la secundó Cassandra.

—Pues no se hable más. Vamos a organizarlo todo. —Sonrió complacida lady Lensy—. Seguro que los caballeros también estarán encantados de acompañarnos.

El conde se atragantó con el té que estaba bebiendo y tuvo que recomponerse antes de mirar a su madre con inquina. No había cosa más tediosa para él que pasar el día entero junto a su madre en una salida al campo. No era la primera vez que, una vez allí, le obligaba a dar un paseo

con la jovencita de turno para enseñarle sus tierras.

—Lo siento, pero no va a ser posible. Tengo asuntos pendientes —se excusó cuanto antes.

—¿Estás seguro? ¿No puedes dejarlo para más tarde? —le suplicó su madre.

—No —respondió con rotundidad.

—Es una lástima —se dio por vencida—. Estos hombres de hoy en día siempre tan ocupados. Seguro que podremos organizar otra cuando venga tu hermana, ¿de acuerdo? Ahí sí que no te voy a permitir que me digas que no.

—Cuando venga Elizabeth, ya hablaremos. —Se levantó, irritado por la conversación.

En ese instante fue cuando reparó en que Eleanor se había puesto en pie y parecía mareada. Le dio la sensación de que buscaba con desesperación un hueco por encima de las lentes para poder ver con claridad. Entonces recordó que la noche anterior no las llevaba y no parecía que le hicieran ninguna falta. Incluso podía distinguir en la penumbra los lomos de los libros y leer sus títulos. Extrañado, miró a su hermanastra Cassandra y después a ella otra vez, llegando a sus propias conclusiones sobre lo que sucedía. Se acercó hasta ella con el pretexto de salir de la estancia y la empujó deliberadamente. Le golpeó la nariz con el hombro y los anteojos cayeron al suelo. Después los pisó, haciendo añicos los cristales.

—¡Oh, Dios mío! —Se giró para disculparse por lo que acababa de hacer—. ¿Se encuentra bien?

—¡No eres más que una torpe entrometida! —la reprendió su padrastro—. ¡Pide perdón ahora mismo!

—¡Lo siento! —Eleanor respondió de forma automática.

—Está usted muy equivocado, señor Burch. He sido yo quien la ha arrollado y se ha interpuesto en su camino. No tiene por qué amonestarla, la culpa es solo mía. —Se agachó y recogió las gafas rotas—. Me haré cargo de su reparación, no tiene de qué preocuparse. El problema es que no estarán listas hasta dentro de unas semanas.

—No será necesario, milord. —Se hizo el halagado ante su gesto.

—Insisto —dijo tajante. Al señor Burch no le quedó más remedio que asentir.

Al conde no le pasaron desapercibidas las miradas de desprecio hacia la muchacha. Era consciente de que no tenía ni un ápice de estima hacia Eleanor, que todo su afecto se lo dedicaba a su verdadera hija. Comprendía que no le tuviera apego, pero de eso a despreciarla, había un gran paso. A fin de cuentas, era su padrastro y estaba a su cargo. No se tenía por un hombre entrometido o chismoso, sin embargo, allí se fraguaba algo extraño y quería averiguar qué.

Tomó por el codo a Eleanor y la ayudó a sentarse de nuevo en la silla. Temblaba. Pudo sentir su frágil cuerpo vibrar bajo sus dedos. Sorprendido, buscó en su mirada el motivo y lo que encontró le extrañó aún más; parecía muerta de miedo. Sus ojos, desmesuradamente abiertos y al borde de las lágrimas, le encogieron el corazón. Se preguntó por qué estaba tan asustada. De pronto, rememoró la conversación que mantuvieron la noche anterior en la que le dijo que su padrastro la sancionaba con frecuencia. No podía ser que le infligiera un castigo físico, se negaba a creer que ese hombre fuera tan cobarde como para hacerle eso a una chiquilla indefensa. Tenía que ser otra cosa. Quizá la amenazaba de algún modo. A obstinado no le ganaba nadie, y por su honor, descubriría el motivo.

—¿Quiere que le sirva un poco más de té? Creo que le sentará bien. —Se afanó por hacerla sentir cómoda y le vertió el líquido en el recipiente.

—Gracias —respondió todavía aturrida.

Cuando Eleanor se dispuso a dar un sorbo de la taza, vio con claridad los rostros de las personas allí presentes; no solo porque ya no llevaba las lentes, sino porque nadie reprimía los

sentimientos que le procesaban, incluida lady Lensy. El asombro, el desprecio y el rechazo por dejarse atender por el conde eran palpables. Podía interpretarlo en sus gestos como si fueran libros abiertos. Desolada, apoyó su té en la mesa y se puso en pie.

—Disculpenme, pero sin mis anteojos apenas puedo ver. Será mejor que me retire a mi habitación. —Rodeó a lord Lensy con sumo cuidado para no tocarlo y se marchó sin que a nadie le importara.

Ya habían pasado dos largos años desde que la expulsaron de la Escuela para Damas Wellington. En todo ese tiempo de humillaciones y castigos, creía haberse acostumbrado a sufrir en silencio y sobrellevarlo de la mejor forma posible, con fortaleza. No obstante, no siempre lo conseguía y en ocasiones su resistencia fallaba, como en ese momento. Tomó conciencia de que su madre ya había contado a lady Lensy su versión de los hechos y, como todo aquel que se enteraba, ya la juzgó de inmediato. Si continuaba con su familia, nunca conseguiría entablar una conversación sin que la miraran con altivez y la menospreciaran. Jamás tendría una amistad y, mucho menos, un hombre se fijaría en ella. Con los ojos anegados en lágrimas, cruzó el umbral de su habitación y corrió hasta la cama para hacerse un ovillo, abrazada a la almohada.

Unos golpes en la puerta la despertaron. Se había quedado dormida al poco rato de llegar debido al agotamiento acumulado. No tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido. Volvieron a llamar con insistencia y se levantó para abrir, sin ni siquiera reparar en quién podría estar al otro lado. En cuanto lo hizo se quedó petrificada, ¡era el conde!

—¿Qué desea, milord? —A duras penas pudo terminar la pregunta, ya que la empujó para entrar en la estancia y cerrar tras de sí—. ¿Qué hace? ¡No puedo dejarle pasar! —dijo horrorizada.

—¡Cállese! ¿O es que quiere que nos descubran? —susurró alterado. Guardó silencio durante unos segundos mientras agudizaba el oído para saber si los habían oído.

—Tiene que marcharse de inmediato —le exigió. Si lo encontraban en su habitación ya sería la gota que colmaría el vaso.

—Tranquilícese, Eleanor, me iré enseguida —le dijo con confianza—. Mi madre y sus parientes han salido a comer al campo y se han llevado a parte del servicio con ellos. Ahora no hay nadie en los corredores. Quiero pedirle que se reúna conmigo en el gran salón para almorzar juntos y, de paso, entregarle este libro por el que tanto interés tuvo como para arriesgar su cuello por alcanzarlo —le ofreció el manuscrito

—¡La abadía de Nothanger! —Acarició la cubierta donde estaba grabado el título—. Quiero que sepa que no corría peligro alguno. Perdí el equilibrio porque me sobresaltó. —Él la miró con severidad—. ¿O quizá sí? —reconoció y se le colorearon las mejillas—. Gracias por el obsequio, pero no debo aceptarlo.

—No se lo estoy regalando, solo se lo presto para que pueda leerlo mientras está aquí.

—Es muy generoso, aun así, no puedo. No me lo permiten.

—¿El qué? ¿Recibir un presente? —preguntó extrañado.

—No. Leer, no me dejan leer.

—Pero ¡eso es absurdo! ¿Cómo no le permiten hacer algo tan inofensivo? ¿Acaso creen que va a decantarse por lecturas ofensivas o morbosas que puedan dañar su frágil mente? ¿Es que son sus padres de esa clase de personas que piensan que las mujeres se vuelven locas cuando invierten demasiado tiempo en los libros? —Se rio por lo ridícula que le parecía la idea.

—Solo es un simple castigo impuesto por mi padrastro —dijo sin más preámbulos.

—¿Y qué grave crimen ha cometido para que no hagan más que sancionarla e incluso le priven de un vestuario adecuado a su clase y condición? Sin contar con que le obligan a llevar

unos anteojos que sin duda ni le favorecen ni los necesita.

—¡Lo sabía! ¡Me los rompió deliberadamente! —Dejó la boca abierta por la sorpresa.

—Sí, me di cuenta de que estaba angustiada y que buscaba un resquicio por encima de los vidrios para poder reconocer lo que tenía a su alrededor. Sin contar con que ayer por la noche podía ver cual felino en la penumbra de mi biblioteca sin ellos puestos.

—¡Oh! —Puso la mano de inmediato sobre la boca para intentar que no se oyera su gemido—. Es muy perspicaz.

—¿Me toma por un necio? No había más que mirarla para darse cuenta —respondió con soberbia al pensar que lo estaba insultando.

—Para eso tendrían que haber reparado en mí. Sin embargo, nadie, salvo su señoría, lo hizo.

Lord Lensy se la quedó mirando y comprobó que lo decía en serio. No había segundas intenciones u ofensa alguna. Era un tanto esquiva a la hora de responder sus preguntas, pero parecía sincera. Todavía tenía demasiadas dudas hacia la joven y no se quedaría tranquilo hasta solventarlas.

—Puede que tenga razón. He comprobado que hacen un gran esfuerzo por ignorarla. El desdén con el que la trata y mira su padrastro es de lo más escandaloso. Lo cual me lleva a la misma pregunta de antes, ¿qué diantres ha hecho para merecerse semejante desprecio por parte de sus allegados?

Eleanor suspiró, dándose por vencida. ¿Qué más daba? No tardaría en enterarse por boca de su propia madre. Resignada, tomó aire antes de hablar:

—Mantuve una aventura con el hijo del carnicero que traía los encargos al colegio donde estaba interna. —Decidió dar la versión que todos corroborarían, la que se creería sin lugar a duda.

—¿En serio? —preguntó escéptico, arqueando la ceja izquierda.

—¿Acaso no me cree?

—Me resulta difícil de aceptar que alguien que se escandaliza tanto porque entre un hombre en su habitación y que se sonroja por un simple roce, se deje seducir por un joven que apenas ve unos minutos cuando trae el reparto. Me parece muy poco probable. —La miró con suspicacia.

—Pregúntele a su madre. Ella podrá corroborar mi historia. —Levantó la barbilla con altanería.

—Preferiría tener esa conversación con la causante de semejante fechoría. No siempre se tiene la oportunidad de dar de primera mano su versión de los hechos. —Sonrió y esperó unos segundos. Al ver que no respondía, insistió—: Le prometo que no la voy a juzgar.

—Me temo que ya es tarde. Con la impresión inicial ya habrá sacado sus propias conclusiones. —Eleanor elevó los hombros. El conde soltó una carcajada.

—Tiene razón, aunque el resultado puede que no sea el que usted espera. —Se dio la vuelta, dispuesto a salir de la estancia—. Quédese el libro y lea en la intimidad de su habitación. Le prometo que nadie la sorprenderá. Será avisada en el momento en el que sus parientes lleguen a casa, así le dará tiempo a esconderlo.

—¿Cómo se lo devuelvo? —se apresuró a preguntar al ver que tiraba del picaporte.

—Creo que sabe perfectamente cuál es su sitio y cómo y a qué hora debe ir. Solo le pido que no haga juegos malabares sobre la escalera. —La diversión se reflejaba en sus ojos cuando se giró hacia ella—. La espero en el salón para el almuerzo dentro de media hora. —Cerró la puerta tras de sí sin darle la opción de declinar su oferta.

En cuanto se quedó a solas, una sonrisa jovial apareció en el rostro de Eleanor. Era el hombre más irritante, descarado y pretencioso que había conocido, sin embargo, le agradaba.

Capítulo 3

Sin saber muy bien el motivo, a Eleanor le latía el corazón de forma acelerada. Sí que era verdad que se apresuró en adecentarse antes de reunirse con el conde, pero estaba acostumbrada al ejercicio físico y nunca le bombeaba tan deprisa a no ser que corriera, aunque no era el caso. Puede que se tratara del simple hecho de tener que estar en presencia de ese hombre. Si sus familiares se enteraban de que habían estado comiendo juntos, los disgustos acrecentarían su ya larga lista de problemas. En cuanto llegó al vestíbulo intentó normalizar la respiración, no quería entrar en el salón jadeante y que él lo interpretara como que estaba ansiosa por verlo. Se alisó la falda con las manos y llamó a la puerta. El mayordomo la abrió al instante, como si hubiera estado esperando detrás.

—La señorita Berry, milord —la anunció.

—Adelante, Eleanor. —Lord Lensy se levantó y apartó la silla que estaba a su lado—. Tome asiento. —Ella se sentó donde le indicaba, un tanto apabullada por sus atenciones.

—No debería ser tan cortés conmigo —susurró. Él se la quedó mirando con la ceja izquierda arqueada, ese gesto que le hacía parecer tan arrogante.

—¿Me está diciendo que no quiere que la trate como el caballero que soy? —preguntó confundido mientras volvía a su lugar.

—Su exceso de amabilidad hacia mi persona podría traernos consecuencias negativas para ambos.

—Ilústreme, por favor, me tiene totalmente desconcertado.

Eleanor miró con disimulo al mayordomo. Ya era bastante peligroso que los vieran juntos, mucho peor sería si en el servicio empezaran a rumorear sobre sus conversaciones privadas.

—Parsons, avise a la cocina para que nos sirvan la comida. —Actuó con rapidez al interpretar su rostro. El mayordomo inclinó la cabeza y salió—. Va a tener que darse prisa, no estaremos durante mucho tiempo a solas.

—¿Qué cree que pensaría lady Lensy si supiera que está teniendo ciertas atenciones hacia una joven de mi reputación? Puede que su reprimenda no fuera muy severa, debido a que es un caballero de su posición, pero ¿se imagina lo que podría sucederme si mi padrastro se enterara de que me dejó agasajar por su señoría? Me acusaría de distraerle y entorpecer la posible unión con su queridísima Cassandra.

—¿Pretende emparejarme con ella? —dijo con cierta alarma en el tono de voz.

—¿Qué padre no quiere encontrar el pretendiente perfecto para su hija en edad casadera? Y en el caso del señor Burch, cuanto más ventajoso sea el casamiento, mejor. Milord, ha de entender que es un candidato inmejorable. —Se rio de la cara de espanto del hombre.

—¿Se está burlando de mí?

—En absoluto, pero he de reconocer que estoy disfrutando de su desazón.

En ese momento entró una criada para servir el primer plato y a lord Lensy se le quedó atascada la réplica en la garganta. Contrariado, resopló, cosa que hizo gracia a Eleanor y no pudo contener la risa, aunque intentó disimularla con una pequeña tos. Por extraño que fuera, le agradó su forma burlona de decirle que su padrastro estaba dispuesto a cazarlo como si fuera una presa de prestigio. Sin poder evitarlo, desvió la mirada hacia la cornamenta de un ciervo que estaba

expuesta en la pared derecha de la chimenea. Una sonrisa ladeada se le dibujó en el rostro al imaginarse su propia cabeza en las mismas circunstancias.

—Me divierte su compañía —dijo en cuanto se retiró la sirvienta—. No suelen hablarme de un modo tan distendido, y menos una jovencita.

—Puede que esté tan contenta de poder conversar con alguien que ha conseguido que me relaje en su presencia.

—¿Tampoco le dejan hablar? —preguntó extrañado—. ¿Cómo consiguen hacer tal cosa? Deberían tenerla encerrada para lograrlo.

Eleanor desvió la mirada y no respondió. Se sentía demasiado avergonzada. ¿Cómo iba a admitir que estaba en lo cierto? Permanecía recluida en casa a no ser que la necesitaran para hacer un recado o ayudar a cargar con los paquetes, como sucedió el día que encontraron a lady Lensy en la tienda de telas. Así era.

—Si el tema le perturba, continuaremos con otro. —Actuó con rapidez al ver su incomodidad—. Podríamos hacerlo sobre el libro que le he prestado.

Intrigada, Eleanor levantó la vista y comprobó el triunfo en los ojos de su acompañante al ver que había acertado con la elección. La lectura era su debilidad y él ya lo había descubierto.

—Ese es el primer volumen de cuatro —continuó tentándola—, los compré hace una semana en Londres. Dos tomos pertenecen a la obra *La abadía de Nothanger* y los dos siguientes a *Persuasión*. Aunque no nombran al autor, es de conocimiento público que pertenecen a la recientemente fallecida Jean Austen.

—¡He leído dos de sus obras y me sedujo su estilo! —exclamó entusiasmada—. Me hubiera gustado poder conocerla en persona. He oído que hacía unas declamaciones excelentes.

De pronto, la sospecha inundó a Eleanor. No entendía cómo un caballero decía abiertamente que había adquirido novelas de un dudoso género literario, que provocaba tanta controversia entre los hombres, y más dentro de la clase alta y la nobleza.

—¿Le agrada la temática? —le preguntó sin contener por más tiempo la curiosidad. Una amplia sonrisa asomó a los labios del conde.

—No es mi materia preferida, los argumentos en los que están basados no son de gran interés para mí. Sin embargo, pueden resultarme entretenidos siempre y cuando la calidad del escrito sea aceptable.

—¿No teme que alguien pueda escuchar sus palabras? Sus amigos y parientes podrían burlarse.

—No. —Se encogió de hombros con indolencia.

—Me desconcierta. —Frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿Porque me da igual lo que opinen los demás? Mis gustos literarios son amplios. Los grandes clásicos en griego y latín abundan en mi biblioteca, que es lo que se espera de un caballero, soy consciente de ello; pero he de reconocer que este nuevo tipo de lectura es un sople de aire fresco. Además, mi madre es una lectora voraz de este género femenino, y yo, como buen hijo, he de complacerla ampliando nuestros estantes.

—Aunque sé que en el fondo los compra para lady Lensy, estoy tan sorprendida por su forma de razonar que apenas puedo creerlo.

—Espero que ese asombro sea grato.

—¡Por supuesto! —Se sonrojó de inmediato al darse cuenta del énfasis que había puesto en sus palabras. Él no pudo más que reírse por su respuesta.

Las puertas se abrieron y entró la servidumbre a recoger la vajilla ya utilizada y servir el segundo plato. En esa ocasión, Eleanor agradeció la interrupción. El entusiasmo que estaba

demostrando hacia el conde estaba siendo escandaloso. El hecho de haber aceptado comer a solas con él ya era ilícito para una mujer soltera, que encima lo estaba halagando de forma descarada. Se removió inquieta en la silla y deseó poder salir corriendo. Le quedó muy claro que no tenía ni la más remota idea de tratar con hombres.

—Milord —irrumpió el mayordomo un tanto apurado—, el honorable Henry Slater acaba de llegar.

—¿Es que ese granuja siempre tiene que aparecer sin previo aviso? —murmuró con enfado lord Lensy—. Dígale que me espere en la biblioteca. —El empleado inclinó la cabeza con diligencia y se dispuso a salir—. ¡Parsons! —Se giró el susodicho—. Ni se le ocurra servirle mi brandy por mucho que insista, ¿entendido?

—Sin duda, milord. —Se retiró con presteza.

—Si quiere puede reunirse con su invitado, no se preocupe por mí —le aseguró Eleanor en cuanto se quedaron a solas.

—De ningún modo —dijo con rotundidad—. Le puedo asegurar que no es un invitado. Es mi amigo, pero su exceso de confianza me enerva.

Eleanor procuró aguantar la risa. Le hacía gracia ver que le desagradaba tanto que alguien se saltaras las normas. Era incuestionable que le gustaba guardar las formas y cumplirlas a rajatabla. Sin embargo, si se trataba de su persona, parecía que había más margen. Esa misma mañana entró en su habitación y estuvieron a solas durante un buen rato, cuando podría haberla metido en un tremendo compromiso si llegaban a descubrirlos. O la noche anterior en la biblioteca, que no llevaba más que un ligero camisón y, en lugar de marcharse de inmediato, se quedó a conversar con ella. En circunstancias normales, les podrían obligar a casarse. No obstante, su situación rayaba lo insólito. Ninguno de los familiares le exigiría a un conde que la llevara al altar gracias a su más que dudosa reputación. Quizá por esa razón se tomaba ciertas libertades. La única perjudicada sería ella, ya que, si su padrastro se enteraba, la despellejaría viva por interponerse en sus planes. A la joven no le gustó nada llegar a esa conclusión. Se le borró del rostro todo signo de alegría. Debía guardar las distancias. Había sido muy poco inteligente por su parte dejarle llegar tan lejos.

—Si me disculpa, milord, voy a retirarme ya. —Se apoyó en la mesa para levantarse y lord Lensy la tomó por la muñeca para evitar que se fuera.

—Por favor, señorita Berry, le ruego que no lo haga, no hemos acabado de comer. Además, aún falta lo mejor: el postre. Las tartas de la señora Frost son exquisitas. El bribón de Slater no es motivo de peso para que se pierda semejante delicia.

A Eleanor se le hizo la boca agua. Hacía tanto tiempo que no probaba un pastel que no pudo resistir la tentación. Suspiró y se dejó caer de nuevo en la silla. Él apartó la mano.

—Pero no lo demoremos más. Quiero estar mi habitación antes de que lleguen nuestros familiares.

—Le prometo que así será. Ahora mismo le pediré a Parsons que nos lo traigan —dio la orden y, en cuestión de segundos, ya lo tenían en la mesa.

Por poco pierde el decoro cuando le pusieron el postre delante. Eleanor apenas recordaba lo que era tener algo tan dulce en la boca. Degustó cada bocado sin reparar en la sonrisa de su acompañante al verla disfrutar de tal modo. Se dio cuenta de lo rápido que comía cuando observó que el plato del conde casi no había sido tocado, y en el de ella tan solo quedaba una cucharada. Masticó esta última más despacio y no pudo evitar lamerse los labios al acabar. Lord Lensy alzó la ceja izquierda al ver ese gesto y no fue capaz de decirle nada al ver que se levantaba para marcharse.

—Ha sido un placer disfrutar de su compañía. Buenas tardes. —Hizo una reverencia y se fue sin mirar atrás.

El hombre estaba perplejo. Miró hacia su porción de tarta con curiosidad y la probó de nuevo, paladeándola, intentando encontrar ese sabor que tanto había fascinado a Eleanor. Se rio de sí mismo al ver que, por alguna razón que no entendía, ahora parecía estar más sabrosa que antes.

—¿Quién era esa? —La voz de su amigo le hizo levantar la cabeza y reparar en él—. ¿Es una nueva doncella? Si es así, vas a tener que enseñarle modales porque iba corriendo por las escaleras.

—Por el amor de Dios, Slater, ¿se puede saber qué haces aquí? —Tiró su servilleta en la mesa y se levantó.

—¿Slater? —dijo arrugando en ceño—. Solo me llamas por el apellido cuando estás enfadado. ¿Qué ocurre, Andrew? ¿Ya no soy bien recibido en Whitecliffs House?

—Me refiero a que te han pedido que aguardaras por mí en la biblioteca, ¿por qué has salido de allí entonces?

—Es que la puerta estaba abierta y vi pasar a esa mujer —dijo con inocencia.

—Si sigues comportándote así, Henry, te prometo que te voy a prohibir la entrada. ¿No sabes mandar una nota de aviso de tu llegada? O mejor aún, podrías solicitar permiso. ¿Cómo se te ocurre presentarte a la hora de la comida sin invitación? —Se bebió de un trago el vino de su copa y se acercó a su visita—. No sé cómo puedes criticar el comportamiento de esa joven cuando el tuyo deja mucho que desear.

Henry miró hacia la mesa y vio que había dos servicios en ella y que el otro comensal ya no estaba. Confundido, observó a su amigo intentando averiguar con quién había estado.

—Espera un momento... ¿La chica que correteaba por las escaleras era tu acompañante? ¿Desde cuándo comes con el servicio? —Slater no salía de su asombro.

—No es una empleada, metomentodo —respondió a regañadientes—. Es la hija de un amigo de mi padre y ha venido a pasar unos días con su familia. Acaban de mudarse a Dover.

—¿Acaso es viuda? —Cada vez estaba más confundido.

—No, no lo es. Es un caso difícil de explicar.

—Vaya, creo que tengo tiempo. —Se sentó a la mesa con indolencia y se sirvió vino.

Lord Lensy puso los ojos en blanco, a testarudo nadie ganaba a Slater. Hasta que no obtuviera toda la información no se lo sacaría de encima. Así que se acomodó en su silla de nuevo y también se llenó la copa.

Eleanor llegó a su habitación sin aliento. Cerró la puerta y se tiró de bruces en la cama. Había huido del conde como si del mismísimo diablo se tratara. Tenía miedo. Temía lo que pudiera hacerle su padrastro si la sorprendía en su compañía, pero las sensaciones que le producía ese hombre también la asustaban. Estar con él le hacía sentir emociones contradictorias. Le agradaba su conversación y esa forma de pensar tan moderna. Su exquisita educación y don de palabra la tenían encandilada. Sin embargo, era un poco rudo y distante al hablarle al servicio. Daba la impresión de que contenía el mal genio en todo momento y no le gustaría nada estar presente cuando se desvelara todo ese carácter reprimido. Su mirada era tan bella como gélida, desde niños siempre se lo había parecido. No creía que se debiera a la clara tonalidad azul, sino a la forma con la que examinaba todo cuanto le rodeaba. Parecía que con un simple vistazo podía averiguar más de lo que cualquier persona mundana era capaz. Gozaba de un aire distinguido innato que no todos los nobles tenían la suerte de poseer. Y por mucho que deseara ignorarlo, era muy apuesto. Un caballero con demasiadas virtudes para una joven con exceso de problemas.

Suspiró y se hizo un ovillo. Cuando puso las manos bajo la almohada se topó con el ejemplar literario que le habían prestado esa mañana. Lo escondió ahí por si sus parientes aparecían antes de lo previsto. Lo abrió por la primera página, olió el aroma a papel que tanto le gustaba y comenzó a leer.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron. No sabía cuánto tiempo había estado leyendo. Saltó de la cama y dio vueltas sobre sí misma sin saber dónde guardar el libro. Hecha un manojo de nervios, lo metió bajo el colchón y se enderezó justo antes de que alguien abriera.

—Disculpe la intrusión, Señorita Berry. —Asomó la cabeza de una doncella—. Lord Lensy me dio la orden de avisarla cuando volvieran sus familiares, y están llegando en estos momentos.

—¡Oh! Gracias —suspiró aliviada. La empleada sonrió y cerró con discreción.

Se había olvidado por completo de la promesa del conde. La verdad es que quedó tan atrapada con la historia que no hubiera recordado ni que tenía que cenar al anochecer. Le encantaba la joven protagonista de su novela. Se sentía identificada. La veía tan ingenua, fantasiosa e inexperta como ella misma, y deseaba con todas sus fuerzas que tuviera un final feliz. La tentación de sacar de nuevo el ejemplar y terminarlo era muy grande. Sin embargo, el miedo al castigo que le sería impuesto era mucho mayor. Resignada, comprobó que estuviera bien escondido y que las sábanas no quedaran mal colocadas. Después se sentó junto a la ventana a esperar con paciencia a que vinieran a darle indicaciones. No tenía muy claro lo que le ordenarían, no podían obligarla a estar encerrada y seguir fingiendo tener jaqueca. Si continuaban con ese plan, alguien terminaría por avisar a un médico, y eso no le convenía nada al señor Burch.

—¿Se puede saber qué has estado haciendo!? —Su padrastro irrumpió en la habitación de Eleanor mascullando, con los ojos desorbitados, y corría hacia ella con los brazos en alto como si quisiera estrangularla.

Se quedó petrificada y esperó a que esas manos crispadas la rodearan para asfixiarla. No importaba cual fuera el motivo: leer, salir de la habitación, comer con lord Lensy... Le había desobedecido y lo pagaría muy caro. Cualquiera pretexto era bueno para mortificarla.

—¡No eres más que una entrometida y una vulgar buscona! —le increpó al empezar a apretar el delicado cuello de la joven.

La presión no le dejaba respirar, sus dedos se hundían con fuerza y le aplastaban la tráquea. Iba a morir. Ese despiadado hombre estaba encolerizado y acabaría con su vida en cuestión de segundos. Jamás lo había visto en ese estado. Por mucho que lo intentaba no podía librarse de su agarre.

Unas voces femeninas se escucharon en el pasillo, la puerta había quedado abierta. Eleanor se vio libre de inmediato y tomó una gran bocanada de aire. Después tosió hasta que consiguió recuperar el aliento.

—¡Si me vuelvo a enterar de que te han visto en compañía de lord Lensy, te aseguro que no volverás a ver un nuevo amanecer, zorra! —murmuró en su oído justo antes de que atravesaran el umbral la anfitriona y su madre.

—¡Oh, querida! Tienes muy mala cara —se alarmó lady Lensy al ver a Eleanor—. Voy a mandar un aviso al doctor Prescott.

—No será necesario, ¿verdad, Eleanor? —El señor Burch se apoyó en el hombro de la muchacha y ella negó enérgicamente—. Es así, enfermiza. Siempre tiene malestar. No es nada que un médico pueda curarle. Con descanso, seguro que mañana se encontrará mejor.

—Es cierto, *milady* —intervino la señora Burch, un tanto inquieta, conocedora del carácter de su esposo—. No le dé más importancia de la que tiene.

—¿Ocurre algo? —Apareció una sonriente Cassandra, y provocó que todos se giraran para prestarle atención.

—Nada, hija, tu hermana que siempre tiene que padecer algún mal —se apresuró a contestar la señora Burch.

—¡Qué aburrida eres, Eleanor! —se quejó Cassandra—. Siempre estás igual. Si hicieras un esfuerzo, podrías venir mañana con nosotros a dar un paseo por el campo. Aquí el aire puro es vigorizante.

—Por supuesto que lo hará, mi pequeña —dijo el señor Burch—. Nuestra continua supervisión y cuidados le vendrán muy bien. —Miró a Eleanor como si maquinara algo. Ella tembló solo con pensar en tenerlo cerca.

—De acuerdo —se rindió lady Lensy—. La conocen mejor que yo. Me alegraría muchísimo que se sintiera con ánimos y nos acompañara en nuestra próxima salida. Además, mañana llegará mi hija Elizabeth y le encantan las comidas campestres. Hay que aprovechar los contados días de sol antes de que empiece la temporada y se trasladen todos los jóvenes a Londres.

—¿Es que no va a asistir este año? —se alarmó la señora Burch.

—Mis hijos insisten en que los acompañe, pero no sé si iré.

—¡No puede faltar! Es muy importante para mi familia contar su presencia. No conocemos a nadie. Los pocos contactos que tiene mi esposo, en nada nos van a ayudar a relacionarnos. Ni siquiera hemos encontrado todavía una casa adecuada para alquilar —dijo en tono suplicante.

—Me lo pensaré. Puede que al final me anime y vaya. De momento disfrutemos de estos días. —Dio el tema por zanjado, se acercó a Eleanor y la tomó de las manos—. Si no te ves con fuerzas para bajar a cenar, puedo ordenar que te suban una bandeja aquí. Es muy importante que te alimentes bien si quieres recuperarte.

—Es muy benévolo por su parte —respondió con voz enronquecida por culpa de la terrible agresión de su padrastro—. Creo que es preferible que me quede en la habitación.

Convencida de que la joven solo tenía un pequeño malestar, lady Lensy se marchó del cuarto, no sin antes asegurarle que pronto vendría una sirvienta con un buen plato de viandas para que se fortaleciera. La señora Burch y Cassandra la siguieron asintiendo a todo cuanto decía. Sin embargo, su padrastro se quedó rezagado. Iba en la misma dirección que ellas, pero arrastrando los pies y sin apartar la mirada de Eleanor. El muy ruin percibía el miedo de su hijastra y estaba disfrutando de ello. Temblaba tanto que podía verse a simple vista. Una siniestra sonrisa asomó a los rígidos labios del hombre antes de cerrar la puerta tras de sí.

Una vez que estuvo a solas, Eleanor se echó las manos al cuello dolorido y rompió a llorar. No solo por el daño que le habían infligido las ásperas y duras manos del señor Burch, también por la congoja de haber estado conteniendo el llanto. Cada vez le resultaba más difícil aguantar la compostura y mantener la barbilla elevada como si no sucediera nada cuando estaba delante de otras personas. Su espíritu se estaba minando con cada día que pasaba bajo el yugo de ese depravado. Era como si su personalidad se estuviera descomponiendo. Debía de encontrar una manera de escapar de él, o en uno de sus arrebatos de ira, podría acabar con su vida. Sobre todo, en esos instantes en los que creía tener tan cerca la unión de su hija con el conde, porque cualquier cosa que se interpusiese en su camino, sería fulminada como un vil gusano. Por esa razón se había intensificado su violencia desde la llegada a la gran mansión. Procuraría no darle una razón para que la lastimara de nuevo. Debía mantenerse al margen y no verse más con lord Lensy. Y si para ello tenía que permanecer encerrada, que así fuera.

Capítulo 4

Tras la cena, Eleanor se acurrucó en la cama. No lograba descansar por mucho que lo intentaba. Tampoco encontraba el valor para sacar el libro y ponerse a leer por miedo a ser descubierta. Ya había tenido suficientes reprimendas por un día. Se removía sin parar cada vez más nerviosa, hasta el punto de enredarse con las sábanas. Frustrada, se levantó para acomodar la ropa. Una vez que la tuvo bien estirada, decidió dar un paseo por la habitación. Sentía los músculos agarrotados por culpa de la tensión. Mientras caminaba de un lado a otro para intentar relajarse, comenzó a pensar en lo que le dijo el conde esa mañana; le comentó que ella misma sabría cómo y cuándo ir a la biblioteca. Y tenía razón. A su padrastro le gustaba beber una buena copa de brandy antes de acostarse y, una vez que se la tomaba, quedaba profundamente dormido hasta que despuntaba el alba. Su madre no osaba moverse para no perturbarlo. Y Cassandra tenía miedo a la oscuridad, así que jamás se le ocurriría deambular por la mansión a esas horas. El corazón se le aceleró al ver una pequeña vía de escape, aunque fuera por unos minutos. Si no abusaba del tiempo fuera de su estancia, seguro que no sería descubierta. Se acercó a la puerta y pegó la oreja a ella. Al no escuchar ningún ruido, la abrió con sumo cuidado y comprobó que no hubiera nadie en el corredor. Después fue a por el libro que guardaba bajo el colchón, se puso la bata por si se encontraba con alguien del servicio o el mismísimo lord Lensy, y corrió con sigilo hacia el pasillo.

No podía creer la suerte que estaba teniendo. No había ni un alma y el silencio reinaba en la casa. En cuanto llegó a la entrada de la biblioteca, asió el picaporte y tiró de él. Escuchó un chasquido, pero no se abrió. Volvió a intentarlo y obtuvo el mismo resultado. Decepcionada, se agachó para mirar el interior de la cerradura y comprobar si estaba cerrada con llave. Justo en ese momento, alguien la agarró por detrás y le tapó la boca. Solo podía ser el señor Burch. La conocía y le había tendido una trampa para poder deshacerse de ella de una vez. Estaba tan asustada y arrepentida de haber salido de su habitación, que lo único que pudo hacer es echarse a llorar.

—¡Eleanor, no grites! —le susurró un hombre al oído.

Tardó unos segundos en darse cuenta de que no era su padrastro quien la agarraba, un tiempo que le pareció eterno hasta que comprendió que se trataba del conde. Un inmenso alivio la inundó. Para sorpresa de ambos, se giró y lo abrazó, agradecida de que fuera él y no su padrastro.

Lord Lensy estaba tan desconcertado que no se movió cuando Eleanor apoyó la cabeza en su pecho y lo rodeó con los brazos. Podía sentir sus turgentes pechos aplastados contra el torso y su frágil cuerpo tembloroso. No encontraba otra razón a su comportamiento más que el haberla atemorizado de tal modo, que tuvo que sostenerse contra él para no desplomarse a sus pies. Lo que le llevaba a preguntarse el porqué: ¿qué le daba tanto miedo?

—¿Se encuentra bien? —dijo confundido—. No pretendía asustarla.

Eleanor se dio cuenta en ese momento de lo que estaba haciendo y lo soltó de inmediato. Retrocedió un par de pasos hasta que se topó con la pared.

—Disculpeme lord Lensy, yo... yo... —Las palabras salieron de forma atropellada de entre sus labios—. Debe pensar que soy una... —interrumpió la frase y bajo la mirada, avergonzada.

—No sé lo que se le está pasando por la cabeza en estos momentos, pero por la cara que pone me temo que está bastante desencaminada con respecto a mi opinión sobre usted.

Con las mejillas ardiendo, se atrevió a levantar la vista y mirarlo a los ojos. La luz era escasa, apenas entraban unos rayos de luna a través de los ventanales, sin embargo, fue suficiente para ver que su semblante era serio y no se burlaba de ella.

—No debería haber venido tan tarde —se atrevió a decirle—. Quería leer un poco en la biblioteca y la he encontrado cerrada.

—Así es. Lo hago cada noche cuando me retiro a mi habitación. No me imaginé que a estas horas quisiera entrar alguien. Siempre soy el último en acostarme. —Sacó una llave del bolsillo y se dispuso a meterla en la cerradura.

—¡No, por favor! —le susurró—. No lo haga por mí, no quiero importunarle.

—No se preocupe. No me importa quedarme unos minutos más. La verdad es que no tengo mucho sueño. Me iba por puro aburrimiento cuando la vi pasar. —Se la quedó mirando con suspicacia antes de proseguir—. Por cierto, ¿por qué siempre va corriendo por ahí como un ratoncillo?

Se sintió tan azorada con la pregunta que a punto estuvo de salir huyendo. Consiguió contenerse y no escapar. No quería darle más motivos para que pudiera compararla con un vulgar roedor.

—No me permiten leer y mucho menos hacerlo en la biblioteca. Como comprenderá, tengo que apresurarme para que no me vean —consiguió encontrar el valor para responder.

—Entiendo. —Sonrió con cierto aire burlón. Abrió la puerta y, con un ademán de la mano, le indicó que pasara.

Gracias a que estaban en penumbras, la joven entró con decisión en la estancia, porque si Eleanor llega a percatarse de su gesto, sin duda se hubiera marchado.

Una vez en el interior, lord Lensy encendió una vela y la colocó cerca del sofá para que ella pudiera estar cómoda. Después de lo sucedido, prefirió darle un margen de espacio y se sentó en el sillón, junto a la chimenea.

—No tardaré mucho, se lo prometo —le aseguró una vez que estaba acomodada y con el libro abierto—. Solo me quedan unas páginas y ya lo termino.

El conde no respondió y se limitó a mirarla desde su rincón entre las sombras mientras pensaba en lo que hacía. En realidad, sí que estaba cansado y ya había pasado largo rato esperando por ella. Cuando ya se le cerraban los párpados, decidió irse a dormir, aunque cambió de opinión en cuanto la vio pasar. No comprendía el motivo, pero le agradaba su compañía y su elocuente conversación. O simplemente observar cómo fruncía el ceño mientras pasaba las páginas de la novela. Le resultaba agradable y le hacía sentir tranquilo. No parecía tener ningún interés por él como hombre, y eso era tranquilizador. Lo normal en una joven de su edad era que se pasara el rato coqueteando o fingiendo una inocencia que la mayoría no poseían. Sin embargo, Eleanor sugería ser una muchacha sencilla y de mirada limpia, que contrastaba mucho con lo que le había contado su madre, o la propia Eleanor, sobre su reputación. De hecho, no podía creérselo. Le parecía demasiado ingenua en ese ámbito. Tras esos pensamientos, decidió que iba a averiguar la verdad. La pondría a prueba. No aparentaba ser muy accesible, no obstante, lo intentaría. Si los rumores eran ciertos, podría tentarla y pasar un buen rato con ella. Si no, la dejaría en paz. Fuera como fuese, el entretenimiento lo tendría asegurado.

—Podría ojear uno de sus múltiples libros. Me cuesta concentrarme en la lectura si no deja de vigilarme —Eleanor refunfuñó irritada al sentirse observada.

Lord Lensy dio un respingo al escuchar la queja más que justificada de su invitada. Se

levantó al momento en busca de un ejemplar que había dejado sin terminar sobre el escritorio. Una vez que lo tuvo en la mano, vaciló unos instantes y después se sentó junto a ella. Eleanor frunció el ceño, malhumorada por su indecente proximidad.

—No me mire así, se lo ruego. Es que desde mi sitio no se ve nada. —Señaló el rincón en penumbra donde había estado hasta ese momento.

—Dispone de una holgada fortuna. Puede permitirse encender otra vela cerca de su sillón —replicó mordaz.

—Si lo hiciera, la luz se filtraría bajo la puerta y podríamos ser descubiertos. Y no creo que eso le interese, ¿verdad? —dijo con fingida inocencia. Ella negó sin pronunciar palabra—. Aunque si tanto le molesta mi cercanía, volveré a mi rincón. —Hizo el gesto de marcharse cuando la mano de la joven lo detuvo.

—No será necesario —dijo con rapidez—. Puede quedarse. —El conde asintió y volvió a su lugar conteniendo la sonrisa.

—Si en algún momento la importuno, no tiene más que decírmelo y la dejaré a solas con su lectura —le aseguró. Y en silencio cada uno empezó con su ejemplar.

A lord Lensy le estaba costando un mundo centrarse en su libro. Ni siquiera sabía si se trataba del mismo que había empezado esa tarde. Solo podía estar pendiente de cada movimiento que hacía la muchacha. Le parecía muy gracioso el gesto que hacía con los labios mientras se retorció el pelo con el dedo índice. No podía averiguar si le afectaba su presencia o lo ignoraba por completo. Apenas la conocía y no lograba descifrar sus expresiones. En el fondo de su ser, deseaba ponerla nerviosa y que reaccionara de algún modo para poder interactuar con ella. Hasta se le empezó a pasar por la cabeza molestarla con el codo o carraspear para que le prestara atención.

Eleanor perdió el hilo de la historia en cuanto el conde se puso a su lado. Se confundía de línea y tenía que releer continuamente. Percibía todos sus movimientos, incluso creía notar su acelerada respiración, aunque no estaba muy segura de confundirla con la propia porque el pecho le subía y bajaba a un ritmo inusual. Se moría de ganas por mirarlo, pero no se atrevía. La vergüenza era más poderosa que su curiosidad. Su aroma la envolvía como si fuera una suave brisa de primavera. Era un olor muy varonil, sándalo mezclado con algo que no sabía identificar. Le cosquilleaba la piel cada vez que lo inhalaba.

—Creía que le gustaba la novela. —Lord Lensy rompió el silencio provocando que la joven diera un respingo.

—Y así es. ¿Acaso lo pone en duda? —preguntó confundida.

—Sé que es una ávida lectora y lleva un buen rato sin pasar la página, por eso me cuestioné si no le parecía entretenida.

—¡Oh! —suspiró sin saber cómo rebatirle—. Pues está errado. Es estupenda, me encanta —terminó por argumentar.

—¿Es posible que la esté perturbando y esté más pendiente de mí que de la historia? —Arqueó su aristocrática ceja izquierda.

—Es muy presuntuoso si cree que tengo más interés por su persona que por el libro. No me altera en absoluto su presencia —pronunció con voz temblorosa, pero con la barbilla alzada.

—¿Ni siquiera va a fingir tener cierta inclinación por mí?

—Ni un ápice —dijo con rotundidad—. Yo no soy de esa clase de mujeres que adulan a los hombres para que ellos se sientan mejor consigo mismos.

El conde no pudo contener la risa por más tiempo y soltó una carcajada.

—No se burle de mí —espetó la joven.

—Discúlpeme, Eleanor, no pretendo ni mucho menos importunarla, pero creía haber escuchado de sus propios labios que sí era de ese tipo de mujeres.

No pudo aguantar por más tiempo la vergüenza y se levantó del sofá para marcharse. Sentía la cara arder por el bochorno y la rabia al no poder contradecir sus palabras. Para todo el mundo ella era una vulgar fulana.

—No se vaya, se lo ruego. —Corrió tras ella y la apresó por el antebrazo.

—¡Suélteme! —le suplicó al borde de las lágrimas.

—No pienso dejar que se vaya en este estado —. La sostuvo por el otro brazo e hizo que se girara hacia él.

En ese momento, lord Lensy escuchó murmullos en el vestíbulo. No podían ser descubiertos, así que tapó la boca de Eleanor con su propia mano y le indicó con la otra que debía guardar silencio. Ambos agudizaron el oído. Las voces se acercaban. Agarró a la muchacha de la mano y tiró de ella para que lo siguiera. Primero apagó la vela y luego fueron a toda prisa hacia los ventanales. La tomó entre sus brazos y se ocultaron en el rincón, tras las cortinas. La apretaba con tal firmeza que a duras penas podían respirar.

El miedo se apoderó de Eleanor en cuanto escuchó como abrían la puerta. Temblaba de pies a cabeza y estaba al filo de desmayarse. Sin embargo, el conde la agarró con más fuerza como si adivinara sus intenciones. Apenas veía, la oscuridad se cernía sobre ellos y solo podía sentir el firme cuerpo masculino que la sostenía.

—¡Ya le he dicho que no había nadie, mujer chiflada! —Escucharon la protesta de un hombre que entraba en la biblioteca.

—Yo he oído a alguien hablar —le refutó con enojo la acompañante.

—¡Aquí solo entra el señor y se pasa las horas leyendo las palabrejas de esos libros! ¿Quién más va a querer perder el tiempo de ese modo? —argumentó como si fuera una obviedad. Después soltó un gran bostezo—. Si quiere, ya que no nos ve nadie, podemos tomarnos una copita de licor antes de irnos al catre. ¿Qué me dice, señora Frost?

—¡Ni en sueños le dejaría tocar esas botellas! ¡Salga de aquí ahora mismo o lo mando a dormir a las caballerizas!

—No hace falta que se ponga así, solo era una sugerencia para poder dormir mejor — recibió un gruñido por contestación. Luego se marcharon discutiendo.

El corazón de la joven parecía que se le iba a salir por la boca. Había faltado muy poco para que los descubrieran. Al saber que ya no corrían peligro, se quiso separar del conde, pero él se lo impidió. Extrañada, levantó la cabeza para intentar averiguar el motivo por el cual no la soltaba y se topó con la cara de lord Lensy a escasos centímetros de la suya. Sus preguntas se le quedaron atascadas en la garganta al oler su loción de afeitado. Miró a esos profundos ojos azules que parecían tener luz propia en mitad de la oscuridad, y se quedó absorta. Ni siquiera alcanzaba a recordar el motivo por el que lo tenía tan cerca.

—Debemos esperar a que se le alejen o podrían oírnos —murmuró sin apartar la vista de la muchacha. Ella asintió.

Por la mente de lord Lensy pasaban mil y una maneras de abordar a Eleanor. La sentía tan frágil y vulnerable entre sus brazos que se le antojaba irresistible. Dejándose llevar y viendo que pronto se vería obligado a soltarla, bajó la cabeza y posó sus labios sobre los de ella. Con suma lentitud, saboreó su tierna boca. Un deseo abrumador se apoderó de él al probar esa dulzura, y quiso ir más allá. La acarició con la lengua y notó como la joven contenía el aliento y comenzaba a temblar. Estaba sorprendida y, sobre todo, asustada. Podría estar errado, pero hubiera jurado que era el primer hombre que la besaba. Se apartó de inmediato. Había cometido una terrible

equivocación, lo percibía.

Eleanor se sintió mareada y muy confusa en cuanto el conde la soltó. Pasó todo tan deprisa que no tuvo tiempo de asimilar lo que sucedía. Lo único que tenía claro era que aún percibía el calor de sus labios y los roces de su ardiente lengua. Había sido muy suave y delicado.

—Lo siento —susurró el hombre, compungido.

—De acuerdo —contestó aturdida. Él rio por su resignada respuesta.

—Lo normal es que ahora me acusara de aprovecharme de la situación.

—¿Quiere que le reproche? —preguntó cada vez más confusa.

—Preferiría que no lo hiciera, la verdad.

—Pues entonces cálese de una vez —dijo ceñuda. El conde se echó a reír para disgusto de ella—. No hace más que contradecirse, y ya bastante confundida estoy como para que su señoría me enrede más.

—Señorita Eleanor Berry, es usted única. —Sonrió mientras la miraba con admiración.

Ella no tenía ni la más remota idea de cómo interpretar lo que le había dicho. Parecía que se estaba mofando en su propia cara, así que lo empujó con todas sus fuerzas y escapó de sus brazos. Llegó hasta la puerta e intentó salir, pero le fue imposible. Por más que tiraba del picaporte, no se abría.

—¡Maldita sea! La han cerrado —murmuró enfurruñada—. Por favor, saque la llave para que pueda marcharme, nos han encerrado. —Se giró hacia él buscando su auxilio.

Con una sonrisilla de suficiencia, lord Lensy se acercó con lentitud hasta colocarse a su lado. Metió la mano en el bolsillo y de súbito le cambió el semblante. No la tenía en su poder. Debía de haberla dejado en la cerradura, por fuera.

—Milord, se lo ruego, dígame que no es cierto —le suplicó en vano, al entender que no disponía de la imprescindible herramienta—. ¿Cómo vamos a salir de aquí? —Observó a su alrededor asustada.

—No se preocupe, yo le guiaré. Pero tendremos que ir por el exterior y puede que pase un poco de frío, por la noche refresca. —Miró hacia sus pies—. Menos mal que hoy lleva zapatos. —Eleanor resopló antes de contestarle.

—¡Vamos, dese prisa! —lo instigó.

Con la diversión reflejada en los ojos, lord Lensy la tomó de la mano y fueron a toda prisa hasta la puerta acristalada que había tras el escritorio. En cuanto la abrió, la brisa nocturna los envolvió y Eleanor comenzó a temblar. Una vez que estuvieron en el jardín, el conde se sacó su chaqueta y se la cedió. Estaba congelada, así que no se anduvo con remilgos y se la pasó por los hombros sin miramientos. Rodearon la casa hasta llegar a las cocinas. Una vez allí, comprobaron que no hubiera nadie. Después abrieron la puerta con la llave que había sobre el marco y la devolvieron a su sitio. Con mucho sigilo pasaron por delante de los fogones hasta que alcanzaron el pasillo que conducía al vestíbulo. Reinaba el silencio en todo Whitecliffs House. Continuaron de puntillas por las escaleras hasta detenerse en el cuarto de la muchacha.

—¡Menuda aventura! —susurró el hombre con alegría—. Me siento como cuando era chiquillo y me escapaba de mi tutor por las noches.

—¿De verdad esto le parece divertido? —le reprochó—. A mí se me va a salir el corazón por la boca del susto que me he llevado. Váyase de una vez antes de que nos descubran. —Le indicó el camino con el dedo índice.

—Me iré en cuanto reciba lo que me pertenece —dio un paso hacia Eleanor. Asustada por sus intenciones, reculó hasta pegar la espalda en la puerta.

—No pienso dejar que me bese de nuevo —musitó presa de los nervios.

Con una sonrisa maliciosa, puso las manos sobre los hombros de la joven y le sacó la chaqueta que la cubría, bajándola muy despacio por su espalda.

—No era esa mi intención. Lo único que quería era llevarme mi prenda para que no la comprometiera. Pero, si lo prefiere, se la dejo para que se la encuentre mañana el servicio al venir a hacer la limpieza.

Se sintió tan avergonzada que las mejillas le ardían por el sofoco. Por culpa de la desazón que le provocaba su presencia, ya no se acordaba de que se la había prestado.

—¡Oh! Por supuesto. —Se dio la vuelta para que se la pudiera quitar, murmuró un *buenas noches* y entró en su habitación cerrando con celeridad la puerta tras de sí.

Lord Lensy se quedó a solas en el pasillo con una sonrisa en los labios. Los encuentros con esta jovencita cada vez le resultaban más entretenidos. Con ella como único pensamiento, se fue hacia su cuarto.

Eleanor se metió en la cama y se cubrió la cabeza con las sábanas, como si de ese modo pudiera esconderse del conde. Era consciente de que, si se empeñaba en entrar e ir tras ella, podría hacerlo, pero no pudo evitar tener esa reacción tan infantil. Aún notaba su sabor en la punta de la lengua, y los labios le cosquilleaban como si todavía la estuviera besando. Eso no había tenido nada ver con lo que le hizo Jack Brown, el hijo del carnicero. De aquel día solo podía recordar el dolor que le provocó el muy desconsiderado, sin contar con la gran desgracia que sucedió a ese hecho. Por muy agradable que hubiera sido el beso de lord Lensy, debía olvidarlo. Si su padrastro llegaba a enterarse, definitivamente la mataría. Como ya le había demostrado esa misma tarde, la estrangularía con sus propias manos. Debía de ser más inteligente y no dejarse llevar por sus ansias de verse libre. Si quería gozar algún día de cierta autonomía, tenía que ceñirse al plan que ya había trazado, que no era otro que esperar con paciencia el momento ideal para enviar una misiva. Solo así podría anunciarse como institutriz o maestra de escuela y encontrar el ansiado puesto de trabajo que le daría la libertad. Pero ¿qué podía saber ella de las tremendas dificultades y las pocas posibilidades que tendría al ser tan joven y sin referencias?

Capítulo 5

—Buenos días, señorita Berry. —La voz de una joven doncella la despertó.

Eleanor tuvo que restregarse los ojos varias veces para poder ver dónde se encontraba, se sentía desubicada. Le costó mucho conciliar el sueño y ahora lo estaba pagando caro. Aun así, se levantó al instante.

—Hoy hace un día precioso —anunció la empleada en tono jovial. Después corrió las cortinas para que lo comprobara por ella misma.

—Eso parece —dijo más animada al verificar que tenía razón, aunque todavía le molestaba la luz.

La sirvienta se giró sonriente, hasta que se fijó en la señorita Berry. Se quedó petrificada por unos segundos hasta que reaccionó y comenzó con sus quehaceres.

No pasó desapercibido el gesto para Eleanor. En un principio pensó que se debía a su mal aspecto tras una noche de tan poco descanso, sin embargo, prefirió ir a mirarse en el espejo de la cómoda. Al ver su reflejo lo entendió todo; tenía los dedos de su padastro marcados en el cuello. Observó de soslayo a la joven que se afanaba en disimular la impresión que le había causado.

—Señorita Berry —pronunció en un hilo de voz—. Creo que hoy se debería poner el vestido marrón.

Eleanor entendió a la primera a cuál se refería, y asintió avergonzada. Entre su escaso vestuario solo había uno de ese color, que le taparía gran parte de la zona amoratada. En completo silencio, la ayudó a vestirse. Ninguna osó decir nada más.

Un poco más tarde se encontraba desayunando en el salón con su familia y lady Lensy. Por suerte, nadie se fijó en el pañuelo que llevaba anudado al cuello pese a que hacía bastante calor. O simplemente a ninguno de los presentes le importaba.

—Esta juventud siempre tan inquieta. Su hijo es un hombre muy activo, ¿verdad? —comentó la señora Burch.

—Bastante —respondió lady Lensy, sabedora de que quería conocer el paradero de su vástago. La miró con astucia antes de proseguir—. Ahora mismo está cabalgando. Lo hace casi todas las mañanas.

—Es un deporte muy sano —ratificó sonriente—. ¿Cree que llegará a tiempo para el desayuno?

El resto de los comensales dejaron de masticar y miraron expectantes a la anfitriona. Cassandra se quedó con la taza a medio camino de sus labios y los ojos muy abiertos. El conde le estaba resultando más esquivo de lo que esperaba y no lograba establecer una conversación de más de un par de frases. Apenas lo veía. Debía de empezar a tomar las riendas de la situación o llegaría el día de partida a su nuevo hogar y no habría logrado su propósito de seducirlo.

—No sabría decirles. —Observó con diversión las caras de curiosidad de sus invitados—. De todos modos, hoy vendrá mi hija Elizabeth, y Andrew prometió que nos acompañaría en nuestra comida campestre.

—No sabe lo feliz que me hace saberlo —respiró aliviada la señora Burch.

—No me cabe la menor duda —dijo con retintín y mirando de soslayo hacia Cassandra. Ninguna de las dos mujeres se dio por aludida—. Eleanor, hoy nos acompañarás, ¿verdad?

Al escuchar su nombre se atragantó con el trozo de pan que tenía en la boca. Por mucho que hubiera querido disimular el interés por el paradero de lord Lensy, parecía que a su madre no le había pasado inadvertido. Tras toser un poco para no ahogarse, miró primero a su padrastro antes de contestar. El hombre hizo un gesto casi imperceptible que Eleanor entendió a la perfección.

—Sí, *milady* —respondió con la mirada gacha. Se moría de vergüenza, era como si llevara escrito en la frente que había besado a su hijo.

—¡Estupendo! —exclamó. Y con una sonrisilla asomando a los labios, le dio un sorbo a su té.

Una hora más tarde llegó lady Elizabeth con su marido, el honorable Thomas Archibald, y la hija de ambos, la honorable Catherine Archibald. La pequeña tenía un año y medio y entró como un vendaval en busca de su abuela. Esta la recibió con los brazos abiertos entre besos de bienvenida. La servidumbre al completo salió a recibirlos y todos miraban embobados a la niña. Hacía demasiados años que no se criaba a un bebé en Whitecliffs House, y hasta el servicio echaba de menos escuchar los juegos y las tiernas pisadas de una criatura. Al que parecía no afectarle esta cuestión era el único que podía solucionarlo, y lord Lensy no parecía estar por la labor. De hecho, saludó a su sobrina con brevedad y después la ignoró, por mucho que ella le tirara del bajo de su levita para llamar su atención. Sin embargo, a Eleanor no le pasó desapercibido que el conde acariciaba su cabecita cuando creía que no lo miraba nadie.

Después del revuelo inicial, se hicieron las pertinentes presentaciones y a continuación comenzaron a prepararse para la inminente salida al campo.

Eleanor procuraba mantenerse en un segundo plano, alejada del bullicio de las conversaciones y las miradas indiscretas, sobre todo las del conde. Aunque desde que lo vio aparecer cuando llegó su hermana, no había reparado en su persona. Era de lo más natural que no le prestara atención dadas sus circunstancias, pero tras lo sucedido la noche anterior pensó que tendría algún tipo de consideración con ella. Se equivocaba. Actuaba como si no hubiera ocurrido nada. Llegó a creer que se trataba de otro tipo de hombre. Se sintió decepcionada.

Ahora que lo estaba viendo interactuar con más personas mientras estaban sentados en la hierba, le pareció que se asemejaba más al jovencito arrogante y malhumorado de antaño, aquel al que tanto temía. A su juicio, incluso le daba la sensación de estar crispado; a disgusto junto a su familia y con las continuas atenciones de Cassandra. Quizá esto último fuera lo que lo sacaba de quicio.

—¡Voy a dar un paseo! —De súbito, lord Lensy se puso en pie—. Solo. A caballo —especificó antes de que a alguien se le ocurriera que le apetecía acompañarlo. Como una exhalación, se montó en su semental y desapareció en cuestión de segundos dentro del cercano el bosque.

Nadie entendía su repentina huida. Incluso lady Lensy y su hija Elizabeth estaban desconcertadas. Comenzaron a cuchichear entre ellas intentando encontrar el motivo y no lo consiguieron. La señora Burch y Cassandra intentaron por todos los medios participar en la conversación para averiguar qué pasaba, aunque no lo lograron.

Eleanor se encontraba apartada del grupo, junto a la señorita Hibbert, la niñera de Catherine. La niña se había quedado dormida en su regazo tras darle el almuerzo.

—Siempre me pareció que lord Lensy era un tanto hosco, pero hoy lo está más que de costumbre. ¿Qué le sucederá? —le comentó la señorita Hibbert.

—No tengo ni idea —respondió pensativa, y mordisqueó el sándwich de rosbif que sostenía.

Tras el momento de tensión vivida con la insólita reacción del conde, se calmaron los

ánimos y comenzaron a charlar como si nada hubiera ocurrido. Al menos eso intentaban todos.

Jugaron a los naipes durante un rato y luego decidieron dar un paseo. Como Catherine todavía dormía plácidamente, Eleanor se presentó voluntaria para velar por ella. Así la niñera tendría la oportunidad de estirar las piernas y disfrutar del aire fresco, cosa que no le sucedía con frecuencia. Con un poco de suerte, ella también podría dar una cabezadita junto a la pequeña. Sin embargo, la fortuna no le acompañó por mucho tiempo, ya que la niña se despertó al poco de partir el grupo. El temor la embargó al ver que comenzaba a hacer pucheros, pero con un pedazo de pastel y unas cuantas carantoñas, pronto empezó a reír. Al poco ya la tenía saltando en su regazo y acabaron rodando por el suelo.

—¿No le preocupa ensuciarse el vestido de barro? —La voz de lord Lensy la sorprendió y a punto estuvo de soltar un alarido, aunque logró contenerse para no asustar a la pequeña.

—¡Por el amor de Dios! Siempre tiene que aparecer así, de súbito. —Lo miró con enfado. Él levantó la ceja izquierda y sonrió con disimulo—. Y respondiendo a su pregunta, por supuesto, pero prefiero acabar manchada a que Catherine se ponga a llorar.

La niña al ver de quién se trataba corrió a sus brazos balbuceando *tío Andrew*. El hombre se agachó para recibirla y la hizo girar por los aires. La pequeña chilló de alegría y le acarició la cara con sus manitas sucias.

—Me parece que esta señorita necesita un baño con urgencia —le reprochó y la dejó en el suelo para poder limpiarse.

—¡No! —replicó Catherine, y luego escapó corriendo sin rumbo fijo.

Ambos reaccionaron de inmediato y fueron tras ella para evitar que se cayera o se hiciese daño con algún arbusto.

—¡Pequeño diablillo! —Lord Lensy la consiguió atrapar después de una buena carrera.

—Será mejor que no vuelva a soltarla —dijo Eleanor, resollando.

—Parece mentira que pueda ir tan deprisa con esas piernecillas tan cortas. —Se la puso al hombro y soltó una carcajada al ver que la niña se reía.

Una vez que llegaron al punto de partida, se sentaron sobre la manta y los tres se pusieron a tomar pastel. Parecía que el dulce era lo único que mantenía quieta a Catherine. Finalmente, se tranquilizó y se puso a jugar con un palito.

—¿Por qué se ha marchado antes de ese modo? Parecía enfadado. —Al cabo de un rato, Eleanor consiguió reunir el valor para preguntárselo. Él resoplo.

—No me gusta sentirme atosigado —decidió sincerarse—. Y le aseguro que su hermanastra lo ha logrado. —Agachó la cabeza como si se sintiera avergonzado.

—¿Qué cosa tan grave ha podido decirle delante de nuestras madres? —Se lo quedó mirando con curiosidad.

—No es lo que me ha dicho, sino lo que ha hecho. Me ha acariciado el muslo bajo la manta.

Eleanor tuvo que ponerse la mano en la boca para no echarse a reír por la sorpresa. ¿Cómo era posible que Cassandra fuera tan atrevida? A ella nunca se le hubiera ocurrido hacer semejante cosa a un caballero por mucho que le agradara.

—¡No se burle de mí, lo he pasado francamente mal! —la regañó, aunque él también se estaba riendo.

Las risas cesaron de golpe cuando reparó en el cuello de la muchacha. El pañuelo que llevaba anudado se debía de haber aflojado con los juegos y la carrera y ahora los moratones habían quedado al descubierto.

—¿Quién le ha hecho eso? —pronunció entre dientes señalando la zona dañada. Ella la volvió a tapar con rapidez, apretando el nudo.

—Nadie... —susurró—. Soy un poco torpe y me caí esta mañana.

El conde agarró la prenda que la cubría y se la sacó antes de que ella pudiera impedirselo. Después le tocó sobre la zona y comprobó que encajaba con los dedos de la mano de un hombre.

—¿Quién? —musitó de nuevo sin dejar de mirarla a la cara.

—¿Para qué me lo pregunta si ya sabe la respuesta? —dijo al borde de las lágrimas. El haberlo vivido ya era humillante, pero le resultaba mucho peor tener que admitirlo.

Mientras todavía permanecían observándose el uno al otro, una con el corazón en un puño y el otro conteniendo la rabia por lo que acababa de descubrir, se empezaron a escuchar voces que se aproximaban.

—¡Por favor, por favor! —suplicó la joven, desesperada—. Márchese, que no lo encuentren conmigo o todo empeorará.

—¡No pienso irme! ¡Voy a hablar con ese bastardo! —Se puso en pie y apretó los puños, a la espera de la llegada del señor Burch.

—¡Se lo ruego, no haga eso o será mi perdición! Piénselo, puede que evite un mal mayor mientras me encuentre bajo su techo, pero ¿se ha parado a pensar en lo que ocurrirá cuando me vaya? —Lo agarró por las solapas de la chaqueta y lo miro de hito en hito a la espera de que razonara cuanto antes.

Lord Lensy exhaló con disgusto y luego asintió.

—Con una condición —le propuso—. Está noche quiero que vuelva a la biblioteca y me lo explique todo.

—De acuerdo —accedió con resignación al escuchar como sus familiares estaban cada vez más cerca.

—Le doy mi palabra de caballero de que como no venga, iré yo en su busca —le aseguró con el dedo índice en alto. Ella asintió y lo empujó para que se apurara en marcharse antes de que los descubrieran juntos.

Montó su caballo y partió al galope hacia el bosque. Una vez que lo perdió de vista, respiró aliviada. Había faltado muy poco para que los sorprendieran. En cuanto el conde se ocultó tras los árboles, por el otro extremo del terreno comenzó a ver cómo se aproximaban su madre y su hermanastra en cabeza; después fueron apareciendo el resto. El corazón aún le latía desbocado. Se la estaba jugando. Tenía la certeza de que al final acabaría perjudicada.

—¿Qué tal se ha portado mi hijita? —le preguntó lady Elisabeth en cuanto estuvo a su lado.

—Bien... —Se encogió de hombros. Todavía estaba alterada—. Es una niña con mucha energía.

—No me cabe la menor duda. —Soltó una carcajada—. Pero puede decir abiertamente que es una revoltosa. —Eleanor le sonrió—. ¿No ha aparecido mi hermano por aquí?

En cuanto formuló la pregunta, los presentes la observaron con expectación. Tragó saliva y negó con un gesto de cabeza. No se atrevió a hablar por miedo a que alguien pudiera notar que estaba mintiendo.

—Qué extraño... —Elizbeth se giró hacia lady Lensy—. Madre, estoy empezando a preocuparme. Andrew nunca se ausenta por tanto tiempo. ¿Cree que podría haberle pasado algo? Se fue en la dirección de los acantilados.

—Hija, no lo creo. Ya sabe que no se debe cabalgar cerca del precipicio. —Aun así, la mujer se puso las manos sobre el corazón.

Antes de que a alguien se le ocurriera sugerir que había que salir en su busca, empezaron a escuchar los cascos del caballo aproximándose. Todos respiraron aliviados en cuanto lo divisaron en la distancia. Cada uno tenía sus motivos para desear el bienestar del conde; aunque

había tres de ellos que lo hacían por puro interés. Si sufría un percance, los planes de los Burch se irían al garete.

—¡Madre, traigo noticias! —dijo lord Lensy en cuanto les dio alcance. Desmontó y se aproximó a su progenitora—. Me he encontrado con Slater, iba de camino a casa. Sus padres se han enterado de que ha venido Elizabeth y, aunque sea un poco precipitado, nos ruegan que vayamos esta noche a cenar.

—Andrew, no podemos. Tenemos invitados. —La mujer miró hacia los Burch.

—Son conocedores de ello y también quieren que vengan a disfrutar de la velada.

—¡Oh, qué maravilla! Diga que sí, madre —le rogó Elizabeth—. Hace mucho que no los veo y seguro que tocarán algunas piezas para que podamos bailar.

—Está bien, querida. Si a los señores Burch no les importa... —Observó al matrimonio esperando su beneplácito.

—¡Estaremos encantados! —exclamó la señora Burch pletórica de felicidad, sin esperar el consentimiento de su esposo. Por la sonrisa del caballero, todos entendieron que aceptaba gustoso.

—Así tendré oportunidad de lucir mi vestido nuevo —anunció con alegría Cassandra.

—Estoy segura de que estarás preciosa —le dijo Elizabeth—. Y tú, Eleanor, ¿también vas a estrenar alguno? —Observó su deslucido atuendo.

—No podrá venir —se apresuró a responder el señor Burch.

—¿Por qué no? —preguntó con inocencia lady Elizabeth.

—No tiene sus lentes y podría tropezar en cualquier momento —arguyó con rapidez. Lo último que le apetecía era tener a su hijastra de por medio.

—Sin contar con que no tiene un vestido adecuado —Cassandra secundó a su padre.

—Pero esos no son motivos de peso. —Elizabeth se agarró del brazo de Eleanor—. Los Slater son como de la familia. Yo misma le prestaré algo de mi vestuario y la guiaré hasta que esté en su silla. No ha tenido ningún problema hasta ahora, se defiende muy bien. Y, además, se lo debo después de haber cuidado tan bien de mi pequeña. ¿Qué me dice? ¿Le apetece venir?

A Eleanor se le hizo un nudo en la garganta, y no precisamente de emoción. Miró con temor hacia su padrastro y este no tuvo más remedio que asentir. Iba a tener problemas, él no la quería en la cena y se veía obligado a llevarla. Empezó a temblar. Tarde o temprano pagaría por el malestar que le estaba causando.

—No quiero ser una molestia —intentó zafarse del problema que con certeza le iba a causar, pero no contaba con lo obstinada que podía llegar ser lady Elizabeth.

—¡Para nada! —Hizo un ademán con la mano que le quedaba libre y tiró de ella para que caminara a su lado—. Todavía tengo lleno el armario de mi antigua habitación. Seguro que en él encontramos algo apropiado.

El resto de los acompañantes comenzó a seguirlas. Debían volver cuanto antes y prepararse para la velada.

Mientras andaban, Eleanor intentó mirar con disimulo hacia donde se encontraba el conde. Iba el más rezagado, taciturno y con la mandíbula apretada. Le dieron ganas de pedirle auxilio, pero no encontraba el modo. Necesitaba hacerle saber que no debía asistir, y no solo por la terrible reprimenda que le podía acarrear, sino porque no encontrarían ningún atuendo en el armario de su hermana que ocultara las marcas de su cuello. Sería todo un escándalo si las exhibía, sin contar con el espantoso bochorno por el que tendría que pasar.

Cuando ya lo creía todo perdido, lord Lensy levanto la vista y se fijó en ella. Empezó a hacerle pequeños gestos para llamar su atención. El hombre frunció el ceño al no comprender

qué quería, hasta que se le ocurrió tirar del pañuelo y rodearse la garganta con su propia mano. Al ver que abría la boca de asombro, le quedó claro que había conseguido su propósito. Ahora no le quedaba más remedio que esperar a que encontrara el modo de ayudarla y, a ser posible, con discreción.

Al llegar a Whitecliffs House, Elizabeth seguía sin soltarla. Parloteaba sin parar y cambiaba de tema constantemente. Apenas entendía lo que le decía; no conseguía concentrarse en la conversación, estaba demasiado nerviosa. Lord Lensy había desaparecido nada más entrar por el vestíbulo. No sabía qué hacer. Una vez que se vio frente al armario junto a lady Lensy y su hija para asesorarla, empezó a sudar presa del pánico. ¿Qué les iba a decir cuando le vieran las marcas?

Para sorpresa de las tres, alguien llamó a la puerta. En cuanto la anfitriona le dio paso, entró la misma joven que le había atendido esa mañana.

—Disculpe, *milady*. —Hizo una reverencia—. Lord Lensy me ha pedido que me haga cargo de buscarle yo misma un vestido a la señorita Berry. Lo ha creído conveniente porque no quería que su tiempo para acicalarse se viera mermado.

—¡Oh! Qué considerado —dijo Elizabeth, impresionada—. La verdad es que ese ratito extra no nos vendría nada mal. ¿No opina igual, madre?

—Pues sí, para qué negarlo. La invitación ha sido tan repentina que no tengo nada preparado. —Tomó las manos a Eleanor y se las palmeó—. Querida, la dejamos en buenas manos. La señorita Phillips tiene muy buen criterio y le sabrá asesorar.

—Confío en ti, Mary —susurró Elizabeth a la doncella justo antes de salir junto a su madre.

Eleanor respiró aliviada en cuanto se quedó a solas con la sirvienta. Ella ya conocía su problema y la ayudaría a cubrir las marcas de la piel.

—¿Cómo sabía lord Lensy que usted conocía mi secreto? —le preguntó extrañada a la joven.

—No lo sabía. Su señoría confía plenamente en mí, nos conocemos desde niños. De pequeños jugábamos juntos. —Abrió el armario en busca del vestuario adecuado.

—¿Todavía son amigos? —Observó a la empleada con curiosidad.

—Todo lo amigos que pueden llegar a ser una doncella de un conde. —Puso los ojos en blanco y negó con una sonrisa cínica—. A ver este... —Rebuscaba entre un sinfín de abultadas faldas. De pronto se giró hacia Eleanor y la miró de pies a cabeza—. Es usted muy delgada, puede que le valga. —Tiró de un precioso vestido de muselina blanca con florecillas de color rosa que adornaban las mangas y ribeteaban el escote—. Este apenas se lo puso lady Elizabeth. Es de cuando tenía dieciséis años y casi no tenía senos. Antes de acabar la temporada, el busto le creció tanto, que ya no pudo volver a entrar en él.

Eleanor bajó la vista y se echó una ojeada. Para lo alta que era, su contorno era bastante menudo, sin embargo, sí que tenía curvas. Antes de que pudiera decirle lo que opinaba, la señorita Phillips ya le estaba desabrochando la ropa.

—Ya verá como le sienta bien —le aseguró.

—No estoy tan segura —logró decirle cuando ya se lo colocaba. Le apretó un poco más el corsé que ya tenía puesto y, con un último tirón, consiguió cerrarlo.

—¿Lo ve? —dijo triunfal.

—No puedo llevarlo —le aseguró una vez que se vio reflejada en el espejo.

—Por supuesto que sí. Está preciosa.

—Es demasiado ostentoso, y apenas puedo respirar. Eso sin contar con que me deja el cuello al descubierto. —Observó esa zona con tanta carne expuesta—. Jamás he enseñado tanto.

—Se ruborizó al ver sus pechos oprimidos y alzados.

—¡Tonterías! —Le restó importancia agitando las manos en el aire—. Todas las damas van así. Y no se preocupe por las marcas. Le pondré un adorno que se lo tapaná todo. —Fue hasta la cómoda y sacó una cinta rosa con puntillas de uno de los cajones. Le pasó la tira alrededor del cuello y se lo anudó—. Como le decía, no se ve nada.

Hacía tanto tiempo que no se veía tan hermosa, que deseó poder soñar por unos instantes. Pero su mente le traicionó y trajo a colación a su padrastro recordándole cuál era su lugar. Los hombros se le hundieron.

—¿No le gusta? —La doncella le acarició el rostro y se lo alzó por el mentón—. ¿Qué ocurre? —susurró con tono preocupado al comprobar la tristeza que reflejaban sus ojos.

—Al señor Burch le va a disgustar —se sinceró—. Debería ir más discreta, con algo que no llame tanto la atención.

—Entre el vestuario de Lady Elizabeth no hay nada de ese estilo. —La doncella suspiró al ver lo abatida que estaba Eleanor—. ¿Realmente cree que importa mucho lo que se ponga? ¿De verdad piensa que ese hombre no buscará uno u otro pretexto para seguir martirizándola?

—Lo más probable es que me castigue por el simple hecho de asistir a la cena. —Se encogió de hombros.

—Entonces ¿qué más da? Haga lo que haga estará mal, ¡pues disfrute del momento mientras pueda! Además, sobre el vestido no podrán decir nada porque es tan solo un préstamo y tendrá el beneplácito de lady Lensy.

—Está bien. Tiene razón —se rindió—. Las consecuencias serán las mismas. —Se mordisqueó el labio inferior—. No puedo negar que me muero de ganas de lucir un vestido como este.

—Y espere a verse con el moño que le voy a hacer. Le haré uno tan elaborado y elegante que será la envidia de...

—¡Ah, ah! —la interrumpió y agitó el dedo índice en el aire—. Me bastará con uno discreto. Al fin y al cabo, no es más que una cena informal.

—Cuando uno se codea con la nobleza inglesa, no existen más que los formalismos.

Eleanor se rio por su ocurrencia, aunque sabía que tenía razón.

Capítulo 6

Los Burch fueron los primeros en llegar al vestíbulo a la hora que habían acordado. Se sentían deseosos de poder confraternizar con los Somerset en un evento social. Tenían que aprovechar el tiempo mientras estuvieran con ellos. Nada les garantizaba la unión del conde con Cassandra, y era de vital importancia que aprovecharan esta oportunidad. Si no lo lograban con él, obtendrían el mayor número de contactos posibles entre sus amistades. Gracias a la belleza de su hija, seguro que conseguirían su propósito de encontrarle un buen partido con título nobiliario. Los tres lucían amplias sonrisas mientras esperaban. Creían tener el juego ganado.

Minutos más tarde los anfitriones se reunieron con ellos. Ya estaban listos para partir. Comenzaron a salir para subir a los carruajes.

—¡Un momento! —les llamó la atención lady Elizabeth—. ¿Dónde está la señorita Berry?

Frenaron su avance y se miraron entre sí. Sus familiares ya ni se acordaban de ella. Lord Lensy frunció el ceño y echó un vistazo a las escaleras para ver si llegaba rezagada. No la encontró y empezó a preocuparse.

—Estoy aquí. —Se oyó la voz de Eleanor que llegaba por un lateral—. Tenía sed y he ido hasta la cocina a por un vaso de agua.

El silencio reinó en el vestíbulo en cuanto la vieron. No daban crédito. No podían creerse que fuera la misma joven. Sin duda la señorita Phillips había hecho un buen trabajo. Logró convencerla para hacerse un precioso recogido trenzado y lo adornó con pequeñas flores frescas. El vestido de muselina blanca y rosa le sentaba como un guante, aunque nadie lograría apreciar que le costaba un poco respirar.

—¡Señorita Berry! —exclamó Elizabeth y corrió hasta su lado—. Está encantadora. Parece un ángel.

Se ruborizó con el halago y sonrió. Por unos instantes se sintió como dos años atrás, cuando todavía soñaba con bailes y ser cortejada por hombres apuestos y educados. Hasta que reparó en su padrastro. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral y todo atisbo de alegría desapareció al instante. Esos ojos como dos rendijas la observaban con auténtico odio. Sabía que no actuaba según las normas que le habían impuesto y ahora tendría que pagar las consecuencias.

—Vamos, hija. Nos estamos retrasando —la instó lady Lensy.

—Será mejor que nos demos prisa. A mi madre no le gusta llegar tarde. —Lady Elizabeth se agarró del brazo de Eleanor—. Venga conmigo y así podremos hablar en el trayecto. —No le dio opción y tiró de ella hasta que la metió en su carruaje—. ¿Se ha fijado en la cara de mi hermano cuando la ha visto? —le susurró entre risas una vez que emprendieron la marcha. Su marido, el señor Archibald, negó con resignación y se puso a observar el paisaje.

—No —susurró azorada—. Por favor, lady Elizabeth, preferiría que no me dijera esas cosas.

—No se preocupe. Si le incomoda tanto no volveré a hacerlo. —La tomó del brazo con confianza—. ¿Sabe que lleva el vestido con el que me presentaron en sociedad? Y fui tan tonta de fijarme desde ese mismo día en el que es ahora mi marido.

—No la entiendo. ¿Acaso no se alegra de haberlo encontrado? —le susurró al oído mirando de soslayo a su esposo, que continuaba observando el horizonte como si la conversación no fuera

con él.

—Por supuesto que sí —se rio—, pero me hubiera gustado conocer a más caballeros y coquetear un poco más. Es tan aburrido una vez que te has prometido...

Su frivolidad le hizo gracia, aunque lo que más le sorprendió fue la aceptación y pasividad de señor Archibald ante las afirmaciones de su esposa.

Pronto llegaron a su destino. El trayecto no era muy largo ya que se trataba de unos vecinos que lindaban con las tierras de Whitecliffs House. La mansión de los Slater no era ni mucho menos tan grande y ostentosa como la de los Somerset, pero gozaba de una gran majestuosidad y unos abundantes y fértiles terrenos.

Los anfitriones les estaban esperando. Pronto reinó un ambiente de alegría al reunirse las familias.

—¡Querida Charlotte! —gritó la mujer al ver a lady Lensy—. ¡Cuánto me alegro de volver a verte!

—Yo también, Florence —le respondió en un tono más sosegado—. Estaba deseando poder charlar contigo.

—Es todo un honor teneros de nuevo en mi hogar, lady Lensy. —El señor de la casa se aproximó a ella y le besó el dorso de la mano con afecto. Después saludó al conde de Lensy, a su hermana y por último a su marido, el señor Archibald.

—Siempre tan afable, lord Slater. —Lady Lensy dio un paso atrás—. Quiero presentarles a mis invitados: el señor y la señora Burch, la señorita Burch y la señorita Berry. —Hicieron una reverencia a medida que los nombraban—. Ellos son el barón y la baronesa Slater.

—Un placer conocerlos. Tomen asiento, por favor. En breve la cena estará lista —dijo lord Slater solícito.

—¿Dónde está Henry? —preguntó lord Lensy a la baronesa.

—Ya sabes cómo es este hijo mío. Aparecerá en cualquier momento, pero sin seguir las normas ni el protocolo, por supuesto —la mujer se quejó con disgusto.

—No será para tanto —dijo Henry desde el umbral de la puerta.

—Por fin estás aquí. Ven, quiero que conozcas a los invitados. —La madre, malhumorada, le indicó con un gesto de la mano que se reuniera con ella. Él puso los ojos en blanco, pero obedeció.

Tras las pertinentes presentaciones, Henry se quedó mirando a Eleanor. No solía acordarse de los nombres de las jovencitas, pero sí de sus caras. Y esta en concreto le resultaba muy familiar.

—¿Nos hemos visto antes, señorita Berry? —acabó por preguntarle. No aguantaba la incertidumbre.

—No, señor —le respondió de inmediato. Tenía la certeza de no conocer a nadie porque vivía prácticamente recluida.

—Qué extraño... Juraría que nos hemos encontrado en algún lugar. Puede que en alguna fiesta en Londres.

—Eso es imposible, jamás he estado en esa ciudad.

Lord Lensy dio un respingo al darse cuenta de lo que ocurría. El descerebrado de su amigo vio a Eleanor correr por las escaleras después de que cenaran juntos, y si no se lo impedía, el muy idiota iba a descubrirla delante de su padastro. Ese mismo día alguien del servicio ya se lo había contado al señor Burch y por eso estuvo a punto de estrangularla. Pero al desconocer esta información creía que su amiga corría peligro.

—Henry, tengo la garganta seca. ¿Por qué no me sirves una copa? —El conde le pasó el

brazo por los hombros y lo arrastró hacia los licores.

—¿Qué te pasa, Andrew? Tú nunca quieres beber hasta después de la cena —le susurró para que nadie pudiera oírlos.

—Deja de preguntarle a la señorita Berry de qué la conoces o la vas a meter en un compromiso —musitó sin dejar de observar a su alrededor. No podía permitir que lo escucharan.

—Entonces la conozco, ¿verdad? —Hizo un gesto de alivio—. ¿Se escapó de casa una noche o qué?

—No. Es la joven que cenó conmigo el otro día.

—¿En serio? —Volvió a echarle un vistazo a Eleanor—. Hoy tiene mucho mejor aspecto. —Asomó a sus labios una sonrisa ladina.

—Deja de mirarla así o juro que te pegaré un puñetazo en esa cara de incauto que tienes. —Le dio un codazo en las costillas. Henry gruñó y se frotó la zona dolorida.

—¿Acaso la estás cortejando en secreto? —le dijo burlón.

—¡No, maldita sea! ¡Cállate ya o alguien nos va a oír! —elevó el tono más de lo que pretendía.

—¿Qué andáis haciendo por ahí atrás? —lady Lensy les llamó la atención—. ¿No estaréis discutiendo?

—No se preocupe, madre. Ya sabe cómo Henry me saca de quicio con sus ideas políticas. —Le echó una mirada envenenada a su amigo para que cesara de una vez por todas.

—No tema, lady Lensy, doy el tema por zanjado. Soy demasiado revolucionario para un conservador como Andrew. —Se apartó de inmediato del conde antes de que le propinara otro golpe.

Lord Lensy se mordió la lengua y se aguantó las ganas de ir tras él. Slater disfrutaba sacándolo de sus casillas desde que eran niños. Si lo perseguía para continuar con la discusión, podría malinterpretar la relación que mantenía con Eleanor, y no lo podía permitir.

Minutos después llegó el mayordomo para anunciar que la cena estaba lista. Fueron hasta el salón adyacente y se sentaron alrededor de la mesa. Eleanor se quedó paralizada cuando le dijeron que debía estar entre el conde y lady Elizabeth. Iba a ser una velada muy tensa. Él no solía dirigirle la palabra ante otras personas. No le quedaba otro remedio que mantenerse con la espalda recta y esperar con paciencia que acabase pronto.

—¿Se encuentra bien? —le susurró el conde y miró hacia su cuello.

Eleanor se llevó las manos a la garganta para comprobar que el adorno que le había puesto la señorita Phillips seguía en su sitio. Dio un suspiro de alivio al notar que estaba en su lugar.

—Sí, gracias por su interés. ¿Y su señoría? —le devolvió la pregunta por cortesía.

—Gozo de buena salud. La que me preocupa es usted.

—No estoy enferma, si es eso lo que está insinuando.

—Me refiero a su integridad física. Si ese depravado se ha atrevido a hacerle eso en mi casa, ¿de qué otras cosas será capaz cuando la tenga bajo su techo? —Apretó con fuerza los dientes y se le marcó la mandíbula.

—No creo que este sea el lugar más adecuado para discutir sobre un tema tan delicado —le rebatió con la mirada fija en su plato.

—Solo espero que no rompa su promesa y se reúna conmigo esta noche. —Con gesto sobrio, inclinó la cabeza y se volvió para conversar con lady Slater. No le dijo nada más en toda la cena.

Tras los postres y los licores, llegaron un par de músicos y comenzaron a tocar sus instrumentos. Por petición de las damas interpretaron el *reel*. Era un baile muy divertido. Los

anfitriones, lady Lensy y los Burch, se mantuvieron sentados viendo cómo los jóvenes se entretenían. Las parejas comenzaron a alternarse y a mostrar sus elaborados movimientos de pies mientras seguían la melodía. Eleanor estaba disfrutando como nunca. En el Colegio para Damas Wellington organizaban una vez al año una fiesta en la que ponían en práctica las danzas aprendidas a lo largo del curso. Por supuesto se trataba de un evento muy modesto y sin caballeros. De hecho, era la primera vez que bailaba con hombres. Todo le resultaba de lo más natural hasta que tuvo que cruzar sus pasos con los del conde. Cada vez que sus manos debían estar juntas, él la miraba fijamente y un calor inusual se adueñaba de su cuerpo.

—¡Por favor, toquen ahora un vals! —rogó Elizabeth a los músicos, y corrió a reunirse con su marido.

—¡Oh, sí! —dijo entusiasmada Cassandra mientras observaba a lord Lensy de soslayo.

El hombre se dio cuenta de las intenciones de la señorita Burch y fue en busca de Eleanor. Sin solicitarle permiso, la tomó de la mano y la agarró por la cintura justo en el momento en que empezaba a sonar el primer compás. Antes de que pudiera reaccionar ya la tenía dando vueltas por el salón y a Cassandra con la boca abierta de asombro.

—¿Se ha vuelto loco? —le espetó Eleanor con enfado. Las mejillas se le tiñeron de rojo al mirarlo a los ojos. Estaban tan cerca, ¡y delante de todos!—. Mi padrastro está presente.

—Lo sé. No soportaba la idea de tener que bailar esta pieza con su hermanastra.

—Pues haber sacado a su madre —le rechinaron los dientes al acabar la frase.

—Se habría negado y después me hubiera obligado a pedírselo a Cassandra.

Eleanor resopló. Le faltaba el aire. Estaba enfadada por el descaro del conde, nerviosa por estar entre sus brazos y asustada de la posible reacción del señor Burch. Aunque vio a Cassandra emparejada con el señor Slater, no se tranquilizó. El vestido era demasiado ajustado, el corsé le apretaba en exceso y el calor de la estancia la estaba dejando sin aliento. Con las últimas notas musicales, los giros cesaron, pero no para su cabeza. Se sintió mareada y estuvo a punto de desvanecerse.

—¡Eleanor! ¿Qué le ocurre? —se alarmó lord Lensy y la apretó contra su cuerpo para que no se cayera.

—Todo me da vueltas —musitó sin apenas fuerzas y agarrándose como pudo a su acompañante.

El conde la tomó en brazos y la llevó hasta el sofá donde la tumbó. Las mujeres llegaron corriendo y se pusieron a su alrededor. Comenzaron a abanicarla y a ofrecerle posibles remedios para aliviar su malestar.

—No se preocupen más por mí. Ya estoy mejor —les aseguró mientras se incorporaba. Se sentía abochornada por el espectáculo que estaba dando—. Ha sido culpa del calor, se me pasará pronto.

—Eso es por la falta de costumbre. Demasiado ejercicio —sugirió lady Slater—. Andrew, acompaña al jardín y que tome un poco el aire.

—No será necesario, no quiero molestar —intentó evitar que la obligaran, no obstante, lord Lensy ya le estaba ofreciendo el brazo.

—Tonterías, niña —intervino lady Lensy—, mi hijo estará encantado. —Le pasó su chal por los hombros a Eleanor y a esta no le quedó más remedio que salir junto al conde.

En cuanto el aire de la noche acarició su rostro, comenzó a sentirse mejor. Por lo menos hasta que se acordó de quién la acompañaba y lo que iba a suponer después.

—No caminemos más. Quiero que se nos pueda ver desde el interior y volver enseguida —le advirtió con preocupación y sin dejar de mirar hacia la casa. Estaba segura de que su padrastro

los estaría vigilando.

—Deje de angustiarse. No voy a dejar que la lastime de nuevo —afirmó con rotundidad.

Eleanor se quedó perpleja con sus palabras. ¿Qué solución podía tener? Ayer la tenía bajo su techo y casi la estrangula sin que nadie pudiera evitarlo.

—No hay nada que pueda hacer, se lo aseguro —pronunció con tristeza.

—Voy a encontrarle un marido en Londres. —Eleanor estalló en carcajadas.

—Definitivamente se ha vuelto loco.

—Me ofende. No entiendo por qué se burla de mí.

—¿Acaso cree que pasarme de las manos de mi padrastro a las de un desconocido al cual no amo va a ser una solución? Es su señoría el que me ofende. —Lo retó con la mirada.

—¿Qué es lo que quiere entonces? ¿Quedarse en estas circunstancias hasta que un día la mate? Un buen matrimonio podría resolverlo todo.

—O acabar conmigo para siempre.

—¡Dígame entonces qué demonios quiere! ¿Es de esa clase de mujer que cree que su lugar no está al lado de un hombre? ¿Cómo pretende salir adelante? Porque está visto que en casa de su padrastro no tiene futuro.

—Había pensado en buscar un trabajo de institutriz o profesora. No es que descarte contraer nupcias. No obstante, el día en que lo haga será con un buen hombre, educado, comprensivo y al que le guste leer como a mí. Y lo más importante, lo amaré. No aceptaría en ninguna otra circunstancia.

—¿De verdad piensa que entre mis múltiples conocidos no puede haber nadie con esas cualidades? Puede que incluso con más —gruñó de frustración al ver que Eleanor negaba con terquedad—. ¡Hagamos una cosa! Pronto nos trasladaremos a Londres, la temporada está a punto de empezar. Déjeme intentarlo. Si en un mes no consigo presentarle al candidato perfecto, le prometo que le ayudaré a encontrar una buena casa en la que poder trabajar.

—¿Y se puede saber por qué no puede mediar directamente para que encuentre ese puesto?

—Es muy simple, porque quiero garantizarle un buen porvenir, no solventar la situación durante unos pocos años.

—No va a poder lograrlo por varias razones. El que hoy esté aquí disfrutando de la velada no se va a repetir, mi padrastro no me lo permitirá. Como bien sabe, no tengo el vestuario adecuado para asistir a ningún evento de su rango y condición. Por último, y no menos importante, solo tengo una pequeña dote que ofrecer, si es que el señor Burch no me la ha arrebatado.

—Todos esos puntos podríamos eludirlos con la colaboración de mi hermana. Elizabeth es muy obstinada, ella podría convencer a su padrastro como lo ha conseguido hoy. También con el tema del guardarropa. Podríamos comprarle algún vestido más y sería suficiente. Ninguno de los caballeros que le voy a presentar carece de fortuna, por lo tanto, no se interesarán por la suya. Solo tendrá que ser usted misma y caerán rendidos a sus pies.

—Hace que parezca todo tan fácil. —Eleanor sonrió sin alegría—. No quiero discutir más. Si quiere intentarlo, ¡hágalo! Va a fracasar estrepitosamente. Le suplico que, si no lo logra, cumpla con su promesa de encontrarme un trabajo.

—Le doy mi palabra de honor de que así lo haré —dijo con solemnidad.

—Supongo que era para decirme esto por lo que quería reunirse conmigo esta noche. Como ya me lo ha comentado, doy por cancelada nuestra cita. Ahora regresemos. Estoy empezando a tener frío. —Se ajustó el chal a los hombros y caminaron hacia la casa.

Tras la conversación con el conde, Eleanor estaba disgustada. No entendía muy bien el

porqué. La verdad era que le había ofrecido más de lo que cabría esperar. Sin embargo, se enervaba cada vez que recordaba a ese petulante asegurándole que le iba a encontrar un marido.

Capítulo 7

De regreso a Whitecliffs House Eleanor se vio obligada a ir en el carruaje de sus familiares. Estaba tan cansada que en un principio le dio igual. Compartir el cubículo con su padrastro por un periodo de tiempo tan corto seguro que no le generaba problema alguno. Sin embargo, en cuanto emprendieron la marcha, comenzó a mirarla con una sonrisa maliciosa que no auguraba nada bueno.

—Parece que has disfrutado mucho de la velada —afirmó el hombre con tono irónico. Eleanor no se atrevió a contestar—. Quiero darte una noticia. No vendrás con nosotros a Londres. He encontrado la solución para no tenerte de por medio. No haces más que estorbar y esta noche te has pasado de lista.

—¿Y qué hará con ella, padre? —se interesó Cassandra—. ¿La va a dejar sola en Dover?

—¡De ningún modo! —bufó—. Le he encontrado un trabajo como institutriz en la casa de un buen amigo, el capitán Tracey. Tiene cinco hijos revoltosos. Partirá dentro de dos días hacia Manningtree, la ciudad costera donde residen. Nunca antes me he alegrado tanto de cerrar un trato. —Sonrió con maldad.

A Eleanor le dieron ganas de saltar de alegría, no obstante, se contuvo. No podía demostrar que estaba feliz con el acuerdo al que había llegado su padrastro o podría echarse atrás. Era justo por lo que tanto había rogado a Dios.

Una vez que se vio sola en la intimidad de su habitación, dio rienda suelta a su entusiasmo y saltó sobre el lecho como si fuera una chiquilla. Por fin sería libre. Le parecía mentira que hubiera sido el propio señor Burch el que, sin saberlo, le ofreciera la ayuda que necesitaba. Cuando ya se cansó de dar brincos para celebrar su buena suerte, se acostó y se durmió plácidamente, como no lograba hacer desde hacía mucho tiempo.

A la mañana siguiente el buen humor seguía acompañándola. Lo único que le causaba un poco de malestar era la posible reacción de lord Lensy cuando le comunicara que ya había conseguido un trabajo y no tendría que molestarle en encontrarle un marido. Una parte de ella se sentía decepcionada ante el hecho de que ya no podría asistir a ningún evento social en la ciudad ni codearse con la élite londinense. Seguro que hubiera sido muy divertido relacionarse con esos caballeros que el conde le aseguró que le iba a presentar. También le habría gustado disfrutar de su compañía, sus conversaciones y algún que otro baile más, a ser posible el vals. La noche anterior estuvo muy nerviosa y apenas pudo disfrutarlo. Al acordarse se le colorearon las mejillas y sintió como si miles de hormigas circularan por su cuerpo. Tenía que reconocer que el hombre le agradaba y mucho. Sin embargo, ella era una jovencita con los pies en la tierra y entendía que nunca se fijaría en una muchacha de tan baja alcurnia. De hecho, se lo había demostrado al no pensar ni por un momento en que él mismo pudiera ser uno de sus candidatos. Puede que, por esa razón, la noche anterior le molestaran tanto sus comentarios.

—Hoy podríamos ir a dar un paseo, ¿no les parece? —sugirió lady Elizabeth tras el desayuno.

—Hace un tiempo magnífico para caminar —la secundó Cassandra con su perpetua sonrisa.

—La juventud siempre está dispuesta a hacer ejercicio —se quejó lady Lensy.

—Por favor, madre. —La tomó de las manos y comenzó a hacerle pucheros—. Me

encantaría ir hasta los Acantilados Blancos.

—Está bien —se rindió—. Tienes que prometerme que iremos a un ritmo moderado.

—¡Por supuesto! —le aseguró con entusiasmo—. Señorita Berry, los acantilados le van a encantar, ya verá.

—Lo siento, pero mi hija no podrá venir —intervino la señora Burch—. Debe preparar su maleta. Mañana parte para Manningtree.

—¿Y qué va a hacer allí? —preguntó Elizabeth.

Lord Lensy, que había permanecido al margen de la conversación, frunció el ceño y prestó atención a la respuesta.

—Le he encontrado un puesto de institutriz en casa de un amigo —respondió el señor Burch—. Llevaba un tiempo buscándole una ocupación y por fin di con una a su medida—. Sonrió como si hubiera contado algo gracioso—. Ayer, antes de ir a casa de los Slater, uno de mis sirvientes me trajo el correo con la misiva donde me comunicaban que el trabajo era suyo.

—¿De qué amigo se trata? —preguntó lord Lensy. Intentó que pareciera que lo hacía de forma despreocupada, aunque no era así como se sentía.

—Es una amistad de hace muchos años —respondió de forma escueta.

—Es una buena familia —intervino la señora Burch, para disgusto de su esposo que no quería ofrecer más información—. Él es capitán e hizo una gran fortuna en las Indias Orientales. Tiene una gran familia de cinco hijos.

—¿Y cómo se apellida este caballero? —insistió. Necesitaba saber más para quedarse tranquilo.

—Tracey —dijo antes de que su marido pudiera impedírselo.

El conde se quedó lívido al escuchar el nombre. No podía creerse que el señor Burch fuera tan cruel. Él había asegurado que lo conocía y por lo tanto sabría de primera mano el tipo de hombre que era.

—¿Acaso lo conoce? —expuso de forma inocente la señora Burch.

—No personalmente, pero su reputación le precede. —Dio dos pasos hacia el señor Burch y lo observó con repulsa—. ¿Verdad? Estoy seguro de que si es su amigo será conocedor de ella.

—No sé a qué se refiere —intentó escabullirse de la mirada crítica del conde.

—¡Que es usted un desalmado que pretende enviar a su hijastra a las garras de un auténtico depravado que se aprovecha de cada jovencita que entra a trabajar a su cargo!

—¡Hijo! —le llamó la atención lady Lensy—. Esas acusaciones son muy graves.

—Lo sé, madre, pero son ciertas. Mi información es fiable. —Se giró hacia Eleanor que parecía haberse quedado perpleja ante la noticia—. No voy a permitir que la envíe a ese lugar. Sería condenarla. Acabaría en las calles en pocos meses con un hijo bastardo creciendo en su vientre.

Las damas gritaron de espanto. Lady Elizabeth corrió hacia Eleanor y la tomó del brazo por miedo a que se desvaneciera.

—El capitán Tracey es un hombre rudo al que le gustan en exceso las mujeres, pero estoy seguro de que tendrá cierta consideración al ir de mi parte. Además, ¡ella está a mi cargo e irá a donde yo le mande! —le rebatió en tono desafiante.

El conde acortó la poca distancia que los separaba, pegó su nariz a la del señor Burch y le espetó con rabia:

—¡Por encima de mi cadáver!

El silencio reinó en la estancia. Nadie osó contradecir al señor de la casa. Ni siquiera su madre se atrevió a intervenir. Jamás había visto a su hijo actuar con tal ferocidad. El conde era

mucho más alto y corpulento, sería una auténtica estupidez contradecirlo. El señor Burch no encontraba su propia voz, sin duda estaba aterrorizado. Tragó saliva con dificultad unas cuantas veces hasta que pudo hablar.

—Consideraré la opción de que se quede. —Se percibía el temblor en sus palabras.

—Me temo que no me ha entendido. No habrá posibilidad de elección. Eleanor no irá —gruñó la última frase. El hombre asintió y reculó para escapar de su alcance—. Y ahora, como las damas habían propuesto, ya podemos salir a dar un paseo —pronunció con aire irónico.

Lord Lensy se colocó los guantes y salió por la puerta principal sin mirar atrás. Estaba acostumbrado a que se acataran sus decisiones sin réplica alguna y ese asunto se le estaba yendo de las manos. No sabía cómo iba a poder impedir que dañaran a Eleanor mientras tuviera a ese hombre como tutor. Conocía bien las leyes, ejercía como magistrado en el condado y formaba parte de la Cámara de los Lores. Debía encontrar una solución antes de que se la llevara lejos de su influencia.

—Vamos, querida. —Lady Elizabeth tiró de Eleanor para que la acompañara al exterior. Cassandra corrió tras ellas—. Seguro que nos sienta bien un poco de aire fresco.

—Me temo que dar un paseo va a ser lo mejor, ¿verdad, señora Burch? —dijo con sutileza lady Lensy.

—Por supuesto —corroboró la mujer sin dejar de mirar con espanto a su marido.

—Yo me quedaré. Tengo gestiones pendientes que atender —se excusó el señor Burch. Sin esperar respuesta se fue hacia su habitación.

Eleanor se había hundido en una profunda tristeza. Caminaba porque alguien la obligaba, apenas sabía lo que hacía. No entendía cómo la crueldad de su padrastro podía llegar tan lejos. No se merecía tanta humillación y desprecio. Lo peor de todo era que el enfrentamiento del conde solo le iba a suponer más disgustos. Sin duda le impondría el peor castigo que hubiera conocido nunca. El miedo se apoderó de ella y tomó una decisión al ver los acantilados en la distancia. Si nadie la apreciaba, nadie la echaría de menos. Despedirse de este mundo que tanto dolor le infligía era su única salida. Esperaría el momento idóneo y saltaría al vacío.

Con su plan trazado en mente, esperó con paciencia a que volvieran a Whitecliffs House. Todos fueron a sus habitaciones en silencio, apenas hablaron en todo el paseo. La atmósfera parecía estar cargada y a nadie le apetecía conversar. Eleanor entornó los ojos nada más cerrar su puerta y empezó a llorar. Ahora esperaba unos segundos a que todos estuvieran aseándose para el almuerzo y aprovecharía para volver al precipicio. Pero alguien la agarró con fuerza por la muñeca y la tiró al suelo. Se golpeó la frente y sintió como si le fuera a explotar la cabeza.

—¡Maldita golfa ingrata! —Oyó los insultos de su padrastro justo antes de notar el primer correa.

—¡No, por favor! —suplicó en vano.

Los golpes se sucedían uno tras otro. Se hizo un ovillo para intentar protegerse, lo que no sirvió de mucho. El dolor invadía todo su cuerpo. La agarró del pelo y la arrastró unos metros hasta que se dio la vuelta. Entonces aprovechó para darle una patada en las costillas que la dejó sin aliento. Tenía que huir o la mataría golpes. Se levantó y corrió hacia la puerta. El señor Burch la agarró por el hombro y desgarró su vestido quedándose con un pedazo de la tela en la mano. Fue cuando logró salir de la estancia. Corrió sin parar. No se dio la vuelta ni para comprobar si la perseguía. Se apresuró tanto como pudo para salir de la casa. Hizo caso omiso de las personas que se cruzaron en su camino preguntándole qué le pasaba. Ni siquiera sabía de quién se trataba, y no le importaba. Tras la larga carrera a duras penas lograba meter aire en los pulmones, le dolía cada inspiración. Solo paró cuando se vio al filo del abismo.

Lord Lensy estaba en su cuarto ajeno a cuanto pasaba en su propia casa. Mientras se cambiaba las botas, seguía maquinando cómo ayudar a Eleanor. Hasta que la señorita Phillips irrumpió en la estancia sin previo aviso.

—¡Mary! —se sorprendió por la intrusión.

—¡Lo siento mucho, milord! —Se retorció las manos de puros nervios—. Sé que estas no son formas, pero alguien ha hecho daño a la señorita Berry. Acaba de salir corriendo de la casa malherida, llorando y como si le persiguiera el mismísimo Diablo.

—¿¡Qué!? —Se cegó por la rabia—. ¡¡Voy a matar a ese bastardo!! —Se disponía a ir en busca del señor Burch cuando la sirvienta lo detuvo.

—¡Milord, espere! Eso no es lo peor. Iba en dirección a los Acantilados Blancos. En el estado en el que se encontraba es capaz de hacer una locura.

No necesitó escuchar nada más. Fue a toda prisa hacia las caballerizas, montó su caballo y cabalgó exprimiendo al máximo la capacidad del animal. Tenía que llegar a tiempo. No podría perdonarse que le sucediera algo. La distancia no era muy larga y eso podía jugar en su contra. Si ella estaba decidida a saltar, no lograría detenerla.

Un brote de esperanza se apoderó de él al divisarla en el horizonte. Estaba al borde del precipicio, quieta, despeinada y maltrecha, pero todavía estaba ahí. Frenó su carrera por miedo a espantarla y que se precipitara al vacío. Se acercó lentamente, con mucha cautela.

—Hola, Eleanor —pronunció con calma mientras se bajaba del caballo.

—Váyase, se lo ruego —susurró con la voz enronquecida. Las lágrimas le caían a borbotones.

—No voy a irme a ningún sitio sin ti.

Extrañada se giró hacia el conde. Era la primera vez que la tuteaba.

—No tengo a donde ir. Ya no aguanto más. —Se balanceó en filo del abismo.

Lord Lensy dio los pocos pasos que los separaban y se puso junto a ella, pero sin agarrarla.

—Sí que lo hay, a mi lado.

—Qué pretende hacer conmigo, ¿casarse? —rio sarcástica.

—Si es necesario... —Se encogió de hombros como si no le diera importancia.

—Me diría cualquier cosa con tal de que no saltara. —El dolor de cabeza la estaba matando y cada vez estaba más mareada por los golpes—. Despreocúpese, no soy asunto suyo.

Se le doblaron las rodillas, pero antes de que se cayera, lord Lensy la sostuvo. La tomó en brazos y se dirigió a su caballo.

—No me obligue a regresar, por favor. —Comenzó a temblar, presa del pánico—. ¿Tiene idea de lo que me va a hacer cuando me atrape? Le aseguro que es mucho mejor saltar al vacío y acabar con mi vida de una vez.

—Nadie volverá a hacerte daño, te lo juro —dijo con vehemencia.

—No debería hacer juramentos que no va a poder cumplir. —Notaba cómo los ojos se le cerraban, no lograba mantenerse despierta. Estaba a punto de desmayarse.

—Yo cuidaré de ti, no lo dudes. —La subió al corcel y se colocó tras ella para poder llevarla en su regazo de nuevo. Ella sonrió.

—¿Por qué ahora me tuteas, Andrew? —farfulló justo antes de perder la consciencia.

Suspiró con fuerza al ver el estado lamentable en que la pobre muchacha se encontraba. La abrazó contra su pecho para que no se cayera y emprendió la marcha.

Con el alma en vilo, lady Lensy y la señorita Phillips los esperaban en la puerta de Whitecliffs House. Las mujeres se alarmaron al ver que Eleanor estaba inconsciente. Pronto llegaron un par de mozos, llamados por su señora, para ayudar a bajar a la joven. Una vez que

hubo desmontado, lord Lensy volvió a tomarla en brazos y la subió a su propia habitación.

—¿Alguien ha mandado llamar al médico? —exigió saber en cuando recostó a Eleanor en su cama.

—Sí, Andrew. En cuanto Phillips me ha comentado lo que pasaba, he enviado a uno de los mozos en su busca. —Lady Lensy posó la mano en el hombro de su hijo—. Se pondrá bien, no te preocupes.

—Eso espero. Tiene un fuerte golpe en la cabeza. —Le acarició el prominente chichón con la punta de los dedos—. Le prometí que cuidaría de ella, madre, y mire en qué estado se encuentra. —Apretó con fuerza la mandíbula.

En ese momento llamaron a la puerta y dieron paso pensando que se trataba del galeno. La sorpresa fue mayúscula cuando los Burch aparecieron en el umbral. El conde se enervó al ver de quién se trataba.

—¿Cómo se encuentra Eleanor? —preguntó el señor Burch.

Lord Lensy no pudo contenerse más y en dos zancadas se puso ante él. Lo agarró por la camisa y lo aplastó contra la pared, a un palmo de altura del suelo.

—¿¡Cómo demonios pretende que esté después de haberle dado una paliza semejante!? —le escupió las palabras a la cara.

—¡Yo no le he hecho nada! Se cayó por las escaleras —balbució con cara de espanto—. ¡Mi mujer estaba presente y se lo puede corroborar!

—Es cierto, lord Lensy, lo vi con mis propios ojos —le aseguró la señora Burch.

—¡Hijo, suéltalo! —rogó lady Lensy al ver que el hombre estaba cada vez más colorado debido a la falta de aire.

Lo dejó de golpe y cayó al suelo como un fardo.

—¿Qué ocurre? —Justo en ese instante se escuchó la quebradiza voz de Eleanor.

—Nada, no te preocupes. —El conde se reunió con ella y la tomó de las manos—. Ahora serás atendida por el doctor. Pronto te encontrarás mejor.

Todos se quedaron asombrados por la familiaridad con que la trataba, sobre todo lady Lensy. No daba crédito a lo que veía y escuchaba. Cayó en la cuenta de dónde la había traído, a la habitación principal, a la suya. ¿Se había perdido algo durante la estancia de la señorita Berry o es que solo lo hacía porque estaba desvalida? No habían permanecido el tiempo suficiente juntos como para que entablaran una relación. A no ser que se encontraran de forma clandestina. Miró a Eleanor con sospecha y luego a su hijo.

—Hemos decidido que en cuanto la atienda el médico nos marchamos a casa —anunció la señora Burch—. Las desavenencias que se están desarrollado entre mi marido y su señoría son irreconciliables.

—Me parece estupendo, ¡lárguense! —les espetó con mordacidad el conde—. Eleanor se queda.

—Me temo que eso no va a ser posible. Es mi hija y su tutor legal es mi marido. Partirá con nosotros esta misma tarde —respondió con altanería. El señor Burch sonrió triunfal.

—Creo que no me han entendido. —Volvió a acercarse al señor Burch de modo amenazante—. Ella ya no es nada para ustedes. Voy a casarme con Eleanor.

Un grito general se adueñó de la estancia.

—¡No le doy mi consentimiento! —aseveró el señor Burch—. ¿Es que acaso se ha vuelto loco? No creo que lady Lensy consienta que contraiga nupcias con esa mujerzuela que tiene metida en la cama. ¿¡Es que acaso no se da cuenta de que le estoy haciendo un favor!?

—Si hace falta, nos la llevaremos ahora mismo —la señora Burch dio un paso al frente para

ir en busca de su hija, pero el conde se interpuso en su camino.

—No se lo permito. —Lord Lensy miró contrariado unos segundos a Eleanor antes de continuar—. He estado visitando a su hija cada noche desde que llegó. También durante el día cuando ustedes estaban fuera. Lo más probable es que ya lleve en su vientre al fruto de nuestra unión. Así que ahora paso a ser yo su tutor legal. Y si no quieren que utilice mi influencia para hundirles cada uno de los negocios que quieran emprender, no se entrometan más en nuestras vidas, váyanse de mi casa y no vuelvan.

Los Burch no daban crédito a lo que acababan de escuchar. Para mayor sorpresa, lady Lensy se acercó a su hijo y se puso a su lado, secundando sus palabras y mirándolos con desprecio. Airados, se marcharon antes de que los echaran a patadas. No obstante, el señor Burch juró que se vengaría del desplante de la familia Somerset y la ingrata de su hijastra, aunque fuera lo último que hiciera en su vida.

El conde respiró aliviado, por fin lo había conseguido. El consuelo le duró poco. En cuanto vio el rostro de Eleanor, supo que estaba muy disgustada con él. No sabía cómo, pero ya lidiaría con ese problema cuando ella se hubiera recuperado.

Capítulo 8

En cuanto el doctor Prescott vio a Eleanor, se quedó horrorizado. Descubrió marcas antiguas y recientes por todo su cuerpo. Tuvo que suministrarle láudano para que no sufriera tanto con cada movimiento. De ese modo, y con la colaboración de la señorita Phillips, le consiguió quitar la ropa para examinarla a fondo. Tras ponerle ungüentos y paños de agua fría en la cabeza, le dio instrucciones a la sirvienta para que le pudiera administrar los medicamentos en su justa medida durante su ausencia.

Cuando ya estaba recogiendo todos sus utensilios para poder marcharse, lady Lensy entro en la habitación.

—¿Qué tal se encuentra? —susurró al médico.

—Necesita de mucho descanso. Nunca había visto un maltrato similar en una chiquilla de buena familia —negó con pesar.

—Le prometo que yo lo desconocía. —Se entristeció por no haberse fijado más—. Disculpe, doctor, sé que a lo mejor necesitaría de alguna otra prueba, pero ¿podría decirme si está encinta?

—No lo está —respondió de inmediato.

—¿Cómo está tan seguro?

—Porque le he hecho un examen exhaustivo. Tenía miedo de que también hubieran abusado de ella y me he llevado la grata sorpresa de que está intacta.

—¿Qué? No entiendo...

—Es muy simple, todavía conserva su virtud.

Lady Lensy se puso la mano sobre la boca para contener un sollozo. Volvió a observar a Eleanor que descansaba sobre el lecho con su cuerpo lleno de marcas y ya no pudo contener más las lágrimas. Pobre niña. Por cuántas cosas había tenido que pasar siendo inocente. Le daba igual cómo había llegado a sus vidas, pero estaba convencida de que iba a ser una buena Somerset.

Los párpados le pesaban y no lograba moverse. Un fuerte olor a hierbas se le colaba por las fosas nasales y le revolvió el estómago. La cabeza le daba vueltas y le dolía. Algo en su interior le decía que era mejor que permaneciera durmiendo, que no intentara espabilarse. Sin embargo, su cuerpo luchaba por interrumpir el profundo sueño en el que estaba inmersa. De vez en cuando escuchaba voces, pero por mucho que se concentrara, no entendía lo que decían ni de quién se trataba. Permanecía en una seminconsciencia de la que no conseguía librarse.

Más tarde, empezó a notar un peso en el lado derecho. Algo presionaba las mantas y hacía que el colchón estuviera ligeramente ladeado. La curiosidad por saber de qué se trataba la obligó a abrir los ojos, aunque con mucho esfuerzo. Vio unas botas de hombre apoyadas en la orilla de la cama, a la altura de sus rodillas. Levantó la vista y se encontró con lord Lensy sentado en una silla junto a ella. Sostenía un libro entre las manos. Fruncía el ceño, como si estuviera muy concentrado en la lectura, tanto, que no se había percatado de que la persona que velaba estaba despierta. Quiso hablarle y solo profirió un ruido. Tenía la garganta reseca y la lengua adormecida.

—¡Eleanor! —El conde se incorporó al oírla—. ¿Qué tal estás? —Dejó la novela sobre la mesilla y le recolocó los almohadones.

—Agua —pronunció con la voz enronquecida.

—Por supuesto. —Rellenó el vaso con la jarra y se lo acercó a los labios—. Bebe despacio. —Eleanor tomó un par de sorbos y tosió—. ¿Lo ves?, tienes que hacerlo con calma. Cuesta recuperarse del láudano. A mí me lo suministró el médico durante una semana después de una caída que sufrí con el caballo, y no sé qué fue peor, el dolor de los golpes o recuperarse del maldito específico.

—¿Dónde estoy y por qué está cuidando de mí? —Observó el lugar que le era desconocido. Estaba demasiado aturdida.

—¿No recuerdas nada?

Se devanó los sesos para averiguar qué había ocurrido. Las imágenes de los últimos sucesos le llegaron a la mente como un mazazo. Su padraastro golpeándola, el miedo, el dolor, la huida, estar al filo del acantilado, lord Lensy tomándola en brazos, la habitación llena de gente a su alrededor, los gritos...

—¡Dios mío! —exclamó alarmada. Se sentó y tuvo que agarrarse la cabeza. Todo le daba vueltas—. ¡Les aseguré que esperaba un hijo suyo! ¿Cómo se le ocurrió decir tal cosa? ¡Mi padraastro me matará!

—Calma —le susurró con dulzura. Le puso la mano en el pecho y la empujó con suavidad para que se tumbara—. Recuéstate y no te preocupes por nada. Los Burch ya no están en esta casa ni volverán a hacerte daño nunca más.

—¿Cómo? ¿Se han ido sin mí? Entonces... —Se quedó mirando al conde—. ¡Les dije que nos íbamos a casar! —Se incorporó de nuevo al recordarlo—. ¿Qué va a hacer ahora conmigo? ¿Me encerrará en un convento o algo parecido? —El hombre meneó la cabeza y sonrió.

—Tienes la espantosa costumbre de poner siempre en duda mi palabra.

—¡Deje de tutearme! —se exasperó por su exceso de confianza—. Lo que propone no es lícito. Su señoría es un conde y yo...

—Mi prometida —acabó la frase por ella. Suspiró, antes de proseguir—. Sé que no soy el caballero maravilloso con el que soñabas, pero reúno gran parte de las cualidades que exigías: educado, comprensivo y también disfruto con la lectura. Voy a eludir lo de ser buen hombre porque espero que seas tú la que descubras esa parte por ti misma. Tenemos gustos parecidos y creo que podremos llegar a un entendimiento. Te ruego encarecidamente que tomes en consideración mi propuesta de matrimonio.

—¿Acaso tengo otra opción después de lo que contó delante del servicio y nuestros familiares?

—¿Tan mala elección te parezco? —Ya estaba empezando a perder los nervios.

—No, el problema es que no me ha dejado elegir.

—Te juro que no entiendo tu postura. Te ofrezco más de lo que nunca hubieras deseado: dinero, joyas, poder, posicionamiento social y un porvenir próspero. Sin contar con cierta libertad de la que dispondrás para hacer y deshacer a tu antojo.

—¿Y qué me dice del amor? —Se le quebró la voz y los ojos se le empañaron.

—Eso no puedo prometértelo. —Bajó la vista—. Pero sí gozarás de todo mi cariño y respeto.

—Por favor, le ruego que me deje a solas. —Miró hacia al lado opuesto. Las lágrimas pugnaban por salir y no quería hacerlo delante de él. Ya la había visto demasiadas veces en ese estado.

—Como desees. —Se alejó entristecido. Al asir el pomo de la puerta, se volvió hacia ella de nuevo—. En cuanto te repongas partiremos para Londres. Allí celebraremos la boda. —Salió de la habitación antes de que Eleanor pudiera replicar.

A la joven le dieron ganas de lanzarle la jarra del agua a la cabeza. Qué hombre más exasperante. No aceptaba un no por respuesta. Tampoco estaba en condiciones de negarse a su propuesta, no tenía alternativa. En el fondo le agradaba la idea, era el pretendiente perfecto. El problema radicaba en que no sentía ningún afecto hacia ella. Salvo el beso que le dio en la biblioteca, no demostró en ningún momento sentirse atraído hacia su persona. Solo percibía la compasión y la voluntad de salvarla de su lamentable situación, y esos no era motivos suficientes. Intentaría hacerle ver que no podía condenarse a cargar con ella de por vida.

Unos minutos más tarde comenzó a tener las fuerzas suficientes como para levantarse. Le dolía cada movimiento que hacía. Logró llegar hasta la ventana y miró el paisaje. Lucía un hermoso día, lo cual le extrañó y le hizo dudar de cuánto tiempo había permanecido inconsciente. Las tripas le rugieron de hambre. Y como caída del cielo, la señorita Phillips llamó a la puerta para traerle el desayuno.

—Buenos días, señorita Berry. ¿Qué tal se encuentra hoy?

—Supongo que mejor. —Se acercó a la bandeja llamada por el olor del pan recién hecho y el jamón asado—. ¿Cuánto tiempo he dormido? —preguntó con la boca llena.

—Cerca de dos días. Nos hemos estado turnando para cuidarla. Lord Lensy ha pasado casi toda la noche velándola.

—¿En serio? —Tragó con dificultad y dio un sorbo al té. No sabía qué le asombraba más, si el tiempo transcurrido o lo que había hecho el conde por ella.

—Lady Lensy ya ha empezado con los preparativos de la inminente partida. Toda la servidumbre está revolucionada con la noticia. Me han propuesto que la acompañe como su doncella personal. Si le complazco, por supuesto.

—¡Claro! Usted me agrada y siempre ha sido muy amable conmigo. —No podía creerse que ya estuviera aceptando los presentes del conde.

De pronto le atemorizó una idea: las habladurías del servicio. Su procedencia, la supuesta relación con el hijo del carnicero y el hipotético embarazo, serían de dominio público. Los rumores circularían pronto por todo Dover y después se extenderían hasta la ciudad. Sabía por experiencia que los criados eran los primeros en propagar las noticias hasta que llegaban a los oídos de otras familias. Una vez que ocurría eso, frenarlo resultaba imposible. Mancillaría el apellido Somerset incluso antes de contraer matrimonio. Lady Lensy entró en la estancia, interrumpiendo sus ingratos pensamientos.

—Buenos días, Eleanor. Me alegra ver que ya estás despierta. —Se sentó a su lado en la cama.

—¡Oh, *milady*! Sois la única que puede impedir este desastre —dijo alarmada.

—¿De qué hablas? ¿Qué ha ocurrido? —se preocupó la mujer.

—¡Lord Lensy! Tiene que hacerlo entrar en razón. No soy la esposa que se merece. Hace todo esto por salvarme de mi padrastro, pero le aseguro que no es necesario que se sacrifique de este modo. Podrían buscarme un trabajo y deshacerse de mí para siempre.

—Pero ¡qué tonterías estás diciendo! —Le tomó las manos y se las palmeó—. Mary, déjenos a solas. —La doncella hizo una reverencia y salió de la estancia—. Ahora eres responsabilidad de mi hijo.

—No, no lo entiende. Ya sé que cree que estoy encinta y no es cierto. Se lo inventó, lo juro.

—Ya lo sé. No tienes de qué preocuparte. —Le sonrió con dulzura.

—Si lo sabe, ¿por qué no impide esta locura? —Eleanor no daba crédito.

—Es muy simple, mi hijo te ha elegido. No me importan los motivos, no pienso contradecirlo. Llevo demasiado tiempo deseando que siente la cabeza y se case de una santa vez. Invité a venir a tu familia con la esperanza de que escogiera entre tu hermanastra o tú. Siempre fuiste mi preferida, aunque no podía demostrarlo. Jamás me creí lo de la aventura en el colegio. Sin embargo, yo debía seguir jugando mi papel. Si por un instante Andrew descubría que prendía emparejarlo contigo, escaparía de ti y no lograría un acercamiento por mucho que insistiera. Es muy cabezota y tiene tendencia a hacer lo contrario de lo que le mando. Ya me di cuenta de las injusticias que sufrías, lo que nunca imaginé es que llegaran tan lejos. Gracias a eso el proceso se ha acelerado y ha forzado la situación a un enlace precipitado, pero te aseguro que no me importa. A partir de ahora, formarás parte de nuestra familia y no volverás a correr peligro.

—¿No le da miedo que su apellido caiga en desgracia por mi culpa? —Apenas podía creer lo que le contaba. ¿Lo tenía todo planeado?

—Solo hay dos opciones para que la noticia salga de esta casa. Una sería por boca de mis sirvientes, los cuales nos son muy fieles, sobre todo Phillips que es la que estuvo presente; y por otro lado estaría tu familia. Aunque esa alternativa también la descarto, ya que lo único que tu padrastro conseguiría es que mi hijo le arruinara el negocio y le batiera en duelo. Así que puedes estar tranquila. —Se levantó muy risueña y se dispuso a marcharse. Antes de salir le dijo unas últimas palabras que la dejaron sin habla—. Bienvenida a la familia, hija.

Nunca se hubiera imaginado que lady Lensy pudiera ser tan astuta. Todavía no era capaz de asimilar toda la información que le había dado. Pero algo sí que le había quedado muy claro, no se libraría de ese matrimonio. Entre el conde, que por conseguir su tutoría y su protección haría lo que fuera, y su madre, que vendería el alma al diablo con tal de ver a su hijo casado, no tenía escapatoria.

—No se preocupe, no le apretaré el corsé —le aseguró la doncella a Eleanor—. El médico me dijo que no lo hiciera hasta que hayan desaparecidos los moratones de las costillas.

—Te lo agradezco, Mary, aunque ya casi no me duele.

Después de tenerla tres días a su servicio, la confianza entre ambas había aumentado considerablemente. Phillips se estuvo encargando de traerle a la habitación todo lo que se le antojara por orden de lord Lensy. Sin embargo, no fue muy exigente y solo pedía que la dejaran asearse, la comida a sus horas y libros, muchos libros.

Esa mañana ya iba a salir del cuarto por prescripción médica. El doctor Prescott les aseguró que caminar y un poco de aire fresco le vendría bien para terminar de recuperarse. Y la verdad era que ya estaba deseando salir, se sentía enclaustrada. Las cuatro paredes parecían oprimirla y más sabiendo que se encontraba en el cuarto de lord Lensy. En más de una ocasión se había estado cuestionando dónde estaría durmiendo al estar ella ocupando su estancia. No se atrevió a preguntarlo, y menos a él. Después de que le dijera que la boda se celebraría en Londres, no volvieron a entablar conversación alguna. Siempre que venía a visitarla, lo hacía acompañado de su madre o su hermana y apenas cruzaban un par de palabras de cortesía.

—Estoy deseando poder bajar a desayunar por mí misma —le comentó jovial.

—Se está recuperando muy deprisa. El color ya ha vuelto a sus mejillas y juraría que ha ganado un poco de peso. —Le terminó de trenzar el cabello y sonrió—. Está preciosa.

Eleanor se miró con coquetería en el espejo. Era cierto que tenía mucho mejor aspecto, la estaban mimando en exceso. Los vestidos de lady Elizabeth le sentaban mucho mejor que los

austeros y maltrechos ropajes que le obligaban a usar los Burch. La modista ya había venido a tomarle las medidas, así que pronto recibiría su nuevo vestuario. Suponía que en cuanto lo tuviera, partirían de viaje.

—Buenos días, querida —la saludó lady Lensy al llegar al salón. Solo estaba ella a la mesa—. Cuánto me alegro de verte tan restablecida. Siéntate a mi lado y come. Debes ponerte fuerte cuanto antes. La temporada ya empieza oficialmente y no podemos demorarnos más, a Andrew lo reclaman de la Cámara de los Lores. Sin contar con que en cualquier momento recibiremos noticias de la corte de Saint James.

—¿De la corte? ¿Con qué propósito? —Mordió con ganas la rebanada untada con mantequilla.

—Para presentarte como debutante, ¿qué iba a ser si no? Debemos esperar la citación real del lord Chambelán. —Se rio de la cara de espanto de la muchacha—. Puedes estar tranquila, será una mañana en la que conocerás al regente, George, el príncipe de Gales. Le harás una reverencia, demostrarás tus excelentes modales y pronto se dará todo por concluido.

—¿Es necesario? —Al ver la cara de preocupación de lady Lensy se apresuró a añadir—. Me refiero a que, si yo ya tengo prometido, ¿de qué me sirve?

—Es el procedimiento adecuado. Hay damas que van incluso años después de casarse porque no han tenido oportunidad o porque viven demasiado lejos. Así debe ser para que seas aceptada en la alta sociedad. Tienes que entender que vas a pasar a ser una Somerset y la nueva condesa de Lensy.

Eleanor arqueó las cejas y miró hacia el plato. No quería que se disgustara con ella, pero estaba aterrorizada con la idea. No la habían educado para eso. De hecho, no se paró a pensar en ello en ningún momento, no le dio tiempo.

—No temas —le dijo con dulzura—. Sé que estás asustada, todo ha sido tan precipitado... Te enseñaré todo lo necesario para que seas una gran anfitriona, a desenvolverte ante la aristocracia y a llevar con orgullo el apellido y el título. Te guiaré mientras me necesites. Cuando ya estés preparada, me retiraré.

—¡Ni se le ocurra hacerme eso! —Se alarmó por su última frase—. Pase lo que pase, tiene que prometerme que no me dejará sola, que no se irá a ninguna parte. —Lady Lensy sonrió con ternura.

—Te repito que te prestaré mi ayuda siempre que la requieras. Pero como es lógico, llegará un día en que prescindirás de mí para tomar decisiones. Solo entonces, permaneceré en segundo plano.

—*Milady*, su exceso de confianza en mí me perturba. Creo que nunca llegará ese día. —Se mordió el labio inferior llena de preocupación.

La condesa soltó una carcajada en el mismo momento en que la puerta se abrió y entraba lord Lensy con la ropa de montar. Tenía las botas manchadas de barro y el cabello despeinado y húmedo. Su aspecto era salvaje y apuesto a la vez.

—Buenos días —las saludó.

Se acercó a su madre y le besó la mejilla. Y para sorpresa de Eleanor, también lo hizo con ella. Se puso tan colorada como la grana. A lady Lensy su reacción le hizo mucha gracia y tuvo que mirar hacia otro lado para que no la viera sonreír e interpretara que se estaba burlando de ella.

—¿De qué se reía tanto, madre? —Se sirvió una taza de té y se sentó con ellas. Él también se dio cuenta del sonrojo de su prometida y prefirió actuar como si no se hubiera percatado.

—Eleanor está un poco preocupada por lo que va a suceder a partir de ahora y teme que la

abandone a su suerte.

—¿Y ya ha solventado sus dudas? —Observó a Eleanor por encima de la taza mientras daba un sorbo. Ella no pudo sostenerle la mirada.

—Me temo que le he causado más. —Se levantó con la intención de marcharse—. Deberías empezar a resolverlas tú mismo, ¿no crees? —Palmeó el hombro de su hijo—. Tengo muchos asuntos que atender antes de nuestra partida. Os dejo para que converséis.

Eleanor estuvo a punto de salir corriendo tras ella. No quería estar a solas con lord Lensy. Le producía una mezcla de vergüenza y temor a la vez. Últimamente casi no le hablaba, parecía como si estuviera disgustado y de mal humor. Con esa actitud y su penetrante y fría mirada, el tenerlo cerca le hacía temblar.

—Mi hermana y mi cuñado se fueron esta mañana muy temprano. Me pidieron que me despidiera de su parte, aunque pronto nos reuniremos con ellos en Londres. —El hombre se cambió de silla para estar más cerca de ella—. No quiero que te asustes, pero ya está pedida la dispensa matrimonial y en cuanto la recibamos, anunciaremos los esponsales.

—¿De cuánto tiempo me está hablando? ¿Un mes? ¿Quizás dos? —preguntó temiendo la respuesta.

—Dos semanas, máximo tres.

—¿¡Qué!? —Se puso la mano en la boca para amortiguar el grito—. Apenas nos conocemos, es demasiado pronto. ¿No hay posibilidad de alargarlo un poco más?

—No, debe ser cuanto antes. Te tengo bajo mi techo sin estar casados y sin tu familia. Pronto llegará a oídos de todo Dover y tenemos que evitar las habladurías. No quiero que mi familia se vea envuelta en un escándalo. Otro punto para tener en cuenta es tu tutoría. Como ya te dije, legalmente tu padrastro podría venir con las autoridades y llevarte con él, sobre todo si se demuestra que no esperas un hijo mío. Por eso no puedo arriesgarme a dilatar esta inusual situación en el tiempo. Es primordial hacer legítimo nuestro estado.

—No puedo persuadirlo para que cese con toda esta locura, ¿verdad? —Le suplicó con la mirada. Él suspiró, disgustado.

—Si todo sale según lo previsto, nos trasladaremos pasado mañana a la ciudad —decidió ignorar su pregunta—. Ya estamos recibiendo invitaciones y, algunas de ellas, no podemos eludirlas. Me interesa que te conozca el mayor número de personas posibles antes de la boda para intentar normalizar nuestra relación. Quiero que seas aceptada de buen grado, de eso me encargaré yo. En cuanto nos casemos, volveremos a Whitecliffs House ese mismo día y pasaremos aquí un par de semanas. Mi familia se quedará en Londres para que podamos intimar. Después volveremos para continuar con la temporada y presentarte ya como mi esposa.

Cuando le dijo que estarían a solas a Eleanor se le formó un nudo en el estómago. Estrechar la relación con el conde iba a suponer mucho más que tener largas charlas y dar paseos. Una extraña sensación concentrada en la zona íntima se adueñó de ella. De pronto le pareció que hacía un calor excesivo en la estancia. Miró al que era ahora su prometido y se ruborizó aún más al imaginarse con él en la cama.

—¿Qué te ocurre, Eleanor? —le preguntó al no saber interpretar su gesto.

—Nada —se excusó de inmediato. Se moriría de vergüenza si él adivinara lo que estaba pensando.

—Aunque no haya salido el sol, no hace demasiado frío. Si quieres podríamos salir a caminar, te enseño las tierras y hasta dónde llegan los lindes.

—Me parece una buena idea. ¿Su madre se unirá a nosotros?

—No lo creo. Está muy ocupada con los preparativos.

—¿Y no sería mejor que me quedara para ayudarla?

—No te va a dejar. Hemos acordado que yo pasaría todo el tiempo posible a tu lado. Quiere que afiancemos nuestro vínculo. —Quiso tomarla de la mano, pero ella se puso de pie de un brinco.

—De acuerdo —farfulló—. Voy a por mi sombrero. Bajaré enseguida.

Le atemorizaba la idea de que al tocarla pudiera percibir su estado de nervios, pensaba que si no lo demostraba creería que era más madura. Seguramente ya era consciente de ello por su forma de actuar, no obstante, prefería seguir intentándolo.

—Te espero en el vestíbulo. No tardes.

Eleanor asintió y se fue a toda prisa al ver que se le acercaba. No sabía cuáles eran sus intenciones, puede que solo quisiera ir hacia la puerta, o quizás pretendía darle otro beso. Lo único que tenía claro era que el corazón le aporreaba con fuerza en el pecho cada vez que se le aproximaba.

Capítulo 9

Esa mañana hacía frío, más de lo acostumbrado en los últimos días, pero típico de la época del año en que se encontraban. La niebla y la humedad los acompañaron a lo largo de todo el paseo. El conde no pudo escoger peor momento para enseñarle hasta dónde llegaban sus dominios, ya que las nubes bajas no dejaban ver mucho más allá de unos metros ante ellos.

En todo el camino apenas cruzaron un par de frases, y cada vez que se le acercaba con el pretexto de enseñarle algo, Eleanor retrocedía. Se daba cuenta de que se estaba comportando como una niña terca, sin embargo, no podía evitarlo. Si al menos hubiera percibido un mínimo interés por ella antes de que ocurriera todo ese embrollo, ahora le sería más fácil aceptarlo. No se le quitaba de la mente que lo hizo al verse forzado. Lo que él deseaba en realidad era encontrarle otro pretendiente, jamás pensó en su persona, y eso le reconcomía la conciencia.

Ya estaban de regreso cuando lord Lensy perdió los nervios y la agarró del brazo para detenerle el paso.

—Eleanor, no hagas esto más difícil de lo que ya es. ¡Pon un poco de tu parte! —le exigió.

—No sé de qué me habla. —Se encogió de hombros y le giró la cara.

—Lo sabes perfectamente. No haces ni el más mínimo esfuerzo porque tengamos un acercamiento. Ni siquiera eres capaz de tutearme. Al menos, llámame Andrew. Tu forma de tratarme se asemeja a la de un sirviente, no a la de una prometida. —Le agarró del rostro con suavidad y la obligó a mirarlo—. Me gustaba cuando hablábamos en la biblioteca o cuando almorzamos juntos hace unos días. Tu conversación es elocuente y me genera interés. Hagamos de ello nuestro punto fuerte y partamos de esa base.

—Lo siento, me resulta complicado tutearle. Deme un poco más de tiempo. Le prometo que pondré de mi parte e intentaré que nuestras charlas vuelvan a ser amenas.

—Apenas disponemos de tiempo. —Le acunó el rostro y pegó su nariz a la de ella—. ¿Te has parado a pensar en lo violenta que va a resultar nuestra noche de bodas si no eres capaz ni de pronunciar mi nombre?

Sus labios estaban tan cerca que casi podía saborearlos. Su enloquecido corazón comenzó a repiquetear como un tambor y su cuerpo traicionero se desarmó con tan breve acercamiento. Cerró los ojos y esperó ansiosa que acortara la escasa distancia que los separaba. Pero el momento no llegaba y abrió poco a poco los párpados para ver qué ocurría. Se encontró con el conde observándola con una sonrisa burlona, y su aristocrática y petulante ceja izquierda arqueada. Se sintió ridícula. Lo empujó con todas sus fuerzas y emprendió el camino de vuelta rezumando furia por los poros.

—¡Espera! —le gritó entre risas.

—¿Para qué? ¿Para que pueda seguir burlándose de mí? —dijo por encima del hombro.

—Detente, por favor. —La tomó por la cintura y la hizo girarse—. Perdona, estaba confundido. Estábamos discutiendo y de pronto querías que te besara. Lo haré ahora, si es lo que deseas.

—No se preocupe, puede quedarse con sus estúpidos besos. ¡No los quiero! —Se deshizo de su agarre y se marchó. Estaba enfurecida por haber sido tan tonta de demostrarle lo mucho que lo anhelaba.

—Está bien, no huyas de mí. No hace falta que corras, no lo intentaré si no quieres.

—¡Ni se le ocurra tocarme!

—No lo haré, lo prometo. ¿Puedes aminorar el ritmo?

Se paró de golpe y lo miró con rabia. Después continuó más despacio. No estaban muy lejos de Whitecliffs House y no quería que la vieran llegar a la carrera con el conde pisándole los talones.

En cuanto llegó a la casa, Eleanor le echó una última mirada envenenada y se fue directa al dormitorio. A él parecía divertirle su estado de ánimo y sonreía complacido por su malestar. Esa respuesta aún la enervaba más.

En un principio quiso abandonar el cuarto principal, no deseaba seguir en su cama. Pero lo pensó mejor y decidió quedarse. Puede que de ese modo pudiera fastidiarlo un poco, ya que le pertenecía y no podía disfrutar de su estupenda estancia.

El almuerzo transcurrió con aparente normalidad. Siempre que estaban en compañía de otras personas el conde solía mostrarse displicente, y con la vergüenza que había pasado esa mañana, agradeció su modo frío y distante de tratarla.

Después de la comida comenzó a llover de forma torrencial. Gracias al mal tiempo podía permanecer en el dormitorio sin ser molestada. Le aguardaban un gran número de novelas y eso hizo que se aplacara su azoramiento. Era tan agradable poder leer tanto como quisiera... La lectura se había convertido en un lujo imposible de alcanzar y ahora se le permitía hacerlo siempre que lo deseara.

Tras una escasa media hora de feliz soledad, alguien llamó a su puerta. Era pronto para que Phillips le trajera el té, aun así, le dio permiso para entrar.

—Pasa, Mary. —Ni siquiera levantó la vista para ver quién entraba, hasta que oyó un carraspeo.

—Vaya... Ya veo que eres capaz de tutear a alguien y llamarlo por su nombre. —Se trataba de lord Lensy y por su tono se notaba que estaba disgustado.

Eleanor sonrió para sí. Si tanto le molestaba que no lo tratara de tú, no le iba a dar el gusto. Había encontrado el modo de importunarlo por haber sido tan desconsiderado con ella. Sin contar con que no se sentía todavía con la necesidad de hacerlo.

—¿Qué desea, milord? —Se levantó y le hizo una reverencia, a sabiendas de que le iba a incomodar.

Lo vio contener el aliento y soltarlo poco a poco. Ella se alegró al ver que había logrado su propósito.

—Ya que no vamos a poder salir esta tarde, me preguntaba si querrías hacerme compañía en la biblioteca. La chimenea está encendida y hace una temperatura idónea para la lectura. —Al ver que empezaba a hacer un gesto negativo con la cabeza, se apresuró a añadir—. Si no quieres, puede que te apetezca más tomar el té y charlar de asuntos de nuestro enlace con mi madre y lady Slater. Puede que, con suerte, hasta te den consejos de cómo ser una buena esposa y te instruyan en el arte de cómo complacer a un marido en el lecho conyugal.

Sabía que era una encerrona en toda regla. Incluso estuvo tentada a decirle que prefería estar con las damas solo por verle la cara de disgusto, pero no lo hizo. Nada más pensar en lo tediosa y bochornosa que podría resultar ese tipo de charla con las mujeres, prefirió quedarse con él.

—Estoy a punto de acabar una novela muy interesante, así que prefiero ir con su señoría. —Tomó su libro y se lo puso bajo el brazo, dispuesta a marcharse.

—Eso me parecía a mí —susurró con una sonrisilla.

Lord Lensy le ofreció el brazo y ella, aunque reacia, terminó por aceptarlo antes de que

empezaran a pelear sin haber salido siquiera de la habitación.

Tenía que reconocer que el ambiente en la biblioteca era mucho más agradable que en el dormitorio. La chimenea era de gran tamaño y caldeaba toda la estancia. Había muy poca luz exterior por culpa de los oscuros nubarrones que cubrían el cielo, así que encendieron algunas velas. Se sintió relajada, en calma, pese a tener cerca a su prometido. Se acomodó en el sofá y continuó con su novela. Poco le duró la tranquilidad porque el conde se sentó a su lado. Tenía a su disposición dos sillones y varias sillas y tuvo que escoger la plaza libre junto a ella. Resopló de disgusto e intentó alejarse todo lo que pudo.

—¿Qué problema hay? Ni tan siquiera te he tocado —le exigió saber.

—Tiene otros lugares. ¿Por qué tiene que elegir justo este?

—Intento que haya un acercamiento entre nosotros, pero tú me lo estás poniendo muy difícil.

—No va a facilitar las cosas el que se pegue a mí.

—Pues haz el favor de ilustrarme con un ejemplo, me siento perdido ante tus constantes desplantes.

—Podría empezar por ser menos arrogante y dejar de acusarme de ser el motivo de sus problemas. Su señoría inició todo este disparate.

—Por el amor de Dios, Eleanor, deja de hablarme así o juro que... —Se mordió la lengua para no decir una barbaridad. Estaba harto de que le hablara como si fuera un miembro más del servicio, aunque descarado.

—¿Qué? ¿Va a castigarme por ser educada? —Lo desafió con la mirada.

—Educación puede que tengas, pero sin un ápice de cortesía. —Eleanor abrió la boca de asombro—. ¿Sabes qué? Puede que tengas razón y deba imponerte una pena si no me tuteas.

—¡No se atreverá! —le dijo alarmada.

—¡Oh, sí! Por supuesto que lo haré. Te besaré ardientemente cada vez que lo hagas, sin importarme quién se halle presente.

—No creo que sea tan irrespetuoso con su propia madre o los invitados —se rio de él.

—Tú lo has querido.

Antes de que pudiera reaccionar ya la tenía apresada entre sus brazos. Se abalanzó y posó sus labios sobre los de ella. Al principio fue suave, luego lo hizo con más intensidad e introdujo la lengua en su boca. Terminó por perder la razón y la voluntad para parar. Un terrible apetito sexual se adueñó de él y la deseó en cuerpo y alma. Y lo peor de todo era que Eleanor no le impedía que continuara. Encontró una brizna de determinación y se apartó de ella. Ambos estaban jadeantes.

—Di mi nombre —le exigió. Ella se negó—. Entonces volveré a besarte hasta que entres en razón.

Esta vez hizo el beso más profundo, haciendo que Eleanor temblara de excitación. Se moría de ganas de que siguiera, de que continuara hasta que consiguiera apagar todo el ardor que se había apoderado de ella. Le daba igual que él dijera que eso era un castigo, ¡bendito castigo! Hasta que empezó a notar cómo una de sus manos se colaba bajo sus faldas y subía por la pantorrilla. Eso sí que la asustó y saltó del asiento.

—¿Qué se supone que está haciendo? —pronunció agitada.

—¿Reeducarte? —Se encogió de hombros.

—Es... Es un... —tartamudeó presa de los nervios.

—Cuidado con cómo terminas esa frase porque la próxima vez te tumbaré y te arrancaré el vestido.

—¡Como se le ocurra ponerme las manos encima se arrepentirá! —Fue reculando a medida que se lo decía.

El conde se puso en pie, y ahí empezó la carrera alrededor de los muebles. Como no lograba alcanzarla, saltó por encima de la mesa derribando el jarrón con flores y estrellándolo contra el suelo. Eleanor gritó por el susto, e inmediatamente después, fue derribada. Al perder el equilibrio, intentó agarrarse al sofá y lo único que consiguió antes de caer, fue darse la vuelta; con tan mala suerte que una de sus rodillas acabó golpeando la entrepierna de lord Lensy. Este cayó encogido de dolor con las dos manos en la parte interior de los muslos.

—¡Andrew! —Eleanor chilló alarmada—. ¡Oh, Dios mío! Andrew, cuanto lo siento. ¿Estás bien?

—Tendré suerte si puedo engendrar hijos —graznó.

La puerta se abrió de par en par y aparecieron en el umbral lady Lensy, lady Slater y Henry.

—Pero ¿qué ha ocurrido aquí? —preguntó alterada lady Lensy al ver la biblioteca revuelta y a su hijo tirado en el suelo con Eleanor agachada a su lado.

—No se preocupe, madre —le respondió con la voz aflautada—. Solo estábamos intentando llegar a un entendimiento. —Esbozó una leve sonrisa.

Lady Lensy, disgustada con su hijo por el alboroto que estaba montando ante los invitados, se marchó junto con lady Slater en busca de los sirvientes para que recogieran todo ese estropicio.

—¿A qué demonios jugabais? —Su amigo se agachó y lo ayudó a levantarse.

—Slater, te lo ruego, cállate —le suplicó con la cara contraída por el dolor. Henry, como respuesta, sonrió con malicia mientras miraba cómo Eleanor se retorció las manos de preocupación.

—Andrew, no sé qué querías enseñarle a tu prometida, pero creo que no lo haces del modo adecuado —le susurró con sorna al oído para que ella no pudiera escucharlo.

A lord Lensy le hubiera encantado dar un puñetazo a su colega para hacerle tragar sus irónicas palabras, pero las fuerzas no le acompañaban y se limitó a mirarlo con fiereza.

—Con lo difícil que es derribarte, que una dama te haya vencido de un solo golpe no te deja en muy buen lugar. —Se rio de nuevo.

—Slater, basta. No estoy para chanzas —le gruñó.

Eleanor se encontraba con la cabeza gacha y las mejillas coloradas por haber pegado al conde en semejante parte. Para colmo, lo habían presenciado lady Lensy y su visita. Henry, con sus bromas, tampoco ayudaba nada a suavizar el incómodo momento. Con cada una de sus pullas, más se abochornaba.

—Haz algo de utilidad y sírreme un trago —exigió a su amigo mientras intentaba colocarse en el sofá del modo menos doloroso posible.

—¿Quieres brandy o *whisky*? —Le agitó las dos licoreras para que eligiera y el conde señaló la segunda—. Buena elección —le alabó con agrado.

Llenó tres vasos, entregó uno a su amigo y otro a la ruborizada Eleanor, que no dudó en cogerlo y darle un buen sorbo. Esta arrancó a toser debido a la falta de costumbre.

—Querida, yo de ti me lo tomaría con calma —le advirtió Henry y le palmeó la espalda con delicadeza. Ella se encogió por el contacto. Sus heridas eran demasiado recientes.

—¡No se te ocurra volver a tocarla! —Lord Lensy se levantó de un salto olvidándose del daño que sufría.

—Lo siento —dijo extrañado por el comportamiento de ambos—. ¿Qué he hecho? —Los miró de hito en hito sin comprender los motivos.

—Nada. Tú límitate a no ponerle las manos encima a mi prometida —respondió con aspereza y se volvió a sentar.

—Señor Slater, no se preocupe —Eleanor se apresuró en darle una explicación—. Tropecé hace unos días y me lastimé, no es nada grave.

—Cuánto lo siento. —La tomó de las manos—. Por favor, somos amigos, casi como de la familia, puedes tutearme.

—De acuerdo, Henry —aceptó sin dudar. Su prometido gruñó de disgusto, pero no le hicieron caso pensando que se trataba de su malestar.

—¿Dónde ocurrió? —se siguió interesando por su percance.

—En las escaleras —dijo lo primero que le vino a la cabeza después de titubear durante unos segundos.

—En las caballerizas —el conde quiso responder justo cuando ella también lo hizo.

—Vaya... —Henry se pasó la mano por la barbilla, pensativo—. Debió de ser una caída tremenda si empezó en las escaleras y acabó en las caballerizas.

Eleanor no pudo evitar reírse. Sin embargo, lord Lensy resopló de disgusto por abrir la boca antes de tiempo. Su colega los había descubierto mintiendo y no pararía hasta saber qué ocurrió. Miró a su prometida con censura para intentar advertirle, pero ella parecía ignorarlo. Solo tenía ojos para el malnacido de Slater.

—Te pido que no seas indiscreto y no preguntes más. Es suficiente con que sepas que debes tratarme con cuidado —le aclaró Eleanor. El hombre le resultaba muy simpático.

—No puedo creerlo, aún no os habéis casado y ya andáis con secretos. —Le dedicó una sonrisa ladina—. Está bien. No indagaré más en el asunto si me prometes un vals en tu primera fiesta en Londres.

—De acuerdo —le aseguró sin tan siquiera pensarlo.

La puerta se abrió y entraron varios miembros del servicio para recoger el desastre. Después llegaron las damas. Lord Lensy vio el cielo abierto al verlas aparecer.

—Madre, es la hora del té. Dígale a Phillips que se los sirva en su saloncito y... —miró hacia su prometida que todavía sonreía por la proximidad de Slater— llévase a Eleanor. Antes me dijo que estaba deseando poder pasar un rato en su compañía.

—¿En serio, querida? —Fue a reunirse con su futura nuera y la tomó del brazo—. Lady Slater nos ha traído unas pastitas estupendas. Ven con nosotras y las degustaremos juntas.

Eleanor no tuvo más remedio que seguirlas. Al salir de la biblioteca observó al conde. El muy ruin lucía una amplia sonrisa de satisfacción al ver que, como siempre, al final hacía lo que él quería. Dejó de sentir lástima por haberle golpeado en la entrepierna y se juró que se lo haría pagar de algún modo.

Capítulo 10

Un par de días después ya tenían todo listo y emprendieron rumbo a Londres. Más de setenta millas los separaban de la ciudad. Los caminos estaban embarrados debido a las fuertes lluvias, sin embargo, llegaron sin percances al atardecer.

Eleanor no podía evitar sentirse emocionada. Le esperaban grandes descubrimientos: los bailes públicos, las fiestas privadas, la ópera, competiciones deportivas, exposiciones de arte... Sin embargo, no debía olvidar quién le brindaba esas oportunidades, que no era otro que su prometido. Tras el percance en la biblioteca, se dedicó a ayudar a lady Lensy con los preparativos, por lo que apenas lo vio, a excepción de durante las comidas. Él parecía tenso cada vez que estaba en su presencia. Como no sabía muy bien el motivo, prefirió guardar las distancias y, sobre todo, no le habló. Le aterraba la idea de que cumpliera su palabra de besarla delante de cualquiera que se hallara presente si no lo tuteaba. Las pocas veces que le preguntaba algo, se limitaba a contestar con monosílabos o simplemente asintiendo. De hecho, durante todo el trayecto, se limitó a permanecer acurrucada en su rincón y hacerse la dormida para no verse en una situación embarazosa delante de la condesa. Aunque una vez que empezó a escuchar el bullicio de la urbe, se asomó a la ventana del carruaje para poder observar la inmensa ciudad. Se decepcionó al encontrarse con una población gris, con una densa niebla y un olor desagradable que lo inundaban todo. Esperaba que se tratara de algo pasajero y desapareciera pronto para dar paso a la grandeza del lugar. Se convenció a sí misma de que, con la luz de un nuevo día, se vería con un aspecto más agradable.

La mansión de los Somerset se hallaba en el *West End*, en una calle privilegiada con unas inmejorables vistas de *Hyde Park*. O eso es lo que le habían explicado a Eleanor, porque cuando se apearon del vehículo apenas logró ver unos metros ante ella. Gracias a las farolas pudo observar durante unos segundos la imponente fachada del edificio. No era ni mucho menos tan grande como la de Dover, pero sí que parecía una de las más amplias y suntuosas de la zona. Cuando dejara de llover, seguro que apreciaría mejor la edificación. De momento se conformó con pasar al cálido y seco interior.

—Dejen el equipaje de la señorita Berry en la casa de lady Elizabeth —ordenó lady Lensy al cochero y a uno de los sirvientes, que con diligencia se apresuraron a cumplir con lo encomendado.

—Disculpe, *milady*, ¿no me quedo aquí con su señoría? —preguntó Eleanor al ver cómo se llevaban sus baúles. Lord Lensy ya había desaparecido dentro de la casa.

—Por supuesto que no. Durante las próximas dos semanas estarás con mi hija. Tras la boda, ya podrás alojarte con nosotros. Sería un escándalo que pasaras las noches bajo el mismo techo que tu prometido. Querida, ya no estamos en el campo donde las grandes distancias y la escasez de vecinos te amparaban de las habladurías. Ahora, todo lo que digas y hagas será juzgado por cuantos nos rodean. Es muy importante que guardes las formas y hagas cuanto te digamos. —Le sonrió al ver la cara de espanto que puso—. No te preocupes por nada.

—Y si alguien me hace una pregunta indiscreta, ¿qué debo hacer? —La miró a los ojos con inquietud.

—Limítate a sonreír y a disfrutar del momento. La compostura es lo primordial. Nunca

estarás sola y te asesoraremos al instante. Nadie esperará de una debutante que responda de inmediato ni de forma elocuente. Una dama con una buena educación sabrá esperar el beneplácito de su prometido.

—¿Me está pidiendo que deje de ser yo misma?

—Básicamente, sí. Al menos hasta vuestro enlace. Después irás aprendiendo cómo hablar y cuándo. Hija mía, somos mujeres y la imagen que ofrecemos es esencial para labrarnos un buen futuro. Jamás esperes que te alaben por tu inteligencia.

—Es muy triste... —susurró apesadumbrada.

—Puede, pero hay que saber hacer las cosas a su tiempo y jugar las cartas que te ofrece la vida. Este es un mundo de hombres, respeta las normas y saldrás victoriosa.

A Eleanor le vino a la mente la sonrisa y saber estar de su hermanastra Cassandra. Ella era el perfil de señorita educada que se esperaba en la alta sociedad, lo que le pedía lady Lensy a partir de ahora de su persona. No importaba cuánto se hubiera formado en arte, literatura, matemáticas, ciencias... A nadie le interesaban sus conocimientos ni su intelecto. Su valía sería evaluada por su obediencia al hombre que la portara del brazo.

—Eleanor —el conde la llamó desde el salón adyacente al vestíbulo—, ven, apresúrate. Te presentaré a la servidumbre y te enseñaré la casa. Después te llevaré a la de mi hermana donde cenaremos todos juntos.

Se reunió con él cuando todavía no había puesto sus pensamientos en orden. Se limitó a seguirlo y memorizar cuanto le decía, desde los nombres de los miembros del servicio hasta los horarios de las comidas. Luego le enseñó las habitaciones en compañía de su madre. Algo más tarde ya se encontraba de camino a la residencia de los Archibald.

Estaba mareada del viaje y de la cantidad de información acumulada. Tras una breve cena en familia, se retiró para poder descansar. Necesitaba con urgencia desconectar de cuanto le rodeaba. Solo esperaba que a la mañana siguiente ya hubiera asimilado el papel que le tocaba jugar a partir de ese instante o las consecuencias podrían resultar fatales.

Aunque estaba muy cansada y consiguió dormirse de inmediato, pasó gran parte de la noche teniendo pesadillas en las que hombres y mujeres se burlaban de ella por su indumentaria y la tachaban de insulsa y poca cosa para ser la prometida de un conde. Se despertó al amanecer desconcertada y empapada en sudor. Se sentía como una impostora. Los dos años que había pasado bajo el yugo de su padrastro la convirtieron en un ser inseguro. Ahora lo veía claro. Se preguntaba constantemente si lograría seguir adelante con esta pantomima. Ya no era la joven alegre, valiente y firme de antaño. Estaba atemorizada. No se veía con fuerzas para afrontar lo que le pedían. Acabarían por enterarse de su procedencia y los rumores del supuesto romance con el hijo del carnicero. La ridiculizarían en público y sería el hazmerreír de todo Londres. Ya sabía que hablar con su prometido era inútil, no podría hacerlo entrar en razón, así que no le quedaba más remedio que huir. Lo haría por el bien de lord Lensy y los Somerset.

Se levantó de un salto y empezó a vestirse. Si se marchaba antes de que el servicio comenzase con sus tareas, podría ser que tuviera una oportunidad. No podía pararse a sopesarlo o se acobardaría. Se abrigó bien y salió corriendo de la habitación con los ojos anegados por la pena. Ya no se casaría con Andrew. Nunca más volvería a besarla. Logró llegar hasta la puerta trasera sin ser vista. Una vez en el patio, se giró para ver la casa a modo de despedida mientras las lágrimas le caían sin control. Cuando fue a darse la vuelta y correr hacia la calle, se chocó con alguien y a punto estuvo de caerse.

—¿Eleanor? —Se vio atrapada por los brazos de lord Lensy—. Eleanor, ¿qué estás haciendo aquí?

—¡Andrew! —susurró al ver de quién se trataba. Le rodeó el cuello y apoyó la mejilla en su pecho.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso alguien te ha lastimado? —se alarmó al verla llorar.

—No, nadie.

—Entonces, dime qué ocurre. —Le sostuvo el rostro y la obligó a mirarlo.

—Que no soy fuerte ni buena para su señoría. He querido escapar para que se librara de mí y no tuviera que cargar con una mujer que no está a la altura de las circunstancias. No se merece arrastrar de por vida con alguien que no le gusta solo por pena. Ya me ha ayudado y librado de mi padrastro. Ahora soy yo la que le redimo de su promesa de matrimonio. —Se apartó de él y se enjugó las mejillas—. Gracias por todo lo que ha hecho por mí. —Le dio un beso en la mejilla y, cuando quiso salir corriendo, él la apresó por la muñeca.

—Deja de decir bobadas y entra en casa —dijo malhumorado—. Hace mucho frío y te vas a enfermar.

—¿Es que no ha oído nada de lo que le he contado?

—Sí, he escuchado cada palabra y no me ha gustado ninguna salvo mi propio nombre. —La atrajo hacia él y la besó con posesividad—. A ver si entiendes esto, vas a ser mi esposa y no porque me des lástima sino porque me agradas. Creo que vas a ser una compañera excepcional con la que poder charlar de cualquier tema sin temor a que no entiendas de lo que te estoy hablando. Estoy cansado de mujeres que intentan complacerme, cuando lo único que quiero es que sean ellas mismas y me demuestren su valía. Tú jamás has demostrado miedo por revelarme tu forma de ser y eso es lo que ansío. Sé que sientes algo por mí, si no lo notara, dejaría de insistir, pero puedo percibirlo en tus ojos cuando nos miramos. También sé que me deseas, lo demuestras cada vez que nos besamos. Así que, haznos un favor a ambos y deja de huir de mí y acéptame ya de una santa vez como tu futuro marido, maldita mujer testaruda.

Eleanor se lo quedó mirando, estupefacta. No tenía claro si reír de felicidad o enfadarse. Lo que el conde deseaba de su persona era todo lo contrario de lo que la sociedad le exigiría. También le había asegurado que le agradaba, no la amaba, pero era mucho más de lo que se cabría esperar de un caballero de su categoría. Le sorprendió la forma de describir lo que sentía por él, lo había sabido interpretar mucho mejor que ella misma. Sin duda la protegería y respetaría de por vida.

—De acuerdo —aceptó sin resistencia para sorpresa del conde.

—¿De verdad? —se extrañó por el drástico cambio—. ¿Me prometes que no intentarás escapar nunca más?

—Le doy mi palabra —pronunció con vehemencia.

Lord Lensy asintió. No estaba muy convencido después de la resistencia que había encontrado desde el principio. Sin embargo, no pondría en duda su palabra. Le ofreció el brazo para conducirla de nuevo al interior.

—¿Le puedo hacer una pregunta? —Eleanor le susurró antes de que entraran en la casa.

—Lo que quieras —le aseguró, aunque sentía cierto temor a sus cuestiones.

—¿Por qué ha venido tan temprano? ¿Es que acaso estaba haciendo guardia para que no huyera? —El hombre soltó una carcajada. Eleanor frunció el ceño—. ¿De qué se ríe?

—Me hace mucha gracia que pienses que he pasado la noche escoltando la puerta bajo la lluvia por si decidías escapar. —Volvió a carcajearse—. No tienes ni la más remota idea de la hora que es, ¿verdad?

—No. —Se encogió de hombros.

—Son cerca de las once.

Eleanor miró hacia el cielo con asombro. Tenía casi el mismo aspecto que cuando llegaron al anochecer. La densa niebla lo cubría todo.

—¿Es que aquí nunca sale el sol? —preguntó con enfado.

—Bienvenida a Londres, querida —le respondió con sorna.

—Pues espero que disponga de muchos entretenimientos, porque de momento no me está gustando nada.

—Sin duda los hay.

La acompañó hasta el salón donde se encontraban su hermana y su sobrina. Después le sirvieron el desayuno a Eleanor, charlaron un rato entre los tres y jugaron con la pequeña. Nadie sacó ningún tema conflictivo, hablaron de banalidades y las próximas invitaciones. De hecho, esa misma noche ya tenían su primer compromiso. Debían asistir a la casa de la duquesa de Beaufort. Pese a que ostentaba un cargo tan elevado, le dijeron que no temiera por ella, ya que estaban emparentados con la dama en cuestión. Y así lo hizo, no se preocupó. Le ponían más nerviosa los bailes públicos donde sería observada por decenas de personas.

—No volveré hasta media tarde —le avisó lord Lensy—. Estaré en Westminster en una sesión parlamentaria. Llegaré a tiempo para acompañarte a la fiesta. Mi hermana ya está al corriente y te asesorará sobre cómo tienes que vestirte para la ocasión. Debemos presentarnos de etiqueta y el refinamiento debe ser exhaustivo. Las joyas serán imprescindibles. No temas, ya sé que no posees ninguna, mi madre te las prestará para que puedas lucirlas. Y... —Se metió la mano en el bolsillo de la casaca, sacó una pequeña bolsa de cuero y volcó el contenido en su palma. Eleanor abrió los ojos desmesuradamente al ver un anillo con una preciosa piedra azul engarzada—... Pertenecía a mi abuela paterna, y ahora pasará a ser tuyo. —Se lo deslizó en el dedo—. Es mi regalo de compromiso.

—¡Es tan hermoso! —Miró la sortija y sonrió—. Adoro el color azul.

—¡Cuánto me alegro! —suspiró—. Por un momento llegué a pensar que lo rechazarías como cada vez que te ofrezco algo.

Lady Elizabeth no pudo disimular la risa que le entró al escuchar a su hermano. Aunque estaba a una distancia prudencial junto a su hija para que pudieran hablar en privado, lo oyó a la perfección.

—Perdón —Elizabeth se excusó por la intromisión y se acercó a una de las ventanas para que volvieran a gozar de intimidad.

—Gracias, Andrew —susurró Eleanor y le dio un beso en la mejilla.

El conde se giró a comprobar que su hermana continuaba observando el paisaje y que la pequeña jugaba con sus muñecas. Luego se apresuró a devolverle el afectuoso gesto, pero en los labios.

—Nos vemos en unas horas —se despidió con una caricia y se fue.

El corazón le latía desbocado y la cara le ardía. Al marcharse lord Lensy, Eleanor dio un suspiro tan fuerte que hizo sonreír de nuevo a Elizabeth.

—Qué gracia me hace esta situación. Ver a mi querido hermano agasajarte es lo más extraño que podría esperar. No es muy dado a demostrar sentimientos. Siempre tan íntegro, serio y responsable. Llegué a pensar que no lograría encontrar una esposa agradable que lo aguantara. —Se tapó la boca para contener la carcajada.

—Estoy convencida de que habría muchas candidatas dispuestas a casarse con un caballero de su categoría y rango sin pensárselo ni un instante —le aseguró Eleanor.

—Sin duda, pero he dicho «agradable». —Primero se miraron con seriedad durante unos segundos, después comenzaron a reír—. Me hace muy feliz que vayas a formar parte de mi

familia.

—A mí también, lady Elizabeth.

—De eso nada, ahora eres mi hermana y a partir de este momento me tutearás.

—De acuerdo, Elizabeth.

—Ya no nos queda mucho tiempo para salir a dar un paseo, así que, si quieres, podemos ir a elegir el vestido que nos vamos a poner esta noche, ¿te parece bien?

—Es una idea excelente.

Lady Elizabeth tomó a la pequeña Catherine en brazos y se marcharon en busca de la niñera. Tenían una escasa media hora antes del almuerzo. Con suerte podrían encontrar el atuendo perfecto para la fiesta y así pasar el resto de la tarde acicalándose. Se sentía muy afortunada al tener a una mujer joven como ella de su parte. Con su ayuda seguro que resultaría todo más llevadero.

—Estás radiante —felicitó lady Lensy a Eleanor después de colocarle sus joyas—. Estoy segura de que vas a ser la sensación de la noche.

—No le quepa duda, madre —le aseguró Elizabeth—. Pero no por los motivos que cree.

—¿Qué quieres decir, hija?

—Pues que va a ser el centro de atención y la comidilla de todas las conversaciones. Y no por lo hermosa que está esta noche, sino porque es la misteriosa prometida de lord Lensy.

—Es posible, aunque será algo momentáneo. En cuanto comprueben que es una gran dama, la acogerán con gusto como un miembro más.

—Haré como me ha enseñado, permaneceré callada, con una ligera sonrisa y cuando hable lo haré en un tono moderado y no me meteré en conversaciones de hombres —intervino Eleanor para infundirles confianza. Por desgracia tenía bastante experiencia en obedecer y no intervenir si no se lo indicaban.

—Esa es la actitud que debes adoptar. —Lady Lensy la miró con satisfacción—. Mantén la barbilla elevada y siéntete orgullosa de nuestro apellido.

Capítulo 11

Engalanada con las alhajas prestadas y su nuevo vestido de seda, Eleanor se veía más bella que nunca. La emoción y la alegría volvían a recorrer sus venas. Ya no le importaba que la fueran a juzgar, se sentía segura de sí misma y estaba convencida de que todo iría bien.

—*Milady*, lord Lensy ya las espera en el salón —anunció una joven doncella.

Poco después bajaron a reunirse con él. Cuando Eleanor vio al conde, este estaba de cara a la chimenea con una copa de licor sujeta con elegancia entre los dedos. Su amplia y musculosa espalda se ajustaba a la perfección al frac que lucía esa noche. Jamás había reparado en su esbelta figura. Observó con detenimiento el perfil de su rostro serio, casi severo. La luz del hogar le daba un tono anaranjado y resaltaba su fuerte mentón. Era la viva imagen del caballero con el que siempre había soñado, gallardo, inteligente, considerado. El hombre se percató de su presencia y se giró hacia ella ofreciéndole una sonrisa. Nerviosa por su atención, se sofocó y sintió que le faltaba el aire. Sin embargo, deseó que acortara la distancia que los separaba de inmediato. Su actitud receptiva le demostraba que no solo lo había aceptado de palabra, sino en cuerpo y alma. Se había enamorado perdidamente de su prometido.

—Estás preciosa. —Le tomó la mano enguantada y se la besó.

—Gracias —susurró. Quiso decirle que él también estaba muy apuesto, pero no se atrevió. Se le atascaron las palabras en la garganta y se limitó a sonreírle y dejarse guiar.

Se sentía tan nerviosa por todo lo que le sucedía que apenas lograba controlar el temblor de sus rodillas. Estaba convencida de que no se desplomaba porque el conde la sostenía con firmeza por el brazo.

Al llegar a casa de la anfitriona, su agitación había aumentado. Sobre todo, al ver la magnitud de la fiesta a la que acudía. Hombres y mujeres desfilaban engalanados al interior de la mansión, y un sinfín de suntuosos carruajes los iban dejando cerca de la entrada.

—Creía que se trataba de una fiesta privada —expuso, impresionada.

—Y lo es. No se puede asistir si no es con invitación —le aclaró lord Lensy—. No te alarmes, siempre estaré a tu lado o te dejaré en compañía de mi madre y mi hermana si la situación lo requiere.

Cuando ya les faltaba poco para alcanzar la puerta principal, el conde se detuvo y miró con preocupación a Eleanor, momento en que se separaron de su madre, su hermana y su cuñado. Ella se asustó al pensar que podría haber hecho algo mal incluso antes de llegar.

—¿Qué ocurre? —preguntó llena de confusión.

—Solo quiero asegurarme de que no me hablarás como si fueras un miembro del servicio. Sería muy embarazoso que te presente a mis amigos y familiares como mi prometida y me llamaras milord.

—No se preocupe, su señoría —le dijo con absoluta seriedad.

A lord Lensy se le desencajó el rostro al oírla. Pensó que estaba condenado a tener que escuchar las burlas de sus colegas a lo largo de la velada. Pero de repente vio cómo se iba dibujando una sonrisilla burlona en los labios de Eleanor y comprendió que le estaba tomando el pelo.

—Eres una bruja. Menudo susto me has dado. —La tomó por el codo y la condujo hacia el

interior mientras se reían con disimulo.

Qué agradable era el acercamiento que estaban teniendo. Por fin parecía que llegaban a un entendimiento.

Eleanor pudo visualizar a la anfitriona y sus dos hijas entre la multitud. La anciana viuda le recordó a un enorme cuervo negro que miraba con desprecio a todos los invitados como si quisiera arrancarles los ojos. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

—Buenas noches, querida tía. —Lord Lensy besó la mano de la dama e hizo una inclinación de cabeza hacia sus primas.

—¿Esta es la joven con la que te has prometido? No es lo que me esperaba —soltó sin un ápice de cortesía—. Cómo me ha dicho tu madre que se llamaba, ¿Berry?

—Así es. Es la señorita Berry —respondió con normalidad como si estuviera acostumbrado a su falta de respeto—. Te presento a la duquesa de Beaufort y a sus hijas, lady Beatrice Somerset y lady Margaret Somerset. —Eleanor hizo una reverencia.

—Muy bien. Ahora pasad y ya hablaré con vosotros más tarde, los invitados se están agolpando. —Les hizo un ademán con la mano para que se apresuraran.

—No le he agradado... —le dijo apesadumbrada al conde unos metros más adelante.

—Sí, es cierto, pero como todo el mundo. —Le palmeó la mano para infundirle fuerzas—. Deberás tener un poco de paciencia con ella.

Poco después consiguieron encontrar entre la multitud a lady Lensy. Junto a ella, las presentaciones y las felicitaciones por el compromiso se sucedieron hasta que se reunieron en el gran salón para cenar. Eleanor estaba apabullada. Eran tantos los nombres y títulos, que le resultaba imposible recordarlos todos. Se limitaba a hacer lo que le habían pedido: sonreír, asentir y hacer reverencias. Salvo a la anfitriona, parecía complacerlos, al menos en apariencia.

Su lugar en la mesa fue lo que más le preocupó. No estaba ni con lady Lensy ni con su prometido. Se sentía perdida. Ni siquiera sabía quiénes eran las personas que tenía a sus costados. El conde se encontraba enfrente y a su lado tenía a una distinguida dama que no paraba de regalarle caricias y sonrisas. Lo que más le molestaba es que él las recibía con agrado.

—¿No le gusta la sopa? Es exquisita —le dijo el comensal de su derecha, un hombre de mediana edad entrado en carnes.

—¡Oh, sí! Por supuesto. —Se llevó una cucharada a la boca. Sin duda debía de ser deliciosa, sin embargo, a Eleanor le sabía a hiel al observar a su prometido coquetear de un modo tan descarado con esa mujer.

—No debe preocuparse —le volvió a hablar con confianza.

—Disculpe, no le entiendo.

—Ante todo deje que me presente, soy Ernest Fenn. Estoy convencido de que no lo recordará tras tantas presentaciones —ella asintió como respuesta, un tanto avergonzada—. Le explicaré lo que pasa, es muy sencillo. Todavía no entiende que está haciendo lo correcto. No desea molestarla. —Miró hacia lord Lensy con disimulo. Eleanor se sonrojó al darse cuenta de que estaba demostrado su malestar sin pretenderlo—. Señorita Berry, por muy bien que la hayan educado, nunca nadie la habrá instruido en el arte del coqueteo, estoy seguro de ello. Es un juego inofensivo en el que todos participamos. Pronto lo podrá verificar por usted misma.

—¿Me está diciendo que lo ignore?

—No exactamente. Le sugiero que se meta en el papel y flirtee. ¿Acaso no ha venido a divertirse como todo el mundo? —El señor Fenn le sonrió y Eleanor puso cara de espanto—. ¡Oh, no, mi querida niña! No conmigo. —Se rio y ella suspiró de alivio—. Me refiero a los jóvenes que la van a sacar a bailar más tarde o incluso el apuesto caballero que tiene a su

izquierda.

Eleanor se giró de inmediato para comprobar quién era la persona que tenía al otro lado. Sin duda tenía buena presencia. Había estado tan pendiente de su prometido que no reparó en los demás. Era lord Marlow, un hombre de cabello rizado y rubio que la miraba con descaro. Aunque en un principio fue reacia, al final empezó a charlar con él y, cuando se quiso dar cuenta, ya le tenía reservado un baile. Lo mejor de todo es que se olvidó por completo de lord Lensy. Los enormes centros de mesa repletos de flores actuaban como barreras y ayudaban a descuidar a los comensales de enfrente. Parecían estar hechos a propósito para que las parejas no interactuaran entre sí y se relacionaran con los demás sin ser molestados.

Cuando ya estaban degustando el postre y tras varias copas de vino de oporto, los comentarios cada vez eran más ingeniosos y divertidos, arrancándoles carcajadas a Eleanor y sus dos nuevos amigos. Con la última anécdota que contó lord Marlow sobre la Cámara de los Lores le hizo recordar a su prometido. Fue entonces cuando se cruzó con su mirada. No tenía ni idea desde cuándo sucedía, pero la estaba observando con severidad. Su elegante compañera de mesa ya no hablaba con lord Lensy y su plato permanecía intacto. Se asustó y de repente sintió la boca seca, pese a haber estado bebiendo en exceso. Se le tiñeron las mejillas y bajó la vista a su regazo. Por suerte, en ese momento anunciaron que los caballeros iban a fumar y tomar los licores en la sala contigua.

Se levantó y se apresuró en buscar a lady Lensy. Por desgracia, estaba con la duquesa, pero estaba tan preocupada por haber obrado mal, que le dio igual y fue al resguardo de sus faldas.

—Eleanor, querida, ¿qué tal lo estás pasando? —se interesó al percatarse de su presencia.

—Bien, gracias —respondió sin mucha convicción.

—Pues yo diría que lo ha estado pasando en grande con el marqués de Marlow —le reprochó con maldad la duquesa. Eleanor agachó la cabeza, cohibida—. Una dama nunca debe reírse tan descaradamente con un joven. Y menos si lo acaba de conocer. ¿Qué clase de modales son esos?

—No sea tan dura con ella, tía —dijo con dulzura lady Lensy—. Solo es una debutante y es su primera fiesta.

—Yo a su edad jamás tuve esa clase de comportamiento. —Miró a Eleanor con censura—. Vete tú a saber qué hará más adelante. Eso le pasa a mi sobrino por elegir a una mujer de baja alcurnia.

—No he hecho nada malo y no osaría hacerlo en un futuro —respondió envalentonada por el alcohol—. Puede que no sea hija de un duque, pero mi padre era un caballero con unos modales exquisitos y una educación sin igual que nada tendrían que envidiar a cualquiera de los aquí presentes.

—¡Eleanor! —le llamó la atención lady Lensy—. Discúlpate ahora mismo.

Apretó la mandíbula con fuerza mientras miraba con desagrado a la duquesa. Se sentía humillada por sus duras palabras. Quería retractarse y su conciencia ebria se lo impedía.

—Lo siento —terminó por decir a regañadientes.

—Tengo suficientes años como para darme cuenta de cuándo unas disculpas son sinceras, y sin duda las tuyas no lo son. —La duquesa la observó con detenimiento antes de hablar—. Sin embargo, he de reconocer que se ha de tener un fuerte carácter para llevarme la contraria. A ver si conseguimos obtener algo de provecho gracias a eso. Aunque te lo advierto, niña, no tientes mucho más a la suerte desafiándome.

Eleanor asintió e hizo una reverencia. Todavía no tenía muy claro cómo había salido victoriosa de esa, pero comprendía que no debía volver a hacerlo. Aunque con lady Lensy no

parecía haber tenido la misma fortuna. Su ceño fruncido le indicaba que estaba disgustada con ella.

—No volveré a decir nada semejante, lo prometo —le aseguró a su futura suegra una vez que se quedaron a solas.

—Eleanor, tienes que cuidar tu lenguaje y, sobre todo, lo que bebes —la regañó.

—No tomaré una sola gota más, le doy mi palabra.

—Eso espero —resopló—. Eres muy joven, con una copa de vino tienes más que suficiente para toda una velada, ¿entendido? —Eleanor asintió con vehemencia—. Otro tema a tratar son las risas y confianzas con los caballeros. Tienes que ser más sutil, no puedes carcajearte como una vulgar tabernera. Aún estas a tiempo de enmendar tu comportamiento y darte a conocer como la señorita educada que eres.

—De acuerdo —dijo apenada.

Las damas empezaron a trasladarse al salón de baile, los músicos comenzaban a afinar sus instrumentos y los caballeros ya iban incorporándose. Eleanor no volvió a separarse de lady Lensy. Se sentía avergonzada por su inapropiada conducta y preocupada por las posibles represalias del conde cuando se reuniera con ella. Lo buscaba sin descanso por la sala, pero no lo hallaba. Los nervios se iban apoderando de su persona al no encontrarlo.

—¿Buscas a alguien? —le preguntó lord Lensy apareciendo a su espalda. Eleanor se sobresaltó al escucharlo tan cerca.

—Hola —le dijo con timidez a la espera de ver cuál era su estado de ánimo—. A nadie en particular.

Lady Lensy, al ver aparecer a su hijo, se apartó un poco para darles intimidad.

—¿Crees que estarás en condiciones para bailar? Lo digo porque me parece que te has excedido con el burdeos y el champán. —Su tono era hosco y no la miraba a los ojos.

—Estoy bien. Aunque entenderé que no quiera exhibirse conmigo después de mi lamentable conducta. Y para colmo, he contestado a la duquesa con unos modales impropios de una dama. —Agachó la cabeza a la espera de una reprimenda. Como no llegaba, alzó la vista lentamente y se encontró con esa aristocrática ceja izquierda alzada y una sonrisa bailando en sus labios.

—Sin duda me hubiera gustado escuchar esas horribles palabras —dijo con ironía—. Ven, ya van a empezar. —La tomó de la mano y la guio hasta la pista.

—El señor Fenn me dijo que era correcto verle flirtear con la mujer que estaba a su lado, pero a mí no me gustó nada como le regalaba sus atenciones —le susurró antes de que empezara la música.

—¿Cómo crees que me he sentido al ver como mi prometida tuteaba a un marqués que acaba conocer cuando yo no soy capaz de conseguirlo?

—Él no es tan circunspecto y es más joven. Confórmese, por lo menos ahora le llamo Andrew a veces. —Se encogió de hombros.

El conde meneó la cabeza y no pudo evitar reírse. Sabía que era el alcohol el que la hacía actuar de ese modo tan desinhibido. Intentó dejar de lado sus pensamientos y divertirse con ella. Las notas inundaron la estancia y las parejas comenzaron a bailar al son de la danza. Ver cómo se movía al compás de la música con esa gracia, lo llenó de alegría. Sin duda era un entretenimiento que la complacía. Estaba radiante de felicidad. Desde que la conocía jamás la había visto en ese estado, ni tan siquiera de niña. Puede que no hubiera sido tan grave el que bebiera un poco de más. Se olvidó de lo ocurrido con el marqués de Marlow y disfrutaron del resto de la velada.

Capítulo 12

La mañana siguiente a Eleanor le hubiera gustado pasársela metida en la cama. Le dolía la cabeza y se sentía agotada tras los excesos de su primera fiesta. Sin embargo, no fue posible. La duquesa de Beaufort les había concertado una visita para el almuerzo y debía estar preparada mucho antes de su llegada. Por lo visto, tenía la mala costumbre de aparecer de improviso antes de la hora, una de sus múltiples excentricidades solo perdonables por pertenecer a tan alto rango de la nobleza. Para colmo, a la comida no acudiría lord Lensy. Él podía pasear a caballo por *Rotten Row* y disfrutar con sus amigos. Además, ahora apreciaba las enormes diferencias que había entre una joven de ciudad y otra que vivía en el medio rural. Ninguna gozaba de plena libertad, pero al menos en el campo podían obrar con un poco más de independencia. Aquí debía estar acompañada siempre, cualquier cosa que dijera o hiciera podría ser su perdición si llegaba a transcender. Las normas y horarios eran muy estrictos. Estaba forzada a asistir a todas aquellas invitaciones que le ordenaba lady Lensy. Ya tenía sus jornadas organizadas hasta el día de su boda.

—Esperaba encontraros con peor aspecto, la verdad —refunfuñó la duquesa en cuanto las vio—. Ciertamente la juventud tiene una gran ventaja a la hora de recuperarse.

—Como todavía es muy temprano, ¿quiere que le sirvan un tentempié antes del almuerzo? —Lady Lensy la conocía lo suficiente como para saber capear su ánimo y cambiar el rumbo de su conversación.

—No tengo hambre —rezongó—. Aunque sí que me tomaría una copita de jerez con unas galletitas.

La condesa sonrió con disimulo. Una de las debilidades de la duquesa eran los dulces, así que, esa misma mañana mandó preparar algunas pastas especialmente para ella. Solo tendrían que distraerla durante unos instantes para que su constante humor agrio no sacara a colación algún tema escabroso. Un minucioso estudio sobre la personalidad de sus futuros visitantes podría llegar a ser esencial para que reinara la armonía en su hogar. Este era un excelente ejemplo a la hora de instruir a su futura nuera.

—Estoy deseando asistir a la *soirée* de lady Margaret. Dicen que tiene preparado un recital con una fantástica intérprete prusiana —lady Lensy inició una charla que no ocasionaría controversia.

—No me gusta escuchar cómo cantan en un idioma que no sea el nuestro, es antipatriótico. Quiero entender cada palabra. Puede que esté diciendo una obscenidad y el público aplaudiendo porque tiene una magnífica voz. Es una autentica majadería. —Alzó la mano para acallar a lady Lensy antes de que interviniera—. No, no me vas a arrastrar a un asunto que no quiero tratar. Mi intención no es otra que hablar sobre esta jovencita. —Señaló a Eleanor.

—Mil disculpas, tía. A veces se me olvida lo inteligente que es y lo difícil que resulta distraerla de su objetivo. —Le sonrió—. Mi intención no era mala. Quería suavizar la situación y no cohibir más a la pobre muchacha, ya bastante se le viene encima.

—De eso que no le quepa duda. —Volvió a apuntarla con el dedo. Eleanor se revolvió en su asiento, aunque supo permanecer callada—. Quiero que sepas que voy a vigilar cada paso que das. Te acompañaré cuando vayas a ser presentada en la corte y supervisaré cada persona que entre en tu vida. Es de vital importancia que no des un paso en falso y que tu reputación sea

intachable. Ser una Somerset es mucho más que tener un apellido noble. Una conducta como la de anoche es inaceptable y no quiero llevar a mi familia al escándalo y escarnio público.

—No creo que el asunto sea de tal gravedad —quiso atajarla la condesa—. Es una joven educada y de buena familia. Su padre era un gran hombre y uno de los mejores amigos de mi difunto Charles. Nadie le va a cuestionar que lo de ayer fuera un error, pero tampoco considero que sea como para someterla a supervisión constante.

—Te veo en exceso protectora... —Se acarició la barbilla y la observó con perspicacia—. ¿Acaso tienes alguna información sobre la muchacha de la que yo no soy conocedora?

—Nada en absoluto. La conozco desde que era una niña, es todo.

—Ya veo. —Centró la mirada en Eleanor, que aguantaba estoica con la espalda recta y la barbilla elevada—. Eleanor Berry... —pronunció con lentitud como si quisiera desgranar cada letra a la espera de encontrar algo inapropiado en el nombre—. ¿Tienes secretos que contarme? Te aseguro que no me gustan las sorpresas. Si me llego a enterar de que tu unión con mi sobrino esconde un propósito deshonesto, te prometo que no obtendrás jamás mi perdón. Solo tienes una oportunidad de que te escuche y te ayude a resolver cualquier problema que puedas tener, aquí y ahora. —Alzó su dedo, huesudo y deformado por la artrosis.

—Yo... —Eleanor titubeó, presa del pánico.

—No sucede nada, tía —le aseguró lady Lensy.

—¡Deja que hable ella! —gruñó la duquesa.

Eleanor estaba muerta de miedo. Esa mujer parecía ver más allá de lo que los simples mortales veían. Tenía una fuerte personalidad y una seguridad en sí misma que no la había conocido más que en algunos hombres, jamás en una dama. No sabía hasta qué punto eran sagaces sus pensamientos. Incluso puede que su astucia estuviera un paso por delante de lo que imaginaba y ya fuera conocedora de sus adversidades en el pasado. De pronto se sintió segura y sus temblores cesaron al comprender que nunca hizo nada malo. No le importaba si esa vieja amargada lo comprendía o no. Tampoco le interesaba su opinión o su supuesta ayuda. Andrew estaba de su parte y era lo único que necesitaba saber.

—Soy huérfana de padre desde los siete años —Eleanor comenzó a explicarle con absoluta confianza—. Lo adoraba. Se preocupaba porque tuviera una buena educación y fomentaba mi amor por la lectura. Antes de expirar, dejó todo arreglado para que me internaran en un colegio. A partir de ese momento, las estudiantes del centro pasaron a ser mi familia. Ya nadie se preocupó de venir a visitarme, ni siquiera en fiestas señaladas ni época estival. No tenía una figura materna a la cual exponer mis inquietudes o curiosidades y estas, a medida que fui creciendo, fueron aumentando. Siendo ya una jovencita, el hijo del señor Brown, el carnicero que hacía el reparto para nuestra escuela, me comentó que poseía un libro con ilustraciones de parejas... intimando. —Permaneció callada al ver la cara de espanto de la duquesa, pero como no la interrumpió, prosiguió—: El deseo de comprender qué era lo que sucedía entre un hombre y una mujer me llevó a tomar la peor decisión de mi vida; llegar a un trato con el joven señor Brown. Si me enseñaba ese ejemplar, yo le daría un beso a cambio. Cuando comprendí que el acuerdo no era adecuado, fue demasiado tarde, el hombre ya esperaba en el patio del centro para que hiciéramos el intercambio. Quise romper nuestro pacto y se negó, no le importaba que ya no tuviera interés. Y me exigió su recompensa. Le permití que me besara para que se fuera cuanto antes, y nos descubrió la instructora. Vio el libro y sacó sus propias conclusiones, que trasladó de inmediato a mi madre. Me expulsaron. Desde ese momento, mi padrastro me mantuvo bajo un castigo constante. Los dos últimos años han sido un infierno de vejaciones, prohibiciones y maltratos. Mientras estuve de visita en Whitecliffs House, lord Lensy descubrió lo que me

sucedía. Comenzó a preocuparse y se propuso ayudarme. Pretendía buscarme un marido entre sus amistades, pero el señor Burch malinterpretaba la cercanía del conde y la emprendía a golpes conmigo. Él deseaba emparejarlo con su hija. Tras la última paliza que me propinó, lord Lensy se vio obligado a decir que estábamos prometidos y que esperaba un hijo suyo para que no me matara.

—¿Y es así? ¿Lo esperas? —intervino la duquesa, echándose hacia delante en su silla y con una mano sobre el pecho. Parecía que estaba a punto de saltar.

—No. Jamás hemos intimado. —Enrojeció al decirlo en voz alta—. He intentado por todos los medios que se retracte de su decisión, pero no lo he conseguido. Jura que jamás rompería una de sus promesas. Así que, he dejado de intentar persuadirlo para que me abandone. Esta es toda mi historia, no hay nada más.

Se hizo el silencio en la sala. La duquesa estaba perpleja y observaba a Eleanor con los ojos desorbitados.

—¿Tú sabías todo esto? —terminó por preguntar a lady Lensy.

—Sí, tía. Soy conocedora y he presenciado parte de lo que ha contado.

—¿Y lo apruebas? —preguntó con voz aguda.

—Llevo intentando emparejar a mi hijo mucho tiempo sin conseguirlo, bien lo sabe, tía. Se negaba a cualquier acuerdo que le propusiera. Desde que llegó Eleanor a casa se despertó su interés. No es solo preocupación lo que siente, aunque no sean conscientes de ello ninguno de los dos. Me aparté a un lado y dejé que Andrew siguiera su instinto. Hubiera preferido que sucediera de un modo más conservador, pero la divina providencia así es como lo ha previsto y yo lo acepto de buen grado.

—Esto de divino no tiene nada —murmuró la duquesa—. El diablo sabe más por viejo que por diablo, y tú, querida sobrina, has sido muy astuta. —Se rio—. Está bien, Eleanor, lo prometido es deuda. Te he pedido sinceridad a cambio de mi beneplácito y no has dudado en ofrecérmela. Pese a todo lo que tienes en contra, he de admitir que me agradas. Cualquier otra joven no habría tenido valor de contar una vida tan cruda teniendo en juego un matrimonio tan ventajoso. Por eso, lo primero que vamos a tener que trabajar es esa lengua. Criatura, salvo con tu familia, y no siempre, la sinceridad en la mayoría de los casos te va a traer problemas. Y la curiosidad por temas que no te conciernen, también. —La miró con censura y Eleanor agachó la cabeza, avergonzada—. Tu futuro marido es el único que podrá resolver tus dudas a su debido tiempo. Permanece quieta y callada y él te guiará. No hay nada más que saber, ¿entendido?

Eleanor asintió sin atreverse a levantar la vista. Qué situación más incómoda y humillante. Estaba cansada de escuchar cosas parecidas, aunque no se le ocurriría admitirlo. De hecho, en la escuela, algunas compañeras con hermanas mayores contaban que los hombres lastimaban a sus esposas en la noche de bodas hasta el punto de traumatizarlas. Un escalofrío le recorrió la espalda al recordarlo. No le quedaba mucho para descubrirlo, y tenía que admitir que le asustaba.

Hasta que llegó el momento de la comida, la duquesa se dedicó a darle consejos e indicaciones. Aunque en alguno de los casos fueron más órdenes que pautas a seguir. Se limitó a escuchar y afirmar. Tenía que reconocer que en la mayoría de los casos tenía razón con sus recomendaciones, sin embargo en otras, le parecía que estaban anticuadas y que carecían de valor.

—¡Menos mal que ya se ha ido! —susurró lady Lensy en cuanto la duquesa se marchó—. Tengo una jaqueca espantosa. —Se frotó la frente—. Me sorprende lo bien que has aguantado y tus espléndidas reacciones. Necesitas tenerla de tu parte y, sin lugar a dudas, te la has ganado con tu generosa dosis de sinceridad.

—Me ha parecido la mejor opción. —Eleanor se encogió de hombros. La verdad era que no tenía ni idea de qué otra cosa podría haber hecho—. Sé que es importante que alguien tan influyente esté de mi lado, pero no creo que sea imprescindible.

—Me parece que no eres consciente de lo que ocurre en realidad —suspiró—. ¿Te has fijado en que la duquesa no tiene hijos varones?

—Ayer conocí a dos de sus hijas, nada más.

—Así es —asintió y le dio unos segundos más para que pensara—. Nunca se casaron, son solteras y rozan ya mi edad.

—Eso me pareció por su indumentaria —le dijo sin entender todavía a qué se debía esa conversación.

—¡Jesucristo, Eleanor! Andrew es su heredero —soltó exasperada—. No entiendo cómo es posible que seas tan lista para unas cosas y tan corta de miras de otras.

—¿Será el próximo duque de Beaufort!? —alarmada se puso en pie de un salto.

—Sí, seréis los próximos duques de Beaufort. Es por esa razón por la que la duquesa tiene tanto interés en instruirte. —La tomó de la mano y la obligó a sentarse de nuevo—. Como te veía tan reacia a ser condesa, le sugerí a mi hijo que te no comentara nada acerca de este asunto. Suponía que acabarías atando cabos y lo descubrirías por ti misma, pero está visto que estaba equivocada.

—No me imaginaba que lord Lensy fuera su único descendiente varón.

—No es el único, aunque sí el primero en la línea sucesoria. Hay primos con el grado de parentesco más lejano.

—No estoy preparada para ser duquesa. —Se retorció las manos angustiada—. Ni siquiera me veo capaz de ser condesa. Yo solo quería una vida tranquila en el campo con unos cuantos hijos. Ahora me veré obligada a seguir unos formalismos excesivos y abusivos.

—¿Se puede saber qué estás diciendo? —le reprochó con enfado—. Vas a gozar de más independencia de la que nunca hubieras imaginado. Apenas hace unos días eras una mera esclava de tu padrastro. No tenías futuro, estabas destinada a acabar en la calle o con suerte en un burdel si mi hijo no llega a interceder. Deja de comportarte como una chiquilla asustada y asume el maravilloso cambio que ha dado la vida.

—Tiene razón, estoy muerta de miedo. Todo está ocurriendo tan deprisa... Soy una joven sencilla y esto me supera. —Se le escaparon unas lágrimas.

—Has demostrado ser muy fuerte. Tómatelo como un nuevo reto a superar, con la diferencia de que ahora la recompensa es inmensa. Sé que estás enamorada de mi hijo, y él también forma parte de la remuneración. —Le dio un abrazo para reconfortarla.

—¿Cree que soy la mujer adecuada para Andrew? —dijo con la voz entrecortada por la congoja.

—Sin lugar a duda —le aseguró mirándola fijamente a los ojos.

Llamaron a la puerta y lady Lensy le dio paso. Entró una jovial Elizabeth, a quien pronto se le borró la sonrisa al ver a Eleanor con los ojos anegados en lágrimas.

—¿Qué ocurre? ¿Acaso le ha hecho algo la tía Dorothea? —Miró a su madre esperando una respuesta.

—No sucede nada —la tranquilizó—. Por suerte, Eleanor le ha caído en gracia. Lo que pasa es que se siente un poco insegura y los nervios le han traicionado tras la visita.

—Yo sé cómo hacer para alegrarla —afirmó Elizabeth—. Mi hermano ha enviado una nota. Dice que vendrá a recogerte en una hora. Te va a llevar a dar un paseo por Hyde Park.

Lo primero que hizo Eleanor fue mirar hacia la ventana. Parecía que no llovía y se animó al

instante. Estaba deseando salir a estirar las piernas.

Puntual como un reloj, Eleanor ya se colocaba los guantes cuando llegó lord Lensy. Sentía la necesidad de estar al aire libre y verse rodeada de vegetación. El ambiente de la casa le oprimía el pecho.

—Eleanor, ¿estás lista? —le preguntó su prometido en cuanto la vio.

—Sí, ya voy. —Se acercó a él mientras se ajustaba la cinta del sombrero.

—El faetón nos espera en la puerta, vamos. —La tomó por el codo.

—Un momento, ¿no íbamos a pasear?

—Así es, pero aquí todo el mundo lo hace en carruaje. —Le señaló el vehículo de la entrada.

—Me apetecía caminar —se entristeció.

—No es muy usual, aunque intentaré parar en un tramo tranquilo e iremos un poco a pie, ¿te parece bien?

—De acuerdo —se conformó.

Poco después pudo comprobar a qué se refería lord Lensy. No era exactamente un paseo en sí, se trataba de ir a exhibirse en público para que todo el mundo los viera. En cuanto comprobó que no llovía, mandó la nota para informarla de su pronta recogida. Por esa razón iban en un coche descubierto.

Ni siquiera era capaz de apreciar la belleza del lugar. Cada vez que se cruzaban con otro carruaje, los observaban descaradamente. Era de dominio público que iba a ser la esposa de lord Lensy y futura duquesa de Beaufort. Se morían de curiosidad por conocerla y ver qué aspecto tenía la afortunada. Sin habérselo propuesto, iba a ser la sensación de la temporada.

—¿Cuándo pretendía su señoría decirme que es el heredero del ducado de Beaufort? ¿O debería tratarlo ya de su excelencia? —le comentó cuando ya no pudo contenerse más.

—No me hables así, ya sabes que lo detesto. —La miró con enfado—. No he visto el momento de hacerlo, ya bastantes prejuicios tenías con el hecho de que sea un conde como para contarte que voy a ser duque —resopló—. Creía que habíamos empezado a entendernos, ¿qué ocurre ahora? Yo sigo siendo el mismo hombre.

—Todos los habitantes de Londres eran conocedores de esa información menos yo. No es justo. —Se cruzó de brazos, obstinada—. Seguro que me oculta cosas. Voy a ser el hazmerreír de la ciudad.

—A parte de eso, no hay nada más —le aseguró.

—¿Nadie hablará a mis espaldas? ¿Ni me encontraré en alguna fiesta o en el teatro con alguna mujer que afirme ser su amante o que deseara ser su mujer? —Cuando vio cómo se le transformaba la cara a su prometido, se calló al instante.

—Las damas con las que he tenido relaciones son discretas, jamás dirán nada y, ni mucho menos, esperaban casarse conmigo. No voy a hablarte de ellas si es lo que pretendes. Es un tema personal que pertenece a mi pasado. Es de muy mal gusto que lo saques a colación. —Su voz sonó tan severa que la hizo temblar.

Irguió la espalda y miró en sentido contrario a su prometido. No iba a permitir que se diera cuenta del malestar que le causaba que le hablara en ese tono. No entendía que fuera tan poco tolerante con ese tema. Estaba convencida de que ocultaba alguno de sus escarceos amorosos y no deseaba mentarlo. Sumida en sus pensamientos como estaba, no se percató de que se habían metido por una senda hasta que el faetón se detuvo y él se apeó de un ágil salto.

—Vamos, baja. —Le tendió la mano. Su gesto le advertía que todavía no estaba de buen humor.

En un primer momento dudó, aunque finalmente aceptó su ayuda. Cuando lord Lensy la vio tambalearse, la tomó por la cintura hasta que sus pies tocaron el suelo.

—Te prometo que ya no sé qué hacer para apaciguarte —lo dijo con calma, pero se notaba que estaba conteniendo el mal genio—. Siempre arremetes contra mí como si yo fuera el culpable de todos tus problemas. Te he ofrecido cuanto poseo y no es suficiente, nada te complace. Pídeme una sola cosa que te satisfaga y te la daré gustoso.

—¿Lo que sea? —se apresuró a preguntarle.

—¡Sí! —De inmediato reflexionó y añadió—: Con una excepción, no me pidas que rompa el compromiso porque eso no es posible. Solicita cuanto esté en mi mano y será tuyo.

—Hace un momento le he preguntado por sus amantes y no ha querido complacerme, ¿por qué iba a hacerlo ahora? —Escuchó rechinar los dientes del conde antes de que le respondiera.

—¡Maldita sea! —masculló con los ojos cerrados, e intentó retener la furia—. De verdad que no entiendo esa necesidad morbosa por averiguarlo. O en realidad es otra cosa... —Se frotó la barbilla, pensativo—. Lo que en realidad quieres saber es si todavía conservo a alguna, ¿es eso? —preguntó esperanzado por encontrar una lógica a este sinsentido.

—No sería de buen gusto estar en la misma sala que vuestra querida. —Bajó la cabeza y fijó la vista en las hojas de los árboles que revoloteaban sobre el césped. Cualquier fruslería era preferible a sostenerle la mirada—. No quiero ser la esposa sumisa y tonta que no se da cuenta de las burlas de los demás. Prefiero ser conocedora y actuar en consecuencia.

—¿Y qué se supone que harías si lo supieras?

—Nada —respondió en un susurro casi inaudible—. De ese modo nadie podría ridiculizarme y sería consciente si alguien intentara abusar de mi confianza para reírse de mi persona.

—Eleanor —la tomó de las manos—, me resulta muy incómodo hablarte de este tema, pero si es la única forma que tengo para que nuestra unión funcione, lo haré. —Le rozó con suavidad los nudillos—. Mi última amante reside aquí mismo, en Londres. —A la muchacha casi se le para el corazón al escuchar tal afirmación. Sus sospechas no eran infundadas—. El mismo día que le comuniqué a tu padrastro que nos íbamos a casar, le mandé una misiva para advertirle de que nuestra relación se había terminado. Por lo tanto, no hay motivo alguno para que nadie ose siquiera insinuar que te engaño. Cuando doy mi palabra, lo hago con todas sus consecuencias. —Antes de darle opción a replica, la rodeó con los brazos y la besó ardientemente.

Eleanor se quedó sin aliento al sentir la lengua de lord Lensy acariciando la suya. Se olvidó de cuanto habían hablado y de dónde se encontraba. Un anhelo creciente y apremiante fue aumentando en su interior hasta convertirse en necesidad. El impulso irrefrenable de fundirse con el hombre que la apretaba contra su fuerte torso masculino era más intenso que su propia voluntad. Un jadeo escapó de entre sus labios cuando notó cómo le rozaba los senos a través de la tela del vestido. Las rodillas le fallaron y él la agarró con más fuerza para que no se le doblaran. Sus manos cobraron vida propia y las enredó en la nuca de su prometido. Su pelo era suave y sedoso, nunca se lo hubiera imaginado así. Nada de lo que ocurría se parecía a lo que había imaginado. Cuando la agarró por las nalgas y se amoldó a su cuerpo, sintió una protuberancia contra su vientre y fue más de lo que pudo soportar. No sabía exactamente qué era lo que deseaba, pero si no se lo daba, acabaría enloqueciendo.

—Andrew... por favor —balbució.

—Pronto, hoy no es posible —susurró con la voz enronquecida contra sus labios.

Se apartó con lentitud de Eleanor antes de que perdiera la razón y no tuviera la voluntad de hacerlo. Con cada segundo que pasaba, el refugio que ofrecían los arbustos le parecía un

estupendo lugar para un encuentro furtivo. Verla tan deseosa de sus atenciones no era de gran ayuda. Y se llegó a plantear si no era ese el instante adecuado para tomarla por primera vez. Desechó de inmediato la idea y se ciñó a sus planes de esperar al momento idóneo.

—¿Qué ocurre? ¿He hecho algo mal? —se preocupó Eleanor al ver que se alejaba y dejaba en su lugar un espacio vacío y frío.

—En absoluto —suspiró deseoso de reunirse con ella de nuevo—. Estamos en Hyde Park, querida. Podrían descubriarnos en cualquier momento. No somos los únicos que se adentran por estas sendas buscando un rincón en el que intimar.

—Comprendo. —Observó su alrededor y divisó un carruaje cercano.

—Será mejor que nos vayamos. —Le indicó que mirará hacia el cielo—. Esas nubes pronto descargarán su agua sobre nosotros si no nos apresuramos.

Cuando ya estaban llegando a la residencia de los Archivald, las primeras gotas de lluvia empezaron a caer. Lord Lensy se bajó con premura del faetón, agarró a la muchacha por la cintura y la deslizó hasta el suelo. Ella soltó una carcajada de diversión, cosa que alegró al conde. Antes de que entraran en la casa, Eleanor sostuvo a su prometido por las solapas de la levita, impidiéndole la entrada. Él la miró fijamente a los ojos buscando el motivo por el cual lo retenía. La vio tan seria que se preocupó y esperó con paciencia, ignorando las inclemencias del tiempo.

—¿De verdad me daría cualquier cosa que le pidiera? —preguntó acongojada.

—Por supuesto —afirmó con rotundidad.

—¿Iría a presentar sus respetos a la tumba de mi padre? Ya que no le ha podido pedir mi mano... —Se le escapó una lágrima—. Daría lo que fuera por ir a visitarlo.

—Dime dónde está para que lo organice. —Le limpió con el pulgar la humedad de su mejilla.

—En Castleton.

—¿¡En Derbyshire!? —exclamó al darse cuenta de lo que suponía un viaje tan largo antes de la boda—. Eso es más de un día de camino. Nuestra agenda está completa. Iremos después del enlace, dentro de un mes.

—¡Sabía que no cumpliría su palabra! —Lo empujó y entró como una exhalación en la casa.

—¡Eleanor! —Corrió tras ella—. ¡Detente! —le gritó por las escaleras.

Hizo caso omiso a su llamada y siguió ascendiendo los escalones tan rápido como le permitieron las faldas. Los integrantes del servicio se asomaron para comprobar qué ocurría y vieron atónitos como el señor perseguía a la señorita Berry. Jamás habían presenciado un comportamiento similar en el conde, y comenzaron a chismorrear.

—¡Basta! ¡Para de una vez! —El hombre la atrapó por el brazo justo cuando llegaba al dormitorio. Lady Lensy salió del cuarto adyacente al oír el alboroto.

—Andrew, ¿qué ocurre? —preguntó perpleja ante la conducta de su hijo.

—Madre, le agradecería que no se entrometiera —masculló enojado. Abrió la habitación, entró con Eleanor y dio un portazo tras ellos—. Nunca en toda mi vida he tenido que correr detrás de una mujer, y espero que sea la última. —Sus ojos eran puras ascuas.

Eleanor no se atrevió a replicar, estaba asustada. Las pocas veces que había visto aflorar el mal genio en lord Lensy eran para echarse a temblar.

—Dame un solo motivo que justifique el inaudito comportamiento que acabas de tener, porque juro que si no lo haces vas a acabar con mi cordura. —La agarró por los hombros y la zarandeó.

No la lastimó, aunque sí que consiguió amedrentarla más todavía. Tragó saliva un par de

veces y procuró encontrar su propia voz. Si no le respondía con prontitud acabaría por completo con la paciencia del hombre.

—Lo necesito... —farfulló a casusa de la congoja—. Puede que su señoría no lo entienda porque siempre ha tenido a su alrededor a personas que lo han amado, pero yo no. Mi padre ha sido la única persona que me ha demostrado cariño y preocupación. Como ha podido comprobar, mi madre no siente ningún afecto por mí. No me considero una mujer caprichosa, me conformo con poco. Puede que considere que ir a visitar su tumba sea mucho pedir, sin embargo, le doy mi palabra de que si me concede este deseo no volveré a contradecirle en nada. —Suspiró profundamente para tragar el nudo de su garganta y no dar rienda suelta a las terribles ganas de llorar que la embargaban.

—Si tan importante es para ti, haré lo que haga falta para conseguirlo. —Sus suplicantes palabras lograron enternecerlo y su voz se tornó cálida—. Perdóname por haber sido tan desconsiderado y que no haya salido de mí obsequiarte ese viaje que tanto anhelas. No lo tuve en cuenta. —Acarició sus mejillas y dejó caer los brazos a ambos costados de su cuerpo, afectado por su falta de comprensión—. Iré a hablar con mi madre ahora mismo y lo arreglaré de inmediato. Eso sí, tienes que entender que será apresurado. Debemos hacerlo en el menor tiempo posible.

—Lo entiendo. No molestaré y pararemos solo las veces que sean precisas. ¡Lo prometo! —dijo con convicción, embargada por la esperanza.

Él sonrió y meneó la cabeza. No estaba muy convencido de que una dama aguantara sin protestar un trayecto tan largo. Le ofreció el brazo y fueron en busca de lady Lensy. Tenían muchos planes que cambiar.

Capítulo 13

Dos días más tarde ya estaban de camino a Castleton. Hubo muchas protestas por parte de la duquesa de Beaufort, pero lord Lensy supo convencerla de que era lo adecuado. Apenas dieron explicaciones de su partida a unos pocos. Cuantas menos personas supieran que viajaba con su prometida a solas antes de la boda, mucho mejor. No podía hacer pasar por un trayecto similar ni a su madre ni a su hermana.

Después de la parada que hicieron para comer, se dio cuenta de que Eleanor iba a cumplir su palabra. No protestó ni pidió que aminoraran la marcha en ningún momento. La miraba con asombro. Sabía que lo pasaba mal. La carretera no estaba en buen estado debido a las lluvias y debían agarrarse constantemente a los asideros para no caerse. Apenas pudieron hablar y mucho menos leer. El trájín fue constante hasta que alcanzaron su destino un día y medio después. La admiró por su fortaleza.

—¿Quieres ir a descansar antes de ir al cementerio? —le preguntó una vez que se acomodaron en la posada—. Hemos llegado antes de lo previsto, tienes mucho tiempo.

—No, gracias —se negó al instante—. Prefiero ir a por unas flores y unos cirios antes de que cierren los comercios. Su señoría puede quedarse si lo necesita.

Lord Lensy alzó su ceja izquierda y vio como ella contenía la sonrisa al ver su gesto.

—No soy un anciano, creo que lograré tener las fuerzas suficientes para acompañarte. —Se notaba en el tono de voz que le había molestado que lo tildara de endeble.

—En ese caso, vayamos cuanto antes.

El conde se colocó a su lado y la iba mirando con recelo. Era imposible que no se sintiera cansada. Llevaban dos interminables días de viaje, durmiendo poco y comiendo menos. Estaba acostumbrado a trasladarse y a cabalgar largas distancias, y sus riñones estaban doloridos como nunca. Había sido duro y Eleanor parecía fresca como una rosa. Incluso se la veía sonriente. Pronto lo comprendió todo. En cuanto la reconoció la tendera, fue una sucesión de personas que la saludaban y besaban sus manos. El simple recuerdo de su infancia en ese pueblo la hacía feliz. Según le decían, seguía teniendo la misma carita de ángel de cuando era una niña. Cuando llegaron a las puertas de la iglesia, el rumor de su presencia en Castleton ya les precedía y el reverendo aguardaba impaciente por ellos.

—¡Padre Reeve! —gritó Eleanor al verlo. Se echó a sus brazos y lloró de alegría.

—Hija mía, te has convertido en toda una dama. —Le acarició la espalda con instinto paternal—. Y este caballero tan apuesto que te acompaña, ¿quién es? —El hombre no engañaba a nadie. Sin duda ya sabía de quién se trataba. Las beatas del pueblo ya se habían encargado de ello.

—Padre, le presento a mi prometido, el conde de Lensy. —Lo miró de soslayo y se sonrojó.

—Un placer conocerlo, padre Reeve. —Inclinó la cabeza ante el anciano.

—Igualmente, hijo. —Le devolvió el gesto, sin entender muy bien de protocolos—. ¿Y qué os trae por aquí? Porque siendo todo un conde no creo que vengáis para que oficie vuestra boda.

—Venimos a ver a papá —susurró Eleanor, emocionada. Y le enseñó las flores que traía.

—Por supuesto. Vengan. —Les indicó el camino—. Tengo mucha suerte con mis parroquianos. Todos arriman el hombro y hacen que el cementerio de la iglesia de san Edmund

se conserve en perfecto estado.

Giraron la esquina del templo y allí estaba. Pese a lo tétrico que podría resultar el lugar, no daba esa impresión. Eleanor se adelantó como si ya no pudiera esperar un segundo más. Lord Lensy acompasó su ritmo al del reverendo y la dejaron para que tuviera un momento de intimidad. Se le formó un nudo en la garganta cuando vio a su prometida arrodillada ante la lápida de su padre mientras le colocaba con mimo el ramo que le traía. Hacía más de once largos años que había fallecido, pero ella lo tenían tan presente como si hubiera sido ese mismo día. Lord Lensy se sacó las dos velas que guardaba en el bolsillo, las encendió y se las pasó. Eleanor lo miró con los ojos humedecidos y una tierna sonrisa en los labios.

—Gracias, Andrew. —Tomó los cirios y los depositó uno a cada lado de las flores.

—De nada, Eleanor. —Puso una mano sobre el hombro mientras ella rezaba una plegaria.

Tenía que reconocer que estaba conmovido. Había merecido la pena cruzar media Inglaterra en tan poco espacio de tiempo solo para complacerla. Aunque él quiso a su padre, no era comparable con el amor que Eleanor le profesaba al suyo. Sin contar con que tan solo era una niña cuando murió, y que quedó totalmente sola y desvalida junto a una madre que apenas se preocupó por ella. Allí, en el camposanto y en silencio, le juró a sir Berry que protegería y cuidaría de su hija por el resto de su vida.

—Siento que no podamos quedarnos por más tiempo —dijo lord Lensy cuando ya estaban subiendo al carruaje a la mañana siguiente—. Podríamos volver este verano, ¿te gustaría?

—Me encantaría —pronunció sin entusiasmo. Besó su mejilla y se acomodó en el asiento.

Extrañado por su reacción tan poco apasionada, entró en el vehículo y se sentó a su lado en lugar de enfrente como había hecho a lo largo de todo el viaje. Agarró la manta y los tapó a los dos. Eleanor se sorprendió, pero no protestó. Hacía un frío de mil demonios y su cercanía era de agradecer.

—¿Me quieres explicar qué te ocurre? —La tomó por la barbilla con suavidad y la obligó a mirarlo—. Pareces triste.

—¿Quiere que sea sincera? —susurró sin apartar la vista de sus ojos. Él asintió—. Estoy muerta de cansancio. Me cuesta mantenerme despierta, apenas he podido dormir en estos días y me duele todo el cuerpo.

Los hombros de lord Lensy empezaron a agitarse justo antes de que soltara una carcajada.

—¡Por el amor de Dios, chiquilla! ¡Yo me siento igual! Por un momento llegué a pensar que tenías la fortaleza de un guerrero. Si no quieres herir mi ego masculino, quéjate un poquito de vez en cuando para que no me sienta mal. —Entre risas, la rodeó con el brazo y la acercó a su pecho—. He ordenado al cochero que vaya más despacio, así podremos descansar nuestros maltrechos huesos.

—¿No llegaremos tarde?

—Puede, pero no me importa. Ya le haré frente al problema cuando lo tenga delante. —La besó en la frente y se arrebujaron bajo la manta.

Con una sonrisa en los labios y el agradable calor que emanaba el cuerpo de su prometido, se quedó dormida entre sus brazos.

Los esperaban en casa de los Archibald un día y medio después, entre el almuerzo y la hora del té. Pero, al aminorar la marcha, llegaron mucho más tarde. Era cerca de la medianoche cuando atravesaron las puertas de la vivienda. La duquesa de Beaufort los esperaba hecha un basilisco en el salón.

—¿Qué horas son estas de llegar? —los reprendió en cuanto los tuvo delante—. Soy una anciana y no me podéis tener despierta hasta tan tarde.

—Tía Dorothea —el conde le dio un beso en la mejilla—, no había motivos para que aguardara por nosotros. Estamos muy cansados y lo único que queremos es retirarnos cuanto antes.

—¡No seas insolente! —gruñó más disgustada que antes—. Podrías al menos mostrar un poco de cortesía antes de despacharme. Dentro de dos días debemos acudir a palacio con tu prometida y todavía no hemos ensayado.

—Eleanor es una mujer muy resoluta. Seguro que aprenderá rápido y saldrá airosa. No creo que sea necesario perder el escaso tiempo que nos queda en ejecutar una y otra vez unos movimientos preparados.

—¡Oh! —dijo un grito y se llevó la mano a la boca—. Esa cita, en ese día en concreto, la tiene gracias a mí. Deberías saber la relevancia que tiene el que sea presentada ante nuestro regente junto con otras debutantes de alto rango de la nobleza. ¡Será tratada como la próxima duquesa! Con este matrimonio amañado y escandalosamente rápido, es la única forma de evitar mancillar el apellido de los Somerset y conseguir que la acepten de buen grado.

—Les ruego que no discutan más por mi culpa —intervino Eleanor, captando toda la atención—. Tiene razón, su excelencia. No tenga en cuenta el mal humor de su sobrino, la fatiga habla por él. Mañana a primera hora iré a visitarla y comenzaremos con los preparativos. Tengo mucho que aprender y sus enseñanzas me serán de gran ayuda.

—Menos mal que esta criatura atiende a razones —bufó la duquesa—. Aunque sea con el mismo pretexto que el tuyo —señaló a lord Lensy y lo miró con censura—, ella ha sabido decirme lo que quería oír para que me marchara —. La duquesa se apoyó en su bastón y se levantó con agilidad del sillón—. Señorita Berry, la espero para las nueve y media. Buenas noches. —Salió airada hacia el vestíbulo en busca de sus sirvientes.

—Me acabas de dar una lección de estrategia. —El conde rio sin un ápice de alegría—. Esta mujer cada día me saca más de quicio. —Se pasó las manos por el pelo con evidente nerviosismo.

—No se altere. —Lo agarró con delicadeza del antebrazo—. Vaya a descansar, nos vendrá bien a los dos.

—Estás en lo cierto. —Agarró sus dedos y besó sus nudillos—. Supongo que no nos veremos hasta la hora de la cena. Mi tía se encargará de tenerte ocupada durante todo el día. Espero que no te aburras demasiado y que no sea muy impertinente contigo.

—Me temo que no será agradable, pero lo haré por ti —susurró con las mejillas sonrojadas. A lord Lensy no le pasó desapercibido el hecho de que lo tuteara. Sin embargo, no se lo mentó para que no dejara de hacerlo—. Estoy muy agradecida por todo lo que has hecho por mí. —Se puso de puntillas y lo besó en los labios.

Él aprovechó el momento para rodearle la cintura y apretarla contra su cuerpo. Sus hambrientos labios la devoraron con ferviente pasión. Estaba cansado, no muerto. Eleanor despertaba sus instintos más primitivos.

La puerta se abrió de improviso y apareció lady Elizabeth. El conde se alejó de inmediato de su prometida, aunque sabía que su hermana los había visto.

—Perdón por la intrusión —dijo entre risas—, venía en busca de Eleanor.

—Os dejo, que es tarde. Buenas noches. —Lord Lensy se despidió con una inclinación de cabeza y desapareció antes de que pudieran replicarle.

—Bueno... —Elizabeth soltó un fuerte suspiro y miró con complicidad a Eleanor—. Parece

que el viaje ha ido bien. Se os ve muy unidos. —Intentó contener la sonrisa, pero le fue imposible.

—No ha ocurrido nada en todo el trayecto, si es eso lo que estás insinuando. Ni un triste beso, hasta ahora. —Agachó la cabeza, avergonzada.

—Cualquier hombre hubiera aprovechado la oportunidad. —Se encogió de hombros.

—Tu hermano no es cualquier hombre.

—Sí, es todo un caballero. Hasta que se meta entre tus piernas. —Elizabeth soltó una carcajada al ver cómo se ruborizaba—. No temas, querida, todos son igual en ese sentido. Cuando lo entiendas, podrás hacer de él lo que quieras.

—¿Nos vamos a dormir? —sugirió, presa del pánico. No tenía el cuerpo para ese tipo de conversación y menos con ella.

A Elizabeth le hubiera encantado seguir con el tema, pero al ver como su futura cuñada se retorció las manos con nerviosismo y no era capaz de sostenerle la mirada, se apiadó de ella y la acompañó hasta su habitación. Estaba convencida de que, cuando llegara el momento adecuado, iría en su busca para aclarar las dudas que pudiera tener con respecto a los hombres.

Cuando a Eleanor la despertaron a la mañana siguiente, tuvo la impresión de que le habían arrebatado despiadadamente la noche. Fue como si nada más apoyar la cabeza en la almohada, se hubiera hecho de día. Pese a su malestar, sonrió al recordar el porqué de su cansancio. Después de tanto tiempo, por fin logró ir a visitar la tumba de su padre. Su prometido resultaba ser mucho más comprensivo de lo que imaginaba. Podría haberse negado en rotundo y no permitirle ir, ni en ese momento ni tras la boda. Un inmenso sentimiento de gratitud la embargó. Al fin y al cabo, puede que no fuera tan terrible casarse con alguien como él por muy aristocrática y severa que fuera su apariencia.

Se arrepintió de sus pensamientos en cuanto vio el estúpido y estricto protocolo al que se vería sometida para ser presentada en la corte, aunque en ningún momento reveló sus reflexiones a la duquesa. La anciana la observaba como un buitre carroñero a la espera de que cometiera un fallo para amonestarla. La obligó a ensayar una y otra vez con el vestido y las plumas como si estuviera frente al regente.

—Se está haciendo tarde —protestó la duquesa al atardecer—. Ya sabes los movimientos y las palabras que debes decir, tendremos que conformarnos con eso. La actitud y la clase es algo innato que no posees. —Eleanor enrojeció de rabia, se estaba dejando la piel y ella lo sabía—. Ahora será mejor que te vayas. Tienes que asistir a la ópera y después a la fiesta de los Morrison.

Se mordió la lengua para no cometer una imprudencia y se retiró de su presencia antes de que pudiera reprenderla de nuevo. Estuvo a punto de perder la paciencia. Mientras le ayudaban a quitarse la lujosa vestimenta de seda con delicados encajes, se preguntó si merecía la pena pasar por todo este suplicio. En ese instante la imagen de lord Lensy cruzó su mente y una sonrisa inesperada curvó sus labios revelándole la respuesta. Por él haría lo que fuera necesario. Era una Somerset y debía estar a la altura de las circunstancias. La rigurosa y disciplinada sociedad londinense la sometería al más estricto de los juicios y les iba a demostrar que podía ser igual o mejor que todos ellos.

Capítulo 14

Unos días más tarde ya estaba perdiendo toda esperanza de salir airosa entre la buena sociedad británica. Se sentía agotada de fingir constantemente. Debía lucir una hipócrita sonrisa contenida ante personas que en su mayoría le desagradaban. Parecía tener todo aquello que una jovencita podía desear y sin embargo se sentía desdichada. A su juicio, sus nuevas amistades en la ciudad eran falsas y simuladas. Jamás la hubieran aceptado como la simple Eleanor Berry, pero la recibían de buen grado como una nueva Somerset. Ansiaba el día de su boda solo para poder escapar de la ciudad y toda esa parafernalia.

—Mañana es miércoles e iremos a Almack's. Será tu prueba de fuego antes de la ceremonia —le advirtió Elizabeth al llegar a su residencia a altas horas de la madrugada.

—¿Crees que si fingiera una terrible jaqueca me dejarían quedarme en casa? —cuestionó Eleanor sin mucha convicción. Al ver cómo su cuñada la observaba, como si se hubiera vuelto loca, cambió la pregunta—. ¿Por qué es tan importante ir a Almack's?

—Porque está de moda —dijo como si eso lo explicara todo. Puso los ojos en blanco al comprobar que no la comprendía—. Es muy sencillo; hasta ahora has asistido a fiestas privadas y esta no lo es. En ella tienes que demostrar tu gracia innata, no la heredada por ser portadora de un apellido noble. No hace falta ser de alta alcurnia para que te dejen entrar y ser aceptada, sino que tienes que ganártelo. Tú ya tienes el beneplácito de sus patronas. Ahora consigue el de sus múltiples asistentes y tendrás a Londres a tus pies.

—Me parece una solemne tontería —respondió hastiada—. Las exclusivas damas que presiden el comité son condesas, marquesas y las mujeres de importantes embajadores. Jamás me hubieran permitido la entrada si llego a aparecer del brazo de un joven de campo por muy buenos modales que tuviera.

—Estás demasiado cansada para hacerte entrar en razón —le respondió con una sonrisa afable—. Procura dormir y relajarte. Te aseguro que la fiesta de mañana te será más grata que las anteriores. Buenas noches, Eleanor.

Con la mirada perdida, se quedó observando el pasillo por el que acababa de desaparecer Elizabeth. Siempre pensó que las veladas serían mucho más animadas y divertidas en la famosa ciudad, y estaba decepcionada. Intentó analizar el porqué, pero las punzadas de dolor en los pies no le dejaban pensar. Quizá cuando se quitara los apretados escarpines lo lograría. Cuando ya estaba arropada en su mullida cama, no logró seguir con el hilo de sus pensamientos y se dejó vencer por el sueño.

A la mañana siguiente se despertó con el agradable olor de un chocolate caliente. Se resistió a tan apetecible tentación y se cubrió la cabeza con la colcha. No quería enfrentarse a otra interminable e insufrible jornada. Pero su doncella, Mary, abrió las cortinas y dejó que entrara la luz del exterior.

—¡Vamos, señorita Berry! Se está perdiendo una mañana magnífica —anunció la empleada con alegría.

—¿Qué puede tener de extraordinaria? Siempre son oscuras, frías y están envueltas en esa densa y apesosa niebla que lo cubre todo —rezongó bajo las sábanas. Mary intentó contener la risa.

—Hoy no... —canturreó mientras iba hacia el armario en busca de un vestido.

Una brizna de curiosidad hizo que Eleanor se destapara para comprobar qué quería decir. En cuanto vio la cálida luz del sol filtrándose por la ventana, saltó de la cama y corrió hasta que estampó sus manos en los cristales. Sonrió de alegría al ver el cielo despejado. No era ni mucho menos un claro día soleado en el campo, aunque a ella le servía.

—Será mejor que se dé prisa. Lord y lady Lensy están esperándola en el salón.

Jovial como una chiquilla se bebió el chocolate de un solo trago y acudió presta a cambiarse de ropa. No estaba segura de a qué habían venido, pero albergaba la esperanza de que fuera para ir a dar un paseo.

Se vistió con celeridad y salió de la habitación. Al no ver a nadie en el pasillo, corrió hasta que llegó al final de las escaleras, donde se topó con la mirada de reproche de lady Lensy que salía del salón, probablemente en su busca.

—Una dama no debe ir trotando por ahí como una vulgar campesina —la reprendió.

—Lo siento —se disculpó de inmediato—, ansiaba poder reunirme cuanto antes con sus señorías.

—Anda, pasa. —Le indicó con un gesto fluido de la mano—. El té debe estar ya frío.

En cuanto entró en la estancia encontró a lord Lensy sumido en la lectura del periódico. Tenía el ceño fruncido y observaba con detenimiento cada línea como si hubiera algo en ellas que no comprendiera. No sabía por qué, puede que fuera por la claridad de esa hermosa mañana, pero lo encontraba más apuesto de lo normal. Su atuendo era impecable, como siempre. Ya le había visto con esa misma ropa en otra ocasión, y sin embargo hoy los colores parecían más vistosos. El azul de la levita le sentaba muy bien y realzaba sus preciosos ojos. El chaleco, de un tono ocre, brillaba como si fuera bordado en oro. Los pantalones, a juego con la chaqueta, se ajustaban perfectamente a sus fuertes y torneadas piernas. Tras un carraspeo de su madre, levantó la vista y reparó en Eleanor, que se sonrojó al instante al ser descubierta.

—Buenos días, Eleanor. —Se levantó, hizo una breve reverencia y le retiró la silla más próxima para que se sentara a su lado.

—Buenos días —susurró. Tomó asiento y lo miró de soslayo, a la espera de que le reprobara su conducta. Se sintió aliviada al ver que no lo hacía y retomaba la lectura—. ¿Vamos a salir? —preguntó con disimulo mientras se servía un té.

—¿Eso te gustaría? —respondió sin dejar de leer.

—¡Mucho! —dijo con exceso de entusiasmo. Lo que provocó otro carraspeo de lady Lensy y la sonrisa del conde.

—En ese caso daremos un paseo, aunque he de advertirte que será corto. No puedo interrumpir la agenda de hoy. Tienes que devolver las visitas que tienes pendientes. —Dobló el diario y lo dejó sobre la mesa—. ¡Venga, apresúrate! —la instó.

—¡Voy a por mi capa y vuelvo enseguida! —Se levantó de un salto y, cuando se disponía a salir corriendo, lady Lensy le llamó la atención.

—Eleanor... —pronunció con cansancio—, ¿qué modales son esos?

Ella se limitó a asentir y se fue con toda la calma que pudo reunir, hasta que cerró la puerta tras de sí, momento en que se oyeron sus aligerados pasos por el vestíbulo.

—Déjala, madre —dijo lord Lensy entre risas—. Es la primera vez en varios días que parece contenta.

El paseo fue vigorizante. Le ayudó a sobrellevar las tediosas visitas que tenía que devolver a varias damas que, por suerte, debían ser breves. Incluso cuando llegó la hora de ir a Almack's, las fuerzas todavía la acompañaban. Tenía las mejillas sonrosadas y el buen humor seguía de su

parte.

—Estás radiante —le dijo Elizabeth mientras le devolvía la mirada a través del espejo del tocador—. Jamás te había visto lucir un vestido de un modo tan seductor. Roza la indecencia.

Eleanor se llevó de inmediato la mano al pecho, que le rebosaba sobre el corpiño. Era la primera vez que se ponía un escote tan pronunciado. Cuando estaba a punto de preguntarle si en realidad le parecía indecoroso, la doncella les anunció que los caballeros ya las estaban esperando. Así que se ajustaron bien las capas y bajaron a reunirse con ellos.

Al salir a la calle Eleanor descubrió, para su disgusto, que el tiempo estaba cambiando. El cielo se estaba cubriendo de nubarrones y la densa niebla comenzaba a aparecer. Como buena inglesa toleraba bien la lluvia, aunque echaba en falta el aire puro y limpio del medio rural. Además, el conde no había reparado en ella ni un segundo. Su amigo, Henry Slater, los acompañaba y hablaban entre ellos en un tono casi inaudible. Por más que intentó agudizar el oído, no logró comprender nada. No entendía qué podía ser tan importante como para hacer que se olvidara de ella por completo.

Cuando el carruaje se detuvo frente al sobrio edificio del club y oyó el bullicio, imaginó el salón atestado. Se estaba acostumbrando a las mansiones lujosas y fachadas suntuosas. Se llevó una sorpresa al entrar. Sí que había mucha gente, pero los salones eran tan amplios que la multitud se dispersaba por ellos. La decoración también era de su agrado y quedó maravillada con las enormes lámparas de araña.

—Elizabeth —Lord Lensy tomó a su hermana por el codo—, cuida de Eleanor unos instantes. Tengo un asunto que atender. Volveré enseguida.

—De acuerdo —asintió. Sin embargo, no entendía su extraño comportamiento.

—¿A dónde se van? —Eleanor preguntó angustiada al ver cómo su prometido se alejaba con Slater.

—No estoy segura. Puede que al salón de juegos. —Se encogió de hombros.

—No seáis entrometidas —las reprendió el marido de Elizabeth—. Ha dicho que volverá enseguida y no debéis ponerlo en duda.

Eleanor se dedicó a seguir a la pareja y no cuestionarse más el paradero del conde, al menos en voz alta. Miraba hacia el suelo y observaba abstraída el tafetán de su falda, hasta que Elizabeth le llamó la atención.

—Querida, ¿estás bien? —La tomó de las manos—. El caballero que acabamos de presentarte te ha solicitado un baile y no te has dignado a contestar.

—¿En serio? —Miró a su alrededor en busca del hombre.

—Me temo que se ha sentido tan humillado que no creo que lo volvamos a ver —rio entre dientes—. ¡Qué se vaya! Es un poco desagradable y siempre te pisa. Los hay más apuestos y mejores bailarines.

Pronto se vio rodeada de jóvenes que reclamaban su atención. A algunos de ellos ya los conocía de anteriores fiestas. Pasó un buen rato entre halagos y coqueteos. Ya había bailado en dos ocasiones la contradanza y su prometido seguía sin aparecer. En ocasiones los flirteos empezaban a estar al límite del decoro y hacían sonrojar a Eleanor. Todos le solicitaban el próximo vals con la esperanza de poder estrecharla entre sus brazos, pero hasta el momento se había negado. Se estaba cansando de bailar con otros hombres. Salvo en su primera velada, él siempre encontraba una excusa y se escabullía. Ella deseaba que fuera con lord Lensy.

—Se lo ruego, señorita Berry, reserve la próxima pieza para mí —le suplicó un joven alto y fornido del que ya no recordaba el nombre.

—Discúlpeme, pero... —Por el rabillo del ojo vio al conde en la entrada del salón con una

hermosa mujer de pelo negro. Le posaba la mano en el antebrazo y le susurraba al oído. En un arrebató de celos, dio un paso al frente—. Estaré encantada, señor...

—Parrish —respondió de inmediato con una sonrisa en los labios por ser aceptado.

Tomó al hombre por el codo y se dirigieron hacia la pista. Cuando la música empezó a sonar, comenzaron a dar vueltas por el salón. El pobre señor Parrish parloteaba sin parar intentando agradarla. Eleanor no le prestaba atención. Solo se reía con descaro cuando veía que pasaban por delante del conde. Cuando cesó la danza, se giró para reunirse con Elizabeth y se topó de frente con un ceñudo lord Lensy que le observaba el escote con desaprobación. El señor Parrish desapareció al instante.

—Veo que te diviertes en mi ausencia —manifestó con enfado.

—No menos que su señoría —soltó desdeñosa.

La agarró del brazo y pudo apreciar cómo apretaba la mandíbula. Se pegó tanto a ella que quedó a unos milímetros de su cara. Sus sagaces ojos azules se clavaban en los de Eleanor esperando encontrar una respuesta a su inapropiado comportamiento.

—Lo esperaba, pero me cansé al ver que ya estaba disfrutando de la velada en compañía de otra mujer. —Eleanor se armó de valor y le aguantó la severa mirada.

—Pues parece que careces de paciencia e intuición, porque apenas hace media hora que me fui y no gozaba de la conversación con la dama. Sin embargo, tú te exhibías y te reías con descaro ante mis narices con ese mequetrefe.

—He visto cómo permitía que lo acariciara y le susurrara al oído. Soy joven e inexperta en muchos aspectos, lord Lensy, pero no me tome por idiota. —Su endeble valor empezaba a flaquear y los ojos se le estaban empañando.

—Ven. —Tiró de ella hasta que llegaron a un corredor donde no había nadie. Tenía que reconocer que Eleanor tenía razón. No era justo que la engañara—. La mujer que me acompañaba es mi antigua amante —dijo más sosegado—. Como no le contestaba las misivas, se ha puesto en contacto conmigo a través de Slater. Ha tenido ciertos problemas y me ha solicitado ayuda.

—¿Qué tipo de problemas? —se asustó al pensar que pudiera estar encinta.

—De solvencia. Los acreedores le exigen más de lo que puede pagar. Es viuda y su difunto esposo dilapidó la fortuna familiar. No tenía a otra persona a quien acudir.

—¿Le ha prestado el dinero?

—Mañana lo ingresaré en su cuenta.

—De acuerdo, lo entiendo —asintió y se alejó unos pasos de él—. Yo no me estaba divirtiendo, guardaba mi cartilla para poder bailar el vals con su señoría. Pero tardaba demasiado y, al verlo con esa preciosa mujer, acepté la invitación del señor Parrish. Ni siquiera sé de lo que me hablaba, aunque reía como una boba cuando estaba cerca de su presencia con la intención de darle celos.

—Bien, porque lograste tu objetivo. Sin embargo, te advierto que puede que otro día no salgas airosa. No me gusta que jueguen deliberadamente con mis sentimientos. Serás mi mujer en pocos días y no quiero que coquetees con otros hombres con tanto descaro, he estado a punto de reaccionar con violencia. Eres una joven virtuosa, no permitas que la gente opine lo contrario.

—No lo volveré a hacer. —Se rio con amargura al escucharse—. Estos últimos días no paro de repetir esa misma frase...

—Es normal, querida. Estás aprendiendo muchas cosas nuevas. —La tomó con delicadeza de la mano—. Siento haberte descuidado. ¿Puedo compensarte de algún modo?

—¿Me invita a bailar el próximo vals? —le sugirió con timidez.

—Por supuesto. —La agarró por la cintura y la encaminó a la pista de baile.

La gente empezó a chismorrear en cuanto los vieron aparecer en el salón. Los señalaban y miraban con descaro. Estaban tan pendientes de ellos que a la pobre muchacha empezaron a temblarle las rodillas. A pesar de ello, el mundo desapareció a su alrededor en cuanto comenzaron a deslizarse al compás de la música. Ya nada tenía importancia. Una radiante sonrisa iluminó su rostro. Puede que no fuera exactamente como se lo había imaginado, pero Andrew se parecía bastante al caballero con el que soñaba desde que era una niña. En cuanto acabó la pieza se aferró a su brazo. Estaba un poco mareada y no quería que la volviera a dejar sola. Él la guio entre el gentío en la dirección de Elizabeth.

Una extraña sensación le recorrió el cuerpo al sentirse observada. Echó un vistazo a la sala y vio en un lateral a Cassandra, cerca de los ventanales que daban al jardín. Iba acompañada de un caballero al que no reconoció. Con la soberbia que a ella tanto le caracterizaba, le giró la cara y se fue de la sala. Eleanor se sorprendió de lo poco que ahora le importa su estúpida arrogancia. Continuó caminando del brazo de su prometido e ignoró haberse topado con su hermanastra.

—Eleanor. —Una jovencita con un sencillo vestido de muselina rosa llamó su atención—. ¿Ya no te acuerdas de mí?

—¡Dios mío! —Se tapó la boca con la mano por la sorpresa—. ¡Emily!

No podía creerse lo que tenía ante sus ojos, ¡era su querida amiga del colegio! Soltó a su prometido y se tiró a sus brazos. Hacía dos largos años que no la veía ni recibía noticias de ella, su padrastro no le dejaba enviar ni recibir correo alguno.

—No sabes lo mucho que me alegro de verte. —Se separó de ella y la miró con detenimiento—. ¡Estás preciosa!

—¿Yo? —dijo con sorpresa—. Tú eres la que está resplandeciente. ¡Fíjate! Pareces de la alta sociedad. —Señaló sus lujosas joyas y vestimenta—. Y además... —Bajó el tono de voz—. Te acompaña un caballero de lo más apuesto.

—Es mi prometido. —Se sonrojó al ver que el hombre las observaba, perplejo—. Disculpe mis modales. Ella es la señorita Emily Clark, éramos compañeras en la escuela. Emily, te presento al conde de Lensy.

—Un placer conocerla, señorita Clark —inclinó la cabeza.

—El gusto es mío, milord. —Le hizo una torpe reverencia.

—Si quieren podemos ir al salón contiguo a tomar un refrigerio, así podrán charlar con más calma. Me temo que deben de tener mucho que contarse —sugirió lord Lensy.

—Se lo comunicaré a mi primo. Él es mi acompañante. —Emily se giró en busca del joven, que aceptó el ofrecimiento encantado—. Lord Lensy, Eleanor, les presento al reverendo Clark.

Era un hombre rollizo de cara afable que se deshizo en halagos al saber que trataba con un conde. Aunque pronto comprendió que no debía continuar por ese camino al ver la cara de desagrado de su prima. Cesó en su intento de agradar y fueron a tomar un té y tostadas con mantequilla.

Tenían tantas cosas que contarse... ¿Cómo resumir en unos pocos minutos tantos sucesos? Ambas estaban entusiasmadas. Se felicitaron por las buenas nuevas, se apenaron por los tristes incidentes y rieron de alegría por haberse reencontrado. Emily se encontraba en Londres por tan solo unos días, no podía permitirse más. Habían logrado entrar en Almack's gracias a que a una de las patronas que presidían el club le había caído en gracia por sus zalamerías.

—No me puedo creer que vayas a casarte con un conde. —Emily se apresuró a comunicarle su sorpresa al ver que lord Lensy se enfrascaba en una conversación con un conocido—. Os he visto bailar juntos y no podía creerme que fueras tú. Era como si estuviera viendo las historias

que me narrabas.

—La verdad es que he tenido mucha suerte, a fin de cuentas. Lo que me deparaba el futuro no era nada halagüeño.

—Discúlpame, Eleanor, pero no pienso marcharme hoy de Almack's sin que me concedas un baile. —Slater apareció a su espalda reclamando su atención.

—¡Oh, Henry! —Le sonrió—. Por supuesto. Déjame que te presente primero a mi amiga Emily Clark. Él es el honorable Henry Slater.

—Espero que esté disfrutando de la velada, señorita Clark —se limitó a decir y desvió la mirada como si no le interesara en absoluto su respuesta.

—La estaba disfrutando hasta este momento —susurró para que no la pudieran oír.

—No le hagas caso, Emily. —Su amiga intentó tranquilizarla—. Debe de estar disgustado por algo, porque suele ser un caballero muy divertido y educado. Iré a complacerlo y vuelvo en unos minutos—. Tomó del brazo a Slater y se fueron hasta el salón—. ¿Se puede saber por qué le has faltado al respeto a mi amiga de ese modo? —lo reprendió en cuanto se alejaron.

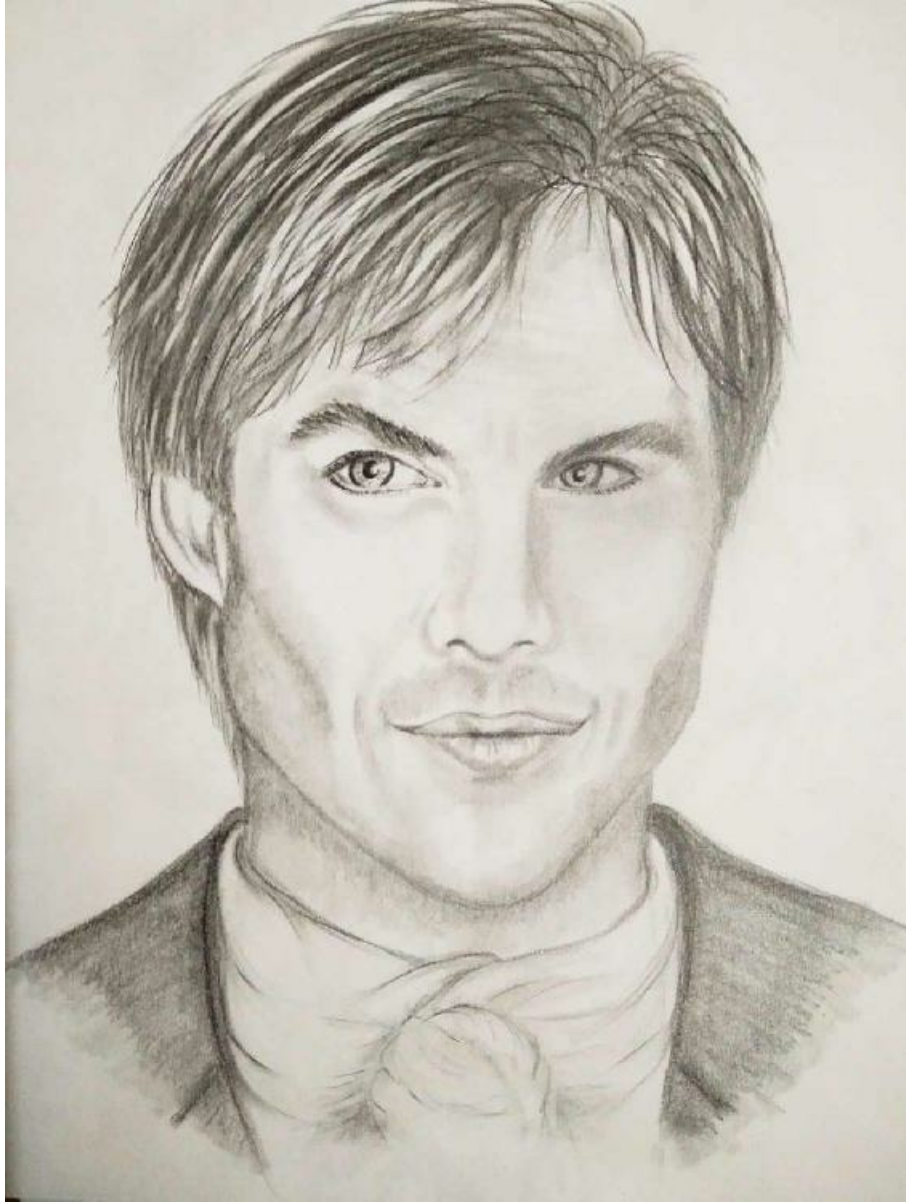
—¡Vamos, Eleanor! No he hecho tal cosa. —Se encogió de hombros.

—En ninguna de las fiestas a las que hemos asistido juntos, jamás te he visto menospreciar a una dama, hasta ahora. Siempre tienes una sonrisa y una palabra amable que ofrecer.

—Esa joven tiene el mismo aspecto de institutriz que tenías tú cuando te conocí. —Al ver la cara de asombro de Eleanor añadió—: Ella es aún peor, parece un ratón de biblioteca.

—No te reconozco, Henry. —Le giró la cara, airada, hasta que terminó la pieza. Después, volvió a reunirse con su amiga.

Estaba muy enfadada. Más aún al descubrir que había perdido los preciados minutos que le quedaban para conversar con Emily. Su primo, aquejado de gota, tenía que retirarse ya. Por lo menos, habían recuperado el contacto y pronto podrían volver a encontrarse. Aunque, con su inminente boda, no sabía cuándo sería posible.



Capítulo 15

Los pocos días que faltaban para la ceremonia habían pasado tan deprisa que Eleanor se sintió abrumada. El haber encontrado a su amiga Emily la ayudó a mitigar su estado de nervios. Se escribían hasta tres misivas al día. Sin embargo, no la ayudó a detener el tiempo.

Cuando se vio rodeada de gente que la acicalaba para acudir a la iglesia, no podía creérselo. Una fuerte opresión en el pecho no la dejaba respirar. Estaba muy agitada. El conde apenas había hablado con ella desde que dejaron Almack's. Su agenda estuvo repleta de compromisos ineludibles con la duquesa y con lady Lensy a los que su prometido no podía asistir. Su presentación en la corte fue perfecta. La alta sociedad londinense la había acogido de buen grado pese a sus pequeños deslices. Todo estaba listo, menos ella.

—¿Tienes frío? —le preguntó Elizabeth al ver cómo temblaba.

—Un poco —dijo en un hilo de voz—. Tengo el estómago revuelto.

—Mandaré que te traigan una tisana, te templará los nervios.

Eleanor se tomó el brebaje, aunque no logró calmarse. Se acercó hasta la ventana para ver si conseguía distraerse, pero tampoco le sirvió de nada, fue incluso peor. El cielo estaba tan encapotado que parecía que aún no había amanecido y una lluvia constante lo empapaba todo. Llamaron a la puerta y dio un respingo. Sabía que venían a por ella. Era el momento.

Todo el mundo la felicitaba a su paso por su impecable aspecto. No los escuchaba, solo podía oír el retumbar de su corazón. Ni siquiera se paró a pensar en quién sería el que la entregaría en matrimonio. Por esa razón miró ceñuda a Slater cuando la tomó del brazo al llegar a la catedral. Se dio cuenta de que sería él cuando empezaron a recorrer el pasillo. Los bancos estaban repletos. Había muchos invitados, pero lo que más abundaba eran los curiosos. Sonaba el órgano y un coro de voces blancas lo acompañaban. El frío del templo traspasó sus múltiples prendas y alcanzó sus huesos. No se detuvo, aunque estaba deseando huir. Al llegar al altar mayor se quedó mirando fijamente las anchas espaldas de su prometido. Todavía no se había dado la vuelta para verla. Cuando lo hizo, un rayo surcó los cielos y un trueno retumbó. Se le pasó por la cabeza que era una señal divina que le advertía que no debía casarse, con lo que estuvo a punto de salir corriendo despavorida. No le dio tiempo a llevar a cabo su descabellada idea, porque lord Lensy la agarró con fuerza de la mano como si intuyera sus intenciones. La ceremonia comenzó, contestó lo acordado en el momento adecuado y, cuando se quiso dar cuenta, ya habían contraído nupcias.

Nadie se atrevía a irse del interior de la catedral, diluviaba. Los invitados se agolpaban en la entrada para felicitar a los novios. Hasta que, su reciente marido perdió la paciencia y se abrió paso entre el gentío para llegar al exterior. Allí les esperaba un carruaje. Un lacayo los recibió con un paraguas. En cuanto estuvo dentro puso sus húmedos pies sobre el ladrillo caliente que el sirviente acababa de colocar y se cubrió con las mantas. Suspiró de alivio al ver que su cuerpo se caldeaba.

—¿Te has mojado mucho? —le preguntó el conde en cuanto cerró la puerta tras de sí y se arrebujó a su lado.

—Los bajos de la falda y los escarpines se han llevado la peor parte —dijo con labios temblorosos.

—Arrópate bien entonces, porque vamos a tardar un buen rato en llegar a Whitecliffs House. —Agarró las pieles y tapó a su esposa hasta la barbilla.

—¿Cómo? —preguntó perpleja—. ¿Nos vamos a aventurar por los caminos con este temporal? Podríamos quedarnos hasta que amaine. Los invitados estarán encantados de que asistiéramos al convite.

—No —dijo con rotundidad—. Esta misma noche la pasaremos en Dover.

—¡Es una locura! —Observó por la ventanilla para asegurarse de que lo que decía tenía sentido—. ¿No sería mejor que esperáramos un poco?

—Bajo ningún concepto nos quedaremos en Londres. —Su severa mirada no daba opción a replica.

—Como desee su señoría —le espetó con enfado.

—Eleanor... no empecemos —la riñó—. Te ruego que me tutees de una vez y no me hables en ese tono. Creo que lo haces solo por disgustarme y te aseguro que lo estás logrando.

Se cruzó de brazos y no le contestó. No se atenía a razones y ni siquiera le daba una explicación lógica del porqué. Lo único que se le ocurría es que era un terco y un caprichoso. Era peligroso emprender un viaje en esas condiciones. Se giró en el asiento e intentó descansar. A él lo escucho maldecir, pero sabiamente, dejó el tema para más tarde. Eleanor lo miró de reojo y comprobó por el rictus de sus labios que estaba muy enfadado. Llevaban unos minutos casados y ya se habían peleado. ¡Menudo comienzo!

Hubo tramos en los que aminoraron la marcha hasta casi detenerse. Tuvieron que bordear un pueblo porque las calles eran intransitables. El pobre cochero iba encontrando la forma de seguir adelante, hasta que, a medio camino de Dover, el carruaje dio una fortísima sacudida y se ladeó. Eleanor gritó asustada. Lord Lensy se apeó de inmediato para ver qué sucedía. Se había partido un eje a causa del mal estado de la carretera. Sería imposible reparar la rueda allí mismo. Tendrían que hacer noche en el pueblo más cercano y solicitar ayuda. El conde, con la cara desencajada por la rabia, le indicó que debía bajarse. En pocos segundos estuvo calada hasta los huesos, su lujosa capa no le servía de mucho.

—Milord, coja un caballo y lleve a *milady* hasta la posada más próxima —le dijo el lacayo que miraba con preocupación a Eleanor. Empezaba a tener los labios morados y le castañeteaban los dientes—. Está en esa dirección. —Señaló a un punto en el horizonte, aunque no se lograba percibir nada entre la lluvia y la oscuridad.

Hecho una furia, lord Lensy agarró a Eleanor e hizo lo que le habían indicado. Soltaron a uno de los animales y montaron con presteza. Al tenerla entre sus brazos comprobó que se estremecía de frío. En un vano intento por protegerla, la cubrió con su capa y la besó en la frente. Ella apoyó la cabeza en su pecho y deseó con todas sus fuerzas que el trayecto fuera corto.

Al poco rato, lord Lensy visualizó las luces de la fonda y azuzó al caballo. En cuanto llegaron, el conde empezó a maldecir al comprobar el lamentable aspecto del lugar. No había otra opción, así que desmontaron y fueron en busca del propietario. El interior del bar olía a estiércol y cerveza rancia, pero al menos el ambiente estaba caldeado gracias al fuego que ardía sin descanso en la chimenea.

—Buenas noches, milord. —Se acercó el tabernero con rapidez. Se sacó la gorra y la apretó entre las manos sin saber muy bien qué hacer con un hombre de su alcurnia—. Bienvenido a mi humilde posada.

—Necesito alojamiento para mi esposa y para mí. Después vendrán mis sirvientes y también necesitarán cobijo —dijo con cierto desdén.

—No dispongo de habitaciones libres, pero le cederé con gusto la mía. El servicio podrá

hacer noche en las cuerdas. Le pediré a mi mujer que lo arregle todo enseguida para que la dama pueda quitarse cuanto antes esas ropas mojadas. —Miró con preocupación a Eleanor y se fue, apurado.

Eleanor permaneció en silencio. No se atrevía a decirle nada a su marido. Le rehuía la mirada y apretaba la mandíbula. Sin duda estaba muy disgustado. No entendía su desmesurado mal humor. Sin pronunciar palabra, la cogió del brazo y la arrastró hacia un rincón menos transitado para que no les empujaran los parroquianos al pasar.

En pocos minutos apareció una mujer intentando adecentar, sin mucho éxito, su descuidado aspecto y les indicó con una torpe reverencia que la siguieran. Eleanor se disponía a ir tras ella, cuando el conde la detuvo.

—Yo me quedaré aquí. Voy a esperar a ver si llegan pronto con el carruaje. Ponte cómoda y mantente cerca de la chimenea, no quiero que enfermes. Me reuniré contigo más tarde—. Se dio media vuelta y se fue hacia la barra para hablar con el mesonero.

Con una profunda sensación de abandono, Eleanor siguió los pasos de la señora que aguardaba por ella. La llevó por un hueco que había bajo las escaleras y pararon ante una puerta destartada, dándole a entender el mal estado del cuarto al que estaba a punto de entrar. Una vez dentro, se sorprendió del orden que halló. Solamente había un catre lleno de bultos, una silla y un baúl, sobre el que descansaba una jofaina y una jarra de agua. Aunque cuanto le rodeaba era viejo y deslucido por el uso y el paso del tiempo, estaba limpio. A ella le servía, pero a su reciente marido le desagradaría con toda seguridad.

La posadera la dejó a solas con la promesa de traerle vino caliente y carne asada. Eleanor aprovechó el momento para quitarse la capa y los guantes, después las medias y los zapatos. Se sintió más ligera al instante. Sus ropas debían pesar el triple de lo normal debido a la humedad. El vestido no podría sacárselo hasta que alguien la ayudara, tenía decenas de botones en la espalda. Se acercó al hogar y se frotó las manos ante las llamas. Con suerte, lord Lensy vendría pronto y podrían ir a descansar. En ese instante se irguió y dio un fuerte suspiro. Era su noche de bodas. Antes de dormir tendría que cumplir con sus obligaciones maritales. Se estremeció, aunque esa vez no tenía nada que ver con el frío. Estaba asustada, y más al saber el estado de ánimo en el que se encontraba su esposo. Cientos de dudas y preguntas sin respuestas acudieron a su mente. Como bien le dijo una vez su amiga Emily cuando imaginaban esta situación, se sentía como una oveja yendo hacia el matadero, sin escapatoria ni alternativa.

Después de tomar la carne, de la cual apenas probó bocado debido a los nervios, empezó a pasearse de un lado a otro. Llevaba mucho rato sola, el conde ni siquiera la había acompañado en la cena. No sabía qué ocurría. Había un pequeño ventanuco a través del cual se podía apreciar que la tormenta aún no había cesado. El ruido de personas hablando y riendo en la taberna se filtraba a través de las paredes. Se vio tentada a salir y comprobar por ella misma qué ocurría, pero dudaba que eso alegrara a lord Lensy. Seguramente se pondría como una hidra si la veía aparecer por el bar repleto de hombres malolientes y borrachos. Así que no tuvo más remedio que seguir con su vaivén por la estancia.

Desquiciada, tras haber pasado un tiempo interminable, se armó de valor y decidió salir de la habitación. Justo cuando asió el picaporte, escuchó unos pasos aproximándose. Corrió hasta la chimenea y aguardó con el corazón en un puño. La puerta se abrió de par en par y allí apareció lord Lensy que, muy afectado, tuvo que apoyarse en el quicio para no caerse. Su aspecto era lamentable, no llevaba ni corbata ni chaqueta y tenía los cabellos revueltos como si se hubiera pasado cientos de veces las manos por ellos.

—¿Está ebrio? —le preguntó perpleja.

—Sí, un poco —dijo arrastrando las palabras—. ¿Se puede saber por qué llevas todavía ese vestido mojado? Debería estar colgado frente al fuego para que se seque —la riñó. Cerró tras de sí y, con mucha dificultad, echó el cerrojo.

—Yo sola no puedo, necesito ayuda. —Le enseñó la espalda.

—¡Oh! Claro... —Se acercó hasta ella y comenzó con esos endemoniados y diminutos botones que se le escurrían de entre los dedos. Eleanor esperó con paciencia, si se movía o lo alteraba, tardaría más.

—¿Han conseguido arreglar la rueda? —dijo lo primero que le vino a la cabeza por romper el silencio que la incomodaba.

—Estará lista a primera hora de la mañana. —En ese momento su traje cayó al suelo. Pocos segundos después el corpiño. Le quitó las horquillas del cabello y acarició su melena suelta que caía en cascada hasta más allá de la cintura—. Ahora métete en la cama y arrópatate bien, debes de estar helada.

Eleanor se deslizó entre las sábanas y se tapó hasta la nariz. Observó como su marido ponía el vestido en la silla y lo acercaba a la chimenea. Miró con los ojos desmesuradamente abiertos como se desnudaba, primero la camisa y luego le siguieron las medias y los zapatos. Cuantas más cosas se quitaba, mayor le parecía. Su pecho era grande, amplio y un suave vello oscuro lo cubría en parte. Los músculos se le marcaban en los brazos y el abdomen. Empezó a estremecerse al ver que solo le quedaba el pantalón. Sin embargo, apagó la vela y se metió a su lado bajo las mantas. La tenue luz anaranjada de la lumbre iluminaba parte de la habitación, pero lo que más abundaba eran las sombras. Se quedó quieta, rígida como una tabla esperando a que le diera indicaciones o que actuara de algún modo. No hizo nada. Angustiada y sin poder controlarlo, comenzó a temblar.

—Estás congelada —afirmó el conde. La estrechó con fuerza entre sus brazos.

El calor que emanaba era asombroso, pero su agitación no era debida al frío, así que continuó con el cuerpo trémulo. Él, preocupado, le frotaba la espalda para aliviarla.

—No sé qué hacer para mitigar el frío que te embarga —se lamentó al ver que no cesaba de titiritar—. Tendría que haber venido antes...

—Lo que me ocurre no es por tener una baja temperatura —dijo con timidez—. Es que estoy un poco nerviosa.

—¿Por qué? —Frunció el ceño. No lograba comprender el motivo.

—Es nuestra noche de bodas... —Le ardieron las mejillas al tener que decírselo en voz alta.

—¡Ah! ¿Por eso...? —Se encogió de hombros e hizo un mohín—. Pues ya puedes tranquilizarte porque no pienso tomarte en este antro. Me ceñiré a mis planes, cueste lo que cueste. Lo haremos mañana en Whitecliffs House, en mi cama, con las sábanas blancas y limpias —suspiró—. Estoy mareado... —Se agarró la cabeza—. Si no te importa, ahora vamos a dormir, que para ese propósito me he tomado unas copas de más. —Se rascó la cabeza y, acto seguido, comenzó a roncar con la boca abierta.

Eleanor no daba crédito. Ya no sabía qué pensar de la persona con la que se había casado. No tenía ningún interés por ella. Lo más probable era que ni siquiera le gustase. Lo observó descansar, apenas los separaban unos centímetros. Se fijó en cada detalle de su rostro, sin miedo ni pudor por ser descubierta, hasta que se le nubló la vista por culpa de las lágrimas. Amaba a su marido y él no la deseaba. Se giró en dirección a la chimenea, no quería pasarse la noche torturándose. Pero en cuanto se movió, el brazo de lord Lensy la atrapó por la cintura y la pegó a su cuerpo. Se aferraba cada vez más fuerte y notó una protuberancia a la altura de la nalga.

—Eleanor —susurró con voz enronquecida y cargada de necesidad.

Una sola palabra bastó para calmar su angustia. En sueños, su esposo había pronunciado su nombre.

Capítulo 16

Un estruendo despertó a Eleanor. Desubicada miró a su alrededor. Lo primero que encontró fue el rostro de lord Lensy. Fruncía el ceño como si algo le molestara. Tardó unos segundos en comprender que se encontraba en la posada y que ya había amanecido. Tras otro fuerte golpe en la pared que hizo temblar los cimientos, el conde abrió los ojos, se echó las manos a la sien y se incorporó con peor humor que con el que se acostó.

—¿Se puede saber qué es ese espantoso ruido? Parece que van a tirar la casa abajo. —Bajó de la cama y, sin pensárselo dos veces, salió al pasillo para ver quién era el causante.

—Disculpe, milord, se nos han escapado los barriles. —Se oyó la voz de un chiquillo. Eleanor no podía verlo—. Se lo ruego, no se lo diga a padre o no nos libraremos de unos correazos.

—No diré nada, pero andad con más cuidado —dijo lord Lensy desde el vano.

—¡Gracias, milord! —corearon unos críos.

Volvió a entrar en la habitación y cerró la puerta. Meneó la cabeza y se le escapó una pequeña sonrisa.

—¿Quiénes eran? —preguntó Eleanor, intrigada.

—Supongo que los hijos del tabernero. El más mayor de esas criaturas endebles no debe superar los nueve años. —Se rascó la incipiente barba—. La más pequeña me observaba como si fuera un ogro.

—Con razón no han podido sostener los barriles. Pobrecillos... Tampoco me extraña que asustara a la niña, es un hombre grande y medio desnudo. —Le señaló el torso. Después se ruborizó y apartó la mirada.

—Cierto, no me paré a pensar en quién podría haber al otro lado. —Se le escapó una risilla. Resopló y comenzó a vestirse—. Será mejor que me acerque hasta los establos para ver si podemos partir tras el desayuno. Creo que no soportaría otra noche aquí.

—Este lugar debe asustarle tanto como le disgusta para dormir con un arma en el pantalón.

—¿A qué te refieres? —Se sentó a su lado en la cama para colocarse los zapatos.

—Es evidente, eso que sobresale. —Señaló bajo la cinturilla de los calzones—. Me ha resultado muy incómodo dormir con esa cosa dura clavándomela en la cadera. ¿Qué es, una daga?

Lord Lensy se la quedó mirando fijamente, muy quieto. Empezó a ponerse cada vez más rojo y no le contestaba. Al final, se mordió los labios para no echarse a reír. No sabía qué decirle. ¿Cómo podía ser tan inocente?

—Habla de mi... «arma», de camino a Whitecliffs House. O puede que sea mejor una vez que nos encontremos allí. —Se levantó sin apartar la vista de ella—. Sí, lo más acertado será al llegar. El trayecto te resultará menos embarazoso. Pediré que te traigan el desayuno. —Y salió a toda prisa de la habitación. Oyó sus carcajadas en el pasillo.

Eleanor frunció el ceño por su extraño comportamiento. Sin embargo, prefería que se riera a que estuviera de mal humor y refunfuñando constantemente.

Cuando la posadera le trajo el pan recién horneado, la leche de cabra y la miel, le rugieron las tripas por el hambre. Pero antes de hincarle el diente a tan succulentos manjares, le pidió que

la ayudara a abrocharse el vestido. Su marido estaba muy extraño y no quería aventurarse a esperar por él. Así podría ir en su busca cuando hubiera terminado. Por suerte no hizo falta tal cosa, porque llegó en cuanto estuvo preparada. Tuvo que improvisar un sencillo rodete en la nuca con sus cabellos ya que no disponía de utensilios para realizar algo mejor, sin embargo, le servía para estar presentable.

El carruaje les esperaba en la entrada, arreglado y dispuesto para partir. No estaba lleno de barro y exhibía en todo su esplendor en los laterales el emblema familiar de los Somerset. Por fin había amainado la tormenta y podían emprender camino. El conde lucía unas profundas ojeras y se aquejaba de dolor de cabeza, pero el humor agrio de la pasada noche lo había abandonado. De vez en cuando miraba a Eleanor de soslayo y sonreía al recordar la conversación de la mañana.

—¿Hay algo que quiera compartir conmigo? —Eleanor se armó de valor y le preguntó a pesar del miedo que le provocaba hacerlo enojarse de nuevo y que acabaran peleando—. Como aún nos queda un largo recorrido por delante, he pensado que podríamos hablar de eso que tanta gracia le hace.

—No encuentro objeción. —Cerró el libro que sostenía entre las manos y en cuya lectura no lograba concentrarse por mucho que lo intentara—. Aunque te lo advierto, puede que te resulte incómodo.

—No creo que sea más desagradable que pasar el resto del viaje con sus molestas miraditas burlonas —susurró con sorna. Él pasó por alto su comentario.

—¿Sabes qué ocurre cuando hacen el amor un hombre y una mujer?

La pregunta la pilló tan de improviso que se limitó a observarlo. Después se obligó a sí misma a dar una respuesta y no parecer idiota.

—Por supuesto. —Levantó la barbilla con altanería.

—Bien —dijo con calma—. ¿Serías tan amable de explicármelo?

—¿Se está burlando de mí? —Abrió los ojos como platos. No daba crédito.

—En absoluto, pero me hace gracia que me digas que sí conoces el procedimiento cuando confundes una erección con una daga. —Alzó las cejas a la espera de una reacción por parte de Eleanor. Se la veía tan confusa que decidió explicárselo—. Cuando un hombre siente deseo por una dama, su miembro viril crece y se endurece, hasta que está preparado para mantener una relación íntima. ¿Entiendes ahora que lo que guardaba en los pantalones no era más que parte de mi anatomía?

Eleanor no había pasado tanta vergüenza en toda su vida. Le dieron ganas de saltar en marcha del carruaje. Él tenía razón, habría sido más acertado esperar hasta que hubieran llegado a su destino. Por lo menos podría haberse ocultado de su presencia durante unos minutos hasta que pasara ese terrible y bochornoso momento.

—Eleanor —la llamó con dulzura al ver el mal trago que estaba pasando—, eres mi esposa y podemos tener esta conversación sin ningún temor.

—Me siento ridícula —murmuró sin atreverse a levantar la vista de sus manos, que descansaban entrelazadas en el regazo. Las mejillas le ardían como nunca.

—Creía que mi madre o mi hermana habrían hablado contigo.

—¡Oh, Elizabeth lo intentó! Pero no quise escucharla porque me daba apuro. —Sonrió sin un ápice de alegría, y deseó haber prestado atención—. Lady Lensy me dijo que ya me instruiría su señoría, que era un experto. Y lady Beaufort me aseguró que lo único que debía hacer era estarme quieta y aguantar.

Lord Lensy estuvo a punto de echarse a reír, sin embargo, lo disimuló con un carraspeo. Lo último que quería era que pensara que se estaba burlando. Entrelazó sus dedos con los de ella y

le besó los nudillos con ternura.

—Puede que te resulte violento tratar este tema, no deseo incomodarte, pero puedes preguntarme lo que quieras. —Le acarició el rostro sonrojado. Eleanor todavía no se atrevía a sostenerle la mirada, era demasiado embarazoso.

—Se lo agradezco —se limitó a decir sin levantar la cabeza.

—¿No crees que va a resultar mucho más fácil si estás informada? Podemos charlar de forma distendida, con confianza. Esta noche sí que te tomaré y preferiría que no estuvieras asustada.

—¿Es verdad que me va a doler? —lo dijo tan bajito que casi no pudo oírla.

—Un poco, al principio. Aunque espero compensarlo y que solo recuerdes el placer que vendrá después.

—Y yo, ¿qué tengo que hacer? —Lo miró unos instantes de soslayo.

—Olvidarte de todo y dejarte llevar por el instinto. Es un acto natural y mundano.

—¿Y si lo que de verdad deseo es salir corriendo?

—Espero que no lleguemos a ese extremo. —Soltó una carcajada—. Herirías profundamente mi ego masculino al convertirme en la primera mujer que huye de mi cama. —Eleanor le echó una mirada envenenada. Se le borró la sonrisa de un plumazo y carraspeo antes de proseguir—. No ha sido un comentario muy acertado, te pido disculpas. Solo quiero que comprendas que no debes temer nada y que me esforzaré al máximo para que te resulte agradable.

—De acuerdo —murmuró.

—¿Hay algo más que quieras saber?

—¡No, no! —se apresuró a contestar, aunque tenía un centenar de preguntas sin respuesta.

—Ya veo. —Decidió dejarla tranquila, no deseaba abochornarla más.

El conde le dio un beso en la frente y después prosiguió con el libro que había dejado abandonado en el asiento. Tenía serias dudas de que pudiera concentrarse en la lectura teniendo a su esposa envarada a su lado, pero debía intentarlo. Lo más probable era que no quisiera volver a dirigirle la palabra en todo el trayecto. Y para ser franco, él también estaba nervioso. Hacía demasiado tiempo que no yacía con una mujer y, por el bien de ella, debía contenerse. Se le pasó por la cabeza el hacerle arrumacos, sin embargo, lo descartó de inmediato. Si empezaba no podría detenerse y todos sus planes se irían al traste. Tendría que esperar.

Eleanor se alegró cuando empezó a divisar los acantilados blancos de Dover, el sol todavía no se había ocultado y podía apreciarlos en el horizonte. Estaba cansada de viajar y, sobre todo, de la tensión que se respiraba dentro del vehículo. Aunque también tenía una sensación extraña en el estómago, como si algo revoloteara, al pensar en que ya llegaban a casa y en lo que le aguardaba esa noche.

El servicio los recibió con gran pompa en Whitecliffs House y los felicitaron por sus recientes nupcias. Les prepararon sendos baños que ambos necesitaban con urgencia. Era como si llevaran adheridos a la piel los percances ocurridos desde que se conocieron, no solo los del camino. Puede que un poco de agua y jabón borrara los prejuicios y problemas que habían arrastrado durante todo ese tiempo.

—Señora Walsh —lord Lensy llamó al ama de llaves que ya aguardaba por él en el vestíbulo para que le diera indicaciones—, dígame a la señora Frost y al servicio que hoy cenaremos temprano. Será de carácter informal, en el salón pequeño. Estamos muy cansados y nos retiraremos pronto.

—¿Desea que les sirvan algo en especial?

—No tengo preferencia por nada en particular, pero pregúntele a mi esposa por si le apetece algo en concreto.

—Como guste, milord. —La mujer se retiró con una reverencia y fue rauda hasta las cocinas. Allí le esperaba gran parte del personal a la espera de indicaciones.

—¿Qué ha dicho? —soltó la cocinera con impaciencia.

—Que cenarán temprano en el salón azul y que le pregunte a la «señora» qué desea que les sirvan. —Puso los ojos en blanco—. Seguro que nos va a marear con los menús y pondrá la casa patas arriba en dos días. ¡Lo que hay que aguantar!

—Señora Walsh, modere su lenguaje —la reprendió el señor Parsons—. Será mejor que nos vayamos adaptando a las circunstancias, es la dama que ha elegido su señoría.

—¿Dama? —exclamó con voz aguda una sirvienta joven y pelirroja—. Ni el señor Smith, el borracho de mi pueblo, habría querido casarse con una mujer usada como esa a la que ahora vamos a tener que llamar *milady*.

—¡Contenga esa lengua, señorita Delaney o se verá de patitas en la calle! —la amonestó el ama de llaves—. Nos guste o no, ahora es la nueva condesa y tendremos que hacernos a la idea. Aquí somos fieles a los Somerset y nada saldrá de nuestros labios fuera de estos muros.

—Sí, señora Walsh —se retractó la joven—. Pero ¿qué haremos cuando se empiece a notar el embarazo antes de tiempo? Cuando nazca el bebé y nos pregunten, ¿nos veremos obligados a decir que ha sido un niño prematuro? —El resto del personal la secundó.

—Si es necesario, lo haremos. Por el honor de su señoría. No será por nuestra culpa que el buen nombre de esta familia caiga en desgracia. Ahora no se hable más y comencemos con los preparativos. Iré arriba a hablar con ella.

Mientras subía por las escaleras se dio cuenta del craso error que había cometido al demostrar su desagrado ante el servicio. Solo podía rezar para que se adaptaran cuanto antes y no tuvieran problemas. Una vez que estuvo ante la habitación de la señora, suspiró y tocó con los nudillos a la espera de que le dieran paso.

—Adelante. —Se oyó la voz amortiguada de Eleanor. Abrió la puerta y la encontró frente a la cómoda, la doncella la estaba peinando.

—*Milady* —dijo la señora Walsh a regañadientes—, su señoría quiere que le pregunte lo que desea para cenar.

—La señora Frost es una excelente cocinera, cualquiera de sus platos estará bien. —Al ver que el ama de llaves no lograba contener la cara de asombro, añadió—. Si lo prefiere, podrían preparar alguna de las comidas favoritas de su señoría. ¿Conoce usted alguna?

—Desde niño ha tenido predilección por las carnes de caza, pero no estamos en temporada, *milady*. Aunque puede que un rosbif con puré de patatas y un buen vino lo tienten.

—Me parece una excelente idea —le sonrió—. Agradezco sus consejos, señora Walsh. Le conoce mucho mejor que yo. Sin duda su apoyo será esencial para ayudarme a llevar Whitecliffs House. No sabría qué hacer sin usted.

La mujer forzó una sonrisa, hizo una reverencia y se retiró. No daba crédito. ¿Cómo podía ser tan condescendiente y afable? Sin duda era una cazafortunas y una embaucadora. Si no hubiera sido conocedora de sus antecedentes se habría creído su intachable actuación de dama apocada.

—¿A ti también te gusta el rosbif o alguien te lo ha sugerido para agradarme? —preguntó el conde tras haber degustado la cena.

—La señora Walsh es un pozo de sabiduría —le confesó Eleanor—. Sin embargo, tengo la sensación de que es reacia a proporcionármela. Puede que se deba a que posee un fuerte carácter

y todavía he de acostumbrarme.

—Estoy seguro de que las cosas cambiarán pronto, no te preocupes. —Se levantó y bebió muy despacio de su copa, sin apartar la mirada de ella—. Voy a tomar un jerez. Ve subiendo a la habitación, me reuniré contigo enseguida.

—Pero... es temprano. Todavía no estoy cansada.

—Me alegro de que no lo estés, porque no vamos a descansar precisamente.

Cuando terminó la frase, Eleanor se estremeció. Sintió como si todas sus terminaciones nerviosas se activaran y un calor abrumador se apoderara de cada porción de su piel. Intentó tragar saliva y no pudo. De pronto tenía la garganta reseca, como si las palabras de su apuesto marido hubieran entrado en ella hasta alcanzar su alma, abrasando todo a su paso. Suspiró, incapaz de responder. Se puso en pie, asintió y, con las rodillas temblorosas, se retiró.

Capítulo 17

La doncella parloteaba sin parar a su alrededor mientras la ayudaba a desvestirse. Estaba tan nerviosa que lo único que alcanzaba a escuchar eran los latidos de su acelerado corazón. La chimenea ardía como si se tratara del mismísimo infierno y sin embargo se estremecía de frío. Observó con la mirada perdida cómo Mary le cepillaba la melena y después abría la cama.

—Si no desea nada más, iré a avisar a su señoría de que ya está lista —dijo la doncella con una sonrisa.

—¡Espere, Mary! —Reaccionó al ver que se marchaba—. ¡Todavía no estoy preparada! —Se agarró a su brazo.

—¿Qué necesita, *milady*? —La miró extrañada.

—No lo sé. Puede que unos minutos más. Estoy asustada. —Tragó saliva, angustiada.

—No debe temer nada —susurró para tranquilizarla—. Su señoría es un hombre afectuoso y la tratará con delicadeza, se lo aseguro. Le diré que suba cuanto antes, no vaya a ser que le entre el pánico y huya en camión campo a través. —Soltó una risilla.

Se vio obligada a soltarla. Era inútil retrasar lo inevitable. No entendía cómo podía ser tan cobarde. Ansió volver a tener la mentalidad de dos años atrás, cuando parecía tan dispuesta a descubrir los secretos del amor y sus entresijos. Si se paraba a reflexionar sobre ello, sus ansias de saber fueron las causantes de que en ese momento se viera casada con lord Lensy. Era una paradoja sin sentido. La puerta se abrió y apareció su marido, sacándola de sus desatinados razonamientos. Llevaba una bata de seda negra y, por lo visto, nada más. Eleanor retrocedió un paso.

—¿Sabes jugar a las cartas? —le dijo con voz insinuante.

—¿Qué? —Eleanor meneó la cabeza con incredulidad, sin duda los nervios le estaban jugando una mala pasada y no había comprendido bien lo que le decía.

—Si conoces algún juego de naipes. —Sacó del bolsillo una baraja y se la mostró.

Eleanor lo observó como si se hubiera vuelto loco, pero pronto comprendió que lo único que deseaba hacer era distraerla. Con seguridad, Mary le habría puesto en antecedentes del estado en el que se encontraba.

—Sé que sus intenciones son buenas, pero no creo que sea capaz de comprender las reglas. —Le sostuvo la mirada, aunque no logró contener los temblores—. Si lo que desea es abstraerme de la realidad, la mejor solución posible es que me bese de una santa vez y haga que me olvide de todo.

Lord Lensy arqueó la ceja izquierda y la acompañó con una sonrisa ladina. Dejó las cartas sobre la mesilla y la tomó de la mano. Se llevó los dedos a los labios y los besó uno a uno.

—¿Quieres que te confiese algo? —le dijo con voz enronquecida. Eleanor asintió—. Yo también estoy nervioso. Mi deseo por ti es tan grande que temo no saber controlarme. Has ocupado mis pensamientos día y noche las últimas semanas. Por ese motivo he estado un tanto esquivo contigo. Me resultaba insoportable tenerte cerca y no poder tomarte. Ahora, por fin ha llegado el momento. Eres un sueño hecho realidad. Y para que este maravilloso sueño sea perfecto, solo necesito que pronuncies mi nombre y te entregues voluntariamente. —Rodeó su cintura con los brazos y la pegó a su cuerpo.

—¡Oh, Andrew! —susurró conmovida.

Eleanor se puso de puntillas y apoyó la cara en su mejilla. Disfrutaron unos instantes de esa tan esperada abnegación y luego se besaron en un arrebató apasionado. Ya se lo había hecho antes, pero cuando deslizó la lengua en su boca se sorprendió de nuevo. Andrew estaba siendo cada vez más exigente y ella se veía arrastrada a las profundidades del inmenso océano de sensaciones que le ofrecía. La bata se le abrió y comenzó a deslizarse sus manos por el torso masculino. Era como si hubieran cobrado vida propia. Ansiaba poder tocar esa piel que desprendía ese delicioso olor a jabón de afeitar y sándalo. Sin mencionar el atrayente y apetecible calor que desprendía. La estaba volviendo loca de deseo y acababan de empezar.

Con premeditada lentitud, Andrew se fue deslizando por el delicado cuello de su amada hasta alcanzar sus pechos, donde apresó con los dientes uno de los pezones a través de la fina tela que los cubría. A Eleanor se le doblaron las rodillas. La tomó en brazos antes de que se cayera y la llevó a la cama. La puso con la cabeza sobre las almohadas y se tumbó a su lado. Agarró el bajo del camisón y se lo quitó antes de que pudiera poner una objeción. Se le nubló la visión al contemplarla desnuda. Su exquisita mujer era perfecta. Cada contorno, cada recoveco, parecía haber sido cincelado por un experto artista. Le recorrió la nivea piel con la punta de los dedos; los muslos, la cadera, su firme abdomen y se deleitó con sus voluptuosos pechos. Se dejó seducir por sus curvas y comenzó a lamer los apetecibles montículos que ella le ofrecía con cierto recato. Sus puntas se endurecieron con sus atenciones y logró arrancarle los primeros gemidos. A él le sonaron a música celestial. Le abrió las piernas con la rodilla y la cubrió con su cuerpo. Se sentía como un chiquillo en su primera vez, incapaz de esperar un segundo más.

Eleanor estaba tan inmersa en las capas y capas de felicidad y placer que la envolvían, que no fue consciente de que Andrew había comenzado a penetrarla hasta que un dolor punzante la atravesó. Toda la euforia desapareció de un plumazo e intentó escapar de lo que la dañaba. No logró moverse de donde se encontraba, él pesaba demasiado y la tenía bien sujeta. Soltó un grito y se le escaparon unas lágrimas.

—Ssshhh, tranquila —le susurró con dulzura al oído—. Lo peor ya ha pasado. —Besó cada gota que caía por sus mejillas mientras se mantenía quieto. Debía dejar que se adaptara a él, no era precisamente un hombre pequeño.

Eleanor le clavó los dientes en el hombro, estaba enfadada. Se sintió engañada. La lastimaba y quería que parara. Había dejado de gustarle lo que le hacía.

—Eleanor, mírame. —Le tomó el rostro entre las manos y se vio obligada a hacerlo—. Te prometo que volverá a ser agradable. De una manera o de otra lo conseguiré —le aseguró con vehemencia.

Hizo un puchero y asintió. Si algo había aprendido de Andrew Somerset es que era un hombre de palabra. Tomó aire y lo soltó muy despacio. A medida que vaciaba los pulmones iban disminuyendo las molestias. Comenzó a centrarse de nuevo en su marido. Se fijó en que tenía el ceño fruncido y que la observaba como si fuera un objeto delicado a punto de romperse. Percibió su miedo y preocupación por ella. Turbada por lo que experimentaba, decidió demostrarle que no debía temer por su persona. Le acarició la mejilla y luego le pasó la mano por la nuca. Enredó los dedos en su cabello y lo atrajo hasta sus labios. Eran suaves, húmedos y temblaban ligeramente. Parecía como si ya no tuviera fuerzas para seguir conteniéndose. Le rozó con la punta de la lengua y él dio una sacudida y le devolvió el beso. Exploró y degustó la cavidad de su boca. Inhalaron juntos los suspiros del otro. Cuando se quiso dar cuenta, Andrew entraba y salía de ella con facilidad. Una agradable calidez fue aumentando a medida que se incrementaban las acometidas. Le cosquilleaba la piel y le asaltó el deseo de acompañar sus movimientos. No sabía

muy bien qué hacía, y se dejó llevar. Un impulso irrefrenable se apoderó de todos sus sentidos. Una necesidad acuciante por hallar consuelo la obligó a agitarse hasta que alcanzó la cúspide del placer cuando Andrew succionó una de las puntas de sus pechos. Gimió complacida y arqueó la espalda hasta que sintió como si su alma estallara en mil pedazos. Con la respiración entrecortada, se dejó caer en los almohadones. Instantes después, él se derrumbó sobre su cuerpo.

El corazón todavía les martilleaba con fuerza en el pecho, pero poco a poco la calma ganó terreno y acompañaron los latidos. Para no aplastarla bajo su peso, Andrew rodó y se colocó a un lado. Cautivado por su esposa, la observó en silencio. Eleanor permanecía boca arriba con los ojos cerrados. De pronto los abrió, se incorporó y comenzó a sollozar.

—Cariño, ¿qué te ocurre? —Se puso de rodillas y la rodeó con los brazos—. ¿Tanto daño te he hecho? Te prometo que no me he dado cuenta...

—No es por eso. —Lo miró a los ojos y le sonrió—. Me sentía tan abrumada por este momento pensando que podría ser traumático, que me he conmovido al comprobar que tenías razón. Es un acto sencillo y mundano, que no tiene nada que ver con las cosas horribles que me contaron. La tensión que llevaba acumulada durante todos estos días ha desaparecido de inmediato —suspiró—. ¿Es malo que piense que es agradable? ¿Debo estar avergonzada por ser tan desinhibida?

—¡Jamás! —La besó con dulzura—. No dejes que nadie te haga creer que es inadecuado. Me hace muy feliz saber que has disfrutado conmigo. —Sonrió complacido—. Igual que nunca sospeché que no fueras una jovencita pura y virtuosa, tampoco puse en duda que conseguirías gozar cuando hiciéramos el amor. Adoro tu carácter impulsivo y soñador, no dejes que nadie te arrebatase la esencia de tu personalidad ni te haga creer que debes cambiar.

—¡Oh, Andrew! —le susurró y se refugió en la curvatura de su cuello—. No sabes cuánto me consuelan tus palabras. Pensaba que, al igual que tu tía Dorothea, deseabas que me convirtiera en alguien que no soy. ¿Cómo voy a ser una buena condesa? O peor aún, ¿cómo voy a lograr ser la próxima duquesa de Beaufort?

—Supongo que con esfuerzo y mi apoyo incondicional. —Le besó la punta de la nariz enrojecida por el llanto—. Lo conseguirás, confío en ti.

—¿No te arrepientes de haberte casado conmigo?

—Te voy a demostrar lo mucho que me complace haberte elegido como esposa. —La tomó por el mentón y se apoderó de sus labios.

La colmó de caricias y dulces promesas. La pasión los embargó de nuevo y volvieron a hacer el amor hasta que, ya siendo bien tarde, se quedaron dormidos entrelazados.

La luz de un nuevo día despertó a Eleanor. Rodó sobre sí misma y descubrió que estaba dolorida en ciertas partes de su anatomía femenina. Se sonrojó al recordar lo acontecido la pasada noche y buscó a Andrew. No estaba en la habitación. Las cortinas estaban corridas y una humeante taza de chocolate descansaba en su mesilla. Se la llevó a los labios y aspiró el agradable olor. Antes de que pudiera acabarlo, la interrumpieron unos golpes en la puerta.

—Adelante —dijo al entrometido que venía a fastidiar su precioso y dulce amanecer.

—Buenos días, *milady* —dijo Mary al entrar. La acompañaba la señora Walsh, y eso la extrañó.

—Su señoría me ha pedido que la asistiera. Considera que puede que necesite mis consejos de... mujer. —El ama de llaves parecía incómoda.

—¿Cómo en qué? —Eleanor se encogió de hombros incapaz de entender para qué podría necesitarla.

Al ver que la señora Walsh apretaba los labios, decidió levantarse. Se puso las zapatillas y,

al dar unos pasos, notó un dolorcillo en la entrepierna. Intentó disimularlo y se giró con una sonrisa. Se encontró con que las dos mujeres no le prestaban atención, tenían la mirada fija en la enorme cama, en concreto en el centro. Las blancas sábanas estaban salpicadas por unas gotas de sangre. Eleanor se apresuró a taparlo con la colcha.

—¿*Milady*? —Le tembló la voz a la señora Walsh— ¿No está encinta?

—Todavía no. —Le ardieron las mejillas y bajó la vista—. Bueno... no sé si ahora... —titubeó—. ¿Cómo puedo saber si lo estoy? A lo mejor es por eso por lo que la ha enviado su señoría.

—Eso de momento no se puede saber, *milady*. Aunque creo que ya sé el motivo por el que me ha mandado. —Sonrió y volvió a destapar la cama, dejando al descubierto la prueba de su pureza—. Si está muy dolorida puedo hacer que le preparen un específico. —La actitud de la señora Walsh había cambiado por completo.

—Creo que no será necesario —le aseguró con las mejillas arboladas.

Mary había permanecido callada y había actuado tal como le había pedido el conde, guardando el secreto. Ahora el servicio sería conocedor de la honradez de su señora. Nadie pondría en duda su autoridad y sería querida y respetada por todos. Aunque en ese preciso instante Eleanor no lo iba a entender. Tendría que pasar un tiempo hasta que comprendiera la relevancia de haber conservado su virginidad hasta el debido momento. En cuanto hubo terminado de arreglar a la ya reconocida como la nueva condesa, corrió a reunirse con lord Lensy.

—¡Andrew, ya está! Todo ha salido a la perfección —le comunicó la doncella nada más cerrar la puerta de la biblioteca.

—¡Por el amor de Dios, Mary! Te lo he dicho cientos de veces, no me llames por mi nombre, podría escucharte alguien. —Tiró del picaporte y revisó que no hubiera nadie en el pasillo.

—No me han seguido, ya lo he comprobado. Pensaba que te alegraría de la buena nueva y resulta que lo único que haces es regañarme.

—Si te descubre mi esposa o alguien del servicio tratándome con esa familiaridad, tendremos problemas. Es muy inapropiado y peligroso —la increpó. Después, más calmado, se aclaró la garganta—. Te agradezco tu colaboración. Temía que Eleanor retirara las sábanas y las arrojara al fuego, hubiera echado por tierra mis planes de limpiar su nombre.

—No te inquietes, todo ha salido bien. —Sonrió con picardía—. Tendrías que haber visto la cara de la señora Walsh cuando Eleanor se ha levantado. Parecía como si se le fueran a salir los ojos de las cuencas.

—Deja de reír y ve a asegurarte de que el rumor se extiende y no lo tergiversan. ¡Venga! —la instó. Salieron juntos de la biblioteca—. Mary... —La doncella lo miró a los ojos—. Gracias —susurró con cariño.

—De nada, Andrew —le dio un apretón en la mano y se fue hacia las cocinas a continuar con la labor encomendada.

Eleanor estaba sonriente, hacía tiempo que no se sentía tan dichosa. Deseosa por reunirse con su marido se apresuró a bajar las escaleras, pero frenó sus pasos al escuchar su voz. Se asomó por la balaustrada y lo encontró junto a su criada. No le gustó nada la llaneza con la que la miraba. Lo peor vino después, cuando la empleada pronunció su nombre y lo agarró de la mano. Por un momento Eleanor pensó que el mundo se había detenido, aunque pronto comprendió que se trababa de su corazón. Tomó una gran bocanada de aire y se llevó la mano al pecho, le dolía. No podía ser cierto. Mary era hermosa y joven, pero formaba parte del servicio y su propio

esposo la había asignado como su doncella personal. No podía asumir que fueran amantes, sería muy cruel que le hiciera una cosa semejante.

Capítulo 18

Eleanor consiguió llegar al salón, no tenía fuerzas para enfrentarse a su marido. Lo encontró tomando café, distraído con el periódico, ajeno a su llegada y su malestar. No estaba el mayordomo, se encontraban solos. Se vio obligada a poner un pie delante del otro y acercarse a la mesa. Reparó en ella cuando ya estaba retirando la silla para sentarse.

Sorprendido por el sigilo con el que había aparecido su esposa, no le dio tiempo a ayudarla y la miró con preocupación. Su enérgica compañera se comportaba siempre con brío, sin embargo, esa mañana parecía carente de ánimo.

—Buenos días, querida —dijo en tono amistoso para tantear su humor.

—Buenos días —respondió sin mirarle siquiera.

Lord Lensy dejó de inmediato la taza y el diario y la observó con detenimiento. Puede que hubiera pasado algo por alto y quería averiguar de qué se trataba. No halló nada salvo unas leves ojeras de color violáceo y cierta palidez, que él achacó al haber trasnochado en su compañía.

—¿Te encuentras bien? —acabó por preguntarle.

—Sí —susurró cabizbaja.

—A mi juicio, yo diría que no es cierto. Eres una mujer que mira directamente a los ojos cuando alguien le habla y hoy ni siquiera levantas la cabeza. ¿Qué ocurre? —La tomó por la barbilla y la obligó a enfrentarse a su mirada. Su nívea piel se sonrojó al instante y los ojos se le humedecieron.

—Antes... os he visto con Mary. Os ha hecho una caricia y tratado por vuestro nombre. —Se armó de valor y le explicó el porqué de su inquietud.

Andrew murmuró una maldición y respiró profundamente. Necesitaba calmarse antes de contestar algo inapropiado. No sabía qué le resultaba más molesto, que hubiera descubierto su peculiar relación con la sirvienta o que continuara sin tutearlo.

—Anoche no tuviste ningún problema en pronunciar mi nombre, ¿por qué ahora ya no? —Al final no logró contenerse y se dejó arrastrar por el malestar que le producía su forma de tratarlo—. ¿Quieres que te recuerde las cosas que me susurrabas al oído mientras hacíamos el amor?

—No creo que sea necesario —dijo avergonzada, y miró de soslayo hacia la puerta por si aparecía alguien—. Está eludiendo la cuestión a propósito, ¿tiene un romance con la señorita Phillips?

—No pienso responderte —replicó con terquedad—. Cuando me trates como debes te daré las explicaciones pertinentes, mientras tanto, te impondré el castigo que habíamos acordado. —La agarró con firmeza por la nuca y la besó con rudeza. Eleanor no pudo rechazarlo y terminó por ceder a sus expertos labios—. De hecho —Se separó jadeante—, voy a ampliar la pena impuesta. Ahora que ya estamos casados, te tomaré a la tercera vez que insistas en no corregir tu conducta hacia mí. Me importará un comino que sea de día o de noche, ¡como si estamos en una fiesta o cenando en casa de unos amigos! —La observó desafiante, a la espera de ver si se atrevía a continuar por ese camino.

Eleanor encajó la mandíbula con fuerza. Si hablaba la arrastraría hasta la cama de nuevo y lo que necesitaba en ese instante eran respuestas. Aunque, como a obstinada no le ganaba nadie,

no iba a ceder ante su advertencia.

—¿Ahora te has quedado sin palabras? —la retó.

—Ya no tengo apetito, me retiraré a mi habitación. —Intentó levantarse y él se lo impidió.

—Estamos en mitad de una conversación. Además, en estos momentos estarán limpiando nuestra habitación.

—¿Qué quiere...? —interrumpió la frase y la reformuló para que no la sancionara—. ¿Qué es eso de «nuestra»? ¿Es que acaso no dispongo de mi propio cuarto?

—No. —Sonrió con maldad a la espera de su reacción.

—¿Vamos a dormir juntos?

—Siempre.

—No creo que sea adecuado. Seguro que a su madre no le parecerá bien.

Antes de que acabara la frase ya se había apoderado de sus labios. Eleanor tomó una gran bocanada de aire en cuanto dejó de besarla.

—¿Tanto te importuna compartir el lecho con tu marido? —continuó con el tema sin ceder un ápice.

—No he dicho tal cosa —resolló a unos centímetros de su boca y con la mirada fija en sus profundos ojos azules—. Solo pienso en lo inusual que les va a resultar a todos. Somos un matrimonio respetable, ¿no? —A Andrew se le escapó una risilla.

—Cierto. Y con todos mis respetos, te quiero en mi cama cada noche.

—¿Incluso cuando esté enferma? ¿O estemos enfadados? —soltó con ironía—. Porque mi disgusto continuará presente mientras no obtenga las repuestas que ando buscando.

—Vuelve a preguntármelo y según cómo lo hagas conseguirás lo que desees.

Eleanor lo miró con los ojos como dos rendijas. Sabía qué estaba tramando. Esperaba que errara de nuevo para llevarla a la habitación, y no iba a darle el gusto.

—De acuerdo, Andrew —dijo con retintín—. ¿Es tu amante la señorita Phillips?

—No ha sido tan difícil, ¿verdad? —respondió con calma. Sonrió con una leve nota de decepción al ver que no iban a continuar con el juego—. No, somos amigos desde la infancia. Sus padres trabajaban para mi familia y nos criamos juntos. Con el paso del tiempo hemos conservado cierta camaradería entre nosotros. Es un miembro más del servicio, pero yo siempre le tendré estima, al igual que ella a mí. Si se te ha pasado por la cabeza el pensar en si ha habido algún encuentro amoroso entre nosotros, la respuesta es rotundamente no. Nuestro afecto es fraternal.

—Oh... Nunca lo hubiera imaginado. Mary me había dicho que os conocías desde la infancia, pero no imaginaba esto. —Lo miró con gran atención, como si quisiera desentrañar el gran enigma que escondía—. Eres un hombre tan poco accesible... Rezumas orgullo y te paseas por el mundo con tal seguridad y soberbia, que jamás pensaría que entablabas amistad con alguno de tus asalariados.

—¿Esa es la imagen que tienes de mí? —Se retiró hacia atrás con el ceño fruncido, como si lo hubiera abofeteado.

—No, es la apariencia que ofreces. Sin embargo, estoy descubriendo día tras día que todo es figurado y que en tu interior guardas a un hombre distinto.

—No sé cómo tomarme tu comentario. ¿Me insultas o me halagas? —Se frotó la barbilla, pensativo.

—Solo es mi opinión, y se inclina más por admirar a tu persona que por agraviarte. —Los labios se le curvaron con diversión cuando vio cómo su marido arqueaba su aristocrática ceja izquierda—. Estoy empezando a sentir cierto cariño por ese gesto tan petulante.

—En resumen, soy un orgulloso, soberbio y, ahora también, petulante —dijo con tono irónico.

—¡Eso es! —afirmó entre risas.

—¿Y qué sugieres que haga para enmendarme? —La sujetó por el rostro con ambas manos y pegó su nariz a la de ella.

A Eleanor le empezó a dar vueltas la cabeza debido a su cercanía y se le quedó atascada la respuesta en la garganta. Le hubiera encantado decirle que le proponía que la amara, pero contuvo sus pensamientos por miedo a no ser aceptada de buen grado. Terminó por encogerse de hombros para indicarle que no tenía solución. Él se lo tomó con humor y soltó una carcajada. Le dio un jugoso y tierno beso antes de separarse.

—He de reunirme con el administrador y revisar la correspondencia, solo me robaré unos minutos. Cuando termine, ¿te gustaría que fuéramos a dar un paseo? —le sugirió muy jovial.

—Nada me haría más feliz.

Andrew asintió, besó su mejilla y se fue con la promesa de regresar en breve a su vera.

No podía creerse la inmensa fortuna de la que gozaba. Se había casado con todo un caballero que la respetaba y le era fiel. Era mucho más de lo que hubiera podido esperar después de que se viera forzado a casarse para salvaguardarla. Solo esperaba que ella le bastara y que, con el paso del tiempo, no se vieran mermados sus buenos designios.

Una hora más tarde ya se encontraban caminando por los terrenos adyacentes a Whitecliffs House. Andrew aprovechó para comunicarle que entre las múltiples misivas que habían recibido, se encontraban varias invitaciones a distintas fiestas. Una en concreto era para esa misma noche. Se trataba de un baile público en Dover. Como Eleanor nunca tuvo ocasión de asistir a uno en el campo, decidieron que acudirían con la promesa de no retirarse tarde. Lord Lensy no iba a tolerar perderse el disfrute de su reciente y placentero lecho marital.

De camino a Dover, dentro del carruaje, Eleanor se recolocaba una y otra vez los guantes como si no le encajaran, aunque se ajustaban a la perfección. Se sentía nerviosa y esa acción la mantenía ocupada y eludía el motivo de su inquietud. Sin duda le preocupaba la aceptación de los lugareños. Su residencia se hallaba en esas tierras y era de vital importancia que la reconocieran con agrado como la nueva condesa. Le aterraba la idea de que su familia todavía no se hubiera trasladado a Londres y que pudieran estar presentes. Y lo que más la angustiaba era que llegaran a hacer correr rumores sobre sus errores del pasado y que pusieran en duda su reputación.

—Pareces inquieta —dijo el conde cuando estaban a punto de entrar al edificio.

—Un poco. —Le ofreció una sonrisa trémula—. Todavía no asimilo que debo ser presentada como lady Lensy.

—Es normal, es muy reciente. Pronto lo verás como algo natural.

Un mozo les abrió las puertas y la música y el bullicio inundaron sus oídos. Aunque pronto el silencio se adueñó del local cuando repararon en su presencia. El alcalde vino a recibirlos y los lugareños se inclinaron a su paso. Eleanor rezaba por que dejaran de prestarle atención y continuaran con la fiesta para pasar desapercibida. Por suerte, los músicos comenzaron una nueva pieza y el alboroto reinó en el salón. Poco a poco se fue relajando. Cuando ya se hallaba tranquila, observando a los múltiples jóvenes que danzaban y reían, un movimiento a su izquierda llamó su atención. Por el rabillo del ojo le pareció ver a Cassandra. El corazón le dio un vuelco y la buscó entre el gentío. No la encontró. Lo achacó a sus traicioneros nervios y no le dio mayor importancia. Con seguridad, su familia debía encontrarse en Londres para poder dar con un buen partido para su hermanastra.

Entre las diversas presentaciones que le hicieron a lo largo de la velada, le llamó la atención una en concreto. Se trataba de un joven capitán francés, Henri Louis Brienne. Para su gran sorpresa, le unía a su marido una larga trayectoria de correrías y camaradería. Le extrañaba que tuviera una amistad tan estrecha con alguien del país galo, que hasta hacía bien poco había sido enemigo de Inglaterra. Pertenecía a la armada y a Eleanor le alteraba la idea de que pudiera ser un infiltrado con asuntos turbios. Tenía un aspecto muy sospechoso, una cicatriz cruzaba su mejilla derecha y miraba de un modo siniestro. Al menos esa fue la impresión que le causó. Su marcado acento le dificultaba comprender la conversación que mantenía con Andrew, pero creyó entender que hablaban de asuntos de estado. Eso la alarmó más todavía. No obstante, cuando le solicitó un baile se vio obligada a aceptar.

—Es una mujer afortunada —le dijo mientras bailaban—. Lord Lensy es un caballero excepcional. No he conocido un hombre tan leal en toda mi vida.

—Sí, supongo que tiene razón. Usted le conoce mucho mejor que yo —respondió de forma esquiva.

—Disculpe, lady Lensy, ¿no soy de su agrado? He podido comprobar que me observa de un modo inquisitivo. ¿Acaso es por mi país de origen?

—Por supuesto que no. —Bajó la vista, avergonzada.

—No sería la primera vez que me juzgan por ello, *madame*. —Suspiró y meneó la cabeza—. Ahora estamos en tiempos de paz, atrás quedaron las guerras y los conflictos. Napoleón fue vencido en Waterloo, lo obligaron a abdicar y sus compatriotas lo desterraron a la isla de Elba, donde probablemente pasará el resto de sus días. ¿O acaso cree que voy a conspirar contra los ingleses en un intento de liberar de su prisión a mi amado emperador? —Soltó una carcajada al ver la cara de espanto de Eleanor—. Por favor, no se asuste. Mis ideas políticas distan bastante de esos ridículos proyectos. Mi familia es monárquica y, por lo tanto, eso sería lo último que haría.

—Me alegra saberlo. —Incómoda con la charla buscó un tema más trivial—. ¿Está usted casado, capitán? —El hombre sonrió al comprender que no deseaba continuar con esa conversación, y la complació.

—No, he pasado demasiado tiempo en el mar y no he tenido tiempo de formar una familia. Pero ahora voy a retirarme y procuraré encontrar una buena esposa.

—¿Inglesa, tal vez?

—¿Por qué no? ¿Tiene a alguna conocida en mente? —Al ver que ella negaba con rotundidad, rio de nuevo—. Tendré que seguir entonces con mi búsqueda.

Le encantaba bailar, pero nunca se había sentido más feliz de que se acabara una pieza. Se despidió del caballero con una reverencia y corrió a reunirse con lord Lensy. En otras circunstancias sus comentarios le habrían parecido graciosos, aunque no fue ese el caso. No le agradaba y no entendía el porqué.

De regreso a Whitecliffs House, Eleanor decidió compartir con el conde sus inquietudes.

—Andrew, ¿confías en el capitán Brienne?

—Sí. —La miró con el ceño fruncido al no comprender qué propósito tenía su pregunta—. ¿Acaso te asusta su aspecto? Sus cicatrices son debidas a las batallas que ha librado.

—No me considero tan superficial como para que unas marcas en la cara me afecten. —Hizo un mohín—. Es que es... tan francés.

—¿Qué quieres decir con eso? —se rio.

—¿Estás seguro de que no busca tu amistad por algún motivo deshonesto?

—¿Qué? —exclamó, perplejo—. ¿De qué demonios estás hablando? Louis es un hombre

íntegro y honesto.

—¿No cabe la posibilidad de que sea un espía y que te esté engañando?

La sonrisa del conde desapareció de un plumazo y se le transformó el rostro.

—Nunca vuelvas a decir eso en voz alta y mucho menos delante de otras personas, ¡prométemelo! —le exigió con enfado.

—Te lo juro si eso te hace sentir mejor, pero a mí me parece que oculta algo y temía que te ocasionara algún contratiempo, nada más.

—No, Eleanor, no me va a causar problemas. Tú sí que podrías importunarlo si tus afirmaciones llegaran a oídos equivocados. Te pido absoluta discreción con este tema y que no vuelvas a mentarlo.

—Un momento... —reflexionó sobre lo que le acababa de explicar—. Es al contrario. ¡Es un agente al servicio de Inglaterra!

—¡Por el amor de Dios, mujer! —Le tapó la boca con su propia mano—. Deja de decir sandeces. ¿Eres consciente de que podrían acusarlo injustamente por tus ridículos comentarios sin fundamento? Ya bastantes disgustos ha tenido en la vida para que lo metas en más. No inventes ni chismorreos al respecto, ¿de acuerdo?

Cuando Andrew vio que comenzaba a balbucir protestas tras sus dedos, se dio por vencido y soltó una carcajada. Para hacerla callar, la agarró por la nuca y la besó con fuerza. Al sentir la suave y tierna carne de sus labios, a Eleanor empezó a darle vueltas la cabeza y se olvidó de todo aquello que le intrigaba sobre el capitán Brienne.

—No quiero seguir con esta conversación —murmuró el conde sobre su boca—. De hecho, no deseo hablar en absoluto. Lo que de verdad me apetece es hacerte el amor. —Se puso de rodillas delante de ella, levantó sus faldas y la agarró por las nalgas, acoplándola a él.

A Eleanor le dio un vuelco el corazón al ver la postura tan indecorosa en la que se encontraba. Era muy tarde, la oscuridad los rodeaba —salvo por el farol del carruaje— y no se escuchaba a un alma por el camino, pero cabía la posibilidad de que alguien pudiera verlos a través de las cortinas. Los ardientes besos de su marido fueron bajando por su garganta hasta toparse con los apretados montículos de sus pechos. Paseó la lengua por ellos y luego la metió por el borde del corsé hasta rozar sus rosadas puntas. Jadeó con el contacto y se dejó llevar por la cálida bruma de sensaciones que la envolvía. Ya no veía ni oía nada que no fuera a Andrew. Con sus tórridas manos le recorrió los muslos, apartó su ropa interior hasta llevarlas a su carne más sensible. Eleanor soltó un grito sofocado con el roce de sus dedos. Activó todas sus terminaciones nerviosas y dio un respingo.

—¿Qué haces? —le preguntó sudorosa y con el pulso acelerado.

—Acariciarte. ¿No te gusta? —Continuó tocándola.

—No lo sé —jadeó de placer.

Andrew sonrió por su respuesta y decidió que debía esperar hasta encontrarse al resguardo de los muros de Whitecliffs House para consumir el acto. Su casi virginal esposa todavía no tenía la experiencia ni la picardía suficiente para ser abordada en el carruaje durante un trayecto tan corto. Al menos su arrebató le había servido para apartarla de las imprudentes reflexiones sobre el capitán Brienne.

Capítulo 19

Los días sucesivos transcurrieron con serenidad entre la pareja. Los encuentros amorosos y la complicidad fueron en aumento. El personal de servicio estaba encantado con la nueva y virtuosa condesa. El reciente matrimonio de Eleanor parecía ir bien encaminado. Sin duda la vida le sonreía. Muy pocas mujeres de su clase social podían gozar de una unión tan bien avenida. Sin embargo, no estaba conforme. No lograba quitarse de la mente la idea de que era una usurpadora y aprovechada al haber aceptado ese compromiso. Su marido había demostrado que la deseaba, ahora ya comprendía esos sentimientos, no le cabía duda, pero no la amaba. Por mucho que lo intentaba, no lograba apartar esa dura realidad de sus pensamientos. Una abrumadora sensación de fracaso se adueñó de ella. Poseedora de tanta fortuna, no tenía lo que realmente deseaba, el amor de Andrew.

—¿Se encuentra mal, *milady*? —le preguntó la doncella mientras le cepillaba la abundante cabellera dorada—. Parece triste.

—Gracias por preocuparte por mí, Mary, estoy bien.

Sin duda no podría explicarle a nadie sus inquietudes y mucho menos a ella. La señorita Phillips y su marido tenían una estrecha relación de amistad y no podía confiar en que le guardara el secreto. No osaría contárselo ni a su querida compañera de escuela, Emily. Estaba segura de que la tacharía de trastornada y diría que solo pensaba disparates. Además, no se atrevía a enviarle una misiva por miedo a que le preguntara sobre el acto sexual. Ahora que ya sabía lo que sucedía, no tenía valor para reproducir en palabras las cosas que le hacía su marido en el lecho. Tendría que resignarse y esperar para poder encontrar a la persona idónea a la que poder confiarle sus reservados pensamientos.

Después de haber transcurrido dos semanas en Whitecliffs House, debían volver a Londres. Allí sería como empezar de cero. Tendría que adaptarse a convivir con la madre de Andrew y la vida en esa ciudad que tan poco le agradaba. El conde, como miembro de la Cámara de los Lores, debía asistir a las reuniones del parlamento y, aunque no le gustara la idea, no le quedaba más remedio que aceptarlo. Ella no tenía ni voz ni voto, pero no le cabía duda de que, si se lo tomaba con serenidad, se habituaria. Lo que no tenía nada claro era cómo iba a lograr amoldarse a realizar las típicas prácticas femeninas que se esperaban de una dama de su categoría. Consideraba que, en su mayoría, eran una autentica pérdida de tiempo. Eleanor deseaba ocupar esas horas en el estudio y la lectura. Convencería a su marido para que le otorgara esa satisfacción durante los momentos en que él se ausentara por sus compromisos. Le prometieron que tras la boda tendría ciertas libertades y no quería renunciar a ellas.

Ya no faltaba mucho para llegar a la ciudad. Ambos se habían quedado dormidos con el traqueteo del camino. Eleanor se espabiló y lo primero con lo que se topó fue el rostro de Andrew. Las pocas veces que ella se despertaba primero, le encantaba observarlo. Lo hacía solo en ese momento porque le avergonzaba que él la viera absorta contemplando su figura. No podía permitirse el lujo de que se percatara de su enamoramiento. Memorizaba cada línea, cada curva, como si trazara un lienzo de su imagen en la mente. Si hubiera sido tan hábil con el dibujo como su amiga Emily, habría podido realizar un retrato sin tenerlo presente. Tras suspirar por tercera vez, los párpados del conde se abrieron y se encontraron con su mirada.

—¿Parece que ya estamos llegando? —fue lo primero que dijo Andrew después de dar una ojeada al exterior.

—Sí, ya se puede apreciar ese olor nauseabundo que envuelve la urbe. —Él le obsequió con una radiante sonrisa.

—Veo que sigues apreciando Londres tanto como antes de nuestra boda. —Contuvo las ganas de echarse a reír.

—No seas irónico —le regañó, aunque la comisura de sus labios se curvó con diversión—. No entiendo qué es lo que tiene de grandioso que a todos les fascina.

—Es muy simple, que la élite de la sociedad inglesa se reúne en este punto. Si a los aristócratas de este país les hubiera dado por hacerlo en otro lugar, sería esa ciudad la que te desagradaría con su exceso de humanidad, industria y pestilencia. Pero mientras se hallen aquí la corte y el parlamento, dudo mucho que se trasladen. —Soltó una carcajada—. Creo que eres la única mujer que conozco que no adora Londres.

—Puede que no sea tan superficial como el resto. —Se encogió de hombros.

—Sin duda eres única. —Le acarició la mejilla y la besó en los labios.

Una sacudida de calor le recorrió el cuerpo con ese simple roce. Cerró los ojos y jadeó. Cuando los abrió se encontró con la mirada hambrienta de Andrew. Estaba empezando a entender que según qué gestos y actos hacía, parecían afrodisiacos para su marido.

—¿Aquí también dormiremos juntos? —le susurró con la cara sofocada.

—Por supuesto. No pienso consentir otra opción. —Le acunó el rostro entre sus fuertes manos masculinas, le paseó uno de los pulgares por el labio inferior y la besó con devoción.

El bullicio de las calles los sacó del arrebatado de pasión en que se encontraban inmersos. De mala gana, Andrew no tuvo más remedio que apartarse.

—Cuando estemos instalados en casa, continuaremos donde lo hemos dejado —le aseguró. Eleanor tragó saliva y asintió con las mejillas arrojadas por el deseo.

Todas esas ambiciosas intenciones con las que su marido le llenó la mente se desvanecieron de inmediato en cuanto cruzaron la entrada de la mansión. Los esperaba la duquesa y la madre de Andrew. Eleanor se angustió en cuanto vio a esa vieja gárgola. Se la figuraba planificando su vida, escribiendo una larga lista de actos a los que acudir y tareas que realizar. También le temblaban las rodillas con tan solo imaginar a alguien del servicio diciéndole que dormía en la misma cama que su sobrino. Seguro que la tacharía de indecente y libertina, cuando ella se limitaba a hacer lo que le mandaban.

—Supongo que ahora, por culpa de esta boda precipitada, os quedaréis sin poder ir de luna miel —los regañó la duquesa nada más saludarse—. Para colmo, seguro que será una de esas mozas fértiles que viven en los bajos fondos. Estoy segura de que ya estará encinta.

Eleanor abrió la boca por la sorpresa, miró hacia Andrew y agachó la cabeza. Se sentía tan azorada que no lograba articular palabra. Aunque no le hizo falta.

—Tía Dorothea, le ruego que no vuelva a dirigirse a mi esposa de ese modo —salió en su defensa lord Lensy—. Tenemos posibles y toda una vida por delante para viajar a donde nos plazca. Y si mi semilla ya hubiera germinado en su vientre, me haría mucho más feliz que esperar durante años como suele ocurrir en muchos matrimonios de la buena sociedad donde apenas se cruzan una mirada en toda una vida.

—¿Cómo te atreves, insolente? —gritó sofocada la duquesa—. Las mujeres decentes no andan por ahí todo el día detrás de sus maridos como si se tratara de vulgares ramera.

—Nadie ha dicho que Eleanor haga eso, todo lo contrario. Soy yo el que la busca y ella me complace cumpliendo con su deber como esposa. Pero claro, a lo mejor no estamos hablando de

nosotros, sino de otros matrimonios concertados donde el susodicho caballero desea estar con cualquier dama menos con la suya.

—¡Esto es inconcebible! —Se puso en pie hecha una furia—. Sin duda no te reconozco. ¡Jamás me habías insultado de este modo!

—Nunca había increpado a mi esposa delante de mis narices. Rompería los votos que prometí ante Dios si no la defendiera de sus injustas acusaciones. No voy a permitir que la juzgue por algo de lo que no tiene culpa.

—¡Yo soy una Somerset desde mucho antes de que apareciera esa chiquilla! —Señaló con desprecio a Eleanor.

—Perdóneme, tía Dorothea, pero es una Somerset desde que contrajo nupcias con mi tío abuelo Edward. Con los mismos derechos y privilegios que ahora ostenta Eleanor.

—Procedo de una familia noble emparentada con la realeza, ¿cómo osas compararme? —La anciana estaba adquiriendo un tono morado bastante insano.

—Te lo ruego, hijo, ¡basta! —intervino la condesa viuda—. Esta discusión no va a acabar bien para nadie. Si Eleanor estuviera ya encinta este disgusto podría hacer que todo acabara en una horrible tragedia. Y no me quiero imaginar cómo podría afectar al delicado corazón de la tía Dorothea. Está visto que ninguno de los dos va a ceder, porque motivos no os faltan a ambos. Así que, os imploro que recapacitéis y os pongáis en el lugar del otro.

—Si me disculpara en este instante, sin duda sería un hipócrita, porque no lo siento —dijo lord Lensy sin tapujos. La duquesa se quedó pasmada por tanta osadía—. No obstante, soy consciente del daño que puedo estar ocasionando y cederé por el bien de todos y en consideración a la avanzada edad de mi tía. Ahora, si nos disculpan, nos retiraremos. Estamos agotados por el viaje y debemos asearnos antes de la cena. —Inclinó la cabeza ante las mujeres, cogió a Eleanor del brazo y salió airado de la estancia sin importarle las réplicas de la anciana.

Tuvo que correr para poder seguir las largas zancadas del conde, pero no le importó. Lo miraba con absoluta admiración. Nunca nadie la había defendido con tanto fervor. Lo encontraba tan atractivo en ese momento, tan masculino y fuerte. Apretaba la mandíbula y tenía la mirada fija, al frente, como si nada pudiera detenerlo. Llegaron hasta el dormitorio y la hizo entrar en él. En cuanto cerró la puerta, Eleanor se lanzó a sus brazos. Él la agarró por las nalgas, se la enroscó en la cintura y se apoyaron en la pared. Se besaron con absoluta desesperación, como si hiciera meses que no se veían. El deseo los consumía como los leños en una chimenea candente. Sin poder esperar un segundo más, Andrew se aflojó los pantalones para liberar su erección. Apartó cuantas telas se interpusieron a su paso y tomó a Eleanor de una sola estocada. Ella gritó de placer al recibirlo. Hasta ese momento siempre se había contenido para no lastimarla. Ahora ya estaba preparada para que se dejara llevar por la pasión y disfrutar ambos del entusiasmo del momento. La embistió con ímpetu una y otra vez hasta que la escuchó susurrar su nombre al llegar al orgasmo. Percibió cómo se deshacía entre sus brazos por el placer. Fascinado con su dulce esposa, se derramó en su interior culminando en un impetuoso éxtasis.

Se dejó resbalar hasta sentarse en el suelo. Aún permanecía en el interior de Eleanor y continuaba sintiendo las palpitaciones de su miembro tras el clímax. Sudoroso y saciado, besó con cariño la garganta de su joven esposa. Toda la tensión que había acumulado se desvaneció al ver lo mucho que lo deseaba. Le parecía tan seductora, entregada, femenina... y era toda suya. Lo daría todo por ella, incluso su vida. El pequeño ratón de biblioteca se estaba adueñando de su alma.

Cuando bajaron a cenar, se sorprendieron de que la duquesa todavía estuviera en la casa. Andrew, más relajado tras el placentero encuentro amoroso, terminó por hacer las paces con su

tía, aunque ninguno de los dos pidió disculpas ni se retractó. El orgullo no se lo permitía. Lo que no entendía Eleanor, era el gran paso que su marido había dado en su favor. Ahora, la anciana mediría más sus palabras antes de agraviarla sin motivo justificado. Era una mujer a la que le encantaba discutir y en su sobrino, sin lugar a duda, tenía un buen contrincante. En el fondo le molestaba que todos los que la rodeaban le dieran la razón como a una vieja loca. La joven pareja se había convertido en su mejor desafío y, a la vez, el más grato de los pasatiempos de su aburrida y estricta vida.

Como bien había imaginado Eleanor, a la mañana siguiente tuvo que comenzar con las tareas de la nueva casa. Llevar una mansión no era nada fácil, y la que se hacía cargo de eso menesteres era la mujer. Debía preocuparse de la administración del hogar, del servicio, los menús, los encargos... Por suerte para ella tenía el apoyo de la madre de Andrew. Se trataba de una gran anfitriona y guiaba sus pasos con diligencia. Si los empleados se habían elegido con tino y ejercían con esmero las labores encomendadas, se podía permitir el relajarse y ser menos rigurosa con ellos para la ejecución de sus tareas. No obstante, siempre había que cumplir a rajatabla con las normas básicas impuestas para que su hogar funcionara con eficiencia.

Su mente joven volaba de la estancia en la que se encontraba y pensaba en todos los divertimientos que se perdía. Envidiaba la suerte de los hombres. Ellos podían salir o hacer lo que les pluguiera a cualquier hora sin dar cuentas a nadie. Su marido se había marchado temprano y ni siquiera sabía cuándo volvería. Si algún día se retrasaba, tampoco ocurriría nada. Si eso mismo lo hacía una mujer, era criticada y castigada por todos, empezando por las de su mismo género. Ella no pedía tanto. Deseaba tener su propio espacio y cierta libertad, pero sin traspasar los muros. En Londres no podía ir a ningún lugar sin compañía y esas salidas consistían en su mayoría en ir a visitar a otras damas. Le resultaba tedioso. Esa misma noche hablaría con su marido y le solicitaría ese lugar para su esparcimiento y un tiempo determinado que nadie pudiera robarle. Con un poco de suerte, accedería.

Ajeno a las preocupaciones de su esposa, Andrew, tras haber permanecido gran parte de la mañana en el parlamento, se dirigía con su amigo Henry por la calle St. James hacia *White's*. La asamblea le había parecido aburrida y apenas participó, cosa extraña en él. Se perdía entre las conversaciones y solo le venían a la mente imágenes de Eleanor. Lo achacaba a haber pasado tantos días en su compañía. Se sentía confuso y deseaba pasar un rato en el club con sus colegas. Un buen trago y una charla masculina le aclararían las ideas.

—¿Desde cuándo no vienes a *White's*? —le preguntó Slater al llegar a sus puertas—. Creo que tienes deudas pendientes en el libro de apuestas.

—Ya sabes que apenas apuesto, dudo que sea cierto.

—Me temo que estás equivocado, compañero. Gracias a ti he ganado una buena suma. —Soltó una carcajada al ver la cara de desconcierto de su amigo—. Recuerda que eras uno de esos caballeros solteros que ahora ya no lo están.

—Si la memoria no me falla, tú habrías errado. Dijiste que lo haría dentro de tres años.

—La cambié. —Sonrió con picardía—. En cuanto te vi con Eleanor comprendí que no faltaba mucho para que te echaran el lazo. Y tú, por supuesto, has perdido.

—Maldito el día que accedí a semejante disparate. —Se rio de sí mismo.

—Nadie desconfió cuando me aceptaron cambiar la fecha. No habías dado ni la más mínima pista. Y una vez que se anuncia el compromiso, ya no se aceptan modificaciones, como es normal.

—Eres un traidor y un usurero, Henry —se burló.

En cuanto vieron entrar a lord Lensy en el local, las mesas de juego y las conversaciones

cesaron para ir a darle la enhorabuena. Fueron hasta el libro de apuestas y, entre risas, se saldaron las deudas.

—¿Alguien más, aparte de Slater, ha ganado algunas guineas gracias a mí? —preguntó Andrew en alto a los caballeros que lo rodeaban.

—Sí, hay otro afortunado —dijo un joven rubio—. No recuerdo bien su nombre, hace pocas semanas que apareció por aquí por primera vez. Sin duda era un nuevo rico. —Hizo una mueca de desagrado—. Era algo así como Burns o Burch...

—¿Burch? —Al conde se le transformó el rostro al mentar ese apellido.

—¿Acaso lo conoce, Lensy? —preguntó otro caballero.

—Puede, pero no creo que se trate de la misma persona. —Fue hacia el libro de apuestas y buscó entre sus líneas. Allí encontró lo que suponía, el nombre del padrastro de Eleanor.

—¿Qué ocurre, Andrew? —susurró Slater al ver a su amigo blanco como el papel.

—El bastardo de Roger Burch se ha llevado una pequeña fortuna a mi costa —masculló entre dientes—. Será mejor que nos vayamos. Todavía tiene que venir a cobrarla y, si me topo con él, podría matarlo con mis propias manos.

—¿No crees que deberíamos avisar en el club para que lo consideraran persona *non grata*?

—¿Y arriesgarme a que haga correr rumores sobre mi esposa? Se extenderían tan rápido como la pólvora, ahora estamos en boca de todos. No debo tentar a la suerte, Henry. La reputación de Eleanor está en juego. Si eso ocurriera, no tendría más remedio que batirme en duelo.

Capítulo 20

Las candentes llamas de la chimenea la tenían absorta. Sostenía un libro entre las manos y no le prestaba atención. Su mirada permanecía fija en el hipnótico fuego y su cabeza lejos de allí. Eleanor tenía unos minutos antes de que salieran a tomar el té en casa de Elizabeth y no lograba concentrarse en la lectura. Solo podía pensar en Andrew. El recuerdo de sus caricias, su cuerpo desnudo y sus cálidos besos se colaban en su mente haciéndola suspirar.

La puerta se abrió tras una breve llamada y la asustó. Se sobresaltó tanto que casi se le cae la novela al suelo. Se le sonrojaron las mejillas al ver entrar a su suegra. La había sorprendido teniendo pensamientos pecaminosos y temía que pudiera darse cuenta.

—Eleanor, hija, acabo de recibir una nota de una amiga que está enferma y quiere que vaya a visitarla. ¿Te importa ir tú sola a casa de Elizabeth? —Ya se estaba colocando los guantes para salir.

—En absoluto —respondió de forma atropellada.

—¿Te encuentras bien? —Observó su postura rígida y cómo apretaba el libro con una fuerza excesiva.

—Sí —dijo con voz aflautada.

—Si tuvieras algún tipo de contratiempo o duda sabes que podrías confiar en mí, ¿verdad?

—Claro, pero estoy perfectamente. —Le sonrió para demostrárselo.

—De acuerdo —se rindió—. Ya he enviado a un mozo para avisar a mi hija de mi ausencia. Nos veremos a la hora de la cena.

La condesa viuda se fue y Eleanor soltó un suspiro de alivio. Debía aprender a disimular mejor o se vería en serios problemas.

En cuanto llegó a casa de los Archivald, su cuñada la recibió más jovial de lo acostumbrado, alterada incluso.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó Eleanor entre risas.

—¡No te quites el abrigo que nos vamos! —La agarró del brazo y la hizo girar.

—¿A dónde? —La siguió contagiada por su entusiasmo.

—He oído que acaban de llegar unos animales muy exóticos de la India. Son para el circo. Mi Thomas no me deja ir, así que lo haremos juntas y regresaremos antes de que se enteren.

—¿Por qué no te deja hacer algo tan inofensivo?

—Porque están en los muelles, en una zona que no quiere ni oírmela mentar.

—¿Eso significa que podría ser peligroso?

—Un poco, pero no estaremos mucho rato. Subiremos a un coche de alquiler y volveremos en cuanto los hayamos visto.

Aunque estaba asustada, Eleanor la acompañó. Correr una pequeña aventura juntas seguro que no le haría daño a nadie. Pararon un carruaje a unas calles de su casa, para que ningún conocido las pudiera ver. El cochero le hizo repetir dos veces la dirección antes de emprender el camino. Y antes de hacerlo, les advirtió que era mejor que dos damas no se adentraran solas en esa parte de la ciudad.

En cuanto se apearon, empezó a arrepentirse de haberle hecho caso a Elizabeth. El *East End* no era precisamente un buen lugar para ir a pasear, hasta el Támesis parecía desprender peor olor

por esa parte. Las calles eran estrechas, los edificios se encontraban en mal estado y la densa niebla estaba adherida a sus precarios y mohosos muros.

—Creí entender que era en el embarcadero número nueve —dijo entusiasmada Elizabeth, como si no se diera cuenta de todo lo que las rodeaba.

En cuanto se pusieron a caminar, todos los marineros que había por la zona se fijaron en ellas. Comenzaron a chismorrear y a observarlas. Ninguno entendía qué hacían dos mujeres de esa categoría por los muelles.

—Elizabeth... —susurró muerta de miedo al pasar cerca de dos hombres que les dijeron obscenidades—. Me temo que no deberíamos haber venido solas a este sitio.

—¡Calla y no seas tonta! No nos va a pasar nada malo. Tienes que levantar la barbilla y no dejarte amedrantar por esta chusma —le dijo con altanería. Sin embargo, notó el temblor en su voz.

Unos golpes seguidos de unos gritos las sobresaltaron. Elizabeth se abrazó a Eleanor y corrieron a refugiarse en un callejón. Varios hombres se estaban peleando a puñetazos; los exabruptos más indecentes que habían escuchado nunca salían de sus bocas, mientras salpicaban el suelo de sangre con cada golpe que se asestaban. Un chiquillo escuálido jaleaba entusiasmado a uno de ellos, pidiendo que matara a su contrincante y unas mujeres de vida alegre se reían con el espectáculo.

—Estaba equivocada... —farfulló Elizabeth presa del pánico—. No deberíamos haber venido. —Se agachó y se abrazó a sus piernas, paralizada.

—De acuerdo. —Eleanor se armó de valor—. Voy a ver por dónde podemos salir de este sitio sin que nos descubran. No te muevas de aquí, ¿entendido? —Su cuñada asintió.

Se adentró por el callejón con la esperanza de encontrar una salida al fondo. Las piernas apenas la sostenían por los temblores, pero no se detenía. Al doblar la esquina se encontró con otra calle despejada. Se disponía a dar la vuelta para ir en busca de Elizabeth cuando unos susurros en el interior de una de las casas llamaron su atención. Era la voz de un hombre que le resultaba peculiarmente familiar. Se acercó a la ventana y, como estaba entreabierta, la empujó para intentar averiguar de quién se trataba. Entre las sombras pudo distinguir al hombre que hablaba, ¡era el capitán Brienne!

—No, he quedado. Si quiero que mis negocios sigan adelante, no puedo faltar a la cita.

—¿Vas a engañar a tu amiguito el conde? —Una joven medio desnuda le paseó el dedo por el pecho hasta llegar a su entrepierna.

—Lo que yo haga no es de tu incumbencia. —Le apartó la mano.

Eleanor estaba petrificada. Su intuición no le había fallado y este hombre sí que era una mala influencia para su marido.

—¡Eleanor, corre! —la llamó su cuñada—. Se han ido. Tenemos que aprovechar para escapar.

El corazón le bombeaba con tanta fuerza que le daba la sensación de que se le iba a salir por la boca. No se atrevía a girarse. En el interior de la vivienda se había hecho el silencio. Al final levantó la vista y se topó con la siniestra mirada de Brienne. Antes de que supiera cómo, ya había empezado a correr con desesperación. Agarró a Elizabeth a su paso y, pese a sus protestas, la arrastró sin importarle quién hubiera a su paso.

—¡Basta, basta! —Elizabeth resolló, casi sin aliento—. ¡Para de una vez, hace rato que los muelles quedaron atrás!

Eleanor se detuvo e intentó respirar con normalidad. Los pulmones y la garganta le ardían. Aun así, miró a sus espaldas por si el capitán las había seguido. Se alivió al comprobar que nadie

estaba tras ellas.

—Debemos tomar un carruaje y regresar cuanto antes. Tengo que explicarle a Andrew lo que he visto.

—¿Estás loca? —exclamó alterada su cuñada—. No puedes contarle a nadie dónde hemos estado. ¿Quieres que nos encierren de por vida? —Agarró a Eleanor por los hombros—. Tienes que prometerme que no se lo dirás nunca a nadie. Para el resto del mundo, tú y yo hemos estado paseando desde Westminster hasta la calle Baker esta tarde, ¿entendido?

—Es que es muy importante que...

—¡Por favor! —la interrumpió con una sacudida—. Thomas no me lo perdonaría nunca. ¡Prométemelo! —lloriqueó.

—De acuerdo. Te lo prometo —dijo abatida.

Lograron subir a un coche de alquiler y no volvieron a hablar en todo el trayecto. Cuando Eleanor llegó a su casa, suspiró de alivio al ver que ni su marido ni su suegra habían regresado todavía. Lo sucedido le corroía en las entrañas. La mirada de súplica de Elizabeth se cruzaba en su mente con la malévola del capitán Brienne. Debía encontrar el modo de hacerle saber a Andrew lo que había escuchado. Guardar un secreto semejante podría ocasionarle muchos problemas. Tendría que hablar primero con su cuñada. De una manera o de otra la haría entrar en razón; por la seguridad de su hermano y, quién sabe, puede que de toda la familia.

El olor nauseabundo de los muelles se le había introducido por las fosas nasales y no quería abandonarla. Sus zapatos estaban manchados, los bajos de su falda rozados y sus cabellos desgreñados por la carrera y el sudor. Se sentía sucia por dentro y por fuera. Pidió con urgencia que le prepararan un baño. Dentro echó las sales y esencias más fuertes que poseía. Quería eliminar el hedor que la envolvía antes de que llegara Andrew.

—¿Desea algo más, *milady*? —le preguntó la sirvienta al ver que ella sola ya se frotaba con fuerza por todo el cuerpo.

—Sí, Minerva. Recoge toda la ropa del suelo y mis zapatos y que los laven de inmediato —ordenó sin dejar de lavarse.

—¿Incluido el corsé?

—¡Todo! Me he metido sin querer en un apestoso charco de barro y vete tú a saber qué contenía.

La muchacha, aunque extrañada, obedeció sin rechistar. No tenía a su señora por una tiquismiquis, aun así, se llevó cuanto le dijo y lo dejó en la lavandería.

Un poco más tarde se encontraba frente a la chimenea y cepillaba su melena cerca del fuego para que se le secara. Estaba inmersa en sus pensamientos, que tanto le atormentaban, cuando la puerta se abrió haciéndole saltar de su asiento.

—Lo siento, querida ¿te he asustado? —le dijo Andrew con aire burlón.

—Un poco, la verdad. —Fingió una sonrisa para que no sospechara.

—¡Por el amor de Dios! ¿Qué es ese olor? —dijo después de darle un beso en la mejilla.

—¿Qué olor? —musitó presa del pánico.

—Huele como si hubieras echado litros de perfume por toda la habitación.

—¡Ah, eso! —suspiró de alivio—. Se me fue la mano con las esencias de baño, lo siento.

—¿Necesitabas un baño a estas horas?

—Sí, fui de paseo con tu hermana y me hizo sudar tinta.

—¿No habréis ido solas? —Eleanor tragó saliva antes de contestar.

—Tu madre se fue a ver a una amiga que ha caído enferma y a Elizabeth le pareció una buena idea ir a hacer un poco de ejercicio.

—¿Os acompañó algún sirviente? —Frunció el ceño con enfado al imaginarse la respuesta.

—No. —Agachó la cabeza, ocultándose de su mirada.

—No me importa que salgas, pero, por favor, la próxima vez que sea con un mozo. Esto no es igual que en el campo. Unas damas no pueden ir sin protección masculina, ¿de acuerdo? —Eleanor asintió con energía—. Lo que no entiendo es que mi hermana actuara de un modo tan imprudente.

—Te lo ruego, Andrew, no te molestes con ella. Lo hizo por complacerme. Apenas tenemos libertad para hacer nada por nuestra cuenta. Me paso el día cumpliendo con la agenda que se me ha impuesto. Es muy triste que siendo tan joven no goce de un poco de ocio de vez en cuando. Es aburridísimo y monótono.

—¿Y qué es lo que quieres? ¿Que te permita correr riegos y callejear por Londres sola como una vulgar mujerzuela? —Se cruzó de brazos con obstinación.

—¡Por supuesto que no! Jamás te pediría tal cosa. —Se acercó a él y le acarició el brazo con mimo.

—Entonces, ¿qué? —dijo más calmado, aunque no bajó la guardia.

—Me gustaría tener un tiempo para la lectura, el estudio, incluso el dibujo... Sin descuidar mis obligaciones y acudiendo a los eventos de relevancia, y no pasarme la mañana recibiendo o haciendo visitas absurdas y desagradables —continuó al ver que no la interrumpía—. Solo sería mientras estuvieras ausente. Me conformo con un rincón de la biblioteca, ni siquiera necesito adecuar una habitación. No molestaré a nadie, lo prometo.

—De acuerdo, es una proposición aceptable.

—¿En serio? —gritó por la emoción.

—Siempre que no descuides tus obligaciones y dediques los martes y jueves a acompañar a mi madre y a la tía Dorothea a hacer esas visitas que tan tediosas te resultan.

—¡Lo prometo, lo prometo! —dijo saltitos de alegría. Andrew soltó una carcajada.

—Eres increíble. Para cualquier esposa hubiera sido un castigo lo que tu consideras... ¿cómo lo has denominado? ¿Ocio y libertad?

—Solo un poco de independencia. —Lo besó en los labios y le obsequió con una amplia sonrisa.

—No te pongas zalamera ahora que tenemos invitados esta noche. —Le acarició el rostro con anhelo—. Ya he avisado a la cocinera de que tengan todo listo para las siete y media. Eleanor... —La miró con intensidad y los ojos se le oscurecieron por el deseo—. Me encantaría que te pusieras ese vestido de color turquesa ribeteado de florecitas.

—¿El que tiene ese escote tan pronunciado?

—Ese mismo. —La rodeó con sus brazos y le devoró los labios hasta que ambos se quedaron sin aliento—. La otra vez que te lo pusiste todavía no estábamos casados. Esta noche pienso arrancártelo.

A Eleanor se le aflojaron las rodillas con sus palabras. Sin duda lo complacería, porque ahora haría cualquier cosa por satisfacerlo.

Capítulo 21

Eleanor estaba tan contenta con el trato que había hecho con su marido, que consiguió olvidarse casi por completo de lo ocurrido en los muelles. En el fondo la idea seguía sobrevolando su cabeza, pero la ignoraría por unas horas y mañana ya buscaría una solución.

Aquella noche se veía radiante y rebosante de alegría. Cuando la doncella le colocó el último bucle, se sintió satisfecha con la imagen que le devolvía el espejo. Ahora que comían en abundancia, su cuerpo se había redondeado y acentuado sus curvas. Las marcas de su espalda eran casi imperceptibles. Su rostro, en especial sus ojos, desprendían vida. Confiada y segura de sí misma, bajó las escaleras con la duda de quiénes serían los invitados. No se le ocurrió preguntarlo cuando tuvo ocasión. Escucho voces y comprendió al instante que se trataba de una reunión familiar. Elizabeth destacaba por encima del resto. El mayordomo le abrió la puerta y entró en el salón. Se hizo el silencio con su llegada. Allí encontró a Andrew —que por mucho que intentó disimular la observó con lascivia—, la condesa viuda, Thomas y Elizabeth, Slater y dos caballeros más que no conocía.

—Estás radiante, Eleanor. —El conde se reunió con ella al instante, tomó su mano y le besó los nudillos—. Ven, te presentaré a nuestros invitados. —La guio hacia los nuevos visitantes—. Lord Sanders, señor Hudson, les presento a mi esposa, la condesa de Lensy —dijo con orgullo.

—Es un placer conocerla, *milady*. —Lord Sanders le dedicó una inclinación de cabeza.

—Lord Lensy, es usted muy afortunado. Tiene una mujer bellísima. —El señor Hudson le hizo una reverencia.

Algo cohibida, les sonrió y bajó la mirada. No solo su marido le miraba el profundo escote, y eso la incomodaba. Se acercó a Slater y sus familiares para saludarlos y alejarse del escrutinio de los hombres.

—Si ya estamos todos, podríamos ir sentándonos a la mesa, ¿verdad? —le preguntó a su marido.

—En cuanto llegue el último comensal, querida —le indicó.

Justo en ese instante, el mayordomo abrió la puerta y entró el capitán Brienne. Eleanor tuvo que agarrarse al brazo de su marido para no caerse por la impresión. Andrew se dio cuenta de su reacción y la miró con extrañeza.

—¿Qué ocurre? —le susurró para que nadie más pudiera escucharlo.

—Nada —le aseguró en un hilo de voz—. Lo siento, Andrew, ya sabes que este hombre no es de mi agrado.

—Te ruego que hagas el esfuerzo de tratarlo como se merece —le advirtió al notar el desprecio en sus palabras—. Es un gran amigo y mi futuro socio.

—¿Socio? ¿A qué te refieres? —se alarmó.

—Durante la cena hablaremos del tema. Estamos ultimando un negocio naviero entre todos.

—¡No puedes! ¡Con él no! —Le apretó las manos con desesperación.

—No te alteres, mujer —la regañó—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Buenas noches. —La voz del capitán Brienne los interrumpió—. Siento haber llegado tarde.

—No te preocupes, Louis, llegas justo a tiempo. —Andrew se deshizo del agarre de Eleanor

y le estrechó la mano—. Será mejor que vayamos pasando. —Les indicó la dirección de la mesa con un ademán de la mano.

—Buenas noches, *madame* —le dijo Brienne con cierto tono burlón.

Eleanor no respondió y corrió en busca de su silla. Rezó para que la distribución de los comensales la situara lo más lejos posible del capitán. Pronto comprendió que no era el caso. Andrew se había asegurado de que lo tuviera al lado para que socializara con él y olvidara sus prejuicios. Los nervios se apoderaron de ella en cuanto vio que el francés sonreía sin ningún disimulo.

—No considero que sea necesario que haga tantos esfuerzos por ignorarme, *madame*. Estoy a su lado y los dos sabemos que me vio —le soltó sin miramientos.

—¡Cállese! —susurró enervada. Buscó a su marido y se relajó al comprobar que estaba enfrascado en una conversación con Slater—. Lo último que deseo es su conversación. Puede guardarse sus palabras para otro.

—¿Qué problema hay? —se rio.

—Es usted despreciable —Eleanor lo fulminó con la mirada.

—Andrew también lo hacía de vez de en cuando, aunque puede que él tuviera más clase a la hora de elegir a la dama en cuestión. Los hombres tenemos ciertas necesidades, ¿comprende? —Bajó tanto el tono que le costó entenderlo—. Paso demasiado tiempo solo en el mar y luego cualquier mujer me parece bella.

—No entiendo por qué me está explicando eso. —Le ardía la cara de vergüenza.

—Solo quiero que comprenda lo que vio en los muelles, nada más.

—Lo entendí perfectamente y no quiero que vuelva a mentarlo. —Alzó la barbilla.

—Háblelo con Andrew. Él podría aclararle las dudas que tenga acerca de los hombres.

—No puedo mencionárselo. No sabe que estuve en esa parte de la ciudad. —De inmediato se dio cuenta de que había metido la pata.

—Vaya... —Una sonrisa le bailó en la comisura de los labios—. ¿Fue en busca de aventuras?

—¡Basta! Se lo ruego.

—Como guste, pero déjeme advertirle que no escogió un buen lugar para el esparcimiento. Le sugiero que, para la próxima vez, elija una zona menos conflictiva. Podría haber salido perjudicada. —Elevó su copa y bebió de ella con la burla reflejada en sus ojos.

A Eleanor le temblaba todo el cuerpo. No sabía qué hacer. Debía conservar la compostura o Andrew podría sospechar que sentía algo más que desagrado por el capitán. Le atemorizaba la idea de que le contara que la había visto en los muelles. Por lo menos, a partir de ese momento, se limitó a conversar con los demás comensales y dejó de hostigarla. Aunque, de vez en cuando, le seguía echando alguna que otra mirada irónica.

Tras la cena, los caballeros se trasladaron al salón contiguo para fumar y tomar los licores. Eleanor suspiró aliviada cuando vio que ese horrible hombre se alejaba de la mesa. La peor parte ya había pasado. Lo que restaba de velada no tendría que permanecer a su lado. Se levantó para dar un pequeño paseo por la estancia, necesitaba estirar las piernas, cuando reparó en que al lado de la silla de Brienne había un papel doblado. Lo cogió con disimulo y le echó un vistazo. Tenía escritas un par de líneas en una caligrafía descuidada y de trazo masculino. Al ver que Elizabeth se acercaba, se metió la nota bajo el corpiño. No le quedaba más remedio que actuar con cautela y esperar para poder analizarla.

—Pareces un poco distraída, ¿estás bien? —le preguntó Elizabeth.

—Es que no te puedes ni imaginar por lo que estoy pasando —murmuró entre dientes—.

Eso que me asustó tanto en el callejón, fue el capitán Brienne. Lo vi a través de una de las ventanas de aquel inmundo callejón, y lo peor de todo es que él se percató de mi presencia y me reconoció. —Elizabeth se tapó la boca y ahogó un grito—. Lleva toda la cena mofándose de mí.

—¿Crees que se lo contará a mi hermano? —La tomó de las manos con preocupación.

—No tengo ni la más remota idea. Solo espero que no lo haga.

—¿Qué estáis murmurando, niñas? —las reprendió la condesa viuda.

—Nada, madre. —Elizabeth dio un respingo.

—Es de muy mala educación hablar de otras personas a sus espaldas.

—Disculpános, es que, el capitán nos asusta un poco —se excusó fingiendo naturalidad.

—Es un hombre muy peculiar, en eso os tengo que dar la razón. Pero si Andrew confía en él, debe ser un buen hombre. Así que hablemos de otros asuntos —sentenció—. ¿Qué os parece si vamos a la ópera este fin de semana? Me han dicho que los cantantes que actúan son excelentes.

—Me gustaría mucho —respondió Elizabeth de inmediato.

—Lo mismo digo —la secundó Eleanor.

—Perfecto. Se lo preguntaremos a Andrew para ver si no tiene objeción.

Las palabras de su suegra le sonaban huecas. No tenía ningún interés en ir a eventos sociales. Su prioridad no era otra que encontrar la forma de avisar a su marido del peligro. Miró de soslayo a Elizabeth y esta pareció entender a la primera que debían tratar el asunto en privado cuando encontraran el momento adecuado.

La suerte las acompañó más tarde cuando los caballeros ya se habían reunido con ellas. Estaban tan sumidos en una intensa charla sobre sus nuevos proyectos que no les prestaban atención, y la condesa viuda se retiró temprano a descansar. Con disimulo, se alejaron hasta la esquina más apartada del salón.

—¿Qué vamos a hacer? —Elizabeth apretó los puños con nerviosismo—. Si Thomas se entera, voy a tener problemas...

—Escúchame bien... —le dijo Eleanor en un susurro siniestro—. Esto es mucho peor de lo que te imaginas. Ese hombre que nuestros maridos consideran un aliado les va a traicionar. No solo le vi, escuché parte de una conversación que mantenía con una mujer.

—¡No es posible! —se asustó todavía más—. ¿Qué decían?

—Brienne le estaba explicando que no se podía quedar porque tenía que seguir adelante con sus negocios. Y ella le preguntó si era a su amigo el conde al que iba a engañar. Le respondió que no se metiera en sus asuntos. En ese momento llegaste tú y se percataron de mi presencia.

—Y ahora... ¿cómo vamos a proceder sin delatarnos? —Miraron con inquietud hacia Andrew.

—Esta noche no lograremos nada. Mañana, cuando nuestros maridos se vayan de casa, nos reuniremos de nuevo. He recogido una nota que se le ha caído al capitán. Espero que su contenido nos aporte un poco de luz a todo este entuerto.

—¿Le has robado una carta? —Elizabeth se escandalizó.

—No he tenido otra salida —le dijo como si fuera una obviedad—. Seguro que ni siquiera se da cuenta de que la ha perdido, es muy pequeña.

—A no ser que su contenido sea relevante y se arme un revuelo al no dar con ella. Y por si eso no fuera poco, tú serías la persona más sospechosa.

—Tienes razón... —Se devanó los sesos en busca de una solución— ¡Ya lo tengo! Copiaremos el contenido y luego se la devolveré. Debemos hacerlo cuanto antes. Ahora que están distraídos podríamos subir a mi habitación con la excusa de enseñarte la tela de uno de mis

vestidos, ellos no se opondrán. En unos minutos estaremos de vuelta y no sospechará nada.

—De acuerdo. ¡Hagámoslo! —asintió con vehemencia.

Como bien habían imaginado, sus maridos no se extrañaron de que quisieran hacer algo tan inofensivo. Subieron a toda prisa las escaleras. Eleanor no perdió el tiempo y extrajo papel y pluma de su secreter. Sacó la nota que escondía en su corpiño y la leyó.

—No entiendo lo que pone —le indicó a su cuñada.

—¿Tan mal escrito está? Déjamela. —Se la arrebató—. He visto escrituras peores. Reza:

Las voladuras se realizarán dentro de las tres flores según lo pactado,
0312. La carga habrá volado del nido a la madriguera.

R. B.

—Yo también soy capaz de leerla, pero ¿qué demonios quiere decir eso? —preguntó Eleanor exasperada.

—No tengo ni la más remota idea. —Se encogió de hombros—. ¿Habla de flores y pájaros? ¿Y quién es R.B.?

—Puede que sea un mensaje cifrado.

—Será mejor que lo copies cuanto antes y ya lo analizaremos mañana con más calma.

Eleanor escribió lo más rápido que le permitieron sus dedos. Una vez reproducida, la guardó bajo llave en uno de los cajones del secreter y volvió a ocultar la original en su corpiño. Debían reunirse con los caballeros cuanto antes, actuar con normalidad y buscar el momento adecuado para devolverle la nota al capitán Brienne.

Al llegar al salón los encontraron riendo y rellenándose las copas de licor continuamente. Parecían muy contentos por el negocio que emprendían juntos. A Eleanor le iba a resultar muy complicado disimular la preocupación que la embargaba. Pero como mujer que era, guardaría la compostura y actuaría en consecuencia. De momento su voz no tenía valía, necesitaba pruebas.

Eleanor no encontraba el instante ideal para restituir la carta a su dueño. Los invitados comenzaban a despedirse, lord Sanders y el señor Hudson ya se habían ido y los nervios se apoderaron de ella. Necesitaba que todos estuvieran distraídos y arrojarla a su lado sin que la descubrieran. Cuando ya creía que no lo lograría, Elizabeth hizo como que se tropezaba y ella aprovechó la coyuntura para lanzarla a los pies del francés. Él no reparó en la hoja e incluso la pisó para continuar su camino.

—¡Capitán! —lo llamó Eleanor—. Se le ha caído algo. —Se agachó y todos la vieron recogerla del suelo.

El hombre la tomó de entre sus dedos y la desdobló para ver el contenido. En cuanto la leyó le cambió el semblante. La observó con una mirada furibunda y se la metió en el bolsillo. Le hizo una reverencia a Eleanor y se marchó sin dar las gracias.

Le dio igual que no se lo agradeciera, lo había logrado y con eso se conformaba. La cara que puso Brienne fue de lo más amenazadora. ¿Y si sospechaba que la había leído? Se estremeció con solo imaginarlo.

Capítulo 22

Andrew, ajeno a la preocupación que ocupaba los pensamientos de su esposa, corrió tras sus faldas en cuanto los invitados los dejaron a solas. Había bebido más de la cuenta, pero no lo suficiente como para obviar los encantos de Eleanor. Se pasó la velada esperando con paciencia a que llegara la hora de las despedidas para llevársela a la cama. Lo tenía embrujado. Así era como se sentía, hechizado por su endiablada mujercita. Se proponía apartarla de su mente y le resultaba imposible. Se hostigaba para refrenar sus impulsos y no lo lograba. Intentaba contenerse todo lo que podía para no atosigarla. Ella siempre le correspondía cuando la tomaba y lograba hacerla gozar, pero no sabía si esa atracción constante era recíproca. La obligó a casarse con él, no lo amaba. De hecho, intentó por todos los medios impedir la boda en diversas ocasiones. Incluso cuando llegó al altar, vio reflejada la duda en sus ojos y tuvo que aferrarla de la mano para que no huyera delante de todos los invitados. Le seguiría ocultando su debilidad, prefería seguir teniéndola de este modo a que lo despreciara o se burlara de él. Aunque, tenía que reconocer, que cada día le resultaba más difícil silenciarse.

—No sabes cuánto anhelaba que llegara este momento —le confesó ya dentro del dormitorio—. Yacer contigo va a ser el broche de oro para el día de hoy.

—Pareces muy contento —Eleanor se burló al ver el gran esfuerzo que estaba realizando para no parecer ebrio. Nunca lo había visto en ese estado.

—Lo seré plenamente cuando esté entre tus piernas. —Se sentó con dificultad en la cama para quitarse los zapatos.

—Me abruma tanta franqueza —ironizó y, entre risas, le ayudó a sacarse el calzado. A él solo le hubiera resultado imposible.

—Cómo me gusta tu trasero —le dijo al verla de espaldas y agachada.

—¡Andrew! —Se dio la vuelta y soltó una carcajada—. Mañana te arrepentirás de haberme hablado de ese modo tan ordinario.

El conde se puso en pie y agarró con solidez a su mujer por la cintura. De repente actuaba con tal firmeza que parecía que no había bebido ni una sola copa.

—Jamás me arrepentiría de decirte lo hermosa que eres y lo mucho que te deseo. —La besó con posesividad.

Por un momento Eleanor llegó a pensar que su marido caería de bruces en el lecho en cuanto se hubiera desecho por completo de la ropa, sin embargo, se equivocaba. Tenía la misma fuerza arrolladora de siempre. Su lengua se adentró en su boca con pericia y recorrió cada rincón. Sus labios se acoplaban y movían sobre los suyos con impaciencia. Lo único distinto esa noche era el intenso aroma a brandy que desprendía y la entrega desinhibida. Cuando la agarró de la mano y se la arrastró hasta sus atributos masculinos Eleanor se alarmó y, a la vez, le gustó. Se le veía tan espontáneo y sin prejuicios, que se dejó llevar. Lo acarició por encima de los pantalones y disfrutó al ver que le flaqueaban las piernas. Un ronroneo de placer surgió de su garganta y se tambaleó, pero pronto recuperó el equilibrio y se lanzó enfebrecido hacia el exuberante busto de su esposa que sobresalía por encima del corsé. Ella sabía que ese vestido le agradaba precisamente por esa causa, porque apenas dejaba lugar a la imaginación. Con un tirón de la prenda, sus rosadas puntas sobresalieron. Sin más preámbulos las lamió, haciendo que Eleanor

gimiera al instante. Envalentonada por su actitud, comenzó a despojarle de la ropa empezando por su corbata. Jamás se había atrevido a hacerlo y parecía encantado por la iniciativa. Él también hizo lo propio y desabrochó los botones de su espalda, luego deshizo los cordones de sus prendas íntimas hasta que logró dejarla desnuda. Temblaban de deseo. Solo quedaban sus calzones, los cuales ella no se atrevió a quitar.

—Por favor, Eleanor. —Le suplicó con la mirada que le sacara de una vez por todas lo que le quedaba.

Se arrodilló ante Andrew y le metió los dedos por la cinturilla. Arrastró la tela muy despacio y deslizó las perneras hasta llegar al suelo. Al levantar la vista, Eleanor se encontró con el miembro erecto ante los ojos. Llena de curiosidad, lo acarició. Era suave como el terciopelo. Sin saber muy bien lo que hacía, lo besó. El hombre soltó un gruñido gutural, la agarró de los hombros y la obligó a levantarse.

—¿Acaso te he hecho daño? —dijo compungida.

—No, amor mío. —Le sonrió con dulzura—. Es un placer tan grande que tus labios rocen esa parte de mí, que no me veo capaz de soportarlo. Acabaría antes de poder complacerte y no me lo perdonaría.

Se sentó en el borde de la cama y se tiró de espaldas, arrastrando a su mujer sobre él. Eleanor quiso escapar de inmediato de esta posición, estaba perdida y no sabía cómo proceder. El férreo abrazo de Andrew se lo impidió.

—No tengas miedo, nada de lo que hagas estará mal —le susurró para infundirle valor—. Tócame, bésame... Piensa en lo agradable que te resulta cuando yo te lo hago.

Indecisa, se sentó a horcajadas sobre él y paseó las manos por el pecho masculino. El vello le cosquilleaba en la punta de los dedos. Andrew cerró los párpados y disfrutó del contacto. Le acarició los hombros y después continuó por los brazos. Se recreó en los torneados músculos y se asombró de su dureza. Lo estaba disfrutando, ambos lo hacían. Se aventuró a besar todo aquello que iba palpando, primero con timidez, luego con decisión. Descubrió lo mucho que le gustaba rozar su cuello y que moviera excitado la nuez de Adán.

—Eleanor... hazme el amor —rogó con la voz quebrada.

Quería complacerlo, sin embargo, la inseguridad se lo impedía. Temblorosa, se colocó sobre las partes íntimas de su marido y se fue deslizándolo, vacilante. Andrew se removió bajo ella al no poderse contener. Comenzó a jadear cuando comenzó la invasión. Era todo un deleite sentirla. Eleanor apoyó las manos en su torso y se meció con lentitud. Los gemidos de uno y otro se mezclaron. Sin poder reprimirse más, la agarró por la cintura y se hincó en ella, profundizando con cada acometida. Se adueñó de su boca y la devoró con ansia. Quería apoderarse de su persona y conquistar su ser. Por eso estaba entregándose en cuerpo y alma a su esposa, pero ¿sería ella capaz de percibir su abnegación? Rogaba para que así fuera. Los gritos de placer de Eleanor al llegar al orgasmo lo desarmaron y se derramó en su interior. Nunca había sentido nada igual. Era tan fuerte que lo asustaba. Miró a su preciosa mujer y con delicadeza le acarició los pómulos.

—Te amo —le dijo en un hilo de voz justo antes de quedarse dormido.

—¿Qué? —preguntó Eleanor, perpleja.

Lo que obtuvo por respuesta fue un ligero ronquido. Entendió lo que le decía, aunque no se lo creyó y pensó que lo había oído mal o que era fruto de su embriaguez. Suspiró con tristeza y anheló que fuera cierto. Se colocó a su lado y apoyó la cabeza en su pecho, escuchando el latido de su corazón.

—Ojalá fuera verdad... Te amo, Andrew —sollozó.

A la mañana siguiente, Eleanor fue la primera en despertar. Decidió no perturbar el sueño de su esposo y se marchó de la habitación. Tenía mucho que averiguar sobre mensajes cifrados, así que aprovechó para ir a la biblioteca y buscar entre sus libros. Puede que hubiera alguno que tratara sobre ese tema. Se equivocó. En Whitecliffs House tenían una colección más amplia, sin embargo, en Londres sus estantes eran más reducidos. Desesperada lo intentó con alguna novela de aventuras. Esperaba encontrar algo que la orientara y tampoco lo halló.

Un espantoso dolor de cabeza despertó a Andrew ya bien entrado el día. Maldijo cada copa que se tomó la noche anterior. Rodó por la cama buscando una postura que lo aliviara. Lo único que encontró fue el aroma de Eleanor entre las sábanas. Aspiró con fuerza y fragmentos de su encuentro amoroso le vinieron a la mente como fogonazos. Pese a las fuertes punzadas que notaba en las sienes, se excitó al recordar a su mujer sobre él. Tenía pequeñas lagunas sobre lo sucedido y le dio rabia no poder acordarse de cada instante. Decidió levantarse y tomarse una buena taza de café para despejarse. Con seguridad hoy no llegaría a tiempo a la reunión que tenía prevista y se asombró de que no le importara. La idea de pasar la mañana con Eleanor se le antojaba mucho más atractiva. Bajó en su busca, pero no la localizó.

—¿Dónde está lady Lensy? —le preguntó a una sirvienta que pasaba haciendo sus quehaceres.

—En la biblioteca, milord —le informó con una reverencia y continuó con su trabajo.

—Por supuesto, ¿dónde iba a estar si no mi ratoncillo? —murmuró para sí con una risilla.

Cuando abrió la puerta de la estancia y vio a Eleanor enfrascada en una pila de libros, sonrió. Tomaba anotaciones en un cuaderno y luego se retorció un rizo que se le escapaba de la nuca.

—Buenos días —dijo en tono bajo para no asustarla, aun así, la sobresaltó.

—Hola. —Cerró el tomo y se puso en pie de un salto.

—Tranquila, no tienes de qué preocuparte. No haces nada malo. ¿Quieres explicarme lo que estás estudiando? Es posible que pueda ayudarte.

—Estoy investigando sobre mensajes cifrados, su funcionamiento, motivos y procedencia —decidió decirle la verdad, aunque fuera a medias—. En alguna novela de aventuras leí sobre este tipo de notas y me entró curiosidad. Es algo un tanto estúpido, la verdad. —Se encogió de hombros para disimular su nerviosismo.

—No, es un tema muy interesante, pero aquí dudo que encuentres lo que buscas. Esta mañana he decidido pasarla en casa, si quieres, podríamos ir al Museo Británico en Bloomsbury, ¿has estado alguna vez? —Ella negó con energía—. En el recinto de Montagu House tienes documentos y libros que tratan de esos temas. Incluso podrás ver fantásticas antigüedades de Grecia y Roma. También las hay egipcias y la piedra Rosetta, que los investigadores consideran que es la clave para descifrar en su totalidad el galimatías que era hasta hace poco la escritura jeroglífica. Gracias a ella se están haciendo grandes avances. ¿Te apetecería ir?

—¿Cuándo nos vamos? —dijo jubilosa.

—En cuanto me tome un café bien cargado. ¿Me acompañas? —Le ofreció un brazo que ella no dudó en aceptar.

El museo estaba ubicado en una zona residencial. Era la mansión más grande de la calle. La emoción la embargó al cruzar las puertas del ostentoso edificio. Nunca había estado en un lugar igual. Se quedó deslumbrada con las esculturas griegas y romanas. Miró los cuadros embelesada. El arte la rodeaba y el tiempo se le escapaba de las manos, así que decidió centrarse en el motivo que la había traído hasta ahí.

—Antes de que se nos haga demasiado tarde, ¿podemos ir a mirar en la biblioteca?

—Por supuesto. —Andrew se rio—. Ya creía que te habías olvidado.

—Es que hay tantas cosas fascinantes que ver... —Observó a su alrededor.

—Si tanto te interesa, podemos volver cuantas veces quieras.

—¿En serio? —Abrió la boca por la sorpresa.

—Si lo programamos, para la próxima vez lo organizamos para optimizar el tiempo y estudiarlo por fases.

—¡Es una idea espléndida! —dijo pletórica.

Al entrar en la zona de estudio Eleanor se quedó un tanto cohibida. Solo había hombres que la miraron con desdén. No estaba prohibida la entrada a mujeres, pero ninguna osaba ir a importunarlos.

—Me temo que no soy bienvenida en este lugar —le susurró para que solo él pudiera oírla.

—Los caballeros que dedican sus vidas al estudio y la investigación no suelen ser muy tolerantes con las damas. Entiendo tu incomodidad. —Le palmeó la mano con delicadeza para tranquilizarla—. Encontraremos lo que andamos buscando y lo tomaremos en préstamo. Así nos los podremos llevar a casa y revisarlos detenidamente.

—¿Se puede hacer eso?

—Sí. —Le guiñó el ojo y la guio a los estantes.

Procuró no hacer ruido y siguió los pasos de Andrew. Pronto descubrieron unos cuantos ejemplares relacionados con el cifrado clásico, criptogramas, métodos en clave numéricos y silábicos. Eleanor no podía estar más contenta con los hallazgos. Sin duda encontraría lo que necesitaba en ellos. Solo le quedaba deshacerse de su marido para poder dar con la interpretación de la nota del capitán Brienne.

Cuando el carruaje los dejó en la puerta de su hogar, se apearon muy sonrientes, Andrew llevaba tres libros y Eleanor dos. Llegaban tarde para el almuerzo y no les importaba. Al menos hasta que entraron y se toparon con la madre de Andrew.

—¿Se puede saber dónde estabais? —los regañó—. No podéis hacerme esto. Ha venido la tía Dorothea y se fue de aquí colérica. Ni siquiera pude decirle en qué lugar os encontrabais ni cuánto tardaríais. Hoy teníamos una cita ineludible con lady Delaney. Me vi obligada a enviar una nota excusando nuestra ausencia. Esta falta de compromiso es intolerante.

—La culpa es mía, madre —dijo Andrew, aunque miró de soslayo a Eleanor al no entender por qué no se lo comunicó.

—¡Deja de defenderla como si fueras su caballero de brillante armadura! —lo reprendió—. Estoy segura de que no te la habrías llevado si lo hubieras sabido.

—Tiene razón. —Eleanor dio un paso al frente—. Se me olvidó por completo, y sé perfectamente que ese no es pretexto para eludir mis obligaciones.

—Es que no entiendo qué razón puede haber tan importante como para que no recuerdes un compromiso tan relevante. Tienes un cuaderno con tus responsabilidades y citas pendientes, ¿acaso no lo revisas nada más levantarte?

—Madre, no se sulfure —intervino Andrew de nuevo—. Anoche bebí más de la cuenta y esta mañana ha salido de la habitación temprano para no molestarme. Por eso no comprobó lo que debía hacer en el día de hoy.

—A lo mejor deberíais dormir en cuartos separados, como hace la gente decente, y así no tendría que salir a hurtadillas para no perturbarte.

—¡No sea hipócrita! —protestó con enfado. La condesa viuda profirió un grito al sentirse insultada—. ¿Acaso cree que es indecente que pase las noches con Eleanor? Es mucho mejor que piense todo el mundo que tengo una amante y que mi decente mujer duerme sola, ¿verdad? Pues

no pienso fingir indiferencia por mi esposa para que la buena sociedad vea con buenos ojos mi matrimonio.

—No te he pedido tal cosa.

—¡Sí lo ha hecho! Y no quiero que siga regañándose como si fuera un chiquillo —resopló y se apretó el puente de la nariz. Su dolor de cabeza regresaba con fuerza—. Este es un tema que le ruego no vuelva a mencionar —dijo más calmado—. Eleanor ha cometido un error, yo me ocuparé de que no se repita. No va a servir de nada que discutamos al respecto.

—Tienes razón, hijo, lo hecho, hecho está —se resignó—. Solo déjame decirte una última cosa; si Eleanor sigue eludiendo sus responsabilidades, tendrá problemas. Todos las tendremos, tú bien lo sabes. Debe esforzarse más o las críticas comenzarán en pocos meses.

—Cumplirá a partir de ahora, déjelo en mi mano. —La mujer asintió y se retiró.

—Lo siento, Andrew. No volverá a ocurrir, lo prometo —le aseguró Eleanor.

—Estoy convencido de que así será —dijo disgustado—. Mi madre tiene razón, debes aplicarte más en tus obligaciones. Es tu objetivo principal. Si no las realizas de ahora en adelante, perderás libertades.

—¿Libertades? Estoy supeditada a lo que mi marido ordene y mande. No puedo hacer nada sin permiso, no tengo decisión propia, ¿y me hablas de perder libertades? ¿Quieres que me convierta en tu esclava sumisa?

—Eres una mujer y estás bajo mi protección. Te concedo todos los caprichos y soy permisivo, y si creo que estás haciendo algo mal, te corregiré.

—¿Como si fueras mi padre? —susurró. Andrew retrocedió como si lo hubiera abofeteado—. No te has preocupado en preguntarme si algo me resulta fácil o con qué tengo dificultades. Has prometido a tu madre que me ibas a meter en cintura, cuando lo único que tienes que hacer es confiar en mí y ofrecerme tu apoyo. Pero tranquilo, ya me ha quedado claro el papel que tengo.

Eleanor se fue corriendo antes de echarse a llorar ante él. Andrew permaneció callado y no se lo impidió.

Capítulo 23

Eleanor buscó un lugar tranquilo en el que desahogarse. Cuando se cansó de derramar lágrimas, fue en busca de su cuaderno y comenzó a memorizar y a ponerse al día. Reorganizó los menús semanales con la cocinera, habló con el ama de llaves sobre la eficiencia de las nuevas sirvientas, mandó que viniera el deshollinador para que inspeccionara las chimeneas... Se olvidó de comer, no tenía apetito. A la hora del té apareció Elizabeth y la encontró revisando los papeles de entregas de la lavandería.

—Hola —la saludó con cautela al ver su semblante serio—. ¿Va todo bien?

—Buenas tardes, Elizabeth. —La miró brevemente—. Sí, solo estoy un poco ocupada. Pero ahora mismo ordeno que nos sirvan el té. —Tiró de la cuerda del llamador.

Elizabeth se acomodó en el sillón, frente a su cuñada, y se dedicó a observarla. Tenía los ojos hinchados y un gesto serio, como si hubiera estado llorando.

—¿Puedo ayudarte en algo? —insistió.

—Ya he terminado. —Recogió los papeles y los dejó a un lado—. Supongo que habrás venido para lo de la nota.

En ese momento entró la sirvienta con la tetera y unas pastas. Las colocó sobre la mesa y Eleanor le mandó retirarse. Sirvió un par de tazas y le ofreció una a Elizabeth.

—¿Qué ocurre? No te andes con rodeos. Algo ha cambiado y es preferible que me lo cuentes de una vez —la alentó para que no permaneciera callada por más tiempo.

—Tanto Andrew como tu madre han censurado mi comportamiento y mi falta de implicación en las tareas que me corresponden. Parece que no me aplico lo suficiente y me olvido de los compromisos. Esta mañana, sin ir más lejos, no he recordado que tenía una cita con lady Delaney. —Ahogó un sollozo—. En lo único que podía pensar nada más levantarme era en poder descifrar el contenido de esa nota para poder proteger a mi familia. Si Andrew me viera como un igual y tuviera en consideración mi opinión, podría haber hablado con él y resolver este asunto juntos, pero eso no ocurrirá jamás. Así que no nos queda más remedio que hacerlo solas. —Sacó los dos libros que tenía guardados tras los cojines y se los puso delante. Los otros tres se los había quedado su marido y no lo volvió a ver desde la discusión.

—¿De dónde los has sacado? —Abrió uno y lo ojeó.

—De la biblioteca del Museo Británico. Andrew me llevó y los sacó para mí en préstamo. Cree que estoy estudiando mensajes cifrados. —Se entristeció al recordar lo agradable que había sido la mañana—. Por mucho que desee averiguar el significado de la carta, tengo otras cosas más relevantes pendientes.

—¿Como qué? Acabas de decirme que ya habías terminado.

—Debo enmendar, sea como sea, mi falta con lady Delaney, o tu madre y la tía Dorothea no me lo perdonarán nunca. Todavía puedo jugar la baza de que soy una recién casada inexperta, aunque dudo que pueda volver a hacerlo después de esta.

—¡Bien! ¿Por dónde empezamos? —se ofreció de inmediato. Eleanor sonrió, agradecida.

—La dama en cuestión es muy dada a organizar fiestas benéficas. He pensado en organizar una en su honor y donar lo recaudado al orfanato de San Joseph's en su nombre.

—Conozco a esa vieja pomposa y le va a encantar la idea. ¡Vamos! —Se levantó de un

salto.

—¿A dónde? —La miró sorprendida.

—A casa de lady Delaney —respondió como si fuera una obviedad—. Y si todo va como esperamos, después iremos a hacer una visita a la tía Dorothea.

—Espero que nos atienda...

—Lo hará —dijo convencida.

Por suerte para ellas, las recibió. En un principio muy disgustada, pero en cuanto se disculparon y le ofrecieron hacer el evento en su honor, la tuvieron comiendo de la palma de la mano. Lo peor llegó cuando se encontraron frente la duquesa de Beaufort. Estaba hecha una fiera y les costó largo rato apaciguarla. Eleanor tuvo que hacer muchas promesas que debía cumplir, y las realizaría, no le quedaba más remedio.

—Hemos perdido mucho tiempo, apenas nos queda una hora para investigar —se lamentó Elizabeth.

—Por lo menos nos queda esa hora, y debemos aprovecharla al máximo.

Se quitaron el sombrero, la capa y los guantes y se apresuraron a ir a la sala donde les esperaban los libros. Allí permanecían sobre el sofá. Eleanor cogió papel y pluma para tomar anotaciones y comenzaron a ojear en los volúmenes. El funcionamiento para crear un escrito en clave parecía bastante sencillo. El problema radicaba en que no encontraban cómo relacionar el contenido con lo que realmente significaba. Tenían claro que se habían cambiado unas palabras por otras, pero ¿por cuáles?

—Empezaremos por el principio: *Las voladuras se realizarán dentro de las tres flores según lo pactado, 0312 La carga habrá volado del nido a la madriguera. R.B.* —recitó Eleanor mientras se paseaba por el salón—. ¿Se refiere a volar o a explotar?

—Tienes que tratarse de volar, por lo de las flores y el nido... Seguro que es un pájaro. —Su cuñada se frotó la sien, devanándose los sesos.

—¿Qué sentido tendría eso? —dijo exasperada.

—No tengo ni idea. —Elizabeth se encogió de hombros—. En los libros pone que hay que relacionarlo con algo, en este caso con el capitán. Deberíamos analizarlo. ¿A qué se dedica, qué hace...?

—Se ha pasado la mayor parte de su vida en el mar, es francés y ha librado muchas batallas. No tiene amante ni esposa. Frecuenta los bajos fondos y, a su vez, se relaciona con la alta sociedad —resopló—. No tenemos más, sin contar con lo que oí, mis sospechas y la nota. —Se dejó caer en el sofá.

—Puede que debamos centrarnos primero en las flores. ¿Crece alguna cerca del puerto?

—Yo no recuerdo ninguna planta en los muelles más que el musgo y un apestoso moho.

—Pájaros sí que había: gaviotas, cuervos...

—Yo no vi ningún nido.

—¡Ni madrigueras! —Alzó las manos al cielo, exasperada—. Vuelve a leerlo.

—¿De qué va a servir? Lo he hecho cientos de veces, nos la sabemos de memoria. Las palabras no van a cambiar por mucho que las repita. —Derrotada, cerró los ojos e intentó visualizar el instante en el embarcadero.

A parte del miedo que sintió, le vino a la mente la mujer que a duras penas estaba cubierta por un fino camisón desgastado y roto con los pechos al descubierto. Intentó ignorar la fría mirada de Brienne clavada en ella y centrarse en el desvencijado cuartucho, gris, frío y húmedo. De pronto, recordó algo que llamó su atención.

—¡Ya está! ¡En la habitación donde vi al capitán había un jarrón con tres flores pintadas! —

gritó alborozada.

—Hasta ahora no te habías acordado. Puede que sea tu imaginación que te juega una mala pasada por el ansia de encontrar una explicación lógica a este sinsentido.

—¡No, no! Es cierto que no lo menté antes porque me centraba en el hombre, sin embargo, ahora lo he hecho en el entorno y ¡lo logré! —Dio una palmada—. Tiene que ser la clave de todo, estoy segura. Es una pieza que no encajaba en ese lugar. Es una vasija grande, de porcelana fina, con tres flores en colores vistosos. ¡Puede que la solución se encuentre dentro de ese recipiente!

—¿Y qué podemos hacer al respecto?

—No tendremos más remedio que volver.

—¿Te has vuelto loca? —Elizabeth se levantó de un salto agitando las manos con nerviosismo—. No pienso ir nunca más. Es muy peligroso, no es lugar para dos damas.

—Tienes razón. —Se frotó el mentón, pensativa—. Quizás si nos disfrazamos de muchachos podríamos...

—¡Ni hablar! —la cortó—. No insistas con ese tema. Ya cometimos el error una vez, ¿es que no aprendiste la lección?

—Andrew, tu marido, nuestra familia está en peligro. Debemos actuar —le suplicó.

—Una cosa es hacer averiguaciones del mensaje cifrado, y otra muy distinta es jugarnos el cuello por algo que crees que oíste. Si realmente el capitán Brienne va a traicionar a nuestros esposos, estoy segura de que la justicia estará de nuestro lado y todo se resolverá. No saldrá impune de esta.

—¿Y si no es así?

—Debemos confiar. Nosotras no vamos a intervenir. —Al ver que Eleanor negaba con un gesto de cabeza la tomó por los hombros—. Prométeme que no irás. Júrame por lo más sagrado que no volverás.

—Tranquila —se resignó—. Es demasiado arriesgado para nosotras. Intentaré hallar otra solución sin exponernos.

—Ahora he de marcharme. Es casi la hora de la cena y Catherine estará esperando para que le lea un cuento y la arrope. —Le dio un beso en la mejilla a su cuñada—. Mañana volveré para ayudarte con los preparativos del evento benéfico de lady Delaney.

Eleanor le sonrió y asintió, no podía hacer otra cosa. Aunque por dentro estaba en plena ebullición. Con o sin ella, volvería para averiguar cuál era el contenido del jarrón. Sus vidas dependían de ello.

No había vuelto a ver a Andrew desde esa mañana. Su suegra permaneció en sus aposentos y tampoco supo de ella. Se vistió para la cena y se dispuso a bajar al salón. Justo cuando fue a agarrar el picaporte, la puerta se abrió y apareció su marido. Se quedó petrificado durante unos segundos, mirándola, antes de hablar.

—Buenas noches, Eleanor —le dijo después de recuperarse de la primera impresión.

—Buenas noches, Andrew —le susurró.

—He quedado con mis socios para seguir debatiendo sobre algunos temas del nuevo negocio que tenemos pendientes. Solo he venido para cambiarme y llevarme unos papeles que me hacen falta. —Su tono distante heló el corazón de Eleanor—. No me esperes levantada, llegaré tarde.

No se atrevió a responder porque temía echarse a llorar. Asintió y se fue del cuarto antes de manifestar sus sentimientos. Bajó las escaleras, tambaleante. Sumida en sus pensamientos, cuando se sentó en la silla se dio cuenta de que su suegra estaba a su lado.

—¿Te encuentras bien, hija? Estás muy pálida. —Le puso la mano en la frente—. Estás helada.

—Estoy un poco mareada, no es nada —le aseguró—. La comida me entibiará el cuerpo y me hará sentir mejor.

—Andrew no va a cenar con nosotras.

—Lo sé, me lo acaba de decir.

—Quisiera hablar contigo aprovechando que estamos a solas.

—Por favor, ya estoy haciendo un gran esfuerzo por mejorar. He enmendado el problema con Lady Delaney y he dejado listas mis tareas de hoy y de toda una semana —resopló y se colocó la servilleta en el regazo.

—Soy consciente de tus progresos y esfuerzos, pero no es ese el tema que quiero tratar —dijo en tono suave. Eleanor la miró con el ceño fruncido, sin comprender de qué quería conversar—. No me andaré con rodeos, ¿tuviste el período mientras estabas en Whitecliffs House?

—No —pronunció titubeante.

—Entonces ya tienes una falta. Hace cerca de una semana que deberías haberlo tenido. —Le apretó el antebrazo y sonrió.

—¿Qué? —Eleanor estaba estupefacta.

—Tendremos que esperar unos días más para estar seguras, pero creo que ya estás encinta. ¡Vas a darme un nieto! —Los ojos le brillaban de emoción.

—¡Oh! —Se llevó las manos al vientre—. ¿Tan pronto? —murmuró, dominada por la confusión.

—No he querido comentarle nada a Andrew de momento, ya lo haremos cuando el tiempo me dé la razón.

—Estoy de acuerdo —dijo afligida al recordar que su marido la evitaba y apenas le dirigía la palabra.

Les sirvieron la cena y Eleanor casi no comió. A su preocupación por el peligro que conllevaban los negocios de Andrew con el capitán Brienne, ahora se le sumaba la probabilidad de estar gestando su primer vástago. Las circunstancias no eran las oportunas. Se retiró temprano con la excusa de estar agotada. A la condesa viuda le pareció de lo más normal debido a su estado.

Capítulo 24

Eleanor caminó de un lado a otro de la habitación como una fiera enjaulada. La preocupación la consumía. Reflexionó largo y tendido sobre si aventurarse a ir a los muelles sola. La inquietud no la dejaba descansar y mucho menos dormir. El silencio ya reinaba en la casa y sopesó la posibilidad de arriesgarse a ir en plena noche para no ser vista. Si se decidía sería lo más temerario que habría hecho en su vida. Al cabo de un rato, se metió en el ropero de Andrew y buscó entre sus ropas. Al fondo encontró unas prendas sencillas, ni siquiera parecían de él. Sin pensar en lo que hacía, se las probó. Una camisa, un chaleco y unos calzones fueron suficientes para darle un aspecto de muchacho. Salvo por sus largos cabellos. Se hizo un moño sencillo y se colocó una pequeña gorra marrón que había en uno de los estantes. Se dirigió al espejo y se rio de sí misma. Tuvo que remangarse las mangas y perneras para que asomaran manos y pies. Se calzó los botines más cómodos y agarró el picaporte. Se detuvo en seco al ver cómo le temblaba la mano. Su cuerpo entero se agitaba.

—¿Estás segura de querer hacer esto? —se preguntó en un susurro.

Si lo pensaba demasiado no encontraría el valor. Tiró con decisión y se fue con sigilo por los pasillos y escaleras hasta que llegó a las cocinas. Salió por la puerta trasera hasta llegar a las cuadras. Ensilló un caballo y lo montó con mucha dificultad, no tenía costumbre ni era muy hábil. Por suerte el animal era manso y partieron con discreción. Pronto se dio cuenta de que había olvidado una prenda de abrigo. Ahora sus temblores se intensificaron debido a la fría y húmeda noche. De esa manera se apresuraría en volver a refugiarse en su cálido lecho y a su marido no le daría tiempo de echarla en falta.

—¿Pero en qué demonios estabas pensando, Eleanor? —murmuró entre dientes mientras guiaba a la pobre bestia hacia el Támesis.

Ni siquiera se había puesto unos guantes. Se frotaba las manos y se maldecía por ser tan impulsiva e insensata. No se arrepentía de intentar proteger a Andrew y a su familia, pero sí de su forma precipitada de hacer las cosas.

Al llegar a los muelles no reconoció el lugar y pensó que se trataba de otro sitio. Todos los almacenes y callejuelas le parecían iguales, oscuros, siniestros. En uno de los barcos descargaban la mercancía por la pasarela, en otro estaban ultimando para poder zarpar. Por lo menos esa vez pasaba desapercibida gracias a su indumentaria. El embarcadero seguía con su procedimiento rutinario y ella deambulaba perdida sin saber a dónde se dirigía, hasta que reconoció uno de los callejones. Se trataba del mismo en el que se había refugiado el pasado día con Elizabeth. Desmontó y ató al caballo en un poste. Se adentró con cautela por el paso estrecho y maloliente. Estaba muerta de miedo, aunque continuó adelante. Si no actuaba, su querido Andrew estaría en peligro. Eso le infundía el valor necesario para seguir caminando.

Estaba muy oscuro, no veía qué tenía a un metro de distancia. Comenzaba a flaquear debido a la angustia que le producía la situación. Ralentizó el paso y se detuvo para darse la vuelta, cuando escuchó unas voces. Miró en esa dirección y vio una pequeña luz titilante al fondo. Se acercó a investigar. Era la misma casa donde encontró al capitán la última vez, salvo que se trataba de otra estancia. Se agazapó entre las sombras y se arrimó al alfeizar de la ventana. Escuchó susurros y gemidos. Apoyó la mano en lo que creía que se trataba de una pared y esta

cedió bajo su peso. Se trataba de una puerta, que se abrió con un chirrido. Con el corazón atronando desbocado en su pecho, permaneció quieta, a la espera de que alguien la atrapara. Sin embargo, nadie acudió. Agachada, entró a hurtadillas. Se encontró con un pequeño distribuidor. Una vez en el interior se escuchaba con claridad el crujir de una cama y gemidos. Alguien estaba fornicando y un hombre no paraba de proferir obscenidades que escandalizaron a Eleanor. Aprovechó su distracción para colarse en la habitación contigua. Tan solo entraba una tenue luz que procedía de la estancia de los ruidos. Enseguida se dio cuenta de que no podría encontrar nada sin prender una vela. Tropezaría con cualquier mueble o haría crujir los tablones del suelo. Suspiró de angustia y miró hacia arriba en busca de ayuda divina. En ese instante percibió un brillo por el rabillo del ojo. Agudizó la vista y consiguió ver una pequeña silueta sobre una mesilla. Con el cuerpo encogido, caminó con cautela hasta que tocó el objeto con la punta de los dedos. La superficie fría, suave y lisa le agradó al tacto. Al cogerlo lo identificó, se trataba del jarrón. Pensó que estaba vacío hasta que, con el movimiento, sonó un pequeño tintineo. Volcó el contenido en la palma de su mano y cayeron unas monedas. No podía creérselo. Se había arriesgado para nada. Con el labio inferior temblándole por la congoja, se dispuso a dejar la vasija y marcharse antes de que la descubrieran. Ya era demasiado tarde. La puerta se abrió de par en par y lo último que vio antes de que todo se volviera negro, fue a un hombre que le asestaba con un garrote en la cabeza al grito de «¡ladrón!».

Andrew volvió tarde a casa. No soportaba un minuto más sin Eleanor. Le remordía la conciencia la discusión que habían tenido esa mañana. Quiso mantenerse firme con ella y no podía haberse equivocado más. Él era su protector, no su padre, el orgullo no le dejó llegar hasta esa conclusión hasta bien entrada la noche. Él no paraba de exigir que se confiara en su criterio y su palabra como si fuera ley, cuando la voz de su esposa no tenía relevancia alguna. Entendía la frustración por la que debía estar pasando.

Al llegar a su dormitorio, vio cómo se filtraba la luz bajo la puerta. Se alegró de que le estuviera esperando. No sabía cómo lo haría, pero debía encontrar el modo de disculparse con ella por su falta de consideración. Cuadró los hombros y entró con decisión. En la chimenea solo quedaban brasas, un candelabro estaba prendido y el lecho estaba sin deshacer. Dio una vuelta sobre sí mismo esperando encontrarla en algún rincón. No estaba. De pronto se le ocurrió la descabellada idea de que se había trasladado a otra habitación. La sangre le hirvió en las venas de pura rabia. Si su madre la había convencido de que se marchara, lo iba a oír.

Con paso firme y la vela en la mano, corrió hasta la estancia contigua, la que debería pertenecer a Eleanor. Estaba fría y la cama vacía. Andrew se quedó paralizado. Si no estaba ahí, ¿se habría marchado? El miedo se apoderó de él. Recorrió el pasillo hasta llegar al cuarto de su madre en el otro extremo. Entró sin llamar, dándole un susto de muerte.

—¿¡Acaso quieres matarme!? —dijo la mujer completamente alterada.

—¿Dónde está Eleanor? —le exigió saber sin importarle su malestar.

—¿Eleanor? —Lo miró aturdida sin comprender qué quería.

—¡Por el amor de Dios! He hecho una pregunta muy simple. ¿Dónde está mi esposa? —gritó con enfado.

—Se retiró temprano y no la he vuelto a ver más. ¿Por qué lo preguntas?

—No está acostada. La casa está en silencio y a oscuras, incluida la biblioteca. Solo he visto al mayordomo adormilado al abrirme la puerta principal. ¡Tiene que estar en algún lugar! —Se pasó las manos por el cabello con nerviosismo—. ¿Es posible que se haya ido a casa de

Elizabeth?

—Parecía un poco disgustada contigo, pero no creo que se fuera de este modo sin avisar y menos en su estado... ¡Oh! —La condesa se llevó la mano a la boca y lo miró con la esperanza de que no la hubiera entendido.

—¿Qué quiere decir, madre? —Dio dos zancadas y se puso a un palmo de su cara.

—Nada, hijo. —Se toqueteó el gorro de dormir.

—Madre... —murmuró entre dientes.

—Es que es muy pronto para confirmarlo.

Dio un respingo al comprender de qué se trataba.

—¿Ella está...? —Se amasó el pelo de nuevo.

—No es seguro todavía —le advirtió.

—He de encontrarla. —Salió del dormitorio como una exhalación.

Despertó a todo el personal y les preguntó uno por uno cuándo fue la última vez que vieron a Eleanor. Nadie volvió a verla tras la cena. Desesperado, pidió que le ensillaran un caballo. Antes de que se lo entregaran, el mozo de cuadras le dijo que faltaba una yegua. Eso le hizo suponer que podría haber salido voluntariamente. Iría en su busca a casa de su hermana, no se le ocurría otro lugar.

Nunca un trayecto tan escaso se le había hecho tan tedioso. En su interior sabía que algo no iba bien. No quería ni imaginarse que lo hubiera abandonado. Llegó al umbral de los Archivald y aporreó la puerta hasta que le abrieron.

—¡Milord! ¿Qué sucede? —se alarmó el ama de llaves al permitirle el paso a la vivienda.

—¿Se encuentra aquí lady Lensy? —Apremió a la pobre mujer que lo miraba con espanto.

—No, su señoría no estuvo hoy en todo el día —respondió solícita.

—¿Qué ocurre? —Thomas bajo las escaleras. Su esposa, Elizabeth, le seguía unos pasos por detrás.

—Eleanor ha desaparecido. No la encuentro en ningún sitio —les informó.

—¡No es posible! —susurró Elizabeth y ahogó un sollozo.

—¿Cabe la posibilidad de que tú sepas dónde está? —suplicó a su hermana.

Primero negó con energía, después comenzó a llorar y decidió hablar por el bien de Eleanor.

—Hace dos días fuimos hasta los muelles —comenzó a explicar. Su marido se la quedó mirando como si se tratara de una extraña, aunque se calló y la dejó continuar—. Quería ver esos animales exóticos de los que os escuché hablar. Eleanor me acompañó, no le dejé otra opción. Por supuesto, no encontramos lo que buscábamos, nos vimos en mitad de una pelea de marineros y nos refugiamos en un callejón. En una de las casas, Eleanor vio por la ventana al capitán Brienne. Lo escuchó decir algo muy sospechoso a una prostituta. La mujer le preguntó si iba a engañar a su amigo el conde y él le mandó callar. En ese momento descubrieron a Eleanor. En la cena de ayer, el capitán le dio a entender que la había reconocido, pero que le guardaría el secreto. Luego se le cayó una carta que ella recogió cuando os fuisteis a tomar los licores.

—¿La misma que le dio cuando ya se iba? —la interrumpió Andrew.

—Sí. —Se enjugó las lágrimas—. Creíamos que se trataba de una nota en clave. Parecía un galimatías. Después de mucho investigar, Eleanor recordó algo de aquel lugar en el puerto que creía que tenía relación, un jarrón con flores pintadas. Pretendía que fuéramos juntas a investigar y yo me negué. Le hice prometer que no lo haría sola, pero como creía que estábamos todos en peligro por culpa del capitán Brienne, seguramente se haya ido ella sola hasta allí.

—¿Qué decía la nota, ¿lo recuerdas? —le apremió su hermano.

—Por supuesto. Rezaba: Las voladuras se realizarán dentro de las tres flores según lo

pactado 0312. La carga habrá volado del nido a la madriguera. R. B.

Andrew y Thomas se miraron con los ojos desorbitados y gritaron a la vez:

—¡Dios mío!

—¿Cómo es posible que Brienne nos haya traicionado? —preguntó Thomas a su cuñado.

—No tengo ni la más remota idea. Le hubiera confiado mi vida —murmuró con rabia—. Voy en su busca ahora mismo y pienso averiguarlo. Te juro por lo más sagrado que, si le ha hecho daño a Eleanor, lo mataré con mis propias manos. —Giró sobre sus talones y corrió hacia el exterior.

—¡Espérame! Me visto en un par de minutos y te acompaño. No sabes lo que te puedes encontrar —le advirtió Thomas.

—Tú lo has dicho, no sabemos lo que me voy a encontrar y, por lo tanto, no sé a lo que se está enfrentando Eleanor. —Montó a caballo de un salto—. Sígueme más tarde si quieres, pero no pienso esperarte cuando no sé si la vida de mi esposa corre peligro. —Espoleó al corcel negro, que relinchó y se puso a dos patas, luego salieron al galope rumbo a los muelles.

Mientras azuzaba a la pobre bestia para que corriera como alma que lleva el diablo, la angustia le atenazaba la garganta. Si la hubiera escuchado no estaría en esa situación. Solo rezaba para que no fuera demasiado tarde.

Capítulo 25

Junto a las frías aguas del Támesis, un puñado de marineros borrachos se arremolinó cerca de la yegua de Eleanor. Aunque el animal no era de la mejor casta, la silla era una pieza excepcional, sin duda la de un noble. Hacía tanto rato que estaba allí parado que comenzaron a pensar que no volverían a por él. Un hombre que podía permitirse una montura como esa no frecuentaba los bajos fondos, ni siquiera en busca de compañía femenina y, mucho menos, un trago. Si nadie la reclamaba pronto, se la agenciarían.

Andrew no sabía dónde buscar. Salió con tanta premura que no se le ocurrió preguntarle a Elizabeth algún dato sobre el lugar. Pronto se dio cuenta de que no le hacía falta. Eleanor dejó el caballo atado en un espacio visible y los tripulantes de un barco estaban merodeando a su alrededor.

—Buenas noches —les dijo con firmeza—. ¿Dónde está el dueño? —Señaló con un gesto al animal y no se le ocurrió mencionar que fuera de una dama.

—Nosotros no hemos visto a nadie, y eso que llevamos aquí desde hace un buen rato —habló el más viejo y dio un paso atrás al ver el mismo emblema en las dos sillas de montar—. Muchachos, alejaos —ordenó a sus compinches que obedecieron entre exabruptos y miradas desdeñosas.

En ese instante, Brienne salió de uno de los callejones. Se quedó petrificado al ver al conde en ese lugar a esas horas de la noche.

—¡Andrew! —lo llamó con familiaridad.

Lord Lensy desmontó y, en pocas zancadas, llegó hasta el capitán y lo agarró por el pescuezo.

—¿¡Dónde está mi esposa, bastardo!? —le escupió las palabras a la cara.

—Amigo, ¿qué ocurre? —No se defendió del agarre, ni tan siquiera levantó el tono de voz.

—¡¡No te hagas el inocente conmigo!! —bramó al ver que pretendía engañarlo haciéndose el ingenuo—. Sé que viste a Eleanor hace un par de días y te escuchó hablar con una de esas putas que frecuentas. Esta noche ha desaparecido después de haber venido sola hasta aquí. Solo tú puedes saber dónde se encuentra. Así que, si no quieres que te hunda la nariz a puñetazos, ¡dime dónde está! —Zarandeo al hombre que continuaba sin protegerse.

—Golpéame tanto como quieras si eso te va a hacer sentir mejor, pero no te puedo decir dónde está Eleanor.

En un ataque de rabia el conde le asestó un cabezazo y le rompió la ceja en el acto. La sangre comenzó a bañar el ojo izquierdo del capitán. Estaba cegado por la furia. Aunque algo le extrañó. Conocía lo suficiente a su amigo como para saber que no se dejaría vencer sin presentar batalla, y no le atacaba. Lo agarró por las solapas y lo miró a los ojos. Los brazos de Brienne continuaban laxos a ambos costados.

—Cuando te hayas desahogado, podrías solicitar mi ayuda. Mientras tanto, ella seguirá perdida y en manos de desalmados —le dijo con voz calmada.

—¿Qué quieres decir? —le exigió saber.

—Que tu querida esposa es una temeraria y ha vuelto a meterse en la boca del lobo pese a mis advertencias. Le dije que no volviera a los muelles y no me hizo caso, pero creo que no se lo

hace a nadie, ni siquiera a ti. —Soltó una risilla.

—¡Maldito seas, Brienne, no estoy para chanzas!

—¡Yo tampoco! —Lo cogió de las manos y lo invitó a que aflojara el agarre—. Me resulta un tanto complicado hablar con la garganta comprimida.

Lo soltó con fiereza y se apartó unos centímetros, aunque no demasiado por si quería salir huyendo. Brienne se frotó la piel magullada del cuello.

—Siento ser portador de malas noticias, pero tu mujer se ha metido en graves problemas. —Levantó la mano y le enseñó la alianza de Eleanor. Andrew se la arrebató y la apretó dentro del puño.

—¿Dónde está? ¿Qué quieres a cambio? —masculló encolerizado.

—Me temo que no me has entendido. —Dejó escapar un suspiro exasperado—. Jamás te traicionaría, pero creo saber de quién se trata. Todo tiene que ver con la nota que me entregó Eleanor el otro día en tu casa. No me pertenecía. —La sacó del bolsillo y se la entregó—. Alguien de los que nos acompañaban esa noche conspira en contra de nuestro negocio y, te aseguro, que no soy yo. Estaba intentando descubrirlo por mi cuenta para no levantar sospechas y cazar infraganti al culpable, pero me temo que tu encantadora esposa se ha entrometido en el peor momento y la han capturado. El anillo se le debió de caer antes de que se la llevaran de la casa de Margot, la ramera que se me ha pegado desde el mismo día en que llegué a puerto. No ha hecho más que seguirme a todas partes y preguntar cosas que no vienen a cuento, así que entiendo que está implicada o la están utilizando.

—Brienne..., aclárame todo este entuerto porque te juro que voy a volverme loco. —Se mesó los cabellos, preso de la desesperación.

—Y lo haré, amigo, no te quepa duda. Confía en mí y arrojaré luz a todo este entuerto. Juntos encontraremos a Eleanor.

Un terrible dolor de cabeza despertó a Eleanor unas horas después de su captura. Intentó levantarse del apestoso lecho improvisado en el que estaba tumbada. El olor a orina rancia se le coló por las fosas nasales y le revolvió el estómago. Se alejó a cuatro patas de las sábanas amarillentas y mugrosas. No lograba ponerse en pie, todo le daba vueltas. Tenía la garganta tan reseca que no lograba tragar ni su propia saliva. Acabó sentada en la esquina opuesta y con la espalda apoyada en la pared. Apenas entraba luz a través de unos tablones que tapaban el único estrecho y alto ventanuco. Parecía que ya se había hecho de día. En cuanto sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y la habitación dejó de girar a su alrededor, comprobó que estaba en alguna buhardilla de una vieja casa destartada y llena de polvo. Sin contar las mantas que le habían servido de colchón, solo había una cómoda carcomida por las termitas. Se levantó tambaleante y la arrastró hasta que la tuvo bajo la ventana. Se subió en ella e intentó arrancar las tablas que la ocultaban. No le costó demasiado, la madera estaba podrida y los clavos cedieron al segundo intento. No reconoció el exterior. Allá donde alcanzaba la vista solo distinguía tejados. Corrió hasta la puerta y la intentó abrir. Fue en vano, estaba cerrada. Los ojos se le inundaron de lágrimas y volvió a dejarse caer en el mismo rincón. No paraba de preguntarse cómo podía haber sido tan necia de creer que iba a atrapar al capitán Brienne sin ayuda de nadie. La habían capturado y no sabía qué sería de ella. Ni siquiera sabía si volvería a ver a Andrew. Estaba atrapada por culpa de su terquedad y de no querer seguir las normas que le imponían. Lloró con amargura y se arrepintió de su impetuoso carácter. No era más que una mujer, ¿qué creía que podría resolver? Seguramente su marido se alegraría de su desaparición y pronto sería relegada al

olvido.

El sonido de unos pasos la sacó de sus dramáticos pensamientos. El crujir de los escalones era cada vez más próximo y se hizo un ovillo a la espera de que se abriera la puerta y fueran a por ella. La llave giró en la cerradura y, tras el chirrido de los goznes, la luz entró a raudales en el cuartucho. Eleanor tuvo que ponerse la mano sobre los ojos y distinguió la figura de dos hombres en el umbral. Uno de ellos era tan enorme y fornido que le sacaba una cabeza de altura al otro.

—Aquí la tiene. Le dije que se trataba de la mismísima condesa de Lensy —dijo el más grande.

—No puedo creerme la suerte que hemos tenido —soltó el otro entre risas.

A Eleanor se le encogió el corazón al escuchar al segundo. Esa voz altiva, esas carcajadas que le hacían poner el vello de punta... No se trataba del capitán Brienne. Era alguien mucho más cercano y perverso que bien sabía ella hasta qué punto podía llegar a ser malvado. Muerta de miedo, intentó enfocar la vista y, cuando lo logró, se topó con la cara de su padrastro a escasos centímetros de la suya. Profirió un grito que le desgarró la garganta. Una fuerte bofetada la hizo callar de inmediato.

—Vamos a ver si entiendes esto. —Le rodeó el cuello con las manos y apretó hasta que casi no dejó entrar un soplo de aire en los pulmones de la muchacha—. Sacaré mucho más beneficio si permaneces viva, pero si te empeñas en no colaborar, me daré por satisfecho arrebatándote la vida. No sabes el placer que eso me produciría. Me crees, ¿verdad? —Eleanor asintió entre lágrimas—. Bien. —La soltó con desprecio y le golpeó la cabeza contra la pared—. Esta vez, tu arrogante y petimetre maridito no logrará rescatarte, que te quede bien claro. Cuando le haya sacado hasta el último chelín y logre dar con tu paradero, yo ya estaré tan lejos que nada podrá hacer por encontrarme. ¿Te lo imaginas? —Se carcajeó. Su compinche lo imitó—. Ese imbécil aristocrático no será nadie sin recursos. Sus amiguitos nobles le harán el vacío y tú terminarás remendando sus camisas y las de otros para pagarlos el sustento.

—No importa que lo despojes de su fortuna, él siempre será un caballero, cosa que tú jamás podrás ser por mucho dinero que robes —dijo Eleanor con la barbilla alzada y llena de orgullo.

Estaba convencida de que no se libraría de la represalia del señor Burch, lo que no esperaba es que le atizara tremendo golpe que la dejó inconsciente de nuevo.

—Mire, Burch, si sigue dándole esos mamporros, nos vamos a quedar sin la recompensa por su rescate, no creo que valga lo mismo muerta —le advirtió el compinche al ver cómo la muchacha se desplomaba como un pelele.

—Puede que tengas razón, pero prefiero acabar con ella a dejar que me insulte —sentenció con tono letal—. Y ahora, asegúrate de que no pueda escucharla nadie.

—¿Con qué demonios pretende que la amordace?

Burch miró a su alrededor en busca de cuerdas o trapos que pudieran servirles como ligaduras.

—Rompe las sábanas en tiras y átale también las manos. No me fio de esa arpía. —Se giró con indiferencia y bajó las escaleras silbando.

—¿Puedo tomarme ciertas libertades con la chica? —preguntó mientras se relamía y miraba a Eleanor con lascivia.

—Es una auténtica pena, pero me temo que la muy furcia está preñada desde antes de casarse. Con tu poco refinamiento y tamaño, estoy convencido de que la lastimarías. Si se desangra, entonces ya no nos servirá para nada.

El hombre, algo disgustado por no poder satisfacer su lujuria, pronunció un sinfín de improperios mientras inmovilizaba a Eleanor.

Capítulo 26

Ya había amanecido cuando lord Lensy, su cuñado Thomas Archivald y el capitán Brienne llegaron a la residencia de los Somerset. Andrew estaba abatido. Hacía muchas horas que su esposa había desaparecido y las pocas pistas que tenían no eran suficientes para dar con su paradero.

—¿La habéis encontrado? —Corrió a recibirles la condesa viuda que, por su aspecto, también había pasado la noche en vela.

Andrew negó con un gesto de cabeza. No tuvo valor para decirlo en voz alta, había fallado a Eleanor. Prometió que siempre la protegería y no cumplió su promesa.

—Ordene que nos sirvan café en abundancia en la biblioteca, madre —murmuró por encima del hombro sin mirarla a la cara.

Los tres hombres se metieron en la estancia y cerraron la puerta. Llevaban demasiado tiempo buscándola sin descanso por los muelles. Preguntaron a cada transeúnte con el que se toparon y nadie sabía ni había visto nada. Estaban en un callejón sin salida. Lo peor de todo es que todavía no tenían la certeza de saber quién de los tres socios restantes era el implicado en el secuestro de Eleanor. Las averiguaciones que había hecho la fiel tripulación de Brienne, los llevaban al mismo punto: a un hombre de aspecto noble, refinado y perfumado. Cualquiera de ellos se ajustaba a esa descripción. Andrew rezaba para que no se tratara de su amigo Henry Slater. Podría soportar que fuera cualquiera menos él. Se conocían desde la infancia. Aunque le sacara de quicio en incontables ocasiones, le tenía en gran estima. Sin embargo, si se enteraba de que él era el culpable, sería capaz de matarlo. Le había mandado una misiva para citarlo con urgencia esa misma mañana sin decirle el motivo de su angustia. Si se trataba del secuestrador, quería pillarlo desprevenido.

Unos minutos más tarde, mientras sorbían en silencio el café, Slater entró en la biblioteca sin ser anunciado. Llegó sonriente y fresco como una rosa, hasta que reparó en las caras de sus amigos.

—¿Qué ocurre? —preguntó desconcertado.

—Eleanor ha desaparecido —le informó lord Lensy sin apartar la vista de Slater. Si respondía de algún modo extraño quería actuar de inmediato.

—No lo entiendo... ¿Ha salido y no ha vuelto? —Observó de hito en hito a los hombres que tenía enfrente sin comprender qué pasaba.

—No. Salió anoche a los muelles y la han capturado —respondió Brienne.

—¿A los muelles? Eso no puede ser, ¿qué iba a hacer ella allí? —Se quedó perplejo con la información.

—Puede que estuviera siguiendo tus pistas —sugirió Thomas.

—¿Qué insinúas? —Frunció el ceño y miró a lord Lensy—. ¿Crees que yo tengo algo que ver con su desaparición?

—No lo sé, Slater. Dímelo tú. —Dio un par de pasos hacia él—. Júrame que no tienes nada ver, que no sabes nada, que no eres el traidor que tenemos infiltrado. —Lo agarró por las solapas y los ojos se le anegaron de lágrimas—. Si la tienes tú, te daré todo lo que me pidas. No habrá negociaciones.

—No sé dónde está Eleanor, te lo juro. —Bajó la mirada, entristecido—. Me apena que pienses que yo estoy implicado, porque antes preferiría morir a perjudicarte de algún modo. Te considero mi mejor amigo, aunque está visto que el sentimiento no es recíproco.

El conde abrazó a Slater y se tragó el enorme nudo que le atenazaba la garganta. Estaba tan ofuscado que ya no sabía en quién podía confiar.

—Lo siento, Henry, pero estoy desesperado —le susurró al borde de las lágrimas—. Sanders o Hudson tienen que ser partícipes de esto.

—Puede que ambos —le recordó Brienne—. Ellos ya se conocían de antes y se asociaron con nosotros la misma tarde en la que se les hizo la oferta naviera. Como no tenían problemas de solvencia y pusieron el dinero por delante, no les pusimos objeción.

—¡Perdón, perdón, perdón! Me estoy perdiendo... —exclamó Slater con las palmas en alto—. ¿Qué demonios tiene que ver nuestro negocio con la desaparición de Eleanor?

—Ella y Elizabeth fueron un día hasta los embarcaderos porque querían ver los animales exóticos que habían llegado de las indias —comenzó Thomas.

—Y allí, con lo que se encontraron, fue conmigo y una prostituta que creemos que está implicada. Eleanor malinterpretó lo que oyó y me tomó por el traidor —continuó Brienne.

—En la cena del otro día, mi esposa encontró una nota que pensó que era de Brienne —prosiguió Andrew—. Ella no entendió el contenido, pensó que estaba cifrado y se lo enseñó a Elizabeth, que tampoco lo comprendió. Y lo que en verdad no supieron interpretar fue el tipo de lenguaje coloquial. Se lo tomaron literalmente.

—Recuerdo que antes de marchar le dio una carta al capitán... —Slater se frotó la barbilla, pensativo. Brienne le ofreció la hoja para que la leyera—. ¡¡Santo Dios!! Van a robarnos la mercancía y nos van a volar los barcos una vez que estén vacíos. ¡Incluso saben la fecha! —dijo alarmado en cuanto la hubo analizado—. He invertido todos mis ahorros en esto, me llevaría a la quiebra si sucediera esta desgracia.

—Todos nos veríamos gravemente perjudicados —confirmó Thomas.

—Tenemos que averiguar de quién o quiénes se trata y ponerlo en conocimiento de las autoridades. Quiero a los responsables colgados de una soga —sentenció Slater.

—No puedo estar más de acuerdo contigo, amigo —le aseguró Andrew—. Pero primero quiero a mi esposa de vuelta en casa sana y salva.

El mayordomo los interrumpió en ese instante y entró sin el permiso del conde. Era evidente que estaba nervioso y entre las manos temblorosas sostenía una carta.

—Le ruego que me perdone, su señoría. He de entregarle esto de inmediato. El joven que me la ha entregado me ha dado muy mala espina y me temo que, por sus instrucciones, se trate de lady Lensy.

—¡Ordena a todos los mozos que salgan en busca del hombre que acaba de irse! Simplemente que lo sigan. El que dé con él y me ofrezca la información, será recompensado. —Lord Lensy le arrebató la misiva y la abrió sin miramientos. El mayordomo corrió a cumplir con su cometido.

No había lugar a dudas, el captor ya reclamaba un rescate por Eleanor, y se trataba de una cifra desorbitada. Tendría que reunir toda su fortuna para pagarla. Debería entregarla en el plazo de un día, en un lugar que le indicarían en otra carta junto con el resto de instrucciones. Dentro del sobre también encontró un mechón de los cabellos de su amada Eleanor. En un ataque de cólera, Andrew arrugó el papel y lo tiró al suelo. Solo podía pensar en su mujer, en cómo la estarían tratando o si la mantenían con vida. Al pensar en esa opción el corazón se le partía en mil pedazos. Brienne recogió la nota y la leyó.

—¿Dispones de tanto? —le preguntó el capitán en cuanto la hubo terminado de leer.

—Sí, es todo lo que me queda después de lo que invertimos. Es como si tuvieran toda la información sobre mi economía... —Se quedó pensativo y se giró a mirar a sus amigos—. ¡Sanders! —masculló con rabia—. Su familia es dueña del banco donde tengo ingresada toda mi fortuna.

—¡Pues claro! También de la nuestra. ¿Cómo no se nos había ocurrido antes? —se lamentó Thomas.

—Hay algo que no me encaja... —Andrew se desplazó de un lado a otro, devanándose los sesos—. ¿Por qué iba a arriesgar su futuro y el de sus hijos cuando él dispone de una gran riqueza?

—Puede que la haya perdido —apuntó Brienne—. Por lo que he oído últimamente jugaba en exceso y apostaba fuertes sumas.

—Yo también escuché rumores al respecto —afirmó Slater—. Aunque pensé que solo se trataba de eso, rumores. Sobre todo, después de ver su solvencia con respecto al negocio.

—¡Ya tenemos un motivo! —Andrew se retorció las manos con nerviosismo sin dejar de pasear por la habitación—. Ahora, ¿qué demonios hacemos con esa información? —Dio un puñetazo sobre el escritorio, en cuya madera dejó los nudillos marcados.

—Guarda la calma, amigo —le aconsejó Brienne—. Si te dejas llevar por las emociones el enemigo tendrá la batalla ganada. Deja que te ayude a urdir un buen plan. Replegaré a mis marineros y cooperarán como si de nuestro propio ejército se tratara. Por si nuestros planes fallaran, tú sigue con lo que te han indicado los captores, ve al banco y retira el dinero que te han demandado. Nuestra prioridad es rescatar sana y salva a Eleanor. También hay un detalle que no podemos obviar, y es que no actúa solo. La persona que firma la nota tiene como iniciales “R. B.”, quizá podamos tirar del hilo por ahí. Y si algunos de tus asalariados logran descubrir quién es el mozo que ha entregado la carta o de dónde procede, sería un gran comienzo.

El conde asintió y, sin ponerse el sombrero ni los guantes, salió hacia las cuadras. No le preocupaba lo que dijera la buena sociedad londinense con respecto a su atuendo. Ya nada le importaba si Eleanor no estaba a su lado. Apartó de un manotazo la lágrima que le resbaló por la mejilla y espoleó a su caballo en cuanto lo hubo montado.

—De acuerdo, Brienne, ¿de verdad tienes las cosas tan claras para solucionar esto o estás tan perdido como nosotros? —preguntó Thomas desesperanzado.

—No tengo ni la más remota idea de por dónde empezar —confesó.

—Entonces, ¿por qué diablos le das esperanzas? —le reprochó Slater con enojo.

—Porque pienso hacer todo lo que esté en mi mano para lograrlo. ¿O preferiríais que le dijera a Andrew que perdiera toda esperanza? Él está ofuscado. Nosotros arrojaemos luz a este entuerto. ¿Estáis conmigo? —los alentó a unirse al fervor de sus palabras.

—¡Por supuesto! —exclamó Thomas.

—¿Por dónde empezamos? —se animó Slater.

Brienne agarró la cafetera y sirvió las tazas. Debían tener la mente despejada para trazar un buen plan.

Capítulo 27

Cual prisionero en la Torre de Londres, a Eleanor le ofrecieron un mendrugo de pan y una taza roñosa con agua. Estaba tan hambrienta que no se le pasó por la cabeza rechazarlo. No sabía cuándo volverían con más alimento, así que lo ingirió sin más miramientos. Ya bastante tenía con el palpitante dolor de cabeza por los golpes recibidos como para tener que soportar el rugir de sus tripas. Tras el miserable almuerzo la volvieron a amordazar.

En ese inmundo desván, los minutos, las horas, pasaban y solo podía pensar en Andrew. Haría cualquier cosa por enmendar lo sucedido. Murmuraba plegarias sin descanso rogando por volver a reunirse con él. No quería perder la esperanza de que la rescataran. Sin embargo, conociendo a su padrastro, se temía lo peor. Recostada sobre las mantas, esperaba con inquietud a que algo ocurriera. Suspiró profundamente y se armó de valor. Por su bien y el de la posible criatura que albergaba en su vientre, debía guardar la calma.

En la otra punta de la ciudad, Andrew llegaba a las puertas del banco. Ni siquiera se preocupó de atar al caballo. Desmontó y entró en la sucursal. La gente lo miraba con extrañeza. Las mujeres asustadas se apartaban de su paso. Llevaba el cabello revuelto, la corbata desanudada, la mirada perdida e iba sin guantes ni sombrero. Uno de los empleados llamó de inmediato a su superior, los problemas que se avecinaban se percibían en el aire. Un hombre pequeño, de mediana edad y con un bigotillo bien recortado, se acercó con cautela al conde.

—Muy buenos días, su señoría. ¿En qué puedo ayudarle? —Le hizo una profunda reverencia y le habló en susurros para no alterar a nadie.

—Quiero todo mi dinero —le dijo sin rodeos.

—Muy bien, milord. Si me acompaña a la oficina le daré la cantidad que precise. —Hizo un ademán con la mano para que lo siguiera.

—Creo que no me ha entendido —le respondió crispado—. No quiero una parte, lo necesito todo.

El hombrecillo abrió los ojos como platos y se apresuró a llegar al resguardo de su despacho. Una vez que estuvieron dentro, cerró la puerta de inmediato.

—Su señoría tiene que entender que en los bancos no tenemos el capital de todos nuestros clientes. Está repartido por el país en préstamos, inversiones...

—¡Ya sé cómo funciona un banco! —lo interrumpió presa de la desesperación—. Pero yo necesito mi parte. ¡Quiero retirarlo todo ahora mismo! —Golpeó la mesa y saltaron los objetos que había en ella. El empleado tragó saliva y reculó un paso.

—Por mucho que quiera, no puedo complacerle. —Se apartó un poco más por miedo a que lo golpeará—. Posee una de las mayores fortunas de las que disponemos, pero lord Sanders últimamente... —titubeó antes de continuar—. Ha estado llevándose más dinero del que debía, y ahora apenas tenemos para ir dando pequeñas sumas y préstamos. Si le diera a su señoría todo lo que tenemos, sería la quiebra para el banco y la ciudad entraría en crisis. Sin contar con que no le daría su totalidad y perdería el resto.

—¿Me está diciendo que lord Sanders está utilizando fortunas ajenas para sus propios

propósitos?

—Le ruego que no alce la voz o nos veremos en un grave aprieto. —Se arrodilló y le suplicó con la frente perlada en sudor y las lágrimas pugnando por salir—. El banco está repleto y cundiría el pánico.

—Entonces no puede ser lord Sanders... —Andrew razonó en voz alta y el administrativo frunció el ceño sin comprender—. No se preocupe, entiendo la situación.

El conde giró sobre sus talones y salió del banco sin mirar atrás. Tenía que reunirse con sus amigos y contarles lo sucedido. Lord Sanders podría estar implicado, pero jamás le pediría que sacara el dinero de su propia sucursal sabiendo que así destaparía su fraude. El cabecilla debía de ser alguien que no tenía conocimientos de economía o bien no le importara la crisis económica que iba a provocar.

Al llegar a su residencia el mayordomo le informó de que ninguno de los mozos había dado con el paradero del muchacho que había entregado la misiva esa mañana. Asintió sin prestarle más atención y fue hasta la biblioteca. Allí se encontró a sus amigos muy concentrados alrededor del escritorio, tomando anotaciones y bebiendo café.

—¡Andrew! —Slater se dio cuenta de su llegada y todos alzaron la vista—. ¿Ya te han dado el dinero?

—No, y me temo que el que pide el rescate no puede ser Sanders —masculló entre dientes—. Ese bastardo se está gastando las fortunas de medio Londres, y no me pueden entregar una suma tan elevada sin provocar una crisis financiera porque sus arcas están prácticamente vacías. ¡Estoy desesperado! —Se dejó caer en una silla y se mesó los cabellos.

—Entonces tenemos que replanteárnoslo todo desde el principio —expuso el capitán sin dejar que nadie viera reflejada la desilusión en sus palabras—. Debemos tener una mente fría y analítica. Puede que ya haya llegado el momento de hacer una visita al último asociado: el señor Hudson.

No hubo objeciones, asintieron y se pusieron en marcha. Estaban cansados de urdir planes que no los llevaban a ningún lado. Sus cuerpos les pedían acción.

Al llegar a casa de los Hudson les abrió la puerta una sirvienta que, asustada como estaba, no tuvo más remedio que dejar pasar a esos cuatro hombres fornidos para que no la arrollaran.

—¿Dónde está el señor Hudson? —le exigió saber Andrew.

—En el salón, con la señora y los niños —farfulló muerta de miedo y les indicó la dirección.

Cuando llegaron a la estancia entraron sin llamar. La señora Hudson profirió un grito por la impresión y los pequeños los miraron con asombro.

—¿Qué ocurre, caballeros? —dijo extrañado el señor Hudson, que los miraba de hito en hito sin poder comprender su intromisión.

—Será mejor que nos acompañe a otra habitación. Tenemos que hablar de negocios. —El tono acerado del conde no daba opción a réplica.

El hombre los condujo hasta su despacho y una vez que estuvieron allí reunidos, lord Lensy se abalanzó sobre él.

—¿¡La tienes tú!? ¡¡Habla!! ¿¡Dónde la tienes!? —Lo zarandeó con tal ímpetu que salieron volando las pequeñas lentes que tenía sobre la nariz.

—No sé de qué me habla, Lensy —le aseguró—. No tengo nada suyo, ¡se lo juro!

—Andrew, suéltalo —Slater lo incitó a dejarlo y entre todos lo agarraron para que se apartara.

—¿Alguno de ustedes puedes explicarme qué pasa aquí? —Hudson recogió sus gafas y se

las puso de nuevo, con claros síntomas de enfado.

—Han secuestrado a la mujer de Lensy —le informó Thomas.

Le comentaron entre todos el resto de la historia incluyendo el hecho de que lo tenían a él como sospechoso. El pobre señor Hudson sacó un pañuelo del bolsillo y se secó el sudor de la frente. No daba crédito.

—Me temo que yo sí que tengo algo más que sospechas acerca de lord Sanders —les reveló—. Lo conozco desde hace unos diez años y, desde hace dos, comencé a ver grandes cambios en él. Bebía más de la cuenta, se dejaba retar en cualquier tipo de apuesta y empezó a deber en White's y otros clubs. Gracias a su título, y respaldado por su propio banco, iba saldando deudas, con lo que pasó discretamente sin manchar su nombre. Casi al mismo tiempo que nos reunimos para hablar de nuestro negocio naviero, apareció en su vida un comerciante adinerado que lo enderezó. Comenzó a pagar sus deudas y Sanders volvió a ser solvente. No me preocupé porque pensé que todo era gracias a ese hombre que le prestaba dinero. Jamás me imaginé que lo que en realidad hacía era robar de su propio banco y que conspiraba contra todos nosotros. —Apretó el puño y gruñó de rabia—. Si hay alguien que esté manejando los hilos, es ese maldito negociante que le tiene absorbida la mente a lord Sanders.

—¿Sabe cómo se llama ese hombre? —preguntó Brienne, adelantándose al resto que estaban deseosos por saberlo.

—No estoy seguro... —Lo meditó unos segundos—. Creo que es Burns o algo similar.

—¡Burch! —gritó Andrew, encolerizado—. ¡Se trata de Roger Burch! ¿Cómo he sido tan necio de no darme cuenta? La nota estaba firmada por R. B. Tendría que habérmelo imaginado después de ver su nombre estampado en el libro de apuestas de White's. Si Eleanor está en sus manos, no me quiero imaginar por lo que estará pasando. —Se llevó las manos a la cabeza, horrorizado con los recuerdos que le venían a la mente de antes de su compromiso.

—Si la integridad de tu esposa corre peligro, volvamos a registrar los muelles de arriba abajo —convino el capitán—. Hablaré con mis marineros para ver si han obtenido alguna información que pueda ayudarnos.

—¿Y si la tiene en su propio domicilio? —sugirió Slater.

—Ese hombre es muy astuto y no creo que fuera tan insensato como para correr ese riesgo. La tendrá oculta, ¡estoy seguro! —Andrew se retorció las manos con nerviosismo—. He de regresar a casa para comprobar si han enviado más instrucciones. Si no hay noticias, me dirigiré a los embarcaderos. —Comenzó a caminar y todos le siguieron.

—Si no les importa, caballeros, me uniré a la búsqueda. —Hudson corrió tras ellos, sin olvidarse de coger su bastón con empuñadura de plata.

Ahora ya eran cinco los hombres dispuestos a todo con tal de dar con el paradero de Eleanor. Ella, ajena a todo eso, permanecía sola, asustada y amordazada en lo alto de ese viejo edificio destartado, pensando que jamás volvería a reunirse con sus seres queridos.

En cuanto llegaron a la residencia de los Somerset los recibieron con caras descompuestas esperando que trajeran buenas noticias. Al ver el rostro macilento del conde nadie dijo nada. Se limitaron a dejarles pasar y apartarse de su camino. Andrew ni se molestó en comprobar si había recibido correspondencia. Si la hubiera, se la habrían entregado nada más entrar. Sin embargo, algo perturbó el siniestro silencio.

—¡Déjeme, déjeme!! —Se oyó gritar a un chiquillo.

—¡Tim, no molestes a su señoría con tonterías, que no está el horno para bollos! —lo reprendió la cocinera cuando ya entraba en el vestíbulo, mientras se lo llevaba tironeándole de una oreja.

—¡¡Ay, ay, ay!! —aullaba de dolor.

—¿Se puede saber qué ocurre!? —tronó el conde, malhumorado.

—Disculpe, milord. —La mujer hizo una reverencia—. Es el nuevo muchacho que se ha empleado para limpiar las cuerdas. Ya avisé de que era demasiado joven y maleducado para el cargo, pero no me hicieron caso.

—¡Ya soy mayor! —replicó el niño y se puso bien erguido—. Y no soy maleducado. Solo quiero ayudar a mi señor.

—Llévenselo de aquí y que no arme más escándalo. —Se dio la vuelta antes de continuar—. No quiero volver a verlo.

El chiquillo se zafó del agarre de la cocinera y corrió hasta que asió la manga del conde y tiró de él.

—Se lo ruego, señor, puedo ser de gran ayuda. —Lo miró con ojos suplicantes.

—¡Pedazo de pícaro insolente! —La cocinera lo volvió a coger y una doncella la acompañó para llevárselo—. Te vas a marchar ahora mismo de esta casa, grosero. Atreverte a hablarle a su señoría en ese tono... —Lo arrastraron entre las dos mientras el chico pataleaba.

—¡Yo sé dónde fue! ¡Yo sé dónde fue! —gritaba una y otra vez el chiquillo.

—¡Un momento! —Lord Lensy reaccionó y corrió hasta él—. ¿De qué estás hablando? —le exigió saber al chico.

—Cuando mandó que todos los mozos siguieran al hombre que vino a entregar la carta, yo salí corriendo tras él; soy el más rápido de la casa, ¿sabe? —afirmó con orgullo. Andrew asintió y forzó una sonrisa para que continuara—. Ya sé que no estaba donde debía, pero yo lo vi llegar y fui como un rayo en esa dirección. Al poco rato lo encontré y lo estuve siguiendo hasta llegar a Whitechapel. Allí le perdí la pista. Después volví lo más rápido que me permitieron las piernas. Me he cansado mucho porque está un poco lejos, ¿sabe?

—Cierto, Tim, está muy lejos. —Andrew contuvo la emoción porque era la mejor pista que tenían hasta el momento—. Dele un chocolate caliente y unos pasteles al chico —ordenó a la cocinera.

—¡Gracias, señor! —Sonrió con satisfacción por haber complacido al amo.

En ese instante llamaron a la puerta y el mayordomo se apresuró en ir a abrirla. Como Andrew y sus amigos todavía permanecían en el vestíbulo, se giraron hacia la entrada. En el umbral aparecieron un par de hombres que se sacaron sus gorras de inmediato.

—¡Potter, Miller! —los llamó Brienne—. Son dos de mis marineros —le indicó a lord Lensy.

—Déjelos pasar de inmediato —ordenó el conde al sirviente.

Los marineros entraron y saludaron a los presentes con una inclinación de cabeza y a su oficial con el puño en la sien.

—Capitán, traemos noticias que creemos que pueden ser relevantes —comenzó a explicar Potter—. Nos hemos dedicado a seguir a todos aquellos que usted nos indicó y tenemos la sospecha de que la condesa podría estar oculta en una casa medio en ruinas de Whitechapel. El dueño es un usurero que posee varias propiedades y las alquila a prostitutas de los bajos fondos.

—¡Margot! —rugió Brienne con los dientes apretados.

—En efecto —confirmó el subordinado—. Es la residencia de esa mujer, aunque últimamente aparece menos por allí y se ha llevado a sus hijos a casa de una hermana.

—El grumete Harris se ha quedado vigilando el lugar —prosiguió Miller—. Un comerciante llamado Burch y uno de sus matones son los únicos que han entrado en el edificio desde que montamos guardia.

—Gracias por la información, muchachos. Esperad afuera hasta que salgamos —les indicó Brienne.

Los marineros asintieron, saludaron de nuevo con el puño en la sien y salieron de la mansión.

—Se estrecha el cerco alrededor de Whitechapel y nos confirma el testimonio del chico —ratificó el capitán.

Los cinco hombres se miraron entre sí y asintieron, no hacían falta las palabras. Si iban a asaltar una casa en el East End de Londres necesitarían algo más que sus propias manos para defenderse y salvar a Eleanor. Fueron hasta el mueble que había tras el escritorio de la biblioteca, Andrew sacó una llave y lo abrió. De allí sacaron un par pistolas, una se la quedó él y la otra Brienne. Slater se guardó un cuchillo en la bota. Thomas se guardó el abrecartas en el bolsillo y Hudson agarró con fuerza su bastón con cabeza de plata para hacerles entender que él ya estaba servido. Después salieron con decisión de la casa.

Capítulo 28

Eleanor llevaba tanto rato tumbada en esa horrible buhardilla que empezó a distraerse con el sonido de los ratoncillos que correteaban a través de las paredes. En otro momento de su vida le hubiera puesto los pelos de punta escucharlos, pero ahora no tenía otro entretenimiento.

Un golpe que meneó los cimientos la sacó de inmediato de sus malsanos pensamientos. Era como si alguien hubiera entrado en la vivienda dando un tremendo portazo. Oyó unos pasos y dos hombres empezaron a discutir, aunque no lograba entender lo que decían. Lo único que tenía claro era que uno de ellos era Burch. Hubiera identificado esa siniestra voz entre un millón. Agudizó el oído y permaneció inmóvil, casi sin respirar, para poder entender la conversación.

—¿Te has vuelto loco de remate! ¿Cómo se te ha ocurrido secuestrar a lady Lensy? Por tu culpa el conde ha acudido al banco, ¡mi banco!, a solicitar todo el dinero de su cuenta para dártelo a ti.

—Tranquilízate, Sanders, tú también te llevarás tu parte —respondió Burch en tono jocoso.

—¡Majadero! Lo que has provocado es que me descubran. —Se paseó de un lado a otro, sudando y tirándose del pelo con desesperación.

—El dinero de la inversión y la carga de los barcos no es ni mucho menos igual que la fortuna de ese petimetre. ¡Lo supera con creces! ¿Es que no lo ves?

—¡No, maldito insensato! Porque no tengo ese dinero, ¡no existe! Con el beneficio que iba a sacar de este asunto iba a cubrir parte de las deudas y sanear las cuentas.

—¿Has robado todo ese dinero? —gruñó de rabia al darse cuenta de lo que le decía.

—En los bancos no tenemos el capital real de todos nuestros clientes, solo hay alrededor de un diez por ciento. Y yo lo he perdido casi todo. Si no hubiera tocado nada y Lensy quisiera recuperar toda su fortuna, necesitaría cerca de una semana para poder devolvérsela íntegra. ¡Jamás se la podría dar en un solo día sin provocar una crisis financiera, zoquete! Ya no podremos esperar al doce de marzo a que lleguen los barcos de la India. Me van a denunciar y vendrán a por mí. Pero te aseguro que no me ahorcarán a mí solo, ¡¡bastardo!! —Le asestó un puñetazo a Burch que lo hizo tambalear.

Sanders se había olvidado por completo del enorme matón de Burch. Lo tenía a su espalda. De pronto se vio rodando por el suelo y arrolló todo cuanto había a su paso. Una patada lo lanzó por los aires, se rompió una silla y se desplazaron los muebles. No estaba en buena forma física y a duras penas logró ponerse en pie. Observó como Burch se frotaba con rabia la mejilla golpeada antes de hablar.

—¡Mátalo y después diles a Smith y Boots que lo tiren al río! —ordenó encolerizado.

—¡Te lo imploro, Burch! Ten piedad de mí —rogó Sanders postrándose de rodillas.

Nadie atendió sus súplicas. El grandullón sacó una daga de su espalda y le rebanó el cuello sin miramientos. Sanders boqueó unos instantes antes de desplomarse. La sangre brotó a raudales de su garganta y formó un charco a su alrededor en pocos segundos.

Andrew y sus amigos cabalgaban a buen ritmo siguiendo las indicaciones de los marineros. En ningún momento titubearon, cosa que era de agradecer. La angustia por no tener noticias de

Eleanor le corroía las entrañas. Pero ahora, más que nunca, no debía prescindir de su fortaleza.

—¡Mire, capitán! —Potter señaló al final de la calle—. ¡Es ahí, de donde están saliendo esos hombres con un saco!

Lord Lensy agudizó la vista y vio como las persona que abandonaban la vivienda iban con paso inestable en dirección contraria a ellos y arrastrando algo de gran volumen. Después lo metieron en un carro. Lo que realmente le puso en alerta fue que parecía que arrastraban a un hombre.

—¡Brienne! —gritó Andrew, y detuvo su caballo. Sus compañeros también frenaron la marcha—. Alguien tiene que seguirles, no sabemos a quién o qué transportan.

—Tienes razón, Lensy. ¡Potter, Miller! Vayan tras ellos —les dijo con firmeza—. Archibald y Hudson, será mejor que los sigan de cerca por si necesitan ayuda. —Los aludidos asintieron y se pusieron en marcha—. Ahora nos acercaremos a la vivienda. Slater, le dejaré la pistola, quédese guardando la puerta. Aquel hombre de barba y cara de malas pulgas que está apoyado en la esquina —Todos miraron en la dirección que les indicaban—, es el grumete Harris. Si necesitamos ayuda, no dudará en venir a auxiliarnos con solo un gesto de la mano. —Alzó el brazo para demostrarles que el marinero estaba atento. Este respondió de inmediato llevándose el puño en la sien—. Andrew, tú y yo entraremos.

Lord Lensy no hubiera aceptado otra opción. Si su esposa estaba allí dentro, nadie le iba impedir acceder a la vivienda. Desmontaron cerca de la entrada y ataron los caballos. Andrew pasó en silencio a la casa, la puerta permanecía abierta. El interior estaba en penumbra, revuelto, con los muebles volcados y en su mayoría rotos. Un gran charco de sangre destacaba en medio de todo aquel desastre. Rezó para que no perteneciera a Eleanor. En las habitaciones contiguas tampoco había nadie, solo desorden. Brienne le seguía de cerca.

—Parece que no hay nadie en esta planta —susurró el capitán.

Justo en ese instante un hombre enorme apareció de entre las sombras y le asestó a Brienne un golpe en la cabeza que lo dejó tambaleante. Lensy corrió a auxiliar a su amigo y recibió un codazo en la mandíbula que lo tumbó de espaldas. Conservaba los dientes, sin embargo, notó el saber ferroso de su propia sangre dentro de la boca. En un primer intento no logró levantarse, todo le daba vueltas. El capitán se recompuso y utilizó los restos de un mueble para golpear a esa gigantesca mole que parecía tener más músculos que cerebro. La madera se partió en astillas y el individuo gruñó con una sonrisa macabra.

—¡Lensy, sube a buscar a Eleanor! ¡¡Vamos!! —gritó Brienne y buscó algo más grande con lo que defenderse.

—¿Podrás retenerlo tu solo?

—¡Me las apañaré! —Se agachó con presteza y se libró de un buen mamporro.

Sin más dilación, Andrew corrió y subió al primer piso. Lo que encontró fue más suciedad y camas destartadas. Quedaba un tramo de escaleras. Decidió comprobar qué había arriba, pero se topó con la entrada cerrada. Pensando que se trataba de un desván inutilizado, se disponía a irse, cuando escuchó un gemido.

—¿¡Eleanor!? —preguntó a voz en grito.

Hubo otro quejido y luego un impacto. Sin pensarlo ni un segundo, le dio una fuerte patada a la puerta, que saltó de sus goznes. Lo que se encontró al otro lado lo dejó sin aliento. Burch tenía a Eleanor. Ella estaba amordazada y lloraba. La agarraba con firmeza desde la espalda, mantenía una daga en su garganta y la utilizó de escudo en cuanto vio que lord Lensy sacaba su pistola.

—¡Suelta el arma o le rebano el cuello! —le advirtió de modo tajante.

—¡Libérala! —le exigió.

—No pienso hacer eso. —Se rio con maldad—. Ella es la última carta que me queda.

—No tienes nada que hacer, has perdido. Deja que se vaya. —Dio un paso hacia ellos.

Eleanor chilló tras la mordaza porque Burch le estaba clavando el filo de la daga. Una gota de sangre corrió por su nívea piel. Andrew se detuvo al instante.

—No le hagas daño, por favor. —Se agachó y dejó el arma en el suelo—. ¿Quieres dinero? No hay problema, te lo daré.

—Por supuesto que me lo darás, pero ahora tumbate boca abajo y pon las manos a la espalda.

El conde obedeció a regañadientes. Si lo inmovilizaba podría llevarse a Eleanor antes de que llegaran sus colegas a auxiliarlo. Se puso de rodillas y miró a los ojos a su mujer. No se había atrevido a hacerlo antes. Como suponía, la congoja lo abordó al ver la desesperación en ella. En cuanto su pecho tocó el suelo, Burch soltó a Eleanor y le puso el pie en la espalda a Andrew. Le anudó las manos con un trozo de tela y luego le dio un par de patadas en las costillas que lo dejaron sin aliento.

—¿Dónde están tus amiguitos ahora? —le dijo sin dejar de golpearlo—. Se oyen golpes abajo.

—Brienne estará acabando con tu matón. No te dará tiempo de huir antes de que regresen a por nosotros el resto de mis colegas. Si te llevas a Eleanor, te alcanzaremos. Te perseguiré hasta el fin del mundo si es necesario. ¡Ríndete, no tienes escapatoria! —resolló por la falta de aire.

Burch soltó una carcajada. Obligó a Eleanor a que lo siguiera agarrándola del cabello y escupió al conde antes de responder:

—¿Me has tomado por necio? Si la dejo aquí, lo habré perdido todo. Si me la llevo como rehén, te encargarás de darme el rescate que me corresponde o no la volverás a ver con vida. ¡Antes muerto que dejarla aquí!

En ese momento se oyó un golpe seco y hueco, como si alguien hubiera golpeado un melón. Burch cayó al suelo como un fardo y, para sorpresa de Andrew, tras él estaba Brienne con un enorme palo en las manos.

—¡Brienne! —gritó Andrew asombrado—. ¿Has logrado tumbar al gigante de abajo?

—¡Qué más quisiera! —Sonrió de medio lado—. He necesitado la ayuda de dos hombres más para vencerlo y todos hemos salido mal parados.

Slater y el grumete Harris aparecieron a su espalda. Los tres presentaban magulladuras, cortes y las narices enrojecidas. Brienne se agachó entre quejidos de dolor y cortó las ataduras de Andrew. Al verse liberado, corrió a soltar a Eleanor. En cuanto le quitó la mordaza y le sacó las cuerdas de las muñecas, la besó con tanta pasión que sus amigos comenzaron a carraspear y a reírse. Lord Lensy se apartó de su esposa y sonrió. Eleanor se ruborizó y bajó la mirada.

Ataron a Burch antes de que se despertara y bajaron a la planta principal. En ese momento llegaron Archibald y Hudson. Thomas Archibald abrazó a su cuñada y dio gracias a Dios de que estuviera sana y salva. Después les explicaron que lo que en realidad habían estado siguiendo era el cuerpo sin vida de Sanders, y que consiguieron capturar a los secuaces de Burch justo antes de que lo arrojaran al Támesis.

Lord Sanders jamás se detuvo a pensar en las consecuencias de sus actos al meterse en ese embrollo. La clase alta nunca perdonaría tremenda deshonra. No solo se había condenado a él, sino a toda su familia. Nadie de la buena sociedad volvería a admitir a un Sanders y les harían el vacío. Los había sentenciado a todos.

La madre de Eleanor y su hermanastra Cassandra no correrían mejor suerte. Ahora se verían

dos mujeres solas en un mundo subyugado por hombres.

Los marineros de Brienne llamaron a las autoridades y se hicieron cargo del cuerpo de Sanders. A Burch lo llevaron al calabozo cuando todavía permanecía inconsciente.

Antes de que emprendieran camino de regreso a casa, Eleanor se acercó al capitán y le tocó con delicadeza en el hombro. Él se giró y la miró con curiosidad.

—¿Desea algo, *madame*? —le dijo con precaución al ver su rostro compungido.

—Lo siento, lo siento tanto... —musitó justo antes de echarse a sus brazos.

Brienne permaneció rígido y miró a lord Lensy. Este sonrió y se giró hacia otro lado para darle a entender que no le molestaba.

—Lo entiendo, *madame* —le susurró y le acarició la espalda con compresión—. Está todo olvidado. A partir de ahora seremos amigos.

—Gracias. —Le dio un beso en la mejilla, sonrió con gratitud y volvió con su esposo.

Capítulo 29

Eleanor estaba agotada, tenía frío y hambre, sin embargo, no se quejaba. Se aferró al pecho de su marido mientras cabalgaban de regreso a casa. De vez en cuando lo miraba de soslayo y, en cuanto veía el rictus severo de sus labios, volvía a agachar la cabeza. Parecía muy enfadado y estaba muerta de miedo por lo que le depararía el futuro.

Al llegar a las puertas de su hogar, la condesa viuda, Elizabeth y todo el servicio se pusieron a revolotear a su alrededor. Estaban muy alterados y querían saber en qué estado se encontraba Eleanor. Bastó una sola orden de lord Lensy para acallarlos a todos.

—¡Silencio! —dijo malhumorado—. Ella estará bien en cuanto se asee, coma y descanse. No quiero que nadie la atosigue ni la perturbe.

Su estricta mirada no daba lugar a réplica. Todos corrieron a cumplir con lo que se les había mandado. Incluso su madre y su hermana se retiraron, ya tendrían tiempo de hablar con ella.

Eleanor nunca había agradecido tanto un baño caliente como en aquel momento. Era un gran alivio poder quitarse los restos de sangre reseca de la nariz y la mugre que le cubría el cuerpo entero tras haber estado en ese inmundo desván. Mientras se le secaba la melena junto al fuego, le trajeron la cena. La tomó ante la atenta mirada de Andrew, que apenas probó bocado. Tampoco entablaron conversación, ella no se atrevía a iniciarla. El silencio reinaba en el dormitorio y cada vez estaba más nerviosa. Parecía que estaba a la espera de su sentencia.

—Estás enfadado conmigo, ¿verdad? —terminó por preguntarle mientras mordisqueaba un trozo de pan. La voz le salió temblorosa y no se atrevía a mirarle a los ojos.

—Estoy muy disgustado —murmuró justo antes de dar un sorbo al vino.

A Eleanor se le formó un nudo en la garganta y se le quitaron las ganas de comer. Lo conocía lo suficiente como para intuir que iba a continuar, así que permaneció callada.

—No tienes ni idea de lo mal que me he sentido y de la impotencia tan grande que he sufrido al no saber de tu paradero. —Su expresión continuaba siendo severa, intransigente—. Cuando me enteré de que te habían secuestrado, creí que me iba a volver loco. —Tuvo que parar a tomar aire porque le faltaba con tan siquiera recordarlo—. Cometiste la peor de las imprudencias al marcharte a ese lugar sin acompañante y sin avisar a nadie de dónde estarías. Te pusiste en peligro. —Apuró su copa de tinto y la dejó sobre la mesa con un fuerte suspiro—. Y la culpa es toda mía.

Eleanor frunció el ceño y lo miró con curiosidad. Aunque el tono era serio, su voz parecía estar a punto de quebrarse.

—Debí haberte prestado la atención que merecías. Te exijo confianza absoluta en mi palabra cuando yo no te ofrezco lo mismo a cambio. Eres mi esposa y mi igual. Como bien me dijiste, no soy un padre que deba meterte en cintura, y con igualdad he de tratarte. Siento haber sido tan desconsiderado y no haber escuchado tus dudas o temores. Si hubieras confiado en mí, me habrías enseñado la nota y lo hubiéramos resuelto juntos. —Se levantó, fue hasta la ventana y dejó la mirada perdida en el horizonte—. Te pido disculpas por todo el daño que has sufrido al no haber cumplido con mis responsabilidades. Te suplico perdón por no expresar mis sentimientos por miedo a ser rechazado. No habrá más mentiras entre nosotros. Sé que mi amor no es correspondido ya que te viste forzada a casarte conmigo, y lo entiendo, pero yo no puedo

callarlo más. Te amo, esa es la verdad. Ahora puedes hacer con mi confesión lo que quieras, mi corazón es tuyo.

Eleanor tenía el rostro surcado de lágrimas. No podía creer lo que estaba escuchando. ¿Cómo podría expresarle la alegría tan absoluta que estaba sintiendo al oír su declaración? Se le agolpaban las palabras en la garganta y ninguna salía por ella. Acongojada, se levantó y se apresuró a lanzarse en sus brazos, fue la única forma que encontró para demostrar la enorme felicidad que sentía. Andrew le acarició la espalda, apenado.

—No quiero que estés triste, cariño —le susurró al oído.

—No lo estoy —logró decir, y se le dibujó una enorme sonrisa en los labios—. Soy tan feliz de saber que me correspondes que no quepo en mí de dicha. Yo también te amo, Andrew. Desde el primer momento. No quería casarme contigo porque no creía merecerte. No quería condenarte a estar conmigo solo para librarme de la vida que me había tocado. Pero ahora... —Suspiró emocionada y le acarició el fuerte mentón a su marido—. Ya no hay dudas, ni miedos, ni nadie que me impida estar a tu lado.

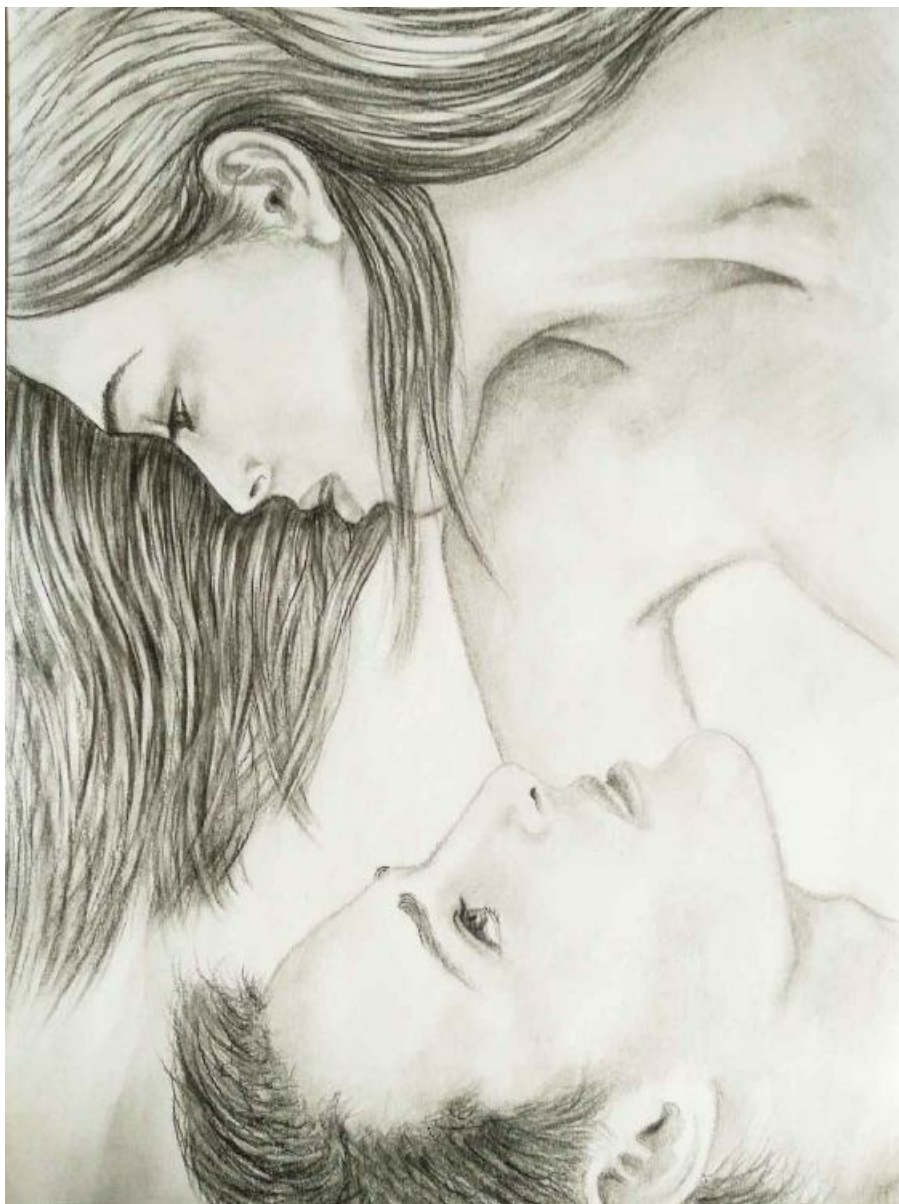
Sorprendido, se perdió en su mirada por unos segundos y después la comisura de sus labios se curvó hasta que soltó una carcajada de alivio. Le sostuvo el rostro con ambas manos y acarició sus mejillas con los pulgares para eliminarle las lágrimas. Posó su frente en la de ella, cerró los ojos y aspiró su reconfortante aroma de mujer. Saboreó ese momento mágico, único, justo antes de que sus labios se encontraran. Sus bocas finalmente se fundieron, se saborearon y danzaron al errático ritmo de sus corazones. Consumido por el deseo, Andrew la tomó en sus brazos y la llevó al lecho. La poca ropa que los cubría no tardó en desaparecer. Tenía la imperiosa necesidad de abrazarse al cuerpo desnudo de su amada y, gracias al cielo, ella parecía querer lo mismo.

Eleanor respiró jadeante y se aferró a sus amplios hombros. No creía haberse sentido nunca tan dichosa. Tembló de anticipación justo antes de que Andrew comenzara a penetrarla. De sus labios salió un jadeo. El placer la recorrió y alzó las caderas a su encuentro. Los dos gimieron al comenzar a moverse, aunque vio cómo él apretaba los dientes y se detenía. El deseo era tan fuerte que tenía miedo de derramarse antes de tiempo. Ella también quería saborear ese instante y dejó que se sosegara. Pronto se controló y empujó de nuevo. Enloqueció de pasión cuando el miembro erecto de su marido se deslizó en su sexo. Se arqueó hasta que consiguió adueñarse de sus labios. Él ronroneó y le introdujo la lengua en la húmeda cavidad. Su tórrido beso lo intensificó todo. Se mecieron cada vez más rápido hasta que culminaron juntos en un apoteósico orgasmo. Sudoroso y con la respiración dificultosa, Andrew rodó por la cama y se tumbó al lado de su esposa para no aplastarla.

—¿Esto se puede repetir? —preguntó Eleanor entre la inocencia y la picardía—. Ha durado tan poco... Me refiero a que, ¿cuánto tardas en... ya sabes? —terminó titubeante.

Andrew no daba crédito a lo que estaba escuchando. Se apoyó en un codo y la observó con su petulante ceja izquierda arqueada. Eleanor se rio al ver su expresión. Cada día le gustaba más ese gesto.

—Esposa mía —dijo con una sonrisa ladina—, creo que seré capaz de complacerte cuantas veces quieras.



Epílogo

Whitecliffs House, Dover
Unos meses después.

—Venga, sabes la respuesta, Tim. ¡Enderézate y deja las piernas quietas! —Eleanor regañó al chiquillo por enésima vez.

—Es que me aburro, no me gustan las matemáticas. ¿De qué me van a servir? —protestó y se cruzó de brazos.

—Para que nadie pueda engañarte. Si sabes resolver las cuentas no podrán timarte. Al igual que saber leer y escribir. —Tuvo que ocultar una sonrisa al ver su cara de fastidio.

—Señor, ¿usted también tuvo que pasar por este calvario para ser tan listo? —se dirigió a lord Lensy, que estaba leyendo el periódico en la otra esquina de la biblioteca.

—Tim, te he dicho un millar de veces que no debes llamarlo señor —lo corrigió Eleanor.

—Perdón, señoría... —aceptó en tono cansado.

—¡Está bien! Me rindo por hoy. —Alzó las manos al aire—. Puedes salir a jugar, pero nada de ir al acantilado, ¿entendido?

—¡Se lo juro! —Dio un salto y se fue corriendo antes de que se arrepintiera de su decisión.

—Esta criatura no tiene remedio... —Sonrió con ternura.

—Ya te lo advertí —dijo lord Lensy tras los papeles de su diario. Luego los dobló y los dejó sobre la mesa—. Esa criatura se ha criado prácticamente en la calle hasta que entró en nuestra casa de Londres a trabajar.

La miró con cariño. Sabía que sus intenciones eran buenas. Desde que se enteró de lo que hizo Tim por ella, decidió que quería recompensarlo de algún modo y no encontró otro mejor que educarlo ella misma para ofrecerle un futuro mejor.

—Ven, tengo noticias para ti. —Eleanor se acercó y se sentó en su regazo.

—Lo enderezaré, no te quepa duda. Se merece una buena educación. Lo prepararé y lo enviaremos a la escuela —afirmó convencida de sus palabras. Después observó a su marido extrañada—. Ahora estarías riéndote de mí, ¿qué ocurre? ¿Son malas noticias?

—No son agradables. —Acarició con mimo la prominente barriga de su esposa. Jamás hubiera imaginado lo adorable que iba a estar embarazada—. Ayer ahorcaron a Burch.

—¿Qué va a ser de mi madre y Cassandra? —Tragó saliva, angustiada, y se pasó la mano por la garganta como si la sogla la llevara ella.

—Conservan la casa de Londres, yo corro con sus gastos, ya lo sabes. Hay algo más —suspiró antes de continuar—. Ha llegado a mis oídos que Cassandra pronto contraerá nupcias con un acaudalado barón que casi le triplica la edad.

Eleanor cerró los ojos con fuerza y le entraron arcadas. Se quiso levantar, pero Andrew se lo impidió.

—Me he guardado la mejor noticia para el final. —La acarició con ternura, se sacó una carta del bolsillo y se la entregó—. Ha llegado con el correo de la mañana.

—¡Es de Emilie! —gritó de alegría al ver el remite. La abrió y leyó el contenido—. Va a venir esta misma semana. Ha aceptado nuestra invitación. Parece ser que está huyendo de su primo, el reverendo. Sus padres no tienen una dote que ofrecer y la única solución que

encuentran es casarlo con él. ¡Es horrible! —se escandalizó y miró angustiada a su marido—. Tenemos que ayudarla.

—Eleanor, no —dijo tajante.

—Pero es mi mejor amiga... —Le rodeó el cuello con sus brazos y le dejó un reguero de tiernos besitos en el lóbulo de la oreja—. Tú no tendrás que hacer nada. Organizaremos unas cuantas fiestas e invitaremos a todos los caballeros casaderos de la zona. Solo miraremos a ver si encontramos a algún pretendiente adecuado y dispuesto.

Andrew soltó una sonora carcajada y besó a su esposa con auténtica devoción. Sabía que sería inútil discutir con ella.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a todas las amigas que de una manera u otra me han apoyado en el transcurso de la creación de esta novela. Por todos esos momentos, risas y experiencias compartidas.

A Begoña Arregui y Julia Sanmartín, por estar desde el minuto uno a mi lado, leyendo mis historias con el mismo entusiasmo que el primer día. Os quiero.

De nuestros alocados grupos de whatsapp: Inma, Paloma, Rachel RP, Carmen RB, Dani Vera, Tessa Cooper, Yolhanda Muñoz, Raquel Estruch, Manuela Riobó, Maria Ferrer, Iris Bermejo, Mar P Zabala y Noni García. También a Raquel Mingo Y Alina Covalschi. Sois geniales.

Gracias a todos los miembros de mi familia que sois los primeros en dar un me gusta, saludar y compartir mis publicaciones en las redes. Siempre encontráis un momento para ofrecerme vuestro cariño. No puedo estar más orgullosa de teneros a mi lado.

Al lector, que una vez más me ha dado una oportunidad y ha elegido esta novela. Espero poder proporcionarte unas horas agradables y que sientas a través de mis líneas el amor que he puesto en mi trabajo.

A Keara Nox, por su paciencia conmigo y su profesionalidad. Gracias a tus correcciones haces que mi sueño pueda cumplirse.

A Marien Fernández y ADYMA Design por hacer su magia y crear la portada perfecta para mi novela.

Siempre dejo para el final a Diego, mi marido, pero esta vez también voy a añadir a mis hijos, Alex y Elia. Si no fuera por todos esos momentos robados de estar en familia, vuestra paciencia, amor y comprensión, yo no podría escribir. Gracias por apoyarme en esta andadura y creer en mí.